

Cosmópolis



Madrid, Enero 1928

PESCADORA VALENCIANA. Cuadro de Sorolla.
Ayuntamiento de Madrid

Precio: 1.75 ptas.

METRO GOLDWYN

presentará
en breve

LA TIERRA DE TODOS

Por Greta Garbo y Antonio Moreno

EL CABALLERO DEL AMOR

Por John Gilbert

LA MUJER MARCADA

Por Lilián Gish y Lars Hanson

EL SARGENTO MALACARA

Por Lon Chaney

LOS VENCEDORES DEL FUEGO

Por May Mac Avoy y Charles-Ray

en el

CINE DEL CALLAO



SE VENDE

un magnífico

RENAULT

18/22 HP

seminuevo, carrocería limusina a todo
lujo de la *Casa Labourdette*, de París.

Escribid, para más detalles, al
Apartado 490, Madrid.



LAS ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO



y de los INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO,
DISPEPSIA, ACEDÍAS Y
VÓMITOS, INAPETENCIA,
DIARREAS EN NIÑOS Y
ADULTOS, DILATACIÓN Y
ÚLCERA DEL ESTÓMAGO.
DISENTERÍA, etc.

se curan positivamente con el

**ELIXIR ESTOMACAL
SAIZ DE CARLOS**

poderoso tónico digestivo que triunfa
siempre.

AGUAS Y BALNEARIO DE CESTONA

Sociedad Anónima
CESTONA (Guipúzcoa)

Aguas clorurado • sódicas • sulfatadas • termales • variedad litúnicas

No existen análogas en España y sí sólo en el ex-
tranjero, aunque inferiores a éstas, las de Karls-
bad. Declaradas de utilidad pública el año 1792

Temporada oficial del 15 de junio al 30 de septiembre

Indicaciones generales

MANANTIALES. Los manantiales son dos: el de la Natividad de Nuestra Señora y el de San Ignacio. El primero en forma de fuente, directamente salida del terreno calcáreo; el segundo, en el fondo de un pozo, a una profundidad de 8,50 metros.

La temperatura del agua mineral es constante, de 27,6° en la fuente Natividad y de 31,5° en el manantial de San Ignacio. La mineralización de ambos manantiales es parecida, aunque la del segundo sea más fuerte.

ENFERMEDADES QUE COMBATE. Las aguas de Cestona están reconocidas como únicas en las afecciones del hígado, bazo, catarros y cólicos biliares, cólicos hepáticos, ictericias, enfermedades de los intestinos, estreñimientos, dilataciones del estómago, dispepsias, clorosis, neurastenias sintomáticas, mareos, etc.

HOTELES DEL BALNEARIO. Cuatro pertenecientes a la Sociedad propietaria del Balneario, instalados con los últimos adelantos de confort e higiene.—Espaciosas habitaciones para 500 huéspedes.—Restaurantes.—Ascensores.—Capilla.—Salones.—Sala de lectura.—Correos.—Telégrafos y Teléfonos. Mecanoterapia, etc.

SITUACIÓN. El Balneario de Cestona está enclavado a un kilómetro de la villa de su nombre y 45 kilómetros de San Sebastián. Su altura sobre el nivel del mar es de 60 metros; su latitud Norte es de 43°, 14' y 36" y su longitud oriental es de 11°, 26' y 30".

Director médico: Excmo. Sr. D. AMALIO GIMENO
Director gerente: D. FRANCISCO LARRAÑAGA
(Pídanse noticias directamente a las oficinas de la Sociedad, en Cestona, Guipúzcoa)

Cosmópolis



Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) MADRID.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:
España: un año 19 pesetas
un semestre 10 pesetas
Extranjero: un año. 25 pesetas

SUMARIO

LITERATURA

- «El hombre que se quiso matar», novela corta, original de W. FERNÁNDEZ FLÓREZ, ilustrada por PENAGOS.
- «¿.....?», novela de aventuras, original de E. ARNAL, ilustrada por ÁNGEL DE LA FUENTE.
- «Los amores de Elena», novela, original de M. HUNGERFORD, traducida directamente del inglés por BEATRIZ GALINDO e ilustrada por ORMAECHEA.
- «Madrid-Barcelona: Ante la nueva era de la comprensión», crónica de SANTIAGO VINARDELL.
- «El rascacielos, la ciudad y el campo», artículo de MANUEL GRAÑA.
- «Los monstruos del mar», información, por FERNANDO ORTIZ DE ECHAGÜE.
- «Juan Belmonte, el torero de los artistas», crónica, por JUAN FERRAGUT, con ilustraciones de MARÍN (R.), DOMINGO (R.) y fotografías.
- «Estampas madrileñas», poesía, original de BENJAMÍN RAMOS GARCÍA, ilustración de ANTONIO CASERO (hijo).

BIBLIOGRAFÍA

- «Ortega y Gasset, espectador», por MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.
- «De mis lecturas», crónica por VALERIA LEÓN.

TEATRO

- «El teatro de Benavente», por LUIS ARAUJO COSTA.
- «Estamos en la brecha porque no sale nada nuevo», reportaje por H. RODRÍGUEZ DE LA PEÑA.
- «Vera Vergani, la gran actriz italiana...», reportaje por ENRIQUE TEDESCHI.

CINEMATOGRAFÍA

- Concurso de argumentos cinematográficos.
- «Ramón Novarro vendrá a España en la primavera próxima», reportaje por G. D.
- «Ante la pantalla», crónica de ADAME MARTÍNEZ.
- «Ante una española», carta inédita de ARTURO M. LOEW.

LOS ESCRITORES NUEVOS

- «Hemos recibido su trabajo y...» (Correspondencia de la sección).
- «La hermana Margarita», poesía original del MARQUÉS DE NAVARRÉS, ilustrada por VARELA DE SEIJAS.
- «Después del primer baile», cuento original de JOSÉ MARTÍNEZ AGULLÓ, ilustrado por VARELA DE SEIJAS.

GRAN MUNDO

- «El palacio del duque del Infantado, museo de arte español», reportaje por «GALAOR».
- Retrato de la Princesa Arduina Boncompagni Ludovisi.
- «La Ventosilla», crónica gráfica de gran mundo.
- «Las cacerías en la Venta de la Rubia».
- «Bodas aristocráticas». Marqueses de Viana, marqueses de Lorian y señores de Cabeza de Vaca. Retratos de la condesa de Yebes y de la señora de Santos Suárez.

DEPORTES

- «La historia del tennis español», crónica por EL CONDE DE GOMAR.
- «La misión del entrenador en el fútbol», artículo por EDUARDO TEUS.
- «Uno de los precursores del alpinismo español».
- «Hipismo sobre las pistas heladas de Suiza».

ARTE

- «Sorolla, el obrero genial», reportaje por «JULIO ROMANO».

TURISMO

- «Ygnotus nulla cupido», crónica por ANTONIO PRAST.

FEMENINA

- «De Claudia a Leonor», crónica epistolar, por ISABEL DE PALENCIA, ilustrada por PENAGOS.
- «Entre nosotras», crónica de modas, por CIL, con fotografías.

INFANTIL

- «Marmolín», cuento original de GUILLERMO HERNÁNDEZ MIR, con ilustraciones de GIRÓN.
- Historieta, muñecos recortables, etc.

PASATIEMPOS

- Concurso criptográfico, por FRAMARCÓN.

EXTRANJERO

- «Desde Nueva York», carta exclusiva para COSMÓPOLIS, de nuestro representante especial GUSTAVO DAVIDSON.
- «Unas horas en Biarritz de paso para París», por REMEMBER.
- «Biarritz y sus amigos de España», crónica por R. DOMINIQUE.
- Resumen de cuanto de interés publica el número, en francés, inglés y alemán.
- Guía del turista en Madrid, en tres idiomas.

Precio 1.75 ptas.

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Les jugements de la presse madrilène sur notre premier numéro	8	ted to Kill Himself», of which the first part appeared in our preceding issue and whose most arresting pages are now published page	14	ausschliesslich für Cosmópolis bestimmtes Interview.	21
Dans quel état est l'atelier du maître Joaquín Sorolla?... Julio Romano en rend compte dans son reportage «Sorolla, l'ouvrier génial»	9	Ramón Navarro, the film star, has given to our New York representative an interview, exclusive to COSMOPOLIS	21	Seine vergleichende Studie «Vor den Jupiterlampen» widmet Adame Martínez einer Gegenüberstellung spanischer und ausländischer Filmproduktion.	24
Fin du si intéressant roman de Wenceslao Fernández Flórez, «El hombre que se quiso matar» (L'homme qui voulut se tuer), écrit spécialement pour COSMOPOLIS et dont la publication a commencé dans le numéro précédent	14	«Before the Screen». A comparison of Spanish and foreign films, by Adán Martínez. page	24	Ueber alle Eindrücke des New-Yorker Lebens unterrichtet ein Brief, den uns unser Redakteur Gustav Davidson ausschliesslich für Cosmópolis zukommen lässt.	25
Confidences de l'as de l'écran, Ramón Navarro, au correspondant de COSMOPOLIS à New-York	21	All aspects of New York Life are touched upon in the exclusive letter written for COSMOPOLIS by our correspondent Gustav Davidson	25	Den besten und volkstümlichsten der spanischen Stierkämpfer Juan Belmonte, behandelt eine Abhandlung von Juan Ferragut auf	28
Dans sa chronique «Ante la pantalla» (Devant l'écran), Adame Martínez compare la production espagnole et étrangère	24	A charming letter from the producer of a film representing Spain in terms of melodrama, which gave rise to a disturbance. The producer justifies himself to the Spanish public	26	Eine Rezension über den unlängst erschienenen letzten Band von «El espectador» (Der Zuschauer) von Ortega und Gasset, aus der Feder von Melchor Fernández Almagro bringen wir auf	31
La Vie à New York, par notre rédacteur-correspondant Gustavo Davidson	25	Juan Belmonte, the best and most popular of the great Spanish bullfighters of modern time. Article by Juan Ferragut	28	Unter dem Titel «Los amores de Elena» (Die Lieben der Helene) finden unsere Leser eine von Beatriz Galindo nach der interessanten englischen Novelle von M. Hungerford bearbeitete Uebersetzung auf	33
Lettre d'explication et de justification de l'auteur d'un film où l'Espagne était présentée d'une façon fantaisiste	26	«El Espectador», the most recent volume by Ortega y Gasset, criticised in detail by Melchor Fernández Almagro	31	Die weltbekannte italienische Tragödin Vera Vergani war so liebenswürdig, unserem Korrespondenten in Rom ein Interview über ihre Auffassung vom Theater zu geben	39
Chronique de Juan Ferragut sur Juan Belmonte le plus populaire et le meilleur des grands toreros contemporains	28	«The Loves of Eleanor». Interesting novel by Mrs. Hungerford, translated from the English and adapted by Beatriz Galindo. page	33	Einige anmutige, vergessene Winkelchen von Buitrago entdeckt Antonio Prast in seinem Artikel über Tourismus auf	42
Analyse du dernier tome de «El espectador» de Ortega Gasset, par le critique Melchor Fernández Almagro	31	Intimate revelations of the early years of her theatrical life, given by the world-famed Italian tragédienne Vera Vergani to our correspondent in Rome, Enrique Tedeschi. page	39	Die kennzeichnenden sozialwissenschaftlichen Gedanken, die don Manuel Grana unter dem Titel «El rascacielos, la ciudad y el campo» veröffentlicht, verdienen stärkste Beachtung. Sie finden die Abhandlung auf	45
«Los amores de Elena» (Les amours d'Hélène), passionnant roman de M. Hungerford, traduit de l'anglais par Beatriz Galindo page	33	Some charming unknown corners of Buitrago, described for tourists by Antonio Prast page	42	Eine kritische Würdigung des berühmten Dramaturgen Jacinto Benavente und seines Theaters aus der berufenen Feder Arango Costa's enthält	47
Confidences de Vera Vergani, la grande tragique italienne, faites à notre correspondant à Rome, Enrique Tedeschi	39	«Skyscraper, City and Countryside». A keen and noteworthy sociological study by don Manuel Graña	45	Das grösste Interesse werden unsere Leserinnen dem mit Photographien des Hauses Worth illustrierten und von «Cil» verfassten Artikel über die neuesten Moden entgegenbringen	51
Les délicieux environs de Buitrago découverts par Antonio Prast, guide éminent des touristes	42	Jacinto Benavente and his Dramatic Work. A fine critical study by Araujo Costa	47	Ueber moderne Dampfer erzählt Fernando Ortiz de Echagüe unseren Lesern viel Interessantes unter dem Titel «Los monstruos del mar» (Die Meeresungeheuer) auf	61
Sous le titre «El rascacielos, la ciudad y el campo» (Le gratte-ciel, la ville et la campagne), Manuel Graña fait des considérations du plus haut intérêt à la	45	«Cil's» chronicle of fashion, profusely illustrated by photographs specially furnished by Messrs. Worth, will be read with intense interest by our feminine public	51	Wir bringen eine mit Abbildungen geschmückte vollständige Abhandlung über die Schlösser des Grafen von Infantado auf	64
Critique suggestive d'Araujo Costa sur le fameux dramaturge Jacinto Benavente et sur son oeuvre	47	«Monsters of the Deep». An interesting report on modern steamships by Fernando Ortiz de Echagüe	61	Sehr interessant ist der Bericht über die Jagden von Venta de la Rubia auf	72
Chronique sur la mode, par «Cil», abondamment illustrée avec des documents communiqués par la Maison Worth.	51	The palce of the Duke and Duchess of Infantado, fully described, and illustrated by numerous photographs	64	In der Abteilung «Die grosse Welt» veröffentlichen wir einfarbige und farbige Photographien aus der spanischen Aristokratie.	75
Intéressante information sur les grands transatlantiques, «Los monstruos del mar» (Les monstres de la mer), par Fernando Ortiz Echagüe	61	Interesting information on hunting in Venta de la Rubia	72	Wir veröffentlichen zwei Artikel, die sich mit dem lieblichen Winkel «Biarritz» beschäftigen und die Remember und R. Dominique zu Verfassen haben auf	81
Information abondamment illustrée sur les palais des ducs d'Infantado	64	Photographs in black and white and in colours of notable members of the Spanish aristocracy	75	Dem Vorkämpfer des spanischen Alpinismus Zabala, widmen wir ein Andenken in unserem Artikel auf	83
Intéressante information sur les chasses de Venta de la Rubia	72	Two chronicles of Biarritz showing different aspects of that pleasant resort, by Remember and R. Dominique	81	Der auf allen Tennisplätzen der Welt beheimatete, glänzende Vertreter Spaniens bei verschiedenen Wettspielen, der Graf von Gomar, erzählt uns etwas über diesen Sportzweig auf	84
Illustrations en noir et en couleur sur la vie mondaine	75	Memories of Zabala, one of the precursors of mountaineering in Spain	83	Ueber die wahre Aufgabe des Fussballtrainers spricht sich Eduardo Teus aus auf	88
Chroniques de «Remember» et R. Dominguez sur différents aspects de la vie à Biarritz	81	An expert article on the game of tennis, by the Conde de Gomar, who is a well-known figure on tennis-courts throughout the world, and has brilliantly represented Spain on several occasions	88	Treffende Beobachtungen über die Beziehungen zwischen Madrid und Barcelona vermittelt uns Santiago Vinardell auf	90
Hommage à Zabala, un des precursurs de l'alpinisme en Espagne	83	The true mission of football trainers, explained and appraised by Eduardo Teus	90	Auf die Frage «Warum schreiben Sie keine Novellen?» antwortet in liebenswürdiger und interessanter Weise der bekannte Lustspiel-dichter Manuel Linares Rivas auf	91
Le comte de Gomar, connu sur tous les «courts» de tennis du monde où il a si brillamment représenté l'Espagne, découvre quelques secrets du sport difficile qu'il pratique glorieusement	84	«Why do you not write Novels?» A most interesting reply by Manuel Linares Rivas, the well-known writer of comedies	91	Isabel de Valencia fährt mit ihrer «De Claudia a Leonor» betitelten Plauderei über die modernen Gesellschaftsbräuche fort auf Seite	95
La véritable mission des entraîneurs de football par Eduardo Teus	88	«From Claudia to Leonor». Further epistolary comments by Isabel de Palencia on modern social customs	95	Die Fortsetzung der geheimnisvollen Novellen der Abenteuer von Enrique Arnal befindet sich auf	97
Essai de Santiago Vinardell sur les relations entre Madrid et Barcelone	90	Relations between Madrid and Barcelona. Some penetrating observations by Santiago Vinardell	97	Die Bedingungen für das mit 1500 Peseten ausgestattete Preisausschreiben für die beiden besten Filmmanuskripte finden unsere Leser auf	102
Réponse de Manuel Linares Rivas à l'enquête «Pourquoi n'écrivez-vous pas des romans?»	91	Continuation of thrilling mystery tale by Enrique Arnal	102	Die Wallfahrt des San Anton, die im Januar in Madrid stattfindet, hat eine Romanze von Benjamin Ramos García zum Mittelpunkt.	103
Suite des commentaires sur les coutumes sociales de notre temps, par Isabel de Palencia, sous le titre de «Claudia a Leonor». page	95	Fifteen hundred pesetas in prizes for the two best film plots, according to terms shown on The Fair of San Antonio, a typical feast celebrated in Madrid during January, forms the romantic theme of Benjamin Ramos García. 103	95	Näheres finden unsere Leser auf	103
Suite du mystérieux roman d'aventures d'Enrique Arnal	97	Our New Writers' Section contains works by young writers destined for a brilliant future	104	In unserem Artikel «Neue Schriftsteller» vereinigen wir Proben junger und viel versprechender Künstler. Sie finden dieselben auf	104
Conditions d'un concours d'arguments cinématographiques (1.500 pesetas de prix aux deux premiers)	102	The first fortnightly puzzle competition closes Children's Page-stories, anecdotes, and dolls for cutting out	108	Der erste zweimonatliche Wettbewerb für Rätsel schliesst auf	108
Poésie de Benjamin Ramos García, inspirée par le pèlerinage à Saint Antoine, une des fêtes madrilènes les plus typiques	103			Geschichten und Erzählungen für unsere Kinder sowie Figuren zum Ausschneiden befinden sich auf	110
On trouvera dans la rubrique «Los escritores nuevos» (Les écrivains nouveaux), des oeuvres de jeunes, appelés à un brillant avenir. page	104				
Fin du premier concours bi-mensuel de passe-temps.	108				
Contes et jeux pour enfants	110				
Opinions of our Madrid colleagues on our first number	8	Die Urteile über die erste Nummer unserer Zeitschrift aus Kollegenmunde veröffentlichen wir auf	8		
«Sorolla, the delightful workman». A report by Julio Romano, describing the present studio of the distinguished painter	9	«Wie sieht heute das Atelier des berühmten Malers Joaquín Sorolla aus?» Julio Romano beschreibt es uns in seinem «Sorolla, der geniale Arbeiter» betitelten Artikel auf	9		
Conclusion of the interesting novel by Wenceslao Fernández Flórez, «The Man Who Wan-		Den packenden Schluss der von Fernández Flórez für Cosmópolis geschriebenen Novelle «El hombre que se quiso matar» veröffentlichten wir auf	14		
		Der Kinostar Ramón Navarro hatte mit unserem Sonderentsandten in New-York ein			



Dolores del Río. Famosa "estrella" de la cinematografía.

Cosmopolis

NUESTRO primer número ha tenido una acogida tan entusiasta por parte del público, tan fraternal por la de la Prensa de Madrid y provincias, que, no obstante la crecida tirada que de él hicimos, presuponiendo el éxito, todos sus ejemplares se han agotado rapidísimamente. Por ello, plenamente satisfechos del triunfo logrado, queremos que sean hoy nuestras primeras palabras expresión de gratitud para unos y otros.

Deseosos de corresponder al buen recibimiento de los lectores y a las esperanzas que, en sus afectuosas bienvenidas, depositaron en nosotros los colegas, en este número se han aumentado las páginas de COSMÓPOLIS y es mayor la cantidad de tricolores en ellas insertos; pero fieles a nuestro afán de que esta revista ofrezca siempre perenne atractivo y de que cada número acrezca el interés que el anterior despierte, desde el próximo publicaremos íntegra una novela corta de prestigiosa firma nacional o extranjera y aun superaremos la calidad del papel en que la revista se imprime.

A los corresponsales que nos escriben solicitando el envío de ejemplares del primer número de COSMÓPOLIS les rogamos que precisen su demanda exactamente, pues, en prensa una segunda edición, nos interesa conocer la cantidad que hemos de tirar.

Y a todos los que han colaborado en nuestro éxito unánime y rotundo, de nuevo gracias.

LO QUE DICEN LOS COLEGAS

(Extracto de los juicios publicados por la Prensa madrileña)

«A B C»—«... La nueva revista, interesante por todos conceptos, es una prueba de los brillantes progresos alcanzados ya por la Prensa de España, y un alarde del refinado gusto de sus editores. Primorosamente impresa en excelente papel, contiene interesantes secciones...

... Texto y parte gráfica hacen, en suma, de COSMÓPOLIS una revista que, al repartirse profusamente por Europa y América del Sur, puede competir con las mejores que se publiquen en el mundo, constituyendo un título de honor para España...

«LA LIBERTAD»—«... Bien impresa, de confección moderna, con una brillante colaboración, COSMÓPOLIS es una gran revista, merecedora de la excelente acogida que se le ha dispensado.

Las páginas en color son un alarde tipográfico y los originales que publica en su primer número los firman escritores de gran relieve en la vida literaria. Hay en las cien páginas de que consta una gran amenidad y un vivo interés, abarcando aquellos temas de actualidad en los dos aspectos, en el nacional y en el extranjero.

Elegante de presentación, COSMÓPOLIS puede parangonarse con las mejores revistas del mundo...

«EL DEBATE»—«... Aspira a ser un resumen gráfico de todas las manifestaciones de la vida española. En el aspecto puramente técnico es un alarde de lujo y presentación...

«EL LIBERAL»—«Se trata de una gran revista que contribuirá, con otras buenas ya en circulación, a poner el nombre de España a la cabeza de las Artes Gráficas, auxiliares de este género de publicaciones...

«EL IMPARCIAL»—«... Sus hermosas ilustraciones en colores y los notabilísimos trabajos que contiene, suscritos por las primeras firmas literarias, ponen esta publicación a la altura de las mejores del extranjero...

«EL NOTICIERO DEL LUNES»—«... COSMÓPOLIS, la nueva re-

vista, que todavía huele a tinta fresca, es algo definitivo y un alarde de magnífico gusto...

«LA NACIÓN»—«Hemos recibido el primer número de COSMÓPOLIS, gran revista, verdadero alarde editorial, a la altura de las mejores del extranjero.

Por su esmerada confección, su selecto cuerpo de colaboradores, las interesantes secciones e informaciones y la belleza y lujo de su parte gráfica, magníficos grabados y hermosas ilustraciones en color, COSMÓPOLIS se colocará entre las primeras revistas actuales...

«LA ÉPOCA»—«... COSMÓPOLIS constituye un verdadero modelo en su género y puede competir con las mejores publicaciones gráficas de fuera de España... Por la variedad y amenidad de sus secciones, las prestigiosas firmas literarias que avaloran sus páginas, los magníficos fotograbados y planas en color que la adornan, el cuidado tipográfico que se observa hasta en los menores detalles, puede afirmarse que se trata de un verdadero alarde editorial...

«INFORMACIONES»—«... Se presenta al público con magníficos ropajes gráficos y literarios.

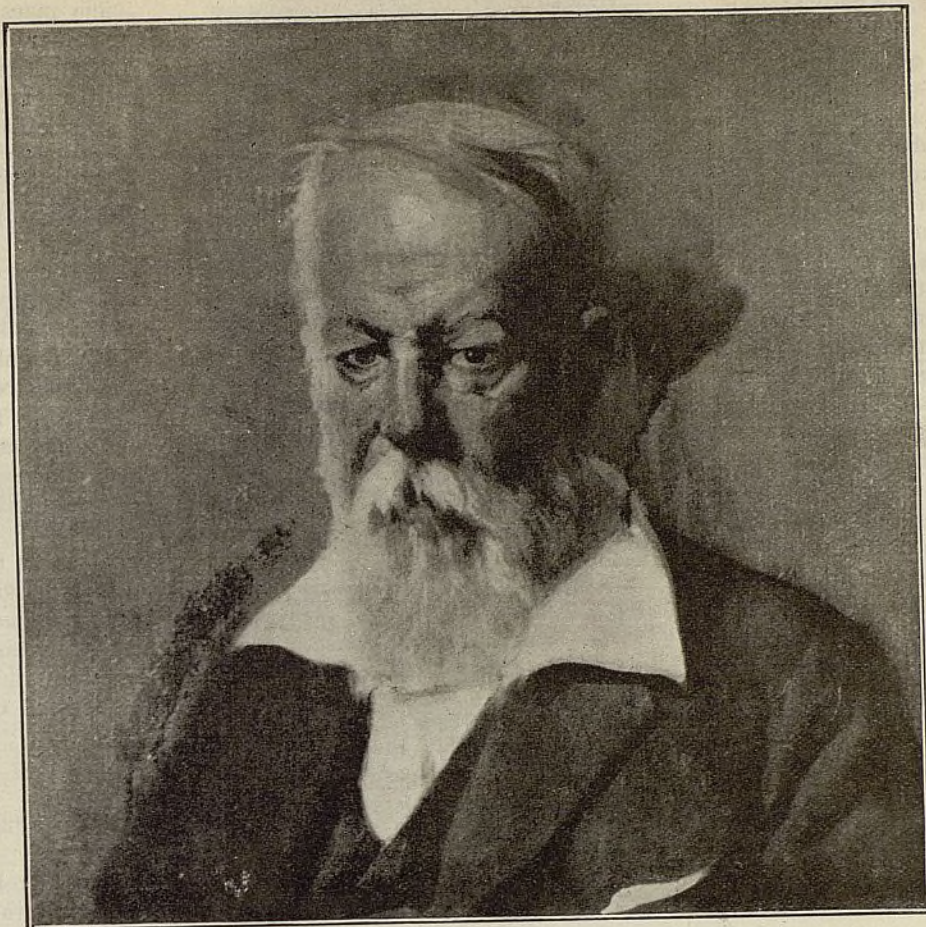
COSMÓPOLIS acude al palenque con un esmerado texto y con una parte gráfica que es un verdadero alarde...

«EL DIARIO ESPAÑOL»—«... Honra a las artes gráficas españolas por su confección y esmerada presentación.

COSMÓPOLIS viene a ocupar preferente puesto entre las revistas gráficas españolas. Todo cuanto una revista ha de cuidar para captar al lector en estos tiempos tan exigentes, aparece en ella primorosamente cuidado y seleccionado.

«LA CORRESPONDENCIA MILITAR»—«... Verdadero alarde de buen gusto y espléndida mansión de exquisita literatura.

En COSMÓPOLIS encuentran amplio campo para su difusión y desarrollo las distintas manifestaciones de la vida, que, acopladas por secciones en lugar ordenado, hacen de la nueva revista que sea la única en su clase...



He aquí la fisonomía del maestro en sus años postremos. Este último retrato se debe al pincel de un discípulo ilustre: Benedito.

SOROLLA el obrero genial

PINTANDO EL SOL
Y EL MAR SE TROPE-
ZABA CON SU PROPIO
CORAZÓN.

PARA qué escribir su nombre? Antes de que salga de la pluma está en todos los labios. Hay hombres de tan grande y recia personalidad, que basta sólo una leve alusión a su obra y a su trabajo para que surja espléndida y magnífica su figura a los ojos del lector. Este ilustre compatriota nuestro fué la tarea, el afán de todos los instantes, la inquietud y la desazón. Ponía tal ferocidad en su trabajo que daba miedo. En sus últimos años, aquella frente poderosa, cargada de luz y mordida por las arrugas, estuvo a punto de estallar vencida por el esfuerzo. Era un trabajador frenético, incansable, extraordinario. El alma de este gran pintor ardía en llamas vivas, quemada en ese sol que él amó tanto. Tenía prisa en rematar su obra. Se trabaja sólo una vida y se duerme una eternidad. Y este pensamiento le daba un aspecto trágico a su tarea. Y había en su esfuerzo un afán de aniquilamiento, un deseo insaciable de hacerse luz, color, aire, espacio; un morboso deleite en hun-

dirse en esa naturaleza que él llevó al lienzo. ¡Que amargura infinita sentiría este artista al pensar que algún día había de perder la luz! ¡Ir al reino inmutable de las sombras el hombre que no conocía la oscuridad y que jamás anduvo a tientas! Y trabajaba con ahinco, con ferocidad, llevando hora tras hora al lienzo el botín maravilloso que arrancaba su prodigiosa retina al sol. Y una mañana, Dios, compadecido, se arrimó al obrero infatigable y, cerrándole las pupilas, le dijo: «Descansa».

No arrinconemos el instinto

Joaquín Sorolla. ¿Qué diría Sorolla del cubismo y de todos los desvaríos pictóricos de este tiempo? ¿Cómo levantaría su puño este Anteo, frente a los zafios embadurnadores de lienzos, los chiflados y descarriados de este glorioso arte! ¿No es una herejía ver pintado un ojo en una caja de pasas y leer este rótulo: «Retrato de mi tía Eugenia»? ¿O ver un bigote pegado a un bastón junto a un botijo

y debajo: «El señor Bermúdez, de paseo»? ¿Y no crisparía sus nervios al leer que «la realidad es un estorbo», y que hay que «arrinconar el instinto»? Hay, sí, que arrinconar, mutilar y aplastar los malos instintos, esas heces corrompidas de nuestra naturaleza, y los forúnculos espirituales que salen a los artistas resfriados y endebles; pero el instinto en el artista genial es la mano oculta de la Divinidad, que lo lleva por la ruta misteriosa a la escondida veta. Y Sorolla era un gran artista que llevaba dentro su milagro y que veía fuera—en el mar, en el sol, en los niños—un pretexto para ir desarrollando su fuerte temperamento artístico. Sus cuadros ciegan, aturden, marean, como una tarde estival en la marisma andaluza o en la huerta valenciana. Hay que llevarse la mano a los ojos a guisa de visera para que el chaparrón luminoso no hiera nuestra retina. Es un hartazgo, una borrachera, una orgía de tonos vivos y claros, una apoteosis de brillantes facetas. Están llenos de sensualidad y de optimismo.—«¿Quiere usted ver bien a este niño saliendo del baño?»—«Sí, señor.»—«Pues véalo desde aquí, desde la sombra.»

En el estudio de Sorolla. El sátiro y la rosa. «Hay que añadir más luz.»

Luz, claridad, transparencia de cristal, de agua limpia y remanada. Un día, un periodista llevó a Mallarmé una obra para que el



Es en los comienzos del pintor cuando era el ansia de gloria —reposo y paz para su hogar en flor— la preocupación máxima. Sólo los íntimos de Sorolla conocen este retrato nupcial que hoy nos honramos reproduciendo y que contrasta con el que páginas más adelante publicamos.

viejo maestro la leyera. Y la leyó. Y al terminar, Mallarmé cogió y mojó la pluma en el tintero y dijo al atónito visitante: «Joven, hay que agregar aquí un poco de oscuridad.»

—¡Hay que añadir más luz!—nos diría Sorolla si nosotros hubiéramos tenido la dicha suprema de leerle estas líneas.

Hemos visitado el estudio del maestro en una tarde otoñal y fría. Los árboles del jardín lloran la huida del verano. La yedra—símbolo de los arribistas—trepa por las paredes y los bancos de azulejos. Una rosa, rezagada, asoma su blancura de hostia en el macizo de boj, y un sátiro de bronce, subido en una columnata, la mira lascivo, aguardando la noche para el asalto nupcial.

Yo oigo tras de mí: «Pase usted.» Es Joaquín Sorolla, el hijo del gran pintor, que me extiende, solícito, la mano. ¿Qué podría yo decir ahora? Subo las escaleras de mármol. El joven, amable, me señala un sillón.

—¿Quiere usted que pasemos al estudio?

—Sí, señor.

—¿O allá arriba?

—Sí, señor.

—¿Charlamos aquí?

—Sí, señor.

—Bueno, usted dirá—añade Sorolla, alargándome un pitillo. Y no digo nada. Yo derramo la mirada sobre los bargueños, los



Así dejó Joaquín Sorolla su estudio en aquel día aciago en que para siempre se apagó en sus ojos la luz. Bocetos, apuntes, esbozos, retratos inconclusos, son conservados «como entonces» por la piedad y el respeto de la esposa y el hijo, que tal vez sueñan así a que no es verdad que se fué para siempre, que de un momento a otro volverá a requerir la blusa, la paleta y los pinceles para robar su azul al cielo y su oro al sol.

estantes, los cuadros y los bajorrelieves. En una vitrina hay unas grandes mariposas disecadas. Son azules, como un buen sueño de amor. Esas mariposas fueron viajeras infatigables de la huerta, y sostuvieron millares de coloquios con los claveles y las rosas valencianas. Frente a mí hay un cuadro grande, sobre un trípode. Es una mujer que sale del mar con un niño en brazos.

—¡Qué exuberancia de color!— exclamo yo, retirándome, acercándome y volviendo a irme.

—¿Es usted profano en pintura?— me pregunta Joaquín.

—Sí, señor. Afortunadamente.

Su último cuadro. Dos mil obras. La lucha con el obstáculo. Pintando «cuadros de sol». La pintura de Sorolla en Norteamérica.

—El estudio está como lo dejó mi padre al morir—dice el joven Sorolla.

—¿Y qué cuadro trabajaba cuando...?

Yo tajo y corto la pregunta. No quiero decir que ha muerto el maestro. ¿No está entre nosotros? ¿No está aquí su obra, que es, al fin de cuentas, por lo que viven los hombres en el recuerdo de otros hombres? ¿No está aquí el retrato de la mujer de Pérez de Ayala, a medio terminar? ¿Y el de Unamuno? ¿No murió el héroe, como Héctor, al lado de su escudo y su lanza? Porque



En este primer retrato de su nieta, María Sorolla, pintó el mago del color con la máxima ternura, con la mayor complacencia. Un observador perspicaz puede comprender cuánto cariño puso en cada pincelada y cómo, al trasladar las facciones adoradas al lienzo, era como si el abuelo besara a su nieta.

Sorolla cayó con las armas de su paleta y sus pinceles junto al lienzo.

—Trabajaba a todas las horas, en todos los momentos—me dice Joaquín—. Hasta cuando comía dibujaba en la mesa. Tenía sólo esa pasión.

—¿Cuántas obras dejó en casa?

—Entre apuntes y obras mayores ha dejado cerca de dos mil obras.

—¿Quedaba satisfecho de su trabajo?

—Mientras pintaba le gustaba el cuadro en el cual tenía sus manos. Pero al rematarlo se iba a otro y a otro.

—¿Era exigente consigo mismo?

—Mucho. Constantemente se planteaba problemas de pintura. Siempre aspiraba a más. ¡Oh! se enfurecía, cogía rabietas espantosas, se ensimismaba días y días, y se paseaba por el estudio, cejijunto, con los labios apretados! Era la lucha con la dificultad y

con el obstáculo. Pero también sentía el regocijo de la labor acabada y del trabajo hecho a conciencia. Mire usted, en Valencia, se levantaba tempranísimo, y su primera mirada era al cielo. Si estaba limpio de la tizne de las nubes, sentía alegría. Es que podía ir a la playa. Si había nubes se irritaba. Cuando tenía que pintar un cuadro «de sol» escudriñaba el cielo, aguardando que un ramalazo de aire se llevara los flecos de la nubecilla rezagada.

—¿Pasaba mucho tiempo en Madrid?



Antigüedades, libros, platos y jarrones talaverreños... Casa de rancio abolengo español. Y un retrato del hijo de Sorolla presidiendo el rincón del estudio.

—El invierno. Luego iba a Valencia, Sevilla, Granada. También viajaba por el Norte. Estos últimos años, que pintó los frisos decorativos para las salas de las provincias de «The Hispanic Society of América», recorrió España de punta a punta.

—¿Qué impresión produjo en Nueva York su pintura?

—Magnífica. Lo que más entusiasmó a los norteamericanos fué la luz, el aire, el optimismo y la alegría que tenía la pintura de mi padre. Estuvo seis meses en Nueva York y allí le llovieron los encargos. ¡Y redobló su esfuerzo, si eso era posible! Y pintaba un retrato por la mañana y otro por la tarde.

Lo que leía el maestro. «Triste herencia», en Nueva York. Los comienzos angustiosos. Las últimas cincuenta liras. La sagacidad y perspicacia del talento. El secreto de un hombre genial.

El día se acaba, y una luz pobre y cobarde se cuela por los anchos ventanales del estudio. Un criado enciende la luz artificial. En la ancha mesa del estudio están las petacas y las pipas, largas, enormes, del maestro. Sobre un arcón hay montones de la revista *La Esfera*, y en los estantes libros en cuyos lomos leo: *La tierra de María Santísima*, de Más y Prat; *Rubens: sa vie, son ame et son temps*; *Fortuni: su vida y obra*; *Goya: Aguafuertes y caprichos*. Y la señora valenciana, que es en la sala un trozo vivo de historia y que pregonaba el amor de Sorolla a su tierra.

—¿Cuándo le dieron a su padre la primera medalla?

—El año mil novecientos—responde Joaquín—. Se la dieron por el cuadro *Triste herencia*. Este cuadro lo compró un señor norteamericano, y a su muerte lo legó a la iglesia protestante de la Trinidad, en Nueva York. Y allí está.

—¿Fueron difíciles los comienzos de su padre?



Valencia, los pescadores, el Mediterráneo como fondo: escenario eterno del pintor. Una muestra más de su genio, siempre vario e inmutable, como el mar, protagonista de sus más bellos cuadros.

—Sí, señor, muy difíciles.

Al oír estas palabras detrás de mí, vuelvo la cabeza y veo a la señora de Sorolla. Es una mujer amabilísima y sencilla.

—¡Luchó mucho en sus comienzos; mucho!—añade—. En Valencia hacía cositas que vendía por dos pesetas. Y recién casados pasamos una época mala de penurias. Estábamos en Asisis (Italia), y desde allá mandaba mi marido muchas acuarelas a un señor llamado Jover, que vivía en Roma. Este señor reexpedía estos trabajos de Joaquín a Buenos Aires y Chile. Y pagaba bien. Pero surge la guerra de Cuba, retiró el señor Jover los encargos, y nos quedamos en Asisis, ¡con cincuenta liras! Pero de todo nos salvó el esfuerzo y la voluntad de mi marido.

Y agrega, teniendo sus palabras un dejo de melancolía y de tristeza:

—En sus comienzos, Joaquín hizo ilustraciones para libros, retratos y dibujos para *La Ilustración Universal*. Era necesario ganar para vivir y sostener el hogar recién creado. ¡Cómo hemos recordado—dice la señora, suspirando—, en los días de bienestar y de abundancia, aquellos otros de escasez y de agobio! Él se sentía fuerte y lleno de fe y de confianza en sí mismo, y el porvenir demostró que no era vana su creencia.

—El talento—digo yo—tiene tales dotes de sagacidad y de adivinación, que escudriña los más oscuros arcanos. Todos los grandes hombres, aunque no lo di-

gan, saben la fuerza que poseen. Y toda la vida de los seres extraordinarios no es más que una lucha constante por exteriorizar su secreto. Y el secreto de ese hombre que era su marido, señora, está en esos cuadros maravillosos que honran su nombre y su patria. Él pintó el sol y el mar, porque mirando estas magnificencias de la naturaleza se tropezaba con su propio corazón.

J. R.

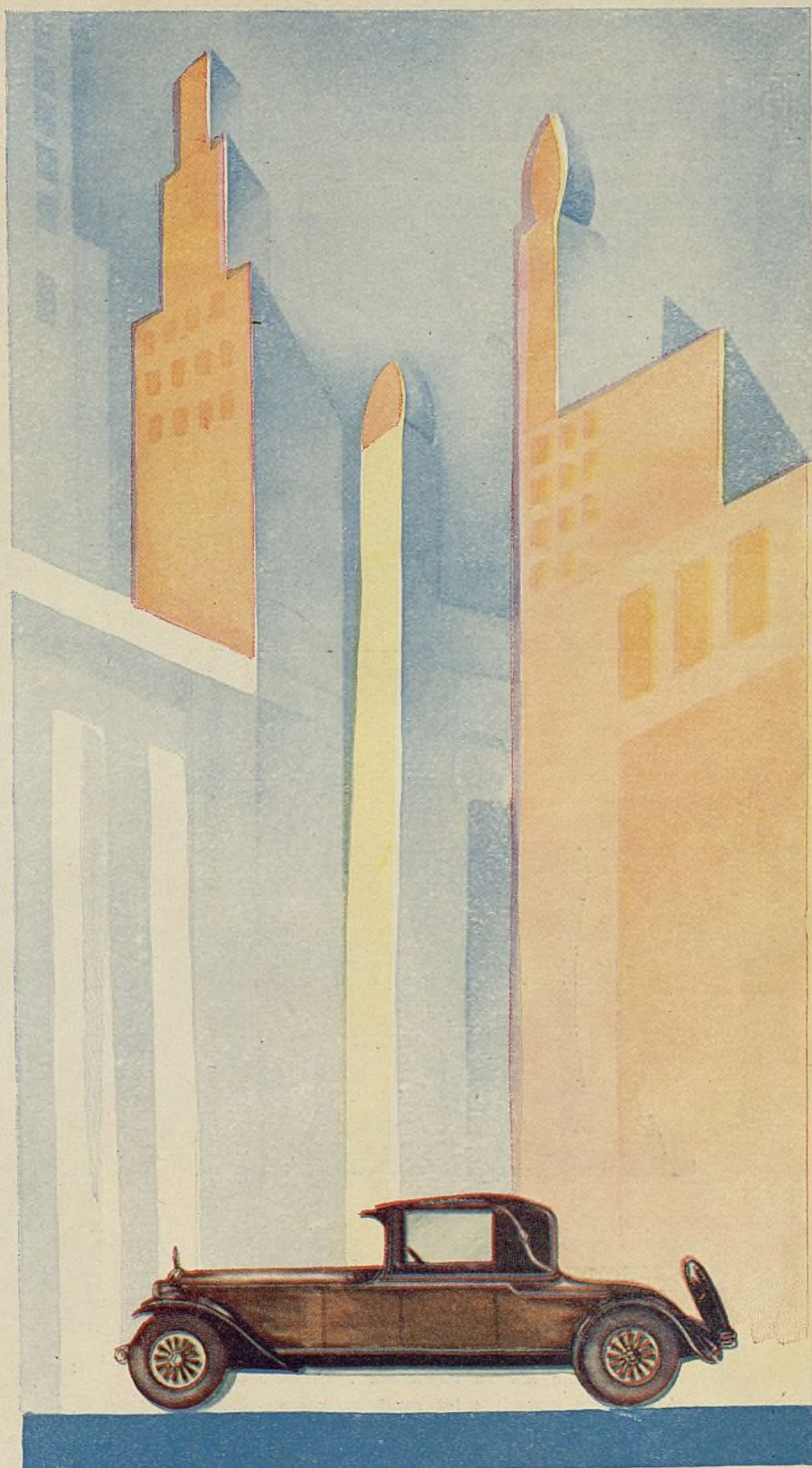


Fotografías de Marín

Pasaron las horas gratas, los momentos dichosos... Queda sólo el recuerdo, la añoranza, el sumirse en el dolor para buscar un consuelo; y la cabeza cana —aureola, prestigio, santidad— de la viuda de Sorolla, junto a los cabellos negros del hijo, piensa en el ayer, en los días felices en que triunfaba el pincel del heredero de Velázquez.



el
8



CYLINDROS
ALCALÁ 69
MADRID
PAIGE

El hombre que se quiso matar...

Conclusión de la novela corta, escrita expresamente para «Cosmópolis» por Wenceslao Fernández Flórez.



Resumen de lo publicado

Ante numerosa concurrencia—de la que forma parte Irene Morera, figura relevante de la ciudad—se dispone Federico Solá a dar su anunciada conferencia sobre «El hormigón armado y las construcciones modernas», pues aspira al puesto de ingeniero en la fábrica de cemento «El Castor» para casarse; pero el conferenciante, enterado horas antes de que le han quitado puesto y novia, en lugar de hablar sobre el tema propuesto, anuncia solemnemente su propósito de suicidarse días más tarde.

La seguridad de que va a matarse le hace gozar de enorme popularidad; los periódicos le interrogan, la gente le teme, se impone a todos. Y cierta mañana, próxima la fecha de su muerte, se encuentra en un jardín ciudadano, contemplando en un banco frontero la belleza de Irene Morera y comparándola mentalmente con Juanita, la novia que hubo de abandonar para casar con un futbolista.



USPIRÓ:

—Sin duda, es una pena marcharse de este mundo ignorando a qué saben los labios de una muchacha hermosa.

Aun no había acabado de pensarlo, y ya estaba en pie. Acercóse lentamente al banco donde charlaban los novios, y se detuvo frente a ellos, tranquilo y natural, paseando complacidamente su mirada por los encantos de Irene.

—Es a un tiempo como una flor y como una fruta—se dijo, para explicarse la simultánea delectación de sus ojos y cierto voluptuoso prurito de sus dientes.

Los jóvenes habían alzado la cabeza hacia él; después se miraron, como para comunicarse su extrañeza, y cortaron su charla. Federico continuó inmóvil, y transcurrieron así algunos segundos de violencia. Irene, al fin, prorrumpió en una risa burlona. Jorge preguntó desdefiosamente:

—¿Qué desea usted?

Solá no contestó. Sonreía felizmente a la vista de la muchacha.

—¿Qué desea usted?—insistió el joven.

Solá le brindó un ligerísimo saludo.

—Es usted muy amable al preocuparse de mis deseos—dijo—; pero nada puede usted hacer para complacerme. Mil gracias.

Con un leve movimiento de cabeza, Jorge Yarza señaló la senda.

—Continúe su camino. Aquí estorba.

—Precisamente nada tengo que hacer en otro sitio que no sea éste. Me he acercado para contemplar mejor a esta señorita; y ahora que la he visto bien, se me ocurren ciertos pequeñitos afanes, tal como hablar con ella, tener sus manos entre las mías, besarla, quizá...

El galán se puso en pie bruscamente:

—¡Si usted no fuese un loco...! ¡Márchese!

El hombre que se quiso matar

—Si yo no fuese un loco..., ¿qué? Porque no soy un loco. Nunca he visto una mujer tan hermosa, y me satisface estar cerca de ella. Puede usted quedarse; no me molesta, porque no me importa. Pero si le causa a usted enojo, váyase.

Yarza alzó su mano. Federico dió un paso atrás y llevó la suya al bolsillo del revólver.

—No, eso no. Traumatismos ridículos, de ninguna manera. Dejar que usted ahora me hinche un ojo o me salte un diente cuando me voy a matar pasado mañana, sería estúpido. Debe usted comprenderlo. Un hombre que aun espera vivir muchos años puede andar con la nariz hinchada de un puñetazo. Yo, no. ¡Ea! Si a usted le parece excesiva mi conducta, no quedan más que dos caminos: o me mata usted, con lo que me ahorra una molestia, o le mato yo, lo que no me fatigaría mucho más que suicidarme. Pero bajarnos el estómago a puñadas es poco serio. Yo no podría, con la risa...

Jorge, pálido, crispaba con ira sus manos.

—Conque... decídase. ¿Le mato o me mata?

—¡Jorge, Jorge!—gimió, aterrorizada, la joven.

—¡Es usted un canalla!

—Quiere decirse que tendré que matarlo yo—resolvió Solá, moviendo lentamente su brazo como si fuese a extraer el revólver.

—¡Jorge!—chilló la enamorada.

—Espera, vidita—aconsejó él, ya lívido—. Este hombre es un loco, y hay que ponerle a buen recaudo. ¿Dónde están los guardias? Nunca se ve un guardia cuando es preciso... voy a buscarlos. Ya verás después... Tú grita, cielito, grita mucho mientras yo vuelvo.

Se alejó con prisa, casi corriendo, por las veredas del jardín. Por un instante, la decepción triunfó sobre el miedo de Irene; pero cuando Federico dió un paso hacia ella, se irguió, temblorosa, apercibida a huir.

Él sonrió:

—Tranquílcese usted, señorita. Espero que habrá adivinado que no traigo arma alguna. Sólo el que quiere atracar o defenderse lleva armas, y yo no estoy en ninguno de esos dos casos.

Balbució ella:

—¿Qué pretende usted?

—Esto, nada más. Verla..., oírla... No tenga usted ningún temor. Para que compruebe usted que soy franco, le diré que, al acercarme, tenía otras intenciones. La había estado contemplando a usted desde un asiento que hay detrás de aquellos rosales... Pero, siéntese..., no tema; no soy ningún loco; se lo aseguro; soy, apenas, un desgraciado... Bien; pues la he estado contemplando, y lo primero que pensé de usted fué esto: «esa señorita debe cultivar algún deporte; tiene unas piernas maravillosas».

—¡Oh! ¿Cree usted que está bien hablar así a una muchacha? Practico el *tennis*, pero eso no le autoriza...

—Discúlpeme, pero..., ¿por qué muestra usted un tema vedado, hasta más arriba de las rodillas? En fin, continúe mirándole a usted y reconozco que toda su figura era maravillosa de elegancia...

—Es usted un atrevido, caballero. Aparte de que... con este traje que traigo hoy no se puede decir eso... Uno que me entregaron ayer no me está mal..., es la verdad...; el de ahora, no...: sencillito..., nada...

—Discrepo. Además, ese color blanco acentúa la malicia de sus grandes ojos azules y de su pelo rubio.

—¡La malicia! Es la primera vez que lo oigo. Todo el mundo habla de la candidez de mis ojos. En *El Progreso* se han publicado algunas poesías acerca de este asunto, y *El Progreso* se jacta de ser el periódico mejor informado de la región.

—Usted sabe perfectamente que se equivoca. Lo que acaso no sepa es que nada hay tan temible y tan encantador como una rubia maliciosa. Casi todas las morenas presumen de mujeres fatales, y esto las hace

enojosísimas, así como casi todas las rubias se dan aires de ingenuas. Una rubia traviesa sabe a algo así como... como a divinidad profanada.

—Creo que ha dicho usted una atrocidad. Pero, ¿qué intenciones fueron las que le han empujado a cometer todas estas incorrecciones?

—Pues..., francamente..., cuando vine hacia aquí, señorita... ¿señorita qué?

—A usted no le importa si yo me llamo Irene o me llamo de otra manera.

—Perfectamente. Cuando vine hacia aquí pensaba acercarme a usted, retenerla en mis brazos y darle un beso.

—¡Qué escándalo!

—Un verdadero escándalo... desde su punto de vista de usted. Si accede a examinarlo desde el mío, comprobará que no habría en ello nada reprochable.

—¿Cómo se atrevería usted a justificar esa acción indigna?

—Sin más que alegar mis excepcionales circunstancias. Ya sé que el beso de una mujer debe conquistarse con amabilidades, con galanterías, con seducciones...

Pero... yo me voy a matar el domingo. No tengo tiempo para trabajarla a usted...

—¡Trabajarla...! ¡Qué abominación!

—Óigame, Irene; tampoco tengo tiempo para rebuscar eufemismos. No proteste más contra mis palabras; saboree la rara franqueza que le brindan y déjeme seguir. Piense usted que cada una de mis horas representa lo mismo que un año para usted.

—¿Y por qué ha de matarse?

—Eso no le importa.

—Pero..., ¿de veras se va a matar usted?

—Míreme a los ojos.

Se miraron unos segundos. Irene bajó la cabeza, desconcertada o conmovida. Después dijo:

—Es tarde para mí. Usted debe marcharse también. Jorge puede volver con los guardias.

—Jorge no volverá. La acompaño.

—No.

—Sí.

—Usted es un hombre insostenible, y estoy disgustadísima por su conducta.

—No me importa. Su enojo contra mí no puede durar más que dos días.

Aun protestó Irene, pero toleró la compañía de Federico, diciéndose en voz alta que, por fortuna, su casa estaba próxima. Y, en efecto, al salir del parque se la mostró a Solá. Era un *chalet* rodeado de

jardines, que proclamaba a un tiempo la riqueza y el mal gusto del señor Morera.

—Quédese aquí—rogó la joven.

—Bien. Desde aquí la veré entrar.

—Adiós.

—Adiós.

Ni aun intentó él estrecharle la mano. Vaciló Irene como si fuese a hablarle, pero se rehizo y marchó. Solá la vió, arrogante y armoniosa, empujar la entreabierta puerta del jardín y perderse entre el verdor, sin volver la cabeza. Todavía esperó. Tres minutos después se abrió una de las ventanas laterales, y la rubia cabeza, avanzando con el pretexto de sujetar las persianas, se incendió de sol.

—Ahí está su cuarto—pensó Federico.

Miró atentamente algún tiempo más y se alejó, diciéndose:

—Nada más fácil que escalar esa ventana. La examinaré mejor por la tarde.

IV

A la hora de la siesta, Solá fué a pasear en torno a la casa de Irene. Una dulce felicidad le emperzaba; tenía como la sensación de gozar la delicia de un baño tibio, y por primera vez en su vida todos sus deseos estaban apaciguados, porque le parecía que todos los podía cumplir. Le era posible en aquellas horas comprobar que en torno al espíritu de los hombres hay—como burda estameña en contacto con una piel



El hombre que se quiso matar

de manos y sumiso a miles de voluntades ajenas. Es el revolverse de nuestras sinceras voliciones; el poso amargo y venenoso de muchos renunciamentos. Es saber que el amplio cielo de nuestra libertad no es más que una pintura en el techo de nuestra celda.

Y él se había librado de aquella esclavitud. Casi no deseaba nada, satisfecho con pensar que todo le era más fácil. Ahora mismo contemplaba el *chalet* del señor Morera y se decía que casi con la misma tranquilidad con que hacía penetrar su mirada hasta el penumbroso interior de la habitación de Irene, podría él aquella noche, si así lo deseaba, escalar la no muy alta ventana, apoyándose en los adornos y resaltes en que era tan pródiga la construcción, y turbar con su presencia el sueño de la joven.

Dejóse llevar por esta imaginación voluptuosa. Estaba seguro de que el latir de sus arterias no se alteraría apreciablemente. Había vencido el temor máximo, el temor al no ser, y lo que ante otro hombre aparecería como gravísima transgresión, para él era apenas un juego tentador y delicioso.

Al otro lado del alto seto vivo por entre cuyas ramas miraba, sonó, casi sobresaltándole, una voz de mujer:

—¿Continúa usted estudiando las construcciones de cemento?

Y vió entre las hojas de mirto el bello rostro de Irene.

—Buenas tardes—contestó él, apartando las ramas—. Puedo decirle sin engaño que la culpa de que yo esté contemplando esa horrible casa es de usted.

—No creo que a mi padre le gustase mucho oír esas palabras—comentó ella, riendo—. Pero, en todo caso, ¿no le parece un poco informal que se dedique a cultivar la galantería un hombre que..., un hombre que se halla en las condiciones de usted?

Y en seguida, como si temiese haber sido demasiado cruel, se apresuró a referir:

—Óigame... Jorge me ha hablado por teléfono. Temía que usted me hubiera asesinado.

—¿Para qué?

—Naturalmente, ¿para qué? ¿Sabe lo que le dije?

—No.

—Le dije que no volviese a presentarse delante de mí, porque su conducta fué la de un cobarde. Me abandonó completamente a la..., a la excentricidad de usted, y eso no podré perdonárselo nunca.

—No me admira. Una mujer lo perdona todo, hasta las mayores faltas, menos las de valor, que, sin embargo, no tienen la menor importancia. Es una prueba de su arraigado espíritu conservador. A mí su novio me parece un buen muchacho.

—No le he pedido a usted su opinión, ni me importa.

—¿Y cree usted que me importan a mí sus escaramuzas sentimentales?

—Probablemente; pero, de cualquier manera, no he sido yo quien se ha acercado a usted.

—No tenía nada que hacer esta mañana.

—¿Y ahora?

—Ahora, tampoco. Estoy aquí como pudiera estar en cualquier otra parte.

—Desde luego; a pesar de que hace tres horas afirmó usted que yo era la mujer más guapa que había visto.

sensible—una túnica de asperezas trenzadas con hilillos de ansias innumerables. El escozor diario de la vida, esa inquietud indeterminada, ese afán impreciso que se opone a la euforia, eso decimos: «debiera ser feliz, pero algo lo impide...», no es más que la sensación subconsciente de saberse mirado por miles de ojos, de saberse retenido por miles

—¿Y qué es eso?

—¿Cómo qué es eso?

—Quiero decir: ¿qué importa que durante cierto número de años de su vida usted pueda lucir unas facciones aproximadamente conformes con el gusto general? Me parece que está usted demasiado satisfecha de sí misma, y temo que esto la haga insufrible. Debía reflexionar acerca del innegable ridículo que hay en la actitud de una persona que se dedica a pasear una nariz correcta o unas pestañas grandes, mirando por encima del hombro a los demás mortales y dando a entender orgullosamente: «admiren esta pequeña protuberancia con la que respiro y estornudo; maravíllense de cómo han crecido estos pelitos que tengo en los párpados para evitar que entren cuerpos extraños en los ojos...» Comprenda que es demasiado trivial.

—Hace mal en tratarme tan duramente—dijo—, porque yo siento simpatía hacia usted.

—No hago otra cosa que decirle lo que es verdad. En cuanto a su simpatía, obedece tan sólo a que he hecho correr a su novio esta mañana. Desde el principio del mundo, la mujer experimenta una irresistible atracción hacia el más fuerte.

—Es que me da usted pena.

—Sí; usted piensa: «qué lástima que no siga viviendo este hombre tan dispuesto a perder la vida».

—No, no es así... Me ha impresionado usted esta mañana... A decir verdad, desde que le oí a usted en el Círculo el otro día... «Debe sufrir mucho este hombre», me dije. Voy a confesarle una cosa... Después de separarnos, medité: «Si yo supiese que, en verdad, le gustaba tanto..., como, al fin, se va a morir y... no lo había de contar a nadie..., le dejaría que me diese un beso...». Ya ve usted...

Cogió él la mano que arrancaba maquinalmente hojas de mirto, y atrajo a la joven.

—En la frente...—avisó ella, un poco enrojecida, ya con la cabeza junto al hombro de Solá.

Pero él la besó en los labios jugosos.

—¡En fin...!—se resignó ella—. ¡Ya que usted se matará el domingo, apenas tendré tiempo de avergonzarme!

—Dos días.

—¡No se mate usted!

—Es inevitable.

—Pero... ¿por qué?

—Porque estoy cansado de vegetar estúpidamente, porque ningún placer de la vida ha sido ni puede ser mío, porque no tengo un cé-

cimo, porque jamás supe lo que era un amor feliz...

—Pero aun es posible que le quieran a usted. En cuanto al dinero..., ya vendrá..., usted aun es joven...

—No..., ya no espero más. Le aseguro que estoy contentísimo de marcharme.

—Bien..., mire usted...: si el lunes vuelve usted por aquí, el lunes permitiré otra vez... ¡pero en la frente!

—Si el lunes volviese por aquí, sería ya para usted otro hombre distinto y vulgar. Usted procede y habla así hoy por lo que voy a hacer pasado mañana.

—Pruébelo.

—No tengo el menor afán.

—Ofrezca, al menos, que hablará conmigo otra vez.

—¿Para qué? Ya basta. Nada de lo que usted puede ofrecerme me interesa, porque yo, si quiero, puedo arrebatarme mucho más. Un hombre resuelto a morir no pide: toma.

—Pero un cariño no se toma.

—Tampoco lo busco. No creo en ellos. Adiós.

Separóse del seto. Irene abrió el flexible ramaje para gritar:

—¡Le esperaré mañana!



El hombre que se quiso matar

V

Leía indiferentemente un diario de la aburrida ciudad. Su atención se acrecentó un momento ante esta ejemplar noticia:

«*Rasgo de honradez.*—Nuestro ilustre y respetable amigo el acaudalado propietario y senador del Reino D. Evaristo

Argüelles, jefe del partido conservador de esta provincia, ha dado ayer una nueva, aunque innecesaria, prueba de la rectitud de sus sentimientos y de su acrisolada honorabilidad.

«El insigne hombre público, de cuyas costumbres democráticas tienen mucho que aprender los que blasonan de liberales, había prescindido de su magnífico automóvil y viajaba en el tranvía de la Estación, acompañado por dos amigos.

«Cerca del cruce de la calle Larga con la de San Manuel, el cobrador del tranvía, llamado Jerónimo González, le entregó al señor Argüelles ochenta y cinco céntimos, sobrante de una peseta, descontado el precio del billete. Nuestro querido jefe se negó a aceptar aquel dinero, diciéndole lealmente:

«—No es mío. Tengo pase general para toda la línea.

«Un segundo más tarde, el obrero alpargatero José Pérez, que viajaba en la plataforma posterior, reclamó aquella suma, que le fué religiosamente entregada, después de oído el testimonio de dos personas que le habían visto entregar al cobrador una peseta.

«El rasgo de honradez del señor Argüelles ha sido muy elogiado, y es la mejor respuesta que puede darse a la campaña que han emprendido algunos elementos acerca de la conducta de nuestro ilustre amigo en el asunto de la suspensión de pagos del Banco Local, culpándole de haberse quedado con los ahorros de los pobres.

«¡Que aprendan las izquierdas!»

Esta lectura consiguió hacer asomar una sonrisa al rostro preocupado de Solá. Aquella mañana había sostenido con Irene una conversación telefónica tan larga que la Central preguntara cinco veces «¿Terminó?», y para evitar que cortasen la comunicación, Federico tuvo que decir a la telefonista que él era el hombre que se iba a matar al día siguiente y que no le importaba absolutamente nada, sino que más bien le procuraría placer, plantarse de un salto en la oficina telefónica y electrocutar a todas las señoritas.

Irene fué la que llamó al joven, y en la última parte de la charla parecía éste singularmente irritado. Un coronel que tuvo que esperar media hora a que abandonase el aparato y que estaba admiradísimo de que se le tratase con tan escasa consideración, pudo oírle decir estas frases:

—No me importa que su padre consienta... ¿Que la hizo...? ¡Ah!... ¿Que le hizo usted llorar? Su padre es un cursi... ¡Oiga!... Ya le he dicho que no... ¿Usted cree que habla con un cazador de dotes?... Soy un suicida con vergüenza... ¡déjeme en paz!... Bueno, pues... no pensaba escribirle al juez, pero lo haré para decir que me corten un rizo y se lo manden... ¡sí, más resuelto que nunca, y adiós; no quiero oírlo!

Así terminó aquel diálogo. Pero es la verdad que la entereza de Federico quedó agrietada. Cuando volvió a su cuarto paseó malhumoradamente. Por primera vez desde que había tomado su trágica decisión, ésta flaqueaba, y una voccecita comenzaba a abogar, tímidamente aún, dentro de él por los encantos posibles en la vida. Pero su razón desgajaba a hachazos los brotes de aquella vacilación.

—Cierto que esa chiquilla es un encanto—se decía—; vale más que doscientas Juanitas... Y parece resuelta, porque... haberle hablado a su padre de una idea tan disparatada como la de casarse conmigo... Pero esto mismo demuestra que es excesivamente voluntariosa... ¡Claro: hija única...! Y no lo puede hacer por amor; le ha impresionado mi audacia, el desenfado con que la maltraté... ¡Oh, las mujeres son masoquistas! El Jorge ése la tendría empalagada con sus sentimientos amengados... También se querrá hacer la santa, salvando una vida. Y después, cuando yo diga: «aquí estoy, resuelto a pasarlo bien y a engordar diez kilos», se arrepentirá. Aunque yo he aprendido mucho en estos días; creo que ahora sabría andar mejor por el mundo... No... y, ¿por qué no me ha de querer a mí una muchacha que era novia de aquel idiota? Pero..., de cualquier manera, yo no soy un tipo capaz de vivir a costa de mi suegro. Estaría después más asqueado que ahora mismo... ¡Nada; no queda otro camino! Mañana por la noche, será... Entretanto, vivamos sin demasiadas preocupaciones.

Siguió leyendo el diario, interrumpiendo su monólogo interior, entremezclándolo con las noticias sin interés y los comentarios sin agudeza. Pero, súbitamente, un epígrafe que se destacó en la segunda plana, como anulando el resto de la composición tipográfica, le conmocionó en una sacudida. Solivióse en su asiento. En negros y grandes caracteres había leído: «La cogida de Belmonte». Y después, algunas líneas en las que se contaba cómo un toro, cuyos pelos y señales se consignaban escrupulosamente, había causado, en una ciudad próxima, al famoso diestro heridas de no mucha importancia, pero que le impedirían torear en un mes. El periódico escarnecía la memoria del cornúpeto con di-

versas injurias y anunciaba el nombre del espada que sustituiría a *Terremoto* al día siguiente en la primera corrida de ferias.

Solá volvió a leer la noticia; luego sacó maquinalmente su pitillera; la volvió a guardar y permaneció un momento profundamente abstraído.

—Se ha abreviado el plazo—murmuró, al fin—. Es decir, que... hoy mismo...

Súbitamente animoso, se alzó y comenzó a guardar en su baúl, sin demasiadas precauciones, los objetos de su uso que estaban dispersos en su habitación. Silbaba, mientras tanto, un airecillo zarzuelero. Detúvose un instante con el llavero en la mano para indagar si algo se había sustraído a la requisitoria, y cerró con dos vueltas la no muy lujosa caja de fibra vegetal.

—Ya está—se anunció a sí mismo, con igual tranquilidad que si se dispusiese a tomar el tren para la corte.

Y siguió silbando. Pero no pudo resistirse al impulso que le incitaba a comprobar otra vez la noticia que hacía inútil su espera; y nuevamente hojeó el periódico, con absorta expresión. «La cogida de Belmonte»... «*Rasgo de honradez*»... «*Notas municipales*»... Vagaba su mirar por los epígrafes... De pronto cambió la expresión de su rostro. Se vió en él el relámpago de una idea; luego, la sombra de una cavilación... Tornó a pasearse por la estancia, monologando:

—Naturalmente..., si los motivos cesasen...; si yo consiguiese también...; si además del amor de Irene... En ese caso... ¡Probemos!

Cogió su sombrero y se lanzó presurosamente a la escalera.

Quince minutos después se encontraba en el lujoso vestíbulo de la casa del senador vitalicio señor Argüelles.

—Dígale a don Evaristo, —rogó a una criada que llevaba una cofia con la misma gracia que si la hubiese puesto a secar en el pelo— que se trata de una cuestión que le interesa mucho.

Desapareció y volvió a aparecer la cofia.

—Pase usted.

El señor Argüelles se le mostró con todo su aparato escenográfico. Una chaqueta de casa, con vueltas de color marrón, cruzaba sus cordones de seda sobre el vientre, crecido en los largos reposos de las sesiones parlamentarias; en la meticulosidad con que sus escasos cabellos cubrían los parietales se adivinaban las ideas de orden y el instinto de las jerarquías que anidaban en el cerebro; las manos regordetas jugaban con una plegadera artística, regalo de un protegido; la mesa escritorio era, naturalmente, una mesa-ministro; en las paredes se destacaban varios pergaminos nombrando hijo adoptivo de tal o cual villorrio al señor Argüelles, y aunque en menor número, diversas planchas de plata con expresiones de gratitud, firmas y adjetivos ditirámicos.

Don Evaristo estudió a su visitante con mirada de hombre conocedor de los pedigríes.

—Usted dirá—gruñó, sin mandarle sentar.

Pero Federico se acomodó frente a él en una de las sillas de cuero regaladas por el municipio de Villafal.

—Señor mío—comenzó—, crea que siento distraerle a usted de sus ocupaciones...

El ilustre hombre hizo un gesto con el que más bien parecía querer dar a entender que también él lo sentía, y que, por otra parte, no daba el menor crédito a la lamentación de Solá.

—Es probable que usted no me conozca—siguió éste.

—Me parece recordar. Usted es...

—El conferenciante del Círculo. He tenido el honor de verle a usted entre mis oyentes.

—En efecto...

—Siendo así, ya estará usted enterado de mi decisión de..., de dimitir la existencia mañana mismo.

—He oído algo.

—Es una suerte para mí. Pues bien; herido Belmonte, ya no hay razón alguna de que yo aguarde hasta mañana. Así que..., hoy es el día... ¿entiende usted?... Quiero decir que no esperaré a más para suprimirme.

El señor Argüelles tecleó en la mesa con sus dedos, en los que lucía un magnífico brillante, regalo de la Sociedad «Traída de Aguas».

—Bien, señor—habló—; pues... mucho gusto... Es usted muy amable por haber venido a despedirse...

—Da gusto hablar con un caballero tan comprensivo como usted, señor Argüelles; pero óigame aún unos minutos, que tengo que decirle algo que acaso le divierta.

—Antes de continuar...: ¿no estará usted loco?

—No, no; mi palabra de honor.

—Continúe, entonces; pero procure ser conciso—ordenó don Evaristo dirigiendo una mirada al excelente reloj de pared, obsequio de la Junta de Obras del Puerto.

Federico se acercó más a la mesa.

—Como ya le he dicho—explicó con calma—me mataré hoy; es cosa resuelta. No tengo parientes a quienes avisar, ni bienes de que disponer, ni novia a la que escribir una carta romántica. Así, mis preparativos de marcha quedan reducidos a lo absolutamente elemental. Es una ventaja, ¿verdad?

Argüelles asintió con un rápido gesto.

—Es una ventaja, sin duda. Le felicito.

—Muchas gracias. Mis preocupaciones, por lo tanto, no se refieren

El hombre que se quiso matar

fecto es el de la sociabilidad. En Madrid era yo el que acompañaba a todos los amigos hasta su domicilio cuando se retiraban de la tertulia, y nunca he comprendido a esos señores que buscan un departamento del tren que vaya vacío. Comprenda usted que ha de ser para mí un martirio espantable esa larga excursión hasta... no sé dónde, por lugares que me son completamente desconocidos, y solo. Hasta el día del Juicio, en que todos hemos de ser interrogados, no tendría con quién hablar.

—¿Y qué?

—He pensado procurarme un compañero de viaje.

—¿Un compañero de viaje! No entiendo bien. ¿Cómo puede ser eso?

—Matando, medio segundo antes que a mí mismo, a otra persona. Pero no a un cualquiera. Nada habría más enojoso que soportar durante todo ese tiempo la charla insustancial de un botarate. Necesito una persona culta, formal, respetable, un espíritu exquisito del que pueda aprender algo. Naturalmente, he pensado en usted.

El señor Argüelles dió un salto en su sillón y miró rápidamente hacia la puerta, oculta bajo unos magníficos reposteros que habían pertenecido a la Diputación provincial.

—¡Esto es demasiado!—protestó.

Y extendió su brazo hacia el timbre. Pero Solá le contuvo con un ademán.

—No intente llamar, don Evaristo; sería inútil. Mi decisión está inquebrantablemente adoptada.

—¿Habla usted en serio?

—Sí; ¿qué otra persona de mayores merecimientos hay en la ciudad? Usted es un hombre ilustre...

—¿Cómo ilustre! ¡Pero eso es una tontería! Ilustre por manejar unos cuantos municipios, por haber conseguido una plaza de senador vitalicio.

—Usted es un hombre culto...

—¡Hombre de Dios! ¿Culto yo? ¡Vamos...! Siento que no esté aquí cualquiera de mis pasantes para que le cuente a usted... Ellos son los que me preparan los discursos.

—¿Cuánta modestia, señor Argüelles!

—¡Al diablo la modestia! Le aseguro que hace usted un negocio estúpido eligiéndome como compañero. En cuanto hubiese acabado de insultarle por el desavío, ya no tendría nada más que hablar. ¿Por qué no se lleva usted al director de *El Progreso*? Le han premiado en dos Juegos Florales.

—Los periodistas son muy entremetidos.

—Entonces..., el rector del Instituto...

—Será un pedante.

—Puedo presentarle a usted a varios amigos...

—Completamente inútil, señor Argüelles. Me he procurado mis informes y sé que no hay en todo el pueblo un hombre más importante que usted. Para mí será un placer y un orgullo viajar en su compañía. Así que..., cuando usted guste...

El insigne hombre público se enjugó la frente con su precioso pañuelo de seda, regalo de una sobrina pobre.

—Espere usted—balbució angustiosamente—. ¡Caramba, es usted demasiado terco...! Parece mentira, porque...

Además..., ¿para qué quiere usted matarse?

—Podíamos hablar de eso después, por el camino... ¿No ha oído usted lo que dije en el Círculo? Soy pobre, he fracasado siempre, estoy cansado de vivir...

—¿Qué majadería!

¡Un hombre como usted..., un joven simpático..., declararse vencido...! Eso no puede ser... Hay que dar tiempo a la vida... Crea usted que me apena muchísimo... Si yo pudiera hacer algo... ¿Tiene usted alguna carrera, alguna profesión?

—Soy arquitecto.

a lo que dejo aquí, sino a lo que voy a encontrar allá. No crea usted que me refiero a premios o castigos. Eso sería, a su hora, inevitable. Yo lo que temo es al viaje.

—¿A qué viaje?

—A ese viaje que dicen más largo que ningún otro. Mire usted: la verdad es que si yo tengo arraigado algún de-

—¡Pero, por Dios! ¡Magnífica cosa! ¿Y está desesperado...? Un arquitecto no se mata nunca, joven; un arquitecto construye casas, construye palacios, gana dinero, lucha...

—Nunca tuve ocasión de edificar más que un garaje, y se hundió. —Bueno, porque los garajes..., ya se sabe...; pero no hay que desesperar... Me gustaría alentarle a usted; siempre he protegido a la juventud...; todo el mundo puede decirlo. Mis sobrinos son apenas unos mozalbetes, y todos están bien colocados... Para que vea usted cómo soy, uno de ellos tenía dieciséis años cuando quedó vacante...

—Señor Argüelles, su conversación es tan amena que estoy encantadísimo de la elección. Únicamente, si usted me cuenta ahora la divertida historia de su familia, restaremos un tema importante para después...

El eminente político rebulló en su asiento.

—Es que yo quería decirle... Escúcheme usted: el arquitecto provincial está próximo a jubilarse. Ha robado tanto que ya le aburre. Precisamente estaba yo preocupadísimo buscando alguna persona competente a la que hacer nombrar en su puesto. ¿Quiere usted ser esa persona? Buen sueldo y... abundantes negocios.

—¿Poco más o menos...?

—Su posible antecesor se hizo rico en cinco años.

—Don Evaristo, me he encariñado hasta tal punto con la idea de descansar para siempre...

—¡Hay que luchar, señor mío!

—Será para mí un sacrificio tan duro...

—¡Ea; usted es joven y fuerte!

—Y... ¿dice usted que... eso sería hoy mismo?

—¿Cómo hoy...? Ahora mismo. En la Diputación provincial mando yo; mi palabra es ya el nombramiento.

—En fin..., se obstina usted con tal ahinco...

—¿Qué...?

—Que acepto.

El señor Argüelles ahogó un suspiro de liberación. Solá se puso en pie.

—Podiera ocurrir—dijo—que tropezase usted con sus propias vacilaciones en cuanto yo me marche. Acaso sus doctrinas políticas, su concepto del orden social, le muevan a avisar a la policía o a los loqueros en cuanto yo esté en la calle. Hágalo sin escrúpulos. Todo me es igual. Pasados unos días, unos meses, unos años, cuando me dejasen, yo vendría a buscarle a usted para ese paseo...

—Está dicho ya, señor arquitecto provincial... Vaya usted tranquilo.

* * *

Media hora después, en el jardín de la casa de Irene, Federico, que acaba de aceptar un abrazo y un puro de la Habana, del señor Morera, se ha detenido para mirar en su torno con una beatífica expresión. La joven le contempla con esa luminosa y magnífica mirada de amor que sólo dura el primer mes de relaciones. Y él dice:

—Tu padre es una buena persona, Irene, y esta casa no es tan cursi como me pareció ayer. En este cambio de opiniones advierto, mejor que en otra cosa, que me he vuelto a dejar unir fuertemente a la reata humana. Durante cinco días fui un ser superior, sólo por haber hecho fría renuncia de la vida. Es muy curioso

comprobar que en el amor a la vida descansa absolutamente todo el funcionamiento social, y que nada puede otorgar un poder tan grande como decidirse a prescindir de ella. Para el hombre que ya dé por perdida su existencia, casi nada es difícil en el mundo. Es una gran verdad y... nadie la practica. ¿Te explicas tú por qué, estando todos condenados a muerte, no haya más gente que, como yo, quiera comprobar la fuerza inmensa que se halla en ese renunciamiento? No hay más que un obstáculo para que la vida sea feliz, y es lo mucho que nos importa la vida.

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ.





Las tres principales figuras femeninas de «El Mikado»—la obra de Winthrop Ames a que alude nuestro corresponsal neoyorquino Gustavo Davidson—están encarnadas en Suissabell Sterling, Lois Bennett y Betina Hale, que no han sido muy escrupulosas en la caracterización, tal vez por no desfigurar sus bellos semblantes.



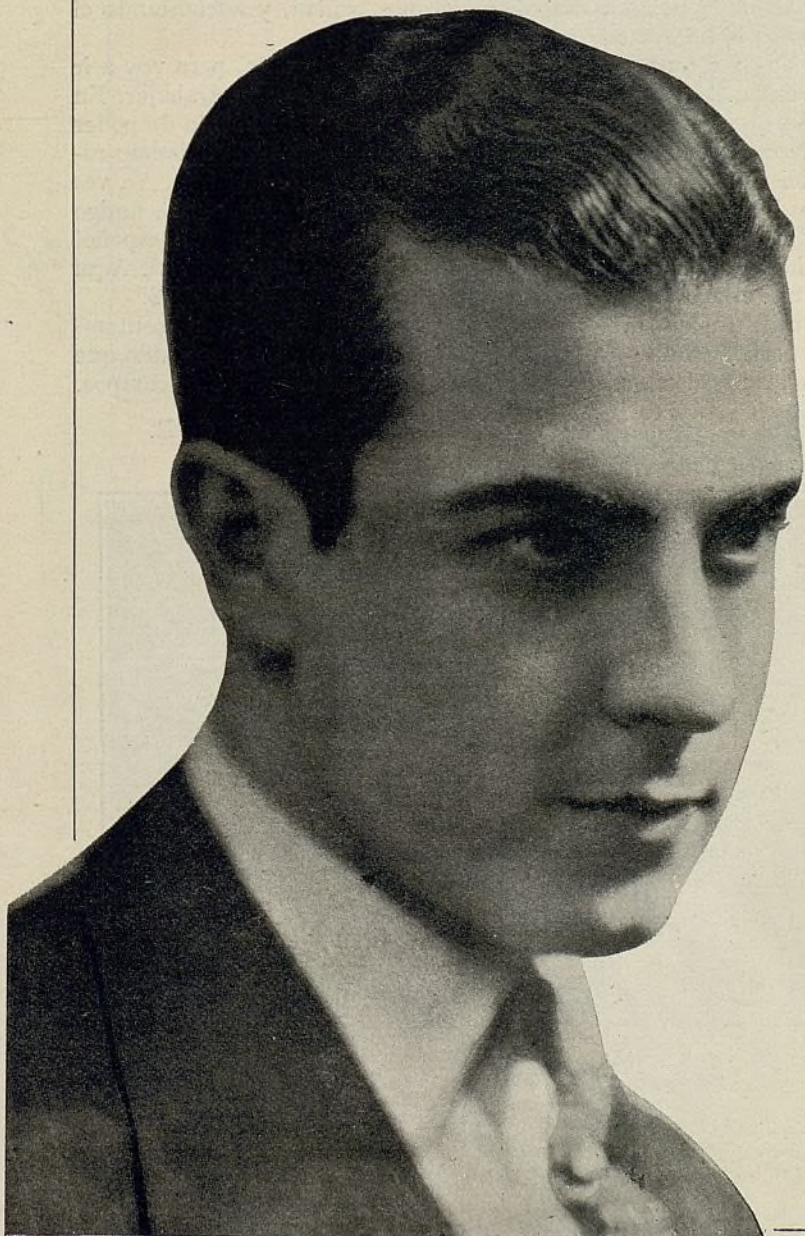
Tampoco—como sus compañeros de trabajo—William C. Gordon, Fred Wright y J. H. Duffey han perdido su sello de anglosajones por el maquillaje para interpretar «El Mikado». Por eso, más que «Poon Bah», «Ko-Ko» y «Pish Tush», personajes que les encomendaron, parecen unos «dandys» de la Quinta Avenida, disfrazados.



FIGURAS DE LA PANTALLA

RAMÓN NOVARRO VENDRÁ A ESPAÑA EN LA PRIMAVERA PRÓXIMA

¿Casado, soltero o fraile?... La risa de un «as» —Tres mil cartas semanales.—Las preguntas y la publicidad.—«Yo quiero ser tenor de ópera».—Algo sobre «Ben-Hur».—El teatro familiar.—Actor, autor, empresario, intérprete, escenógrafo y tramogista.—Caracterizado de profesor.—«Omar Kayyan» y «El prisionero de Zenda» —«Todo el romanticismo del mundo está en España».



Es cierto, como se murmura, que proyecta retirarse de la pantalla y sepultarse en un convento?... ¿Recibe muchas propuestas matrimoniales?... ¿A cuántas cartas asciende su correspondencia diaria?... ¿Lee y contesta alguna?... ¿Qué aspira a ser?... ¿Cuáles son sus aficiones?... ¿Qué otras aptitudes tiene?...

Ramón Novarro, el galán triunfador por quien hoy suspiran tantas muchachas en las cinco partes del mundo, sonríe ante la avalancha de preguntas con que le acojo. Humea entre sus dedos un cigarrillo, lanza al aire una bocanada azul, y con encantadora franqueza, con rapidez de pensamiento y expresión, en un inglés excelente—que ayuda a ser mejor su leve acento mejicano—me contesta:

—¡Calma, calma!... Vamos por partes: ni intento retirarme del arte mudo ni abrigo el propósito de recluirme en ningún monasterio. Tengo tres hermanos en conventos, cosa que es un buen porcentaje para una familia de diez personas. ¿Matrimonio?... Bueno. ¿Quiere usted que hablemos de otra cosa?... No digo que no me case... algún día; tampoco afirmo que no esté enamorado, pero prefiero abstenerme de confidencias íntimas: el matrimonio es un asunto demasiado serio, y para que salga bien hay que andar despacio, con mucho cuidado, sin desviar la atención de él. Y ahora no tengo tiempo de consagrarme por entero a ese problema.

—Pues muchas anhelarán que llegue ese instante en que pueda estar un poco más desocupado...

Vuelve a sonreír Novarro. Sabe que es su éxito, su arma, esa sonrisa, y la esgrime con frecuencia, sea quien fuere su interlocutor. La alegría del vivir—signo inequívoco de triunfador—retoza en sus ojos pardos.

—Sí—prosigue—. He recibido innumerables propuestas ma-

*Saludo a los lectores de la
revista "Cosmopolis"*

Ramón Novarro.

trimoniales de todos los rincones del mundo civilizado. Solteras, viudas y divorciadas, viejas y jóvenes, pobres y ricas, todas las clases de mujeres se han dirigido a mí, haciéndome el honor de aceptar mi blanca mano... ¡Bah!... A esto, sin embargo, no creo que debe concedérsele una importancia exagerada, como tampoco a las tres mil cartas que, aproximadamente, vengo a recibir cada semana. En nuestra profesión, eso es lo corriente, y raro será el «astro» de Hollywood que no pueda decir otro tanto. Todas, ¡pobrecillo!, las lee mi secretario, que contesta a alguna; de vez en cuando, por original, graciosa o impertinente, me da una para que la vea. La mayoría de ellas, sin embargo, son vulgares y se limitan a pedirme un retrato, un mechón de cabellos o un cigarrillo con monograma: simples recuerdos. Otras me interrogan sobre mi jabón predilecto o mi perfume favorito o la pasta dentífrica que utilizo; a éstas, claro, ni las contesto, pues se adivina detrás de cada una el agente de publicidad del correspondiente producto.

—Tiene usted una clara visión de la realidad—afirmo.

—En cuanto a mi porvenir... Verá: a mí, mucho más que la cinematografía, me gusta el canto. Mi mayor ambición, fuera de la escena, es cantar cantares de gesta en un escenario; ser tenor de ópera, en una palabra. Además, creo firmemente que alcanzaría un gran éxito. En este mundo se consigue siempre aquello que más se desea; todo es cuestión de ambición, de voluntad: si su voluntad es lo bastante fuerte y su ambición lo suficientemente grande, conseguirá cuanto quiera. El éxito que se alcanza está en razón directa a la cantidad de ambición que ayuda a los esfuerzos: ese es mi consejo a cuantos jóvenes llegan a Los Ángeles.

—¿Cuál película suya prefiere?...

—Sin duda de ninguna especie, *El príncipe estudiante*, lanzada hace poco al mercado; creo que he hecho de ella mi mejor creación, aunque la producción no me parece perfecta. Después, *Ben-Hur*. Yo prefiero siempre los personajes históricos o semihistóricos; siempre he tenido deseos de incorporar *Sir Galaad*, según la versión de Mallory o Tennyson, y si consigo un «escenario» basado en la existencia de ese caballero sin tacha, espero que realizaré la obra que corone mi carrera. Claro es que *Ben-Hur* será siempre, probablemente, la película cumbre. Yo gocé de modo enorme impresionando el papel del Príncipe Hur; la carrera de cuadrigas ha sido una de las experiencias más conmovedoras de mi vida. En esa escena sola estuvimos trabajando seis semanas, representándola todos los días, hasta que llegamos a hacer, exactamente, lo que nos atrevimos a creer que era posible.

—¿Quiere usted decirme algo interesante o dramático de sus comienzos cinematográficos?

—¿Dramáticos?... En realidad no me ha ocurrido nada dramático. Nací hace veintiocho años, de padres españoles, en Durango (Méjico), y tuve nueve hermanos, cinco hembras y cuatro varones. Desde muy

Figuras de la pantalla

niño demostré aptitudes para la escena, que patenté construyendo un teatrillo en miniatura del que pintaba las decoraciones y hasta escribía las obras, que interpretábamos mis hermanos y yo. ¡No dirá usted que la «compañía» no era nutrida... Por cierto que la única manera de que pude llegar a conseguir que una de mis hermanas, que no compartía mi entusiasmo, trabajara fué haciéndola un contrato y pagándola dos céntimos por representación.

—¿Cuándo vino usted a Nueva York?

—Siendo un adolescente. Durante cinco años me moría de hambre enseñando a tocar el piano a niños y niñas; y era tan joven, que tuve que ponerme bigote postizo para que mis alumnos, tomándose por hombre maduro, me respetaran. Al fin conseguí un contrato como bailarín en la «troupe» de Marion Morgan, con la que realicé una extensa *tournee*. En el arte mudo hice mi primera incursión en 1921; con el sueldo de 75 dólares semanales, por espacio de cinco semanas, impresioné un papel en *Omar Kayyam*; ahora, que quien puedo decir que me dió la alternativa fué Rex Ingram al encomendarme la parte de Guillermo de Hentazan en *El prisionero de Zenda*. El resto de mi historia...

—El resto de su historia—interrumpo—es sobradamente conocido y puede reducirse a decir que en un lapso de tiempo de extraordinaria brevedad ha llegado usted a ser el más admirado de los galanes.

—Nada de eso. Yo niego rotundamente ser un buen galán cinematográfico: claro que, puesto al trabajo, hago cuanto puedo y con toda sinceridad; pero no puedo considerarme sino como una discreta medianía.

No hay en sus frases ni asomo de falsa modestia. A mis protestas, Navarro responde frío, implacable, atacándose con saña, intentando demostrarme que era él quien tenía razón.

—Dígame—le pregunto, por variar el tema de la conversación—, ¿ha estado usted alguna vez en España?...

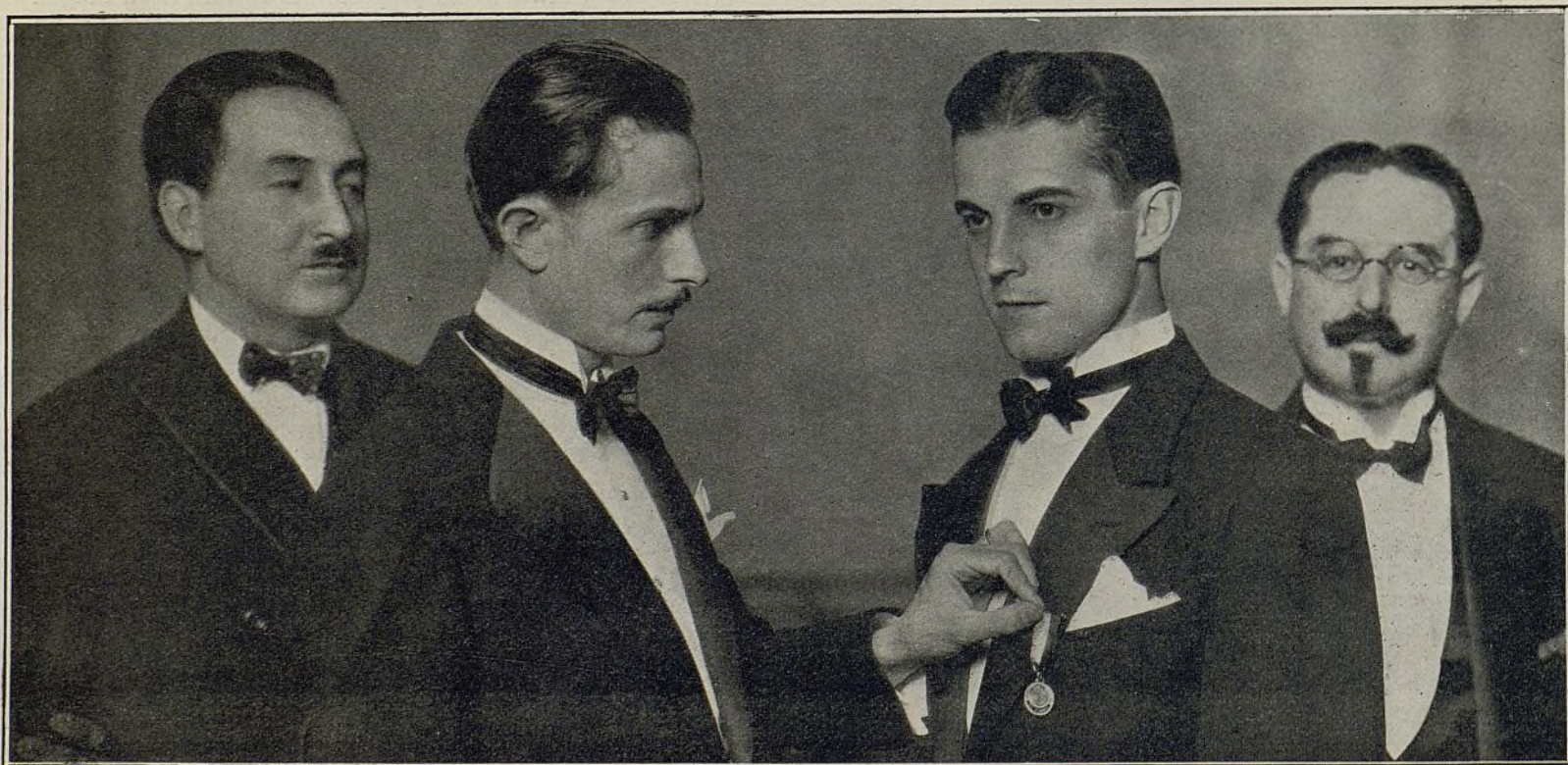
—Al oír la palabra «España», sus ojos brillan, y adelantando el cuerpo en la butaca en que se halla sentado:

—No—me contesta—, nunca he estado en España, pero voy a ir este verano. Voy a ir para divertirme y gozar, no para trabajar. En España quiero estar ocioso para tener el tiempo suficiente de poder amarla como debe amarse a esa tierra. Sé que todo el verdadero romanticismo del mundo está allí, como lo ha estado siempre. Ya ve: mis padres son españoles, y yo lo soy en espíritu. Y ahora, amigo Davidson—añade—, le ruego que lleve a España y al pueblo español mi saludo, que diga a todos los españoles que pronto iré allá. Aquí tiene un retrato mío; permítame dedicárselo a COSMÓPOLIS.

Y mientras en correcto castellano escribe la dedicatoria, contemplo el perfil varonil y enérgico de este muchacho, que, ignorando que lo ha encadenado a sus plantas, persigue el triunfo en nuevos campos.

Nueva York, diciembre 1927.

G. D.



Uno de los momentos culminantes de la vida del «as» cinematográfico: aquel en que el cónsul general de Méjico, F. A. Pesqueira, en una recepción pública celebrada en su honor por los diplomáticos hispano-americanos, en el «Auditorio Politécnico», coloca sobre el pecho de Ramón Navarro la medalla del Mérito.



ANTE LA PANTALLA



PRECIENTEMENTE, asistiendo al estreno de *Ben-Hur*—la película que mayor tiempo ha permanecido en los carteles madrileños—, tuve la satisfacción de observar un curioso fenómeno, cuya ausencia venía preocupándome tiempo atrás: en diversos momentos de la cinta, los espectadores rompieron en ovaciones calurosas y sostenidas.

Califico el hecho de fenómeno, porque su escasa frecuencia le da tales honores. Hasta el presente, en efecto, el público cinematográfico era un ente pasivo que soportaba la producción mediocre o el *film* maravilloso con una indiferencia estoica, sin molestarse en exteriorizar su repulsa o su aprobación. Si acaso, cuando ya la película era francamente intolerable, golpeaba violentamente en el pavimento con bastones y pies durante un ratito; pero retornaba a la quietud apenas los acomodadores enfilaban el ojo luminoso de la linterna o partía, de cualquier ángulo de la sala, un imperioso siseo.

Y es que nuestro público no sabía ver películas. Las excelencias interpretativas, las desconcertantes audacias de la técnica moderna, las sugerentes *mises en escena* de las producciones *titán*, apenas si despertaban eco en su sensibilidad; el más moderno de todos los artes no era comprendido de modo absoluto, y era lógico que tal acaeciera: modalidad joven de la belleza, hacía falta acostumbrarse a ella, saber mirarla.

Pero, poco a poco, los espectadores han comprendido cuáles son los valores del cinematógrafo, en qué radican los méritos o los defectos de un *film*, y se ha dado ya el caso—como ocurre en el teatro—de que una película haya sido ovacionada con entusiasmo, mientras, en distinto local, se rechazaba de modo tan enérgico, otra, que hubo de ser retirada del cartel.

Lamentamos que la inmolada sea una producción nacional, y doblemente por tratarse de cinta realizada con noble propósito y cierta modernidad de argumento y técnica. El meritísimo intento que fué realizar *La muñeca rota*—aun no correspondiendo la realidad a los propósitos—era loable; pero, sintiendo que ella sea la víctima propiciatoria, hay que celebrar este resurgir de la sensibilidad del público, que parecía inexistente en el arte mudo.

Como en el teatro, es necesario que el espectador opine en el ci-

nematógrafo y que su opinión sea tenida en cuenta. Sólo la cinta que merezca tales honores debe permanecer varias noches en el cartel, y retirarse de él aquella que rechaza la concurrencia; así las películas tendrán su verdadero valor y los prestigios de actores y directores, un incontestable marchamo.

El productor, el argumentista, el *metteur*, el intérprete de *films* deben tener el mismo respeto al espectador que los de la escena hablada. Contando, de antemano, con la pasiva indiferencia del público, con que sólo la propaganda puede convertir a un indocumentado en rival de Cecil de Mille y en *superproducción*

la más vulgar idiotez fijada en el celuloide, cualquiera se atreve a escribir asuntos, a interpretarlos y a dirigirlos; pero cuando la noche del estreno de una película tenga la misma inquietud, ante el probable éxito o el posible fracaso, que la de la primera representación de una comedia, y los aplausos o el *pateo* coronen la labor realizada, a buen seguro que los que hoy se lanzan, audaces, a dirigir, se preocuparán un poquito más antes de arriesgarse al ridículo.

¿Cuántas cintas españolas hubieran llegado a feliz puerto si el espectador hubiese aplicado este criterio?... Tal vez sobrase con los dedos de una mano para contarlas. ¿Cuántas extranjeras habrían naufragado? Bastantes también, ¡quién lo

duda!, que no es admirable, ni mucho menos, todo lo que de fuera nos viene; por eso se impone conseguir que la producción cinematográfica vaya avalada por el público que la vió, en interés a los aficionados al séptimo arte.

Y ello se encuentra a su alcance. Aplausos o protestas sostenidas y justas; no acobardarse porque los acomodadores—servidores del público y no sus tiranos, manden lo que manden las empresas—ordenen silencio, autoritariamente, a los descontentos, y no reservar las ovaciones para el momento en que, en rauda cabalgada, los buenos acuden a librar a la *ingenua* del poder de los malos.

En las manos y—es doloroso decirlo, pero preciso—en los pies del público está la fórmula terminante de conseguir que no les den gato por liebre; si sabiéndolo, habiendo tocado de modo patente sus resultados, aun se dejan engañar los espectadores, allá ellos.

ADAME MARTÍNEZ



«*The Whip Women*» es la nueva película que «rueda» actualmente Estelle Taylor, y en una de cuyas escenas la muestra el grabado. La famosa «estrella» ha manifestado su complacencia por el personaje que interpreta, «porque en él—dice—hago frecuente uso del látigo». ¡La pobre!...



Desde Nueva York

Mientras el gran público aplaude solo lo intrascendente,
los sabios se ocupan de construir un cerebro nuevo.

El triunfo de lo mediocre



CON la retirada de la escena de *Irish Rose*, de Abie, tras una permanencia en el cartel de seis años, surge naturalmente la pregunta: ¿Cuál será la próxima obra trivial que alcance una inmortalidad más o menos larga? *Broadway*, que ha gozado de larga y honrosa vida en el teatro Broadhurst, es demasiado buena para aspirar a un honor tan equívoco. Tal vez terminará la lucha por un empate entre *The Ladder* y *The Spider*, dos aspirantes tenaces que, no obstante, tienen un camino muy largo que recorrer antes de que lleguen a tener fuerza para emular sus laureles.

La terminación del otoño y los comienzos del invierno han estado erizados, literariamente, de nuevas y (en muchos casos) importantes obras, además de algunas reposiciones muy felices. Pero lo meretricio dejó atrás a lo meritorio en la proporción de diez a uno. Esta proporción no debe molestarnos, ni alarmarnos, ni mucho menos descorazonarnos, puesto que la ha habido por generaciones enteras y la seguirá habiendo mientras el teatro dependa principalmente, para su sostenimiento, de gentes que tengan bolsas muy llenas, pero imaginaciones muy vacías. Las empresas que son realmente importantes y logran éxito, tales como la Actors' Theatre, la Winthrop Ames, Sociedades grandes, y el Civic Repertory y la Theatre Guild, no consiguen su éxito precisamente por las producciones trascendentales que crean y ofrecen, como están en el deber de hacer, sino, antes bien porque están preparados para oponer la voluntad y la inteligencia de los miembros que las componen a la voluntad y la fatuidad de las cohortes adineradas, y porque esos miembros componentes tienen la fibra necesaria para sostenerse todo lo que sea preciso, con tal de llegar al triunfo. Que ese triunfo repercuta en el extranjero, y entonces, inmediatamente, los mismos que tiran su dinero a manos llenas en revistas desconocidas, farsas sucias, melodramas espeluznantes y diversiones de *music-halls*, correrán a esas obras como algo «de buen tono», aun cuando ciertamente preferirían prolongar un poco más la sobremesa en casa de Pierro o Marguery.

Sigue siendo un éxito de taquilla *The Road to Rome*, haciendo Jane Cowl un trabajo muy fino en esta obra satírica de Robert Sherwood.

UNA REPOSICIÓN ACERTADA

Una palabra acerca de Winthrop Ames. Jamás intenta algo sin que, al parecer, piense (o sepa) que puede hacerlo mejor de lo que se ha hecho hasta entonces. El año pasado lo demostró con *Tolanthe*, y esta temporada lo ha vuelto a demostrar con *El Mikado*. Entre las reposiciones, ésta es, repito, una de las más satisfactorias. El reparto, tanto en personal como en voces, es un conjunto tan perfecto como pueda imaginarse, y el atrezo y la decoración tampoco dejan nada que desear.

SE VAN A ESTRENAR...

Uno de los estrenos más importantes de enero será la obra de Eugenio O'Neill *Millones de marcos* (Marco Millions), que se pondrá en el teatro Guild.

También habrá otro estreno de importancia en el teatro Lírico: *La lancha afortunada* (Show Boat), de Mr. Ziegfeld. Es la adaptación musical tan anunciada, y por tanto tiempo, de la novela de Ferber.

LOS «FINALES», SEGÚN «EL GUSTO DEL CONSUMIDOR»

A pesar de su final poco plausible y nada verosímil, la película *Sunrise* (producción William Fox, con George O'Brien y Janet Gaynor) es quizá la más satisfactoria presentación de la temporada, hasta ahora; aunque *The Student Prince*, con Ramón Novarro y Norma Shearer, se ha recibido con igual favor. Ninguna otra cinta puede acercarse, en cuanto a estímulo se refiere, a *Sunrise*. Ha de felicitarse a Mr. F. W. Murnau, que la dirigió, por tal obra de arte, estropeada sólo, como antes digo, por el final; pero es de creer que Mr. Murnau no es realmente responsable de tal borrón. (Hay películas que tienen dos finales: uno para los países orientales y otro para los occidentales). De todos modos, ese caso de los «finales» es de escasa importancia.

ALGUNAS NOVEDADES

Una muestra pujante de suficiencia, muy reciente, es *The Forbidden Woman*, película de Pathe-De Mille, con Jetta Goudal. Es una historia de amor que gira en torno de una avanzada francesa. Hay en ella color, fuerza convincente y drama genuino. La actuación de Joseph Schildkraut es buena, como lo son la de miss Goudal y Víctor Varconi. El nuevo pedestal para John Gilbert es *The Cossacks*, con Renée Adoree en el carácter femenino; pero John Barrymore es todavía el campeón de la pantalla que va a la vanguardia, y Janet Gaynor, posiblemente, la que más promete entre las actrices jóvenes.

LIBROS, MUCHOS LIBROS

Las biografías siguen aún su curso mano a mano con las novelas, vendiéndose bien todos los meses, sin que el interés en las vidas de otras gentes llegue a parecernos transitorio. Vamos sencillamente despertando a los acontecimientos de un modo dramático, y los aprovechamos vengándonos. Hoy día el editor está ávido de manuscritos biográficos, como en otro tiempo lo estaba de historias detectivescas o cuentos del desierto de Sahara. Yo diría que en esta esfera hay un exceso de producción, con un perfecto olvido de la capacidad de consumo del lector. Verdad es que todos estos libros son importantes, están muy bien escritos y son hasta notorios. Pero su revuel-

ta aparición a un tiempo, sin orden ni concierto, sin cuidarse de eras tan distantes unas de otras como de Genghis Khan a Alfred A. Smith, es una verdadera desventaja.

Una vez más, por este exceso de producción, me veo obligado a indicar solamente un libro en cada departamento, cosa que me parece un hecho de indisputable importancia para las letras americanas: ARTE: A B C de Estética, por Leo Stein. (Boni & Liveright).—BIOGRAFÍA: D. L. Moody, por Gamaliel Bradford (G. H. Doran).—DRAMA: Las mejores obras de 1926-1927, editadas por Burns Mantle (D. D. Mead & C.º).—ENSAYOS: Escaparate, por Elmer Davis (John Day C.º).—HISTORIA: América, por Hendrik Van Leon (Boni & Liveright).—NOVELA: *Mi corazón y mi carne*, por Elizabeth Madox Roberts (Viking Press).—RELIGIÓN: *Lo que un hombre puede creer*, por Bruce Barton (Bobbs-Merrill).—FILOSOFÍA: Filosofía, por Bertrand Russell (W. W. Norton & C.º).—POESÍA: *Un muchacho en el viento*, por George Dillon (Viking Press).—SÁTIRA: *Prejuicios*, 6.ª serie, por H. L. Mencken (Knopf).—CIENCIA: *Historia de Geología*, por Hallan L. Benson (Cosmopolitan Book).—POLÍTICA: *Hombres predestinados*, por Walter Lippman (Macmillan).—HISTORIETAS CORTAS: *Hombres sin mujeres*, por Ernest Hemingway (Chas Scribner's Sons).—VIAJES: *Camellos*, por Dan Streeter (George Putnam's Sons).—MISCELÁNEAS: *La casa del leñador*, por Robert Nathan (Bobbs-Merrill).

ARBÓS Y OTROS INSIGNES VIAJEROS

Enrique Fernández Arbós, director de la Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigirá la Orquesta Sinfónica de Nueva York durante las dos últimas semanas de la temporada. Esta es la primera presentación del señor Arbós en América como director de orquesta, y se le espera con vivísimo interés.

La serie de diez conciertos de la Sinfónica de Boston, en la Sala Carnegie, en Nueva York, que empezó el 24 de noviembre de 1927, terminará con una representación el 14 de abril de 1928. El director de la Orquesta será Sergio Koussvitzky.

El Teatro Capitolio (Nueva York), uno de los mayores edificios que hay en el mundo para la cinematografía, ha inaugurado los domingos por la mañana una serie de conciertos en los que actúan de solistas artistas distinguidos. Ya se han presentado Werrenrath y Spaulding, barítono y violinista.

El cuarteto Pro-Arte dará un concierto de música de cámara el 12 del actual, tocando el piano Leo Ornstein. El 11 de marzo, la Liga de Compositores dará *L'Histoire d'un soldat*, de Stravinsky, y *El Retablo de Maese Pedro*, de Falla. Ambas representaciones se verificarán en la Casa Ayuntamiento de Nueva York.

Paderewski empieza su viaje de 1928 por América el 3 de los co-

rrientes, terminándolo el 3 de abril en San Francisco. Su presentación en Nueva York será el día 24 de marzo.

Maurice Ravel, el famoso compositor-pianista francés, hará un recorrido por los Estados Unidos durante 1928.

Shura Cherkassky, el joven pianista, se ha asegurado definitivamente como uno de los mayores artistas de su tiempo. Su recital en el Salón Carnegie, el día 7 de diciembre, sólo fué uno de los triunfos que tendrá en la temporada que ahora empieza.

Los Amigos de la Música dieron recientemente, y por primera vez en América, la opera oratorio de Piazzetti *La sacra rappresentazione di Abramo e d'Isaac*, dirigiéndola Arturo Bodansky.

Yehudi Menuhim, que sólo cuenta once años de edad, y cuyo debut como violinista produjo enorme conmoción en Nueva York, fué solista en la Sinfónica Nueva York, en su último concierto en Mecca Auditorium. Fritz Busch fué el que dirigió la orquesta.

Entre las orquestas que han visitado Nueva York podemos contar la de Cleveland, la Sinfónica de Detroit, la de Boston y la de Filadelfia.

EL CEREBRO HUMANO PRODUCE UN RIVAL DE SÍ MISMO Y OTRO PARA APRECIAR LA «LEY DE HERENCIA»

El Dr. Vannevar Bush, profesor de fuerza transmisora eléctrica en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, ha perfeccionado recientemente una máquina eléctrica que funciona lo mismo que el cerebro humano, resolviendo problemas matemáticos que hasta son demasiado complejos para que un cerebro pueda resolverlos. Esta invención se conocerá como un «producto integrafo».

Según dice en una Memoria el doctor Parker D. Trask, del Instituto Americano del Petróleo, se está obteniendo aceite de la destilación de cieno y arenas recogidas en el fondo de los mares.

Se ha predicho que en el futuro sólo se emplearán aeroplanos totalmente de metal para los vuelos a largas distancias.

En los momentos actuales se debate la posibilidad de que pueda hacerse por aeroplanos el servicio de correos trascontinental; pero la necesidad de dicho servicio es muy urgente. Varias casas (entre ellas la de Charles Levine) están estudiando la manera de establecerlo dentro de los próximos cinco años.

R. R. Graves, del departamento de Industrias Lecheras (departamento de Agricultura de los Estados Unidos), ha inventado el «herediscope», aparato para ilustrar visualmente la transmisión de características hereditarias.

GUSTAVO DAVIDSON.

(Las oficinas de COSMÓPOLIS en Nueva York están establecidas en el núm. 175 de Warick Street.)

Al margen de una española

Arturo M. Loew justifica el por qué se impresionó «Valencia» y da satisfacciones a España

NUESTRO representante especial en Nueva York, Gustavo Davidson, nos adjunta la siguiente carta del director general del departamento internacional de la Metro-Goldwyn, míster Arturo M. Loew, acompañando otra en que el conocido cineasta nos pide su inserción, a lo que accedemos complacidos:

«Al pueblo de España»

He sentido muchísimo que una equivocación hecha por uno de los directores de nuestros estudios al filmar un argumento de asunto español hiriese sin querer la susceptibilidad del pueblo español.

Lo he sentido muchísimo, no solamente por estar en contra de realizar cosas que puedan molestar, sino, en este caso, mi disgusto ha sido mayor por tratarse precisamente de España, país al cual siempre he profesado profundo cariño y gran admiración, así como también a todas las repúblicas de Suramérica de abolengo español.

Para ser creído en mis sentimientos a favor de todo lo español, bastará que diga que como director general del departamento internacional de la Metro-Goldwyn-Mayer, siempre he procurado que en el elenco de esta compañía figuren los artistas españoles de más prestigio y los de origen español. Al mismo tiempo también he querido siempre que se lleven a la pantalla novelas de autores españoles y

argumento de asunto español, cosa que creo ha hecho una sana y buena propaganda en favor de España en todo el mundo.

La Metro-Goldwyn-Mayer ha sido siempre la Compañía productora de Norteamérica que más ha favorecido a los artistas hispanos. Antonio Moreno, uno de los artistas más notables de la cinematografía, con la Metro-Goldwyn-Mayer llegó a hacerse famoso, así como también Ramón Novarro, para citar otro caso.

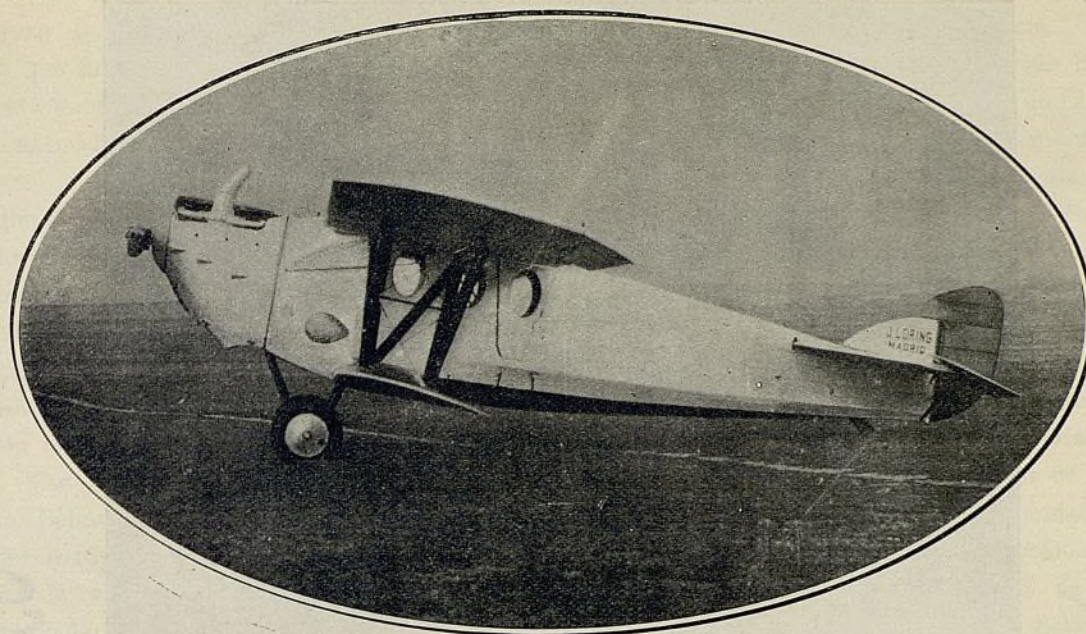
Tampoco se puede negar que han dado prestigio a España nuestras películas *Mare Nostrum* y otras de asunto español que hemos filmado.

Debo dar las gracias a mis amigos de España que comprendieron nuestra situación con el Gobierno de ese país y nos ayudaron a restablecer nuestras relaciones con él, y al mismo tiempo os prometo aquí que, en lo sucesivo, procuraré que cada película de asunto español sea aprobada por el excelentísimo señor embajador de España en Washington, antes de exhibirse en los teatros.

Muy sinceramente,

ARTURO M. LOEW,

Director general del departamento internacional de la Metro-Goldwyn-Mayer



Los progresos de la aviación comercial en España

El nuevo aparato «Loring B.-I.»

ENTRE los profanos y profesionales de la aviación se habla de cuál es el mejor aeroplano comercial y de pasajeros, y las opiniones no concuerdan, pues no hay aparato del que, generalizando, pueda decirse que es el mejor.

En aviación se debe puntualizar la distancia, el terreno que se atraviesa y el volumen del tráfico, para juzgar. Y basta haber enunciado estos datos para comprender que en una línea larga de 1.500 kilómetros—como Sevilla-Canarias—conviene aparatos de menor velocidad, pues al disminuir ésta se aumenta el radio de acción y puede hacerse el recorrido en un solo vuelo; pero en otras cortas—cual Madrid-Barcelona—son preferibles rápidos: el ideal sería trasladarse en tres horas y poder aprovechar la mañana en Madrid y la tarde en Barcelona, almorzando en el vuelo.

También importa el terreno atravesado, pues si el motor funciona normalmente, la aviación es el medio de transporte más seguro del mundo; pero cuando se para en el caso de un trimotor, por ejemplo, hay que forzar los otros, y esto equivale a que minutos después se averíen y que haya aterrizaje forzoso más probable cuanto más motores, pues se multiplican las causas de averías; y llegado el caso de aterrizar en pleno campo, si el terreno es tan accidentado como en España, es claro que el aparato más seguro será el que lo haga en menos espacio. Por último, el volumen del tráfico postal, el número medio diario de pasajeros es esencial para elegir aparatos; por eso en líneas internacionales de gran tráfico se aconsejan aparatos de mucha capacidad; pero donde el número de cartas diarias no pasan de 50.000 y el número de viajeros de dos o tres, resultan económicamente perjudiciales los aparatos grandes.

Esto de las grandes capacidades de los aparatos tiene mucho de espejismo; la gente ve un aparato muy grande, y piensa: ¡cuánto debe cargar ese fenómeno!, y no piensa que un aparato grande tiene un peso propio proporcionalmente mucho mayor que otro pequeño, porque el volumen, es decir, su capacidad sustentadora crece con el cuadrado de la misma dimensión, y además necesita mucho más potencia y por consiguiente consume mucha más gasolina, en tal forma que, por ejemplo, un aparato de unos 7.000 kilos de peso total no lleva más de 1.200 kilos de carga útil comercial, mientras que un aparato de 3.000 de peso total, menos de la mitad del primero, puede llevar hasta 900 kilos.

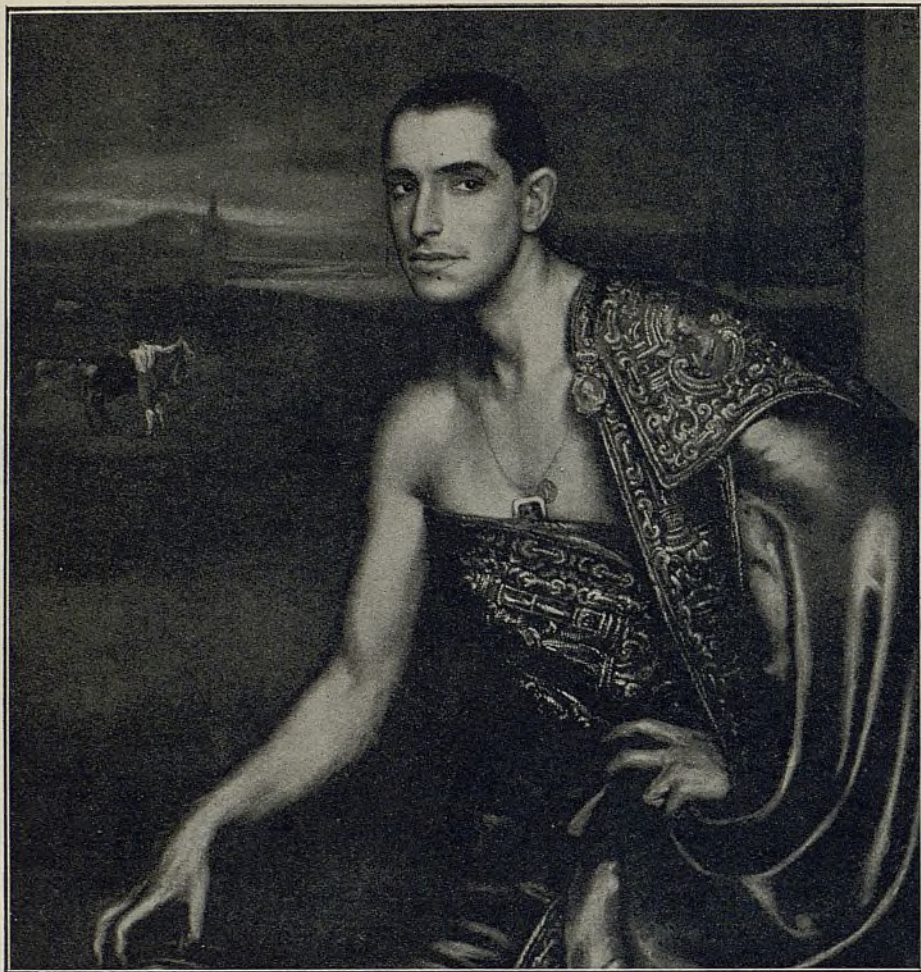
Se deduce, pues, que el mejor aparato para Alemania no es el mejor para España, y que en cada país hay que proyectar dos o tres aparatos, apropiados para los dos o tres grupos de líneas que tengan características fundamentalmente diferentes.

En nuestro caso, el de las líneas interiores de España (Madrid-Barcelona, Madrid-Galicia y Galicia-Barcelona, Barcelona-Sevilla, Sevilla-Madrid, etc), parece que el aparato ideal sería un monomotor de 500 a 600 caballos de potencia de un peso propio de unos 1.500 ó 1.700 kilos, cargado a 50 kilos por metro cuadrado, con un perfil de ala muy sustentador, capaz de transportar 1.500 kilos de sobrecarga, hacer 220 kilómetros por hora, aterrizar en poco más de 100 metros, condiciones todas que reúne el nuevo aparato comercial *LORING B.-I.*, que tiene, además, la ventaja de poderse transformar rápidamente en aparato de bombardeo para las necesidades de nuestra aviación militar.



Juan

El torero de



Belmonte

los artistas

Retrato por Julio Romero de Torres

(Foto Moreno)

FIGURAS REPRESENTATIVAS



ULMINA y radica en nuestra pista de toros, digan lo que quieran pedantes influenciados de extranjerismo, toda una España. Una España que, si no debe confundirse con la de los progresos industriales y las actividades científicas, es símbolo, venero, airón castizo, inspiración, gesto gallardo y único de nuestro arte...

Los ingleses ven con orgullo su boxeo nacional difundido por el mundo. España, a veces, siente rubor de su pista de toros, incopiable para el resto del universo... La leyenda negra y apasionada, la trágica pandereta policromada que la Andalucía brinda a pupilas exóticas, es, sin embargo, un motivo magnífico de inspiración, un objeto de curiosidad que, en manos de otro pueblo, sería vena inagotable a explotar entre los extraños...

La fiesta gallarda, luminosa y viril de los toros, con lo que ella significa de arte, de belleza y de drama, no es para discutida. O se acepta con todas sus consecuencias o se rechaza sin analizarla. Espectáculo único, magnífico y sangriento, su existencia, su continuidad a través de las épocas y las costumbres basta para justificarla...

No hace dos lustros que se publicó la convocatoria de un banquete homenaje al entonces ya famoso torero Juan Belmonte... Decía la convocatoria que «capote y muleta, al ser manejados por Belmonte, convertíanse en instrumentos de arte tan dignos como la pluma en manos del poeta, paleta y pinceles en manos del pintor y buril y cincel en manos del escultor». Y aquella convocatoria, que escandalizó a los timoratos, no la firmaban nada más que Valle Inclán y Pérez de Ayala, Romero de Torres y Sebastián Miranda,

Mariano Benlliure y Luis de Tapia...

Desde entonces, Juan Belmonte, el muchacho trianero que desafiaba a la muerte con la lenta y majestuosa gallardía del pase natural, fué el torero de los artistas.

Artista él, en lo que el arte tiene de creador, trajo al toreo ese secreto del ritmo, de la armonía, de la emoción matizada y consciente que es el origen de la belleza.

Serenidad y dramatismo; emoción y estética; orden armonioso y dinamismo vibrante. Eso fué, eso es en el toreo Juan Belmonte. A su plástica de lidiador coadyuva la emoción trágica... Es la violencia intuitiva del toreo, acoplada a la armonía artística; la fuerza, sujeta al



arte. El toreo, con él, alcanza su ritmo: el peligro, pautado por la inteligencia.

En Juan Belmonte han visto los artistas un arquetipo, un símbolo racial. Viéndole torear, Ramón Pérez de Ayala meditaba sus hondos ensayos de *Política y toros*; Zuloaga llenaba de luz sus retinas para inmortalizar la figura del ídolo popular en los lienzos admirables; Benlliure estudiaba masas y líneas que luego el bronce habría de perpetuar.

Yo he visto a Ortega y Gasset despojarse de su clámide de filósofo, todo serenidad, y clamar su admiración emocionado ante un lance irrochable de este gran lidiador.

Juan Belmonte, torero de los artistas, por la gracia única de su

Zuloaga, el maestro genial de los violentos contrastes, es uno de los más grandes amigos del torero. A través de muchos días de convivencia, de camaradería cordial, el pintor de España se ha ido adueñando del rostro y del espíritu—secreto único del rehato—

de Belmonte y lo ha fijado en sus lienzos. Ved aquí a «Terremoto» tal cual es, tal cual Zuloaga lo ha visto, y comprobad cómo la voluntad y el valor y el amor propio—ejes de su existencia—se reflejan en este tríptico admirable.

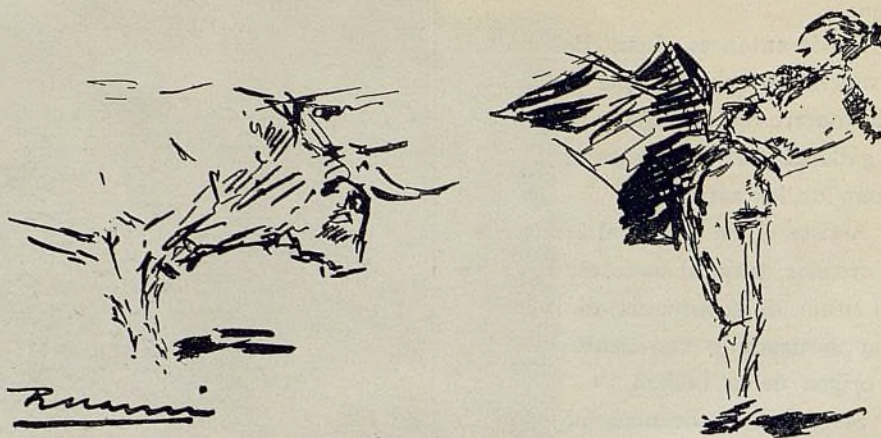


cumbre, es el punto único donde el valor, la arrogancia, la fiereza y la maja prestancia andaluza adquieren proporción estética, viril serenidad y categoría técnica.

La pista de los toros, con todo su españolismo, con esa potencia de iberismo aborigen, con esa finura de depuración con que el arte ha estilizado todas nuestras bravas fuerzas originales, está simbolizada en Juan Belmonte.

Y, sin embargo, la gente no lo sabe. Tal vez ni lo sepa él, aunque muchas y en muy diversas ocasiones se lo hayan dicho admiradores y amigos. Por eso es representativo «Terremoto», encarnando un aspecto racial de la máxima eficiencia alegórica.

¿Abanico español?... Pues bien, sea: ¡abanico español! ¿No puede ser el toreo una de las facetas del arte hispano?... Es pueril avergonzarse del pudor de bárbaro sensualismo de la fiesta de toros. Oro y sol, sedas y sangre, claveles sangrantes



Dibujo de
Marin



¿Anverso o reverso?... No pongamos al buen aficionado en trance de selección. Cualquiera de los dos lados de esta medalla que esculpió Mariano Benlliure tiene su valor independiente, su significación propia; juntos, son un ejemplar curiosísimo, sin precedente en la historia de nuestra trágica y hermosa fiesta nacional.



de una boca y labios rojos de un clavel. ¡Abanico español que podemos y debemos ondear a todos los vientos con legítimo orgullo!

Pero, junto al torero-artista, sus compañeros en arte: Benlliure, Zuloaga, Ortega y Gasset, Tapia, Miranda, cuantos hicieron depender de cualquiera forma de la belleza, no en subsistir, sino en alentar. Como ha sabido hacerlo el «fenómeno». ¿No conocéis su última anécdota, la más íntima tal vez?...

Juan Belmonte, torero de los artistas y de los filósofos, que ya en la cúspide triunfal de su carrera, al ser herido en la última corrida de la temporada anterior, contestó a su esposa, quien le pedía que abandonara la peligrosa profesión:

«Yo no toreo para vivir; pero no puedo vivir sin torear...»

Torero de los filósofos y de los artistas, que resumía en esa sola frase la bella filosofía del arte puro, que se hace, no para vivir, sino porque él es nuestra vida.

JUAN FERRAGUT



Dibujo de
Roberto
Domingo



Poto Marín

ORTEGA Y GASSET, ESPECTADOR



ROMPAMOS contra el casco de este barco flamante la botella de champagne del alegre rito. Barco a su modo, largo y gentilísimo de andadura, es cada libro nuevo de José Ortega y Gasset. Nos tienta a viajes que sabrán de todos los horizontes, mediante ruta de ondulación tan graciosa como segura. De aquí para allá y siempre buscando el viento de las sorpresas. Experto hombre de mar este prosista castellano, que adopta, por cierto, como emblema de su arte, la figura de un saetero: levantada la frente, alta la puntería, apercibida la flecha al vuelo. Pero es el caso que pensamos mejor en un marinero subido al palo cuando queremos incorporar la alegoría de Ortega y Gasset. El propio autor gusta de estos símiles, y precisamente en el ensayo que abre la serie del *Espectador* recién nacido—volumen VI—se imagina gritando *desde la cofa*: «¡Dios a la vista!», puesto que descubre cómo emerge a sotavento, con la gracia intacta de una costa virgen, «el acantilado de la divinidad». Luego podrá acercarse el lector al risco de tema tan sugestivo. Mas fíjese por el momento en la cofa misma: nos explicará muchas cosas. No es que Ortega y Gasset la gane, pura y simplemente, para darse el gusto de otear lejanías y vaticinar orillas. La cofa es, sobre miradero, lugar de combate, y desde ella hace fuego, alzado sin pavor de ninguna especie, sobre la cañonería y la fajina.

El gesto olímpico, que realmente se acentúa en Ortega, hora tras hora, despista a muchos. Pero bien se ve que Ortega no pretende Olimpo alguno: mira de arriba abajo, ciertamente. Pero mira desde

la cofa, sin perder el contacto, pronto a bajar en sazón oportuna. Ecurrido palo abajo, él sabrá buscar nuevo puesto. Tal vez prefiera el puente, porque le gusta hacer de capitán: su vocación y aptitud de mando es característica. Y no tendría nada de particular que lo viésemos alejarse hacia la borda, para gustar en silencio y soledad la emoción romántica del barco lejano que pasa, sobre un desgarrado cielo de atardecer, el parche de sus velas.

* * *

En verdad, Ortega y Gasset es el espectador nato. Un espectador, claro está, que no se inhibe nunca. Al cabo, en el gran teatro del mundo, todos juegan su papel: cada espectador, por supuesto, el suyo, tan difícil, si a mano viene, o más que el de cualquier figurante, de ésos que figuran lo que no son. El buen espectador debe saber cómo y cuándo se entra, cómo y cuándo se sale. Saber emocionarse, desde luego; aplaudir, protestar, dormirse incluso, y hasta dejarse engañar por la farsa; llegar a sentirse participante: un participante privilegiado, porque está en el secreto. Más todavía: el espectador debe ser el cronista de su propio espectáculo. Pues bien: Ortega y Gasset es el gran cronista de la comedia difusa y desigual que hace del planeta un enorme teatro de la Naturaleza; es el cronista de cuantas experiencias propias o ajenas—pero todas asimiladas siempre—tramita la vida de nuestro tiempo.

La Historia literaria nos habla de un espectador inglés: *The*

Spectator, de Addison, espectador de costumbres. Esto es, de los fenómenos que se proyectan en la pantalla social. *El Espectador* castellano de Ortega busca la vuelta a la pantalla, para sorprender el secreto de las anécdotas y la razón de los trucos. Cabe decir desde este punto de vista que Ortega y Gasset es el costumbrista de las ideas. El supercostumbrista, mejor. Y a la vez, el lírico. No de los que ensayan limitados sentimientos en un laboratorio sobrado de alquitaras, sino de los que montan una gran fábrica para que correas sin fin tomen al mundo y lo devuelvan reelaborado.

* * *

El repertorio de las preocupaciones del mundo contemporáneo está en el índice del *Espectador*. Seis tomos van ya publicados, a lo largo de unos diez años, con esa irregularidad que es la mejor prenda de un auténtico trabajo intelectual. Lo periódico, lejos de ser un estímulo o una disciplina, es una rémora y un peligro de feos rutinas. Ortega y Gasset, trabajador infatigable, no deja pasar un día, seguramente, sin tender alguna línea en el solar de las cuartillas. Mas de seguro también que no se impone tarea determinada. Tanto más cuanto que él no escribe por escribir. Escribe cuando vuelve de algún razonamiento espontáneamente desenvuelto. O de alguna lectura que le deparó un sincero afán de momento. O de un viaje con amigos, imaginado porque sí, pensando lo menos posible en la ulterior manufactura literaria. Cuando la referencia escrita de las acciones y reacciones vividas toma cierto cuerpo, apto por su volumen para recibir la veste perdurable que la tinta de imprenta garantiza, la envía a los talleres... Y libro hecho. Sin prisa ni premura: como manda el Dios de las buenas obras. No extrañemos, pues, que *El Espectador*—contra el designio de la primera hora tal vez—rechace todo plan de regulares y metódicas salidas.

De la naturaleza de *El Espectador* participa mucho el primer libro de Ortega y Gasset: *Personas, obras, cosas...*, colección de artículos de varia índole, en que su autor preludia sus canciones de hoy. La Estética y la Política, como las dos alas de un mismo pensamiento filosófico, amparan ya la prosa de Ortega, concebida en función de su utilidad, pero labrada según exigencias de belleza. Con lo que su estilo se parece a espada de rico caballero: instrumento y joya. Ortega dice lo que debe y quiere, con rigor de expresión, y al mismo tiempo lo dice con arte exquisito. La precisión del concepto no estorba al giro voluptuoso de las palabras. Antes lo suscita y se aprovecha de él, fundiendo en un acorde lo que pudiéramos llamar Matemática y Plástica del lenguaje. O Economía y Estética.

Sin salir de este volumen de *El Espectador*, que acota nuestro comentario por razones de actualidad, es fácil comprobar las excelencias de la prosa orteguiana: si se quiere, sus características simplemente. Peculiar de Ortega es el viejo fondo de su estilo, lastrado de Humanidades, como es curioso asimismo sorprender el tornasol fugitivo de alguna cláusula oratoria, amplia y sonora, a la manera que pudiese parecer propia de siglo XIX. ¡Y cuidado que Ortega lo detesta!... Pero no se eligen los antepasados. O mucho nos equivocamos, o en párrafos como este que va a continuación se descubre un acento y un ritmo que hace pensar en Michelet, en Macaulay o en Castelar: «... Mas abiertas las poternas de la prisión donde estaban aherrajados y en esclavitud los sentimientos, saltan éstos sobre la existencia como sobre una presa, derriten con su fuego la vida congelada, y, enardecidos, lo incendian todo: la política y la cien-

cia, las artes y el trato social...» Una ráfaga de elocuencia romántica, puramente ocasional, puede objetarse. Conformes. Pero también las ventoleras definen una atmósfera. En la atmósfera de la prosa de Ortega flotan influencias diversas: de ayer, de hoy... y de mañana. La saturan esencias de todas las refinerías: precisamente por eso, el aire de Ortega es rico y modernísimo. (La modernidad no se logra de propósito; es mejor una resultante de sabias integraciones. Moderno es quien supera.) La elaboración propia de Ortega se advierte en el imprevisto adjetivo, en la acepción transfigurada de un vocablo, en el primor y exactitud de las metáforas. Cuando nuestro autor ve en el signo de interrogación «un lazo de gaucho tendido hacia los pies», o en la calma con que adviene la noche «un lento paso de vaca», revela su aptitud para la imagen, deidad de poetas, exaltada hoy más que nunca, pero ya admitida en los templos de cualquiera clasicidad. El mundo vuelve sobre sí mismo en multitud de giros, y hoy sacude a los escritores un estimulante coletazo de «vuelta a empezar». De aquí que Ortega—escritor, por lo demás, de hondas raíces ibéricas—sea muy antiguo y muy moderno: clásico, en suma.

* * *

Nueve ensayos dan contenido al tomo VI de *El Espectador*; el último en la composición del volumen es juntamente el primero en el orden del tiempo. La *Meditación del Escorial*—a él aludimos—data de 1915, denotando por más de un rasgo su calidad de mellizo respecto al otro, memorable de verdad, intitulado *Meditaciones del Quijote*. Penetran en un común repertorio de temas: arrastran cierto resabio barresiano y conceden al paisaje una importancia capital. No hemos de entrar a extraer del texto las líneas esenciales. Ni corresponde a un artículo como el presente la función instructiva que revistas especiales cumplen con sus recensiones. Sobre que el apuntamiento de las opiniones suscitaría, como el cuerpo la sombra, una correlativa falange de réplicas. Podría adquirir amplio desarrollo la objeción sugerida, *verbi gratia*, por la página que Ortega y Gasset dedica al estudio de fenómeno tan curioso—y tan específicamente italiano, o, si se quiere, mediterráneo— como el fascismo. El dato de «ilegitimismo» que le apunta en contraposición del bolchevismo es uno de los conceptos que subrayamos con el lápiz de la discrepancia. Son los menos estos trazos que marca la disconformidad. Y desde luego, nada importan. Lo que interesa de veras es la lección general que irradian los lugares todos de este vasto mundo de pensamiento y estilo que *El Espectador* labra y delimita. Lección de amor intelectual y de voracidad científica. Lección estimulante que enseña a vivir más y mejor. El gusto por la vida que Ortega manifiesta siempre que encuentra ocasión, es bastante más que un escape de frívolos: es un nuevo sentido del mundo y de nuestra existencia en él. Oigámosle: «Se inicia una nueva forma de la cultura —la vida selecta y armoniosa—; despierta un arte nuevo: la vida como arte, el refinado sentir, el saber amar y desdeñar y conversar y sonreír... Frente a ese arte sumo, todos los demás, poesía, pintura, música, pasan a ocupar un segundo término, como mero ornato, fondo y aditamento a la vida». Este sentido estético—y deportivo—del vivir, a nadie aprovechará mejor que a los artistas mismos, tan hundidos en la angostura de su vanidad y de sus codicias profesionales.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO





Los amores de Elena

Novela original de M. HUNGERFORD,

traducida directamente del inglés

por BEATRIZ GALINDO

Ilustraciones de GARCÍA ORMAECHEA.

CAPÍTULO I

No hay la menor duda de que viene—exclamó con acento de sorpresa John Masserene.

—¿Quién?—preguntó su hermana, abriendo de par en par sus lindos ojos y dejando sobre el plato la taza de té que estaba a punto de llevarse a los labios—. ¿Es que pensaba venir alguien aquí?

—Aunque te parezca imposible, así es—dijo John, contemplando con aire aburrido la carta que tenía en la mano—. Esta carta es de Tedcastle Luttrell y me anuncia que dicho joven se halla, no ya dispuesto, sino decidido a aceptar la invitación que le hice para que pasara un mes con nosotros.

—¿Un mes!—exclamó su hermana Elena o «Nena», como todos tenían por costumbre llamarla—. ¿Y cómo no habías dicho nada?

—¿Un mes?—pregunta, atónita, la señora Masserene—. ¿Y qué vamos a hacer con un huésped aquí durante todo ese tiempo?

—Eso mismo pregunto yo—contestó su marido, más aplanado aún por la actitud de su mujer y mirando a Nena, cual si esperase que ella le sacara del apuro—. ¿Por qué no le propondría yo una visita de quince días nada más? Y es que, la verdad, jamás pensé que se decidiría a venir.

—¿Por qué le invitaste entonces?—interrogó Leticia, todo lo incomodada que podía estarlo ella—. Lo corriente, cuando se convida a una persona, es que acepte.

—Tienes razón; pero si he de decir verdad, le invité por mero cumplido, sin sospechar que se atrevería a desterrarse voluntariamente. Y eso que sabiendo lo impulsivo que es...

—Bueno; pero ¿se puede saber de quién se trata?—preguntó, impaciente, Nena—. Muero de curiosidad. ¿Quién es? ¿Cómo es? ¿Es guapo y joven? Por lo que más queráis, decid que sí.

—Fué condiscípulo mío—replicó su hermano.

Los amores de Elena

he conocido en mi vida a nadie peor educado que tú. Sin embargo, te perdono y añadiré, para tranquilidad tuya, que a pesar de haber estado en el colegio al mismo tiempo, Tedcastle tiene nueve años menos que yo. No debe, por lo tanto, contar más que veintisiete años de edad.

—¡Ah!—dijo Nena, respirando satisfecha.

—Es militar, y húsar por más señas; de buena familia, bastante bien parecido y sin fortuna, que yo sepa—añadió John Masserene.

—¡Qué encanto!—exclamó Nena.

—¡Qué horror!—murmura Letitia—. Un húsar en esta casa, sin más diversión que la que le pueda ofrecer la contemplación del paisaje.

—Y la de los pollos, las vacas y los cerdos—agregó su marido—. En la variedad, después de todo, consiste el gusto.

—¿Quién sabe si encontrará alguna distracción charlando conmigo—dijo Nena, con irónica modestia—. Pero, ¿vendrá de verdad? ¿Será posible tanta felicidad?—Y dirigiéndose a su cuñada:—Te advierto, Letty, que será inútil que te pongas seria conmigo, porque estoy resuelta a coquetear a más y mejor con Tedcastle Luttrell mientras esté aquí.

—¿Sería yo por eso? Al contrario: lo haría si no te viera decidida a ocuparte de nuestro invitado. Por otra parte, supongo que John estará pensando en edificar una habitación, porque, si no, ignoro dónde va a dormir su amigo.

—Me parece que no voy a tener tiempo—replicó su marido—, considerando que estará aquí pasado mañana...

—Hombre, ¿hasta entonces no?—dijo, con acento burlón, su mujer—. ¿Por qué no arreglaste qué fuera hoy, y así hubiera sido completamente imposible arreglar nada?...

—Letty, si sigues hablándome así, voy a terminar llorando—exclamó John, con gran regocijo de todos.

—Dormiré en mi cuarto—decidió, de pronto, Nena, viendo que, a pesar de sus bromas, Letitia está preocupada—. Y yo me iré a la habitación de Lovat.

—De ningún modo, Elenita... Estaría bueno que te sacrificaras tú—replicó Letty, si bien no pudo por menos de suspirar al decirlo, lamentando el no poder aceptar tan cómoda solución.

Felizmente, Nena insistió:

—Aunque pretendas hacerme desistir, no lo conseguirás. Estoy dispuesta a todo género de sacrificios con tal de que el húsar se encuentre a gusto entre nosotros, como no podrá menos de hacerlo una vez que vea mi habitación y las rosas que entran por las ventanas invadiéndolo todo.

—Eres demasiado buena—contestó, acariándola, su cuñada—. Y yo creo que no debemos desaprovechar tus buenas disposiciones. ¿No te parece, John?

—No lo sé. A mí, el sacrificio no me parece de mayor cuantía; pero vosotras, las mujeres, tenéis unas ideas tan extrañas acerca de estos detalles...

—No le hagas caso, Letty, y sigue mis consejos—dijo Nena, volviendo la espalda a su hermano, para seguir cambiando impresiones con ella acerca del huésped.

—Otro accidente ferroviario, y veinte muertos—anunció el señor Masserene al cabo de unos minutos, levantando la vista del diario que estaba leyendo.

—Y gracias que pusimos las cortinas blancas hace dos días—murmuró Letty con acento satisfecho.

—¡Huy!...—exclamó Nena, con acento desolado.

—Esa queja procede, por lo visto, de una arraigada convicción en mi vejez—dijo, riendo, Masserene—. Nena, no

—Veinte muertos, Letty—repitió John con aire solemne.

—Que lástima no tener otro cuarto de baño—siguió Letitia, sin hacerle caso y con nuevo gesto de preocupación.

—Podemos bañar a los niños en la bañera pequeña, y así habrá menos confusión—dijo Nena.

—Veinte hombres muertos, Nena—reiteró Masserene.

—Tienes razón—prosiguió su mujer—. Nena, eres mi consuelo. ¿Qué decías, John? ¿Veinte hombres muertos? ¡Qué horror! Escucha, Nena: ¿tú crees que tendrá costumbre de fumar en su cuarto? Porque, la verdad, me haría muy poca gracia que me quemase las sábanas de Holanda.

—Yo me encargo de advertirle que aquí está todo prohibido—rió Nena.

—¿Y sois vosotras las que pretendéis que os llamemos los ángeles del hogar?—gruñó John, levantándose con aire impaciente y dirigiéndose a la puerta—. Creo que no os importaría que se hundiera el mundo, con tal de que las sábanas, las cortinas y otras ropas estuvieran a vuestro gusto.

CAPÍTULO II

El día de la llegada de Luttrell amaneció y continuó espléndido, y el sol, al ponerse tras la casa blanca de Masserene, una casa cubierta de rosas y de madreselvas, amplia, cómoda, pero nada lujosa, dejó tras de sí rastros irrefutables, según los entendidos, de que el día siguiente sería también claro, luminoso y tibio como el que acababa de transcurrir.

Frente al ancho portalón de Brooklyn—así se llama el hogar de los Masserene—, John se paseaba, anochecido, reloj en mano, en espera del huésped que no acababa de llegar. De vez en vez levantaba, sonriente, la cabeza, atento a las risas de sus hijos, que jugaban en el jardín detrás de la casa; al mugir de las vacas, que volvían cansinas, al establo, y al piar de pájaros y de pollos, que buscaban afanosos el calor de sus nidos.

—Es tarde—dijo para sí, con aire perplejo.

—Van a dar las ocho—comentó, cual si adivinara su pensamiento, Letty desde la ventana del salón—. ¿Crees que estará aquí para cenar?

—He llegado a un punto en que no puedo creer en nada—contestó su marido—. ¿Cómo quieres que reaccione la mente de un hombre que lleva una hora esperando la

cena? Letty, sé buena y dí que nos sirvan, por lo que más quieras.

—Pero, John de mi alma, ¿no te parece que debemos esperar unos minutos más?

—Ni uno solo, si es que no quieres provocar una tormenta de furia insospechada.

Y con tono más suave:

—Además, de no haber llegado ya, es imposible que esté aquí antes de las nueve y media. Vendrá en el último tren.

—¡Y yo, que había encargado unos platos tan ricos!...

—Motivo de más para que no perdamos tiempo en gustarlos. ¡A cenar ahora mismo!

—¡Goloso! ¡Goloso!—comentó su mujer, con una sonrisa indulgente.

* * *



Los amores de Elena

Las ocho y media, las nueve, las nueve y media, las diez menos cuarto.

—Yo creo que no viene ya—dice Nena, impaciente, apartándose de la ventana y colocándose en el

centro de la habitación.

La luz de una enorme lámpara anima con suaves reflejos el exquisito color blanco mate de su piel, los cabellos castaños con pinceladas metálicas y ondulado naturalmente, la boca de labios encendidos, apenas cerrados sobre los dientes deslumbrantes, y los ojos inmensos de un azul profundo, que se oscurecen en los momentos de emoción o de ira, y sobre los que unas pestañas negras lanzan sombras misteriosas.

Nena yergue su cuerpo flexible y golpea impaciente el suelo con los pies, como lo haría un niño que se viera privado de un juguete.

—A mí me parece que es que no piensa venir—agrega con énfasis.

Letty la escucha, sin atreverse a expresar en voz alta su deseo de que se cumpla su vaticinio.

—¡Después de haber invertido tanto tiempo embelleciéndome! ¡No hay derecho!...—prosigue Nena—. Detesto a todos los hombres, y singularmente a los jóvenes que no piensan más que en sí mismos.

—¡Pobre Nena!—exclama su hermano—. ¡Con lo mona que estás! Mi amigo merecía morir por no haberse apresurado a conocerte.

—Y que yo me encargara de darle muerte—contesta con vehemencia Nena, acercándose a un espejo grande para admirar su rostro y la línea frágil de su cuerpo, semioculto por un trajecillo de crespón blanco—. John—dice volviéndose a su hermano, luego de haberle sacado la lengua a su propia imagen—. ¿Crees que soy bonita de verdad? Dí, ¿has conocido a alguna mujer más bonita?

—Yo no titubearía ante una mentira tan sencilla como ésta a que me obligas, si no estuviera Letty presente. ¡Eso, la verdad, me hace temer un poco!...

—Eres un cobarde—replica su hermana con desdén profundo; y luego, con impaciencia, mirando el reloj—: Las diez. Me marchó al jardín, no quiero desperdiciar una noche tan hermosa quedándome en la casa por si viene un joven a quien no conozco y que, como a él le ocurre lo propio respecto de mí, no tomará mi ausencia como un agravio, caso de que al fin llegue.

—Mira que fuera hace humedad, Nena—protesta su cuñada.

—Mejor—sonríe, cual si pretendiera castigar a sus hermanos, con su desobediencia, de una falta que no habían cometido ellos.

Muy lentamente baja los peldaños de piedra del porche y el sendero florido, al que los rayos de la luna dan un aspecto de misteriosa realidad, torciendo luego hacia la derecha en busca de sus rosales predilectos.

—Bueno, si no viene, peor para él—musita sonriendo involuntariamente—. O para mí, que soy, después de todo, la que sale perdiendo. A él no le faltarán diversiones. ¡Ay, pobres azucenas!—añade, levantando el tallo de algunas flores que la brisa ha separado de su apoyo de caña; y continuando el soliloquio:— No sé por qué me preocupo, a fin de cuentas, por un hombre al que jamás he visto. Claro que no es por él, sino por lo que representa... Un poco de charla, unas bromas... ¿Por qué habré nacido en un lugar tan apartado... y por qué se le ocurriría a John decir que era guapo y, sobre todo, joven?...

Un nuevo avance y nuevas interrupciones para extasiarse ante la belleza perfumada de las rosas. Y el retorno lento, erguida la cabeza y la imaginación entregada a conjeturas. De repente, un vago sonido, unos pasos firmes sobre la arena blanquecina del sendero,

y Nena se halla frente a frente del esperado huésped. ¡Los dioses se han mostrado propicios!

El húsar resulta ser alto, esbelto, con la soltura de movimientos que caracterizan al atleta, el cabello rubio y liso el rostro, curtido y rasurado, excepción hecha de un pequeño bigote que no oculta los labios movibles; los ojos, de un azul luminoso; las facciones, correctas. En suma: *un conjunto muy apreciable*, según opinión de Nena, que le contempla inmóvil y silenciosa.

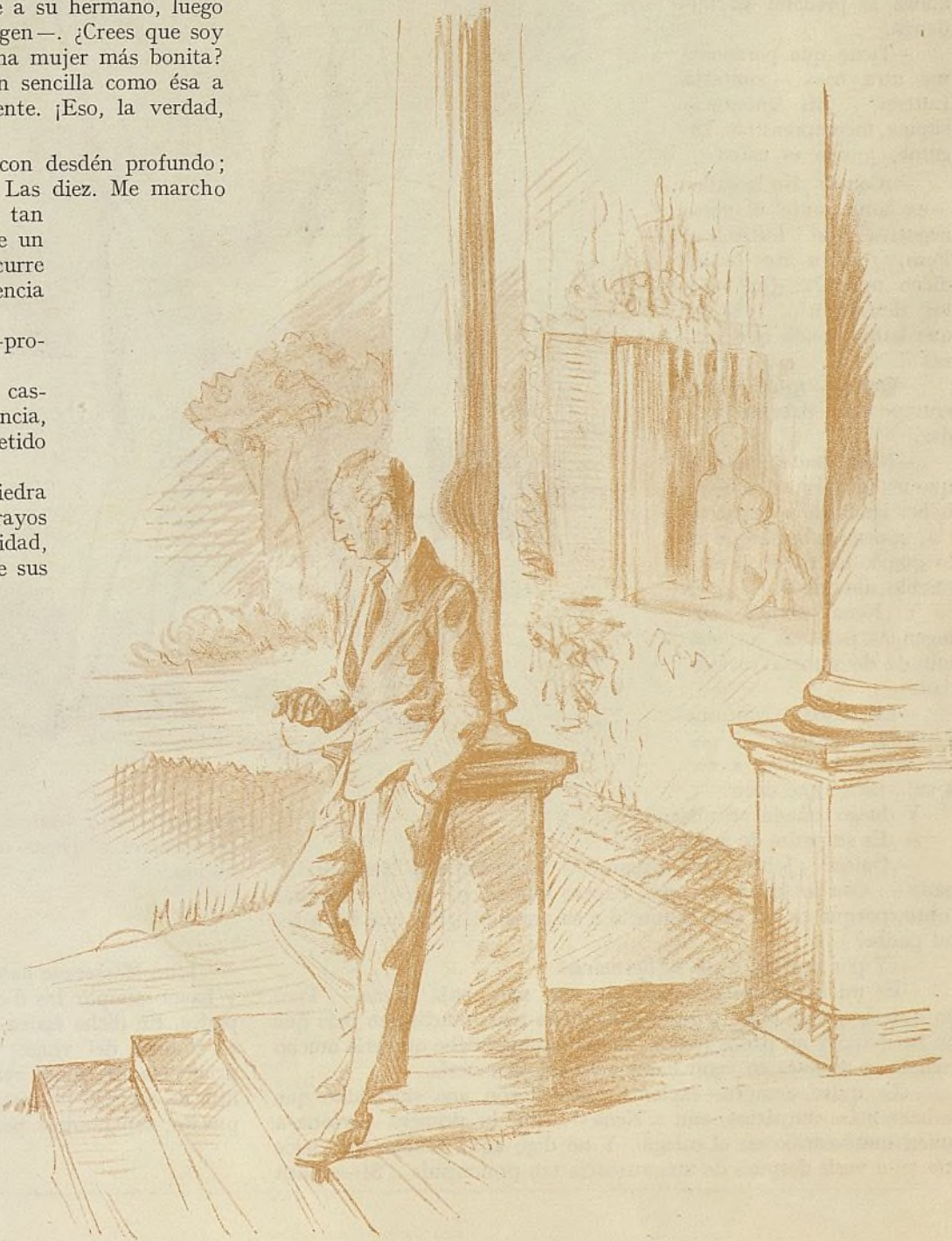
Luttrell también se ha detenido ante la inesperada aparición. Hace unos minutos que ha llegado, encontrándose a John dormido en el salón, amorosamente vigilado por Letty. El huésped ha excusado su tardanza; les ha asegurado que cenó en el tren; ha cambiado unas impresiones con Masserene, al que amenaza con marcharse si, dejándose de cumplidos, no se retira a acostar a la hora de costumbre, y, sugestionado por la belleza de la noche, tanto como por el afán de obligar a John a que se acueste, se ha salido al jardín a fumarse el último cigarrillo del día, antes de buscar el anhelado descanso campesino que espera lograr en casa de su amigo. En la casa nadie ha hablado de la existencia de otra mujer que no sea Letty, y la sorpresa de Tedcastle aumenta por momentos.

¿Es un ser de carne y hueso o una diosa? ¿Una imagen fantasmagórica o real? Nena, bañada en la suave luz lunar, sale al fin de su ensimismamiento y avanza, tendiéndole la mano.

—Sea usted bien venido—dice con voz muy suave.

—Gracias—contesta mecánicamente Luttrell, pensando que la aparición, si tal es, tiene una fuerza sugestiva realmente arrolladora.

—No soy una visión—dice, riendo, Nena—. No tenga usted mie-



Los amores de Elena

cho cosas menos comprensibles y fáciles de obedecer que ésta.

—¿Conque al fin llegó usted? Tanto ha tardado, que yo empezaba a temer que ya no vendría. John y todos pensamos que se había usted burlado.

—¿Cómo! ¿Usted me esperaba?—murmura Luttrell, dudando de que fuera posible tan halagadora esperanza.

—Naturalmente, y con un afán insuperable—contesta, riendo, Nena—. ¡Si usted supiera lo monótona que resulta la vida aquí, se explicaría la ansiedad de todos por que venga alguien, cualquiera, a visitarnos!...

Luttrell siente que sus esperanzas se desvanecen.

—Ya estaba segura de que el correo de la mañana nos traería una carta en la que se excusaría usted de venir, alegando algún pretexto... admisible

—prosigue Nena, dulcemente—. Y, la verdad, ¡sentía una rabia!... Pero ahora le perdono su tardanza.

—Tiene que perdonarme otra cosa—contesta Luttrell—. Mi ignorancia supina, incomprensible. Dígame, ¿quién es usted?

—¿Cómo? ¿No lo sabe?—exclama, ante el gesto negativo de Luttrell—. Pero, ¿John no le ha dicho nunca?... ¡Qué mortal desilusión!... ¡Y yo que había creído que quizás!...

—Quizás, ¿qué?—interrumpe con patente avidez.

—Nada, nada; pero ya que usted mismo confiesa haber ignorado mi existencia, ¿puede saberse qué es lo que le ha traído a este pueblo aburrido?

Y Nena subraya sus ingenuas palabras con una mirada de sincera curiosidad.

—El deseo—contesta Luttrell, sonriendo a pesar suyo—de volver a ver a su... no sé qué decir.

Y luego añade, titubeando:

—¿Es su padre de usted?

—¿Quién? ¿John? ¡Qué disparate!—interrumpe la Nena, indignada—. Con lo joven que es... Espero que no va usted a resultar tonto, porque en tal caso renuncio a su amistad. ¿Por qué iba a ser mi padre?

—¿Y por qué iba a ser su hermano?

—Es mi hermanastro—dice en voz más baja Nena—. Pero no quiero que se diga, porque para mí es más, muchísimo más que un hermano y un padre juntos. Usted también debe quererle mucho cuando se molesta en venir hasta aquí sólo por verle.

—Le quise siempre—exclama Luttrell con una sinceridad que le hace más simpático aún a Nena—. Fué la primera persona a quien tomé cariño en el colegio. Y no digo aquí, mucho más lejos iría yo a verle después de una ausencia tan prolongada... Sí—replica

do. Ahí está mi mano. Tóquela y se convencerá. Soy Nena...

Luttrell coge la mano que ella le tiende y la oprime con afán, pensando vagamente que un espíritu hubiera dicho cosas menos comprensibles y fáciles de obedecer que ésta.

Luttrell sin quitar sus ojos del rostro de Nena—. ¿Tiene usted por costumbre pasear a estas horas?—añade, por decir algo.

—No—contesta ella, riendo—. Ha sido usted, su tardanza y y pereza inexplicables los que me han lanzado de la casa.

—Yo creo que debería usted de preguntar las causas de mi retraso antes de acusarme—dice él, sonriendo—. Al dirigirme a la estación chocó mi coche con otro y perdí el tren.

—Lo siento—exclama ella—, y más el haberle estado juzgando mal sin pruebas. No importa; procuraré ser muy buena con usted durante su estancia aquí, para que olvide mi falta.

—Sólo con esa compensación creo que podré hacerlo—declara gravemente Luttrell.

—Todo esto ocurre por hallarnos en una posición tan poco desahogada—prosigue con su habitual franqueza ella—. Cuando yo me case y venga usted a verme, enviaré un coche a buscarle a su propia casa. Piense lo cómodamente que vendrá.

—Yo no quiero pensar en semejante cosa—dice Luttrell—. Entre otras razones, porque llegado ese caso estoy seguro de que no se acordará de mí.

Y riendo vuelve a coger la manita que Nena, en gesto de suave amonestación, ha levantado. Ella le mira con fijeza y luego, con voz burlona, dice:

—No quisiera molestarle, pero... si cree usted que ha terminado ya de saludarme por segunda vez, le agradecería que me devolviera mi mano. Siendo la derecha, me hace mucha falta.

—Si le parece, la cambiaré por la izquierda—contesta Luttrell soltándola, no obstante, y riendo con ella. E insiste:—¿De veras se alegra usted de verme aquí?

—Naturalmente. Ya sabe usted lo que dice el refrán: «A buen hambre...»

—No siga—interrumpe Luttrell—. Va usted a ser tan cruel que...

—Lo que quiero es que no conceda usted demasiada importancia a lo que yo pueda decirle acerca de...

—¡Luttrell, Luttrell—grita la voz de John desde la ventana—. No te quedes fuera mucho tiempo, no sea que la humedad...

—¡Es John!—exclama Nena—. Si me ve aquí sin abrigo la hemos hecho. Me marchó por ahí—añade

indicando otro sendero pequeño—. Buenas noches, y...—sonriendo provocativa—. Hasta mañana, si es que existo, si no me he desvanecido.

CAPÍTULO III

John Masserene había perdido su madre a la edad de siete años, y hasta cumplir los diez y siete había sido el único consuelo de su padre. En dicha época quiso el azar que una nueva ilusión creciera en el alma del viudo, que, impulsado por el amor, cometió la imprudencia de poner remate a unas relaciones contrariadas con la hija de un rico propietario, huyendo con ella, casándose y, por supuesto, separándola para siempre de los suyos.

(Continuará en el próximo número.)





Gran Mundo



La princesa Arduina Boncompagni Ludovisi, natural de Buenos Aires, y que pertenece, desde enero de 1920, a la más alta aristocracia romana, a consecuencia de su enlace con el príncipe Boncompagni-Ludovisi



LAS PERLAS MÁS LINDAS.
LAS PIEDRAS MÁS PRECIOSAS.
LAS MONTURAS MÁS BONITAS.
LAS CARTERAS MÁS FINAS.
LOS RELOJES MÁS PERFECTOS.

*El príncipe popular entrando en
la Gran Joyería CARTIER,
13, rue de la Paix, PARÍS.*



VERA VERGANI

*La gran actriz italiana
empezó su carrera artística
representando "Puebla de
las Mujeres"*

Y afirma que es de
temperamento varonil, aunque tiene
veinticinco baúles de vestidos.



En el aristocrático teatro Valle, de esta capital, está haciendo una temporada lucidísima la excelente compañía dramática de Vera Vergani.

¿Quién no conoce—no sólo en Italia, sino también en la Península ibérica y en Suramérica—a tan bella actriz? Por eso, al pedirme el director de COSMÓPOLIS una interviú con alguna actriz famosa, lo primero que se me ocurrió fué irme derechito aquella misma noche al camerino de Vera Vergani, quien me distingue con su amistad desde hace tiempo. Pero, ¡ay!, que si bien acababa de empezar un entreacto, el camerino ya estaba de bote en bote, como quien dice. ¡Claro! ¿Alguien ignora, acaso, que aquí y en todas partes en donde actúe, la insigne comedianta cuenta con legiones de amigos y admiradores entusiastas?...

Por tanto, lejos de desanimarme ante



Foto Bragaglia.

La pureza de líneas del rostro de Vera Vergani, la insigne trágica tan ventajosamente conocida por el público madrileño, se aprecia en toda su clásica belleza en esta «pose».

aquella invasión para mí tan *obstruiva*, esperé con paciencia a que admiradores y amigos fuesen paulatinamente desfilando, y tan pronto como pude decir para mis adentros aquello de «¡por fin solos!», tras los saludos de rúbrica solté a la encantadora actriz mi primera pregunta, un si era o no era indiscreta:

—Dígame, Vera: ¿cómo se las arregla usted para estar cada día más guapa, con la vida tan agitada que lleva, con tanto trabajo y tantas preocupaciones como pesan sobre usted, y con ese asedio tan constante de sus innumerables admiradores?

Su respuesta fué modelo de discreción, gracia y agudeza:

—Pues, muy sencillo—y adorna las palabras con una sonrisa seductora y burlona—: no haciendo caso de las galanterías que se me dirigen...

—¡Y eso que bastantes le habrán dirigido desde que comenzó usted a pisar las tablas, hace lo menos diez años!...

—¿Diez? ¡Diga más bien quince!

—¿Tantos? ¡Se dedicaría usted al teatro siendo todavía una niña!

—¡Adulador!... Una muchachita solamente. Y eso es lo cierto.

—Y lógico también, dado que su afición y sus aptitudes para el teatro se revelarían en edad muy temprana...

—Está usted equivocado, amigo mío. No niego que en mi niñez me entretuve yo también, como tantos chicos, remedando a los cómicos; pero luego, cuando adolescente, no tenía la menor afición por el arte dramático, y sí muchísima, en cambio, ¿a qué no acierta usted por qué?... ¡Por las matemáticas! ¡Como que después de alcanzado el grado de bachiller llegué a cursar hasta tres años de matemáticas en la Universidad! Y sólo me faltaba uno para licenciarme, cuando mis tíos maternos, Güido y Víctor Podrecca—notable crítico musical éste, y aquél fundador del célebre «Teatro de los pequeños»—, consiguieron inducirme a que dejase plantadas las tablas de logaritmos de Pitágoras por las del tablado escénico. Así fué como me contraté con la compañía veneciana del inolvidable Ferruccio Benini, ya que, por ser mi familia originaria de la región del Véneto, hablaba yo corrientemente el dialecto veneciano. Y por cierto que empecé mi carrera artística con la lindísima comedia de los hermanos Álvarez Quintero *Puebla de las Mujeres*.

—E inauguró con ella la serie inacabable de sus triunfos.

—Hombre, tanto como eso... Lo que sí puedo decirle es que ni en la comedia aquella, ni en las demás que sucesivamente interpreté, lo haría yo del todo mal, gracias también a las enseñanzas eficacísimas del gran Benini, puesto que al morir él, y, por ende, al disolverse su soberbia compañía, fuí admitida sin más, en calidad de ingenua, en una magnífica formación acaudillada por otro maestro de nuestro teatro, Virgilio Talli, bajo cuya guía incomparable empecé a recorrer resueltamente la acertada senda que había de llevarme al decoroso puesto que hoy día ocupo en el arte escénico italiano. Y digo que con Talli empecé, pues por esa senda seguí luego con más firmeza y fortuna, al entrar a formar parte, en 1916, de la compañía del ilustre actor Ruggeri, y por último, hace siete años, en ésta dirigida por Niccodemi, quien—así como lo hizo también aquél—me prodiga en toda ocasión los consejos preciosos que le sugieren su admirable intuición artística y sus privilegiadas dotes de hombre de teatro.

—Efectivamente, por maestros acertadísimos hay que tener a Nicodemi, Ruggeri y Talli, aunque no fuera más que por haber hecho de usted una discípula tan aventajada como modesta y agradecida, que se empeña en ocultar que algo siquiera tendrá que agradecerles también a lo exquisitamente femenino de sus interpretaciones, a lo depurado de su elegancia, a su floreciente hermosura, a la suprema distinción de sus actitudes y gestos...

Por toda respuesta, Vera Vergani suelta la carcajada, y, a la vez que tiende hacia mí sus torneados brazos, me ataja diciendo:

—¡Bueno, hombre!... ¡Pare usted, que ya va a terminar el entre-acto!...

—¡Y yo que deseaba saber de usted unas cosillas más!—exclamó, cándidamente.

—Pues ¡dése prisa!

—¿Qué obras prefiere usted interpretar?

—Aquellas en las que puedo dar rienda suelta a mi sensibilidad de mujer. ¡He dicho mi sensibilidad, fíjese! Porque... ¡nada de sensiblerías románticas, ¡eh!... El romanticismo no encaja en absoluto con mi temperamento.

—¡Vamos, Vera... que alguna vez también habrá personificado usted un papel romántico en su vida artística...—insinúa.

—¡De haber sido así, ya ni me acuerdo! ¡Bah! ¡El arte, los viajes, la vida me ha enseñado tantísimas cosas!... Por otra parte, tenga usted en cuenta que mis dos tíos a quienes me referí antes, y que, por su singular cultura, fueron los que más de cerca siguieron mis estudios, procuraron darme una educación un tanto varonil. Buena prueba de ello es que tengo una afición desmedida por todos los deportes en general y me gusta sobremanera nadar, bogar, montar a caballo, guiar un auto... ¡Lo malo es que apenas si tengo tiempo para dedicarme a ello. Desde las primeras horas de la mañana, estudiar mis papeles, después ensayar; al atardecer, las modistas, el zapatero, el joyero... Tal es mi vida de todos los días. Bien sabe usted, además, que como no demos con una obra que reporte un éxito descomunal, nosotros, los pobres cómicos italianos, no tenemos más remedio que variar el cartel a diario, ya que el público de nuestros teatros suele ser siempre el mismo.

—Ya, ya... Pero me figuro que en el mes de descanso de que disfrutan en el verano las compañías de verso llevará usted una vida algo más reposada.

—¡Sí, sí, buen reposo me dé Dios! Los veranos que no hacemos una *tournee* por Suramérica—¡y hemos ya hecho cuatro!—, el mes de descanso he de emplearlo en ir a Turín, París y Londres para reponer y modernizar mi guardarropa, que ya no cabe ni en veinticinco baúles de tamaño más que regular, a los que hay que sumar un montón de maletas y maletines de mano. En fin, hasta qué punto estaré esclavizada por las múltiples exigencias de mi arte, que hace unos meses adquirí por poderes una quinta en las pintorescas colinas de Fiésole, cerca de Florencia, ¡y ésta es la hora que todavía no he logrado disponer de un día siquiera para ir a ver cómo es la tal quinta y cómo he de alhazarla!

—¡Vaya por Dios!... Mas consuélase, Vera, pensando en los que tenemos, sí, algún día que otro disponible, pero no una quinta nuestra por visitar.

En esto,

—Signora Vergani, si puo andar su? (¿Se puede levantar el telón?)—pregunta a través de la cortina de la puerta la voz chillona del traspunte.

—¡Sí, sí, ya estoy!—le contesta mi ilustre interlocutora. Y en son de despedida se levanta y me tiende la diestra. Respetuosamente llevo ésta a mis labios e inicio el mutis...

De súbito, la Vergani me llama para preguntarme:

—¿Piensa usted referir algo de nuestra charla en algún periódico, quizás?

—En la nueva revista madrileña COSMÓPOLIS, que lanzará sus declaraciones a todos los vientos, no sólo en España y Portugal, sino hasta en el propio Suramérica.

—Cabalmente en los países de cuyos públicos guardo un recuerdo imborrable, por lo efusivo y conmovedor de sus bondades para conmigo. Ruegue usted, pues, a COSMÓPOLIS que me consienta enviarles, por su conducto, un cariñoso saludo.

—De su parte, Vera.

—Y quede cumplido aquí tan grato encargo.

ENRIQUE TEDESCHI

Roma, diciembre 1927.





WORTH
7, rue de la Paix
PARIS

BIARRITZ
Carlton Hotel

LONDON
3, Hanover Square
and also
221, Regent Street, corner of Maddox Street

CANNES
Sur la Croisette

PRO TURISMO

IGNOTUS NULLA

CUPIDO

BUITRAGO



Calle típica y notable torre de la iglesia de Santa María del Castillo



Entrada a la iglesia



IGNOTUS nulla cupido» quiere decir: No se ama lo que no se conoce. Y añadido: Y no se conoce lo que no se propaga, y en España no se hace propaganda de turismo.

Hago esta afirmación, porque la que se hace y en la forma que se hace es casi improductiva.

La propaganda ha de ser cuantiosa, constante y metódica para que fructifique, y esto podemos imitarlo de los países que nos dan el ejemplo, como Francia, Suiza e Italia, sin desdoro ninguno.

Pero... esta propaganda no puede hacerse sin tener antes una organización, esa organización que yo, el más insignificante de cuantos se dedican a proclamar nuestras bellezas, reclamé como oportunidad perentoria, cuando, al año de declararse la guerra, podíamos haber empezado a explotar la atracción de turismo, explotando al mismo tiempo el odio de los países beligerantes entre sí y nuestra santísima neutralidad.

Nada se hizo entonces, y esa organización sigue sin hacer.

Yo me propongo, y creo que mi buena intención disculpará los errores en que pueda incurrir; me propongo, repito, dar algunos consejos, de los muchos que iré dando a conocer en el curso de mis modestos artículos sobre turismo, consejos que forman parte de la organización por mí ideada para un centro oficial o dirección de Turismo.

Vulgarmente se hace crítica de todo, señalando los defectos de las obras de los gobiernos o de las entidades oficiales; pero casi nunca se dan orientaciones que puedan realizar el milagro de subsanar errores, y éstos se mantienen ante el razonamiento de que más vale malo conocido que bueno por conocer.



BUITRAGO



Pintoresca vista de Buitrago con sus murallas

Ahora se habla de que el Gobierno va a establecer oficialmente una Dirección general de Turismo, y a mí me parece la idea sublime; pero téngase en cuenta que la bondad de la iniciativa no estriba en crear el organismo, sino en darle el sentido práctico necesario para que reporte la verdadera utilidad que deseamos.

Lo primero que se necesita es que la persona que se designe como director esté debidamente retribuida, *espléndidamente retribuida*, porque es la única manera de que se le pueda exigir un trabajo efectivo. Yo soy enemigo acérrimo de las comisiones y de los puestos honoríficos, porque una de dos: o el interesado tiene dinero suficiente para no necesitar el trabajo para buscar medios de vivir, en cuyo caso el dinero suyo le da derecho a no tener desvelos en la administración de ajenas ocupaciones, o no lo tiene, en cuyo caso necesita buscarse ingresos en otros menesteres que distraerán su tiempo y su inteligencia; y retribuyéndolo, el Gobierno puede exigir el esfuerzo máximo en sus funciones, cosa que no puede hacer con el que sólo busca el prestigio del cargo.

Tampoco basta un director bien retribuido; es preciso que sea un hombre ducho en turismo, conocedor del mismo en el extranjero, que tenga buen gusto, para que sepa escoger y diferenciar lo bueno de lo malo, en materia de propaganda gráfica, pues en esto estriba el éxito de la buena organización, porque una propaganda mediocre y de mal gusto es contraproducente.

Es decir, que el director de Turismo debe saber el mecanismo de la propaganda de una casa comercial, pues el turismo es la explotación en gran escala de las bellezas del país, y esa propaganda requiere hacerse con tiempo y oportunidad, porque cada región necesita su forma y su época, y yo estoy convencido de que esta misión no es fácil, y en España hay pocas personas capacitadas para ello.

Se lee con frecuencia aterradora en la prensa del turismo que faltan hoteles y que ésa es la labor primordial de la Dirección de Turis-

mo o como se llamara. Pues bien; yo afirmo que el error más grande en que puede incurrir una organización de turismo es meterse a edificar hoteles; esta labor se debe dejar a la iniciativa particular de la localidad, dándole toda clase de facilidades, pues de otro modo es invertir un capital cuantioso en cosas que no rinden el beneficio que debe rendir la propaganda y son, además, un semillero de contrariedades, distracciones en la organización y disgustos.

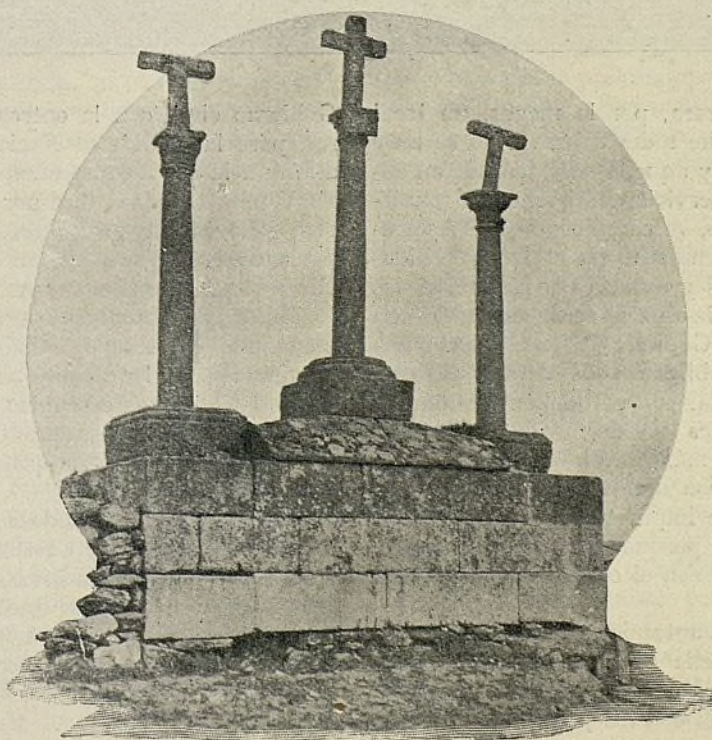
Con un ejemplo voy a comenzar a desenvolver una de las facetas de la organización del turismo y su propaganda.

Escojo la villa de Buitrago, a 76 kilómetros de Madrid, para que me sirva de explicación práctica. Supongamos que Buitrago se descubre hoy a nuestros ojos como lugar digno de una propaganda activa, para darla a conocer entre las muchas cosas que existen circundando a Madrid y que son casi desconocidas.

Estudiamos primero sus medios de comunicación, pues hemos de ocuparnos siempre del viajero rico y del de la clase media, y vemos que no existe línea férrea, pero que esta falta está subsanada con el servicio de automóviles de dos Sociedades importantes que poseen coches magníficos, grandes autocars, que diariamente se detienen en Buitrago a la ida y a la vuelta de sus itinerarios en toda la carretera de Madrid al Puerto de Somosierra, carretera que muy pronto será, pues muy pocos kilómetros la faltan de arreglo, una verdadera pista, gracias a los desvelos del Gobierno, que está logrando lo que no se había podido conseguir hasta ahora en España: la circulación cómoda por sus carreteras.

Estas Sociedades de automóviles de viajeros ya están debidamente vigiladas, y así se logra, evitando las competencias ruinosas, que cada día se aumente el número de ellas en toda España, tejiendo con sus itinerarios una verdadera tela de araña, de cuya importancia casi no nos damos cuenta.

Es decir, que el Gobierno, ya



Via-crucis del pueblo

por este lado, contribuye poderosamente a la organización de la expansión de turismo.

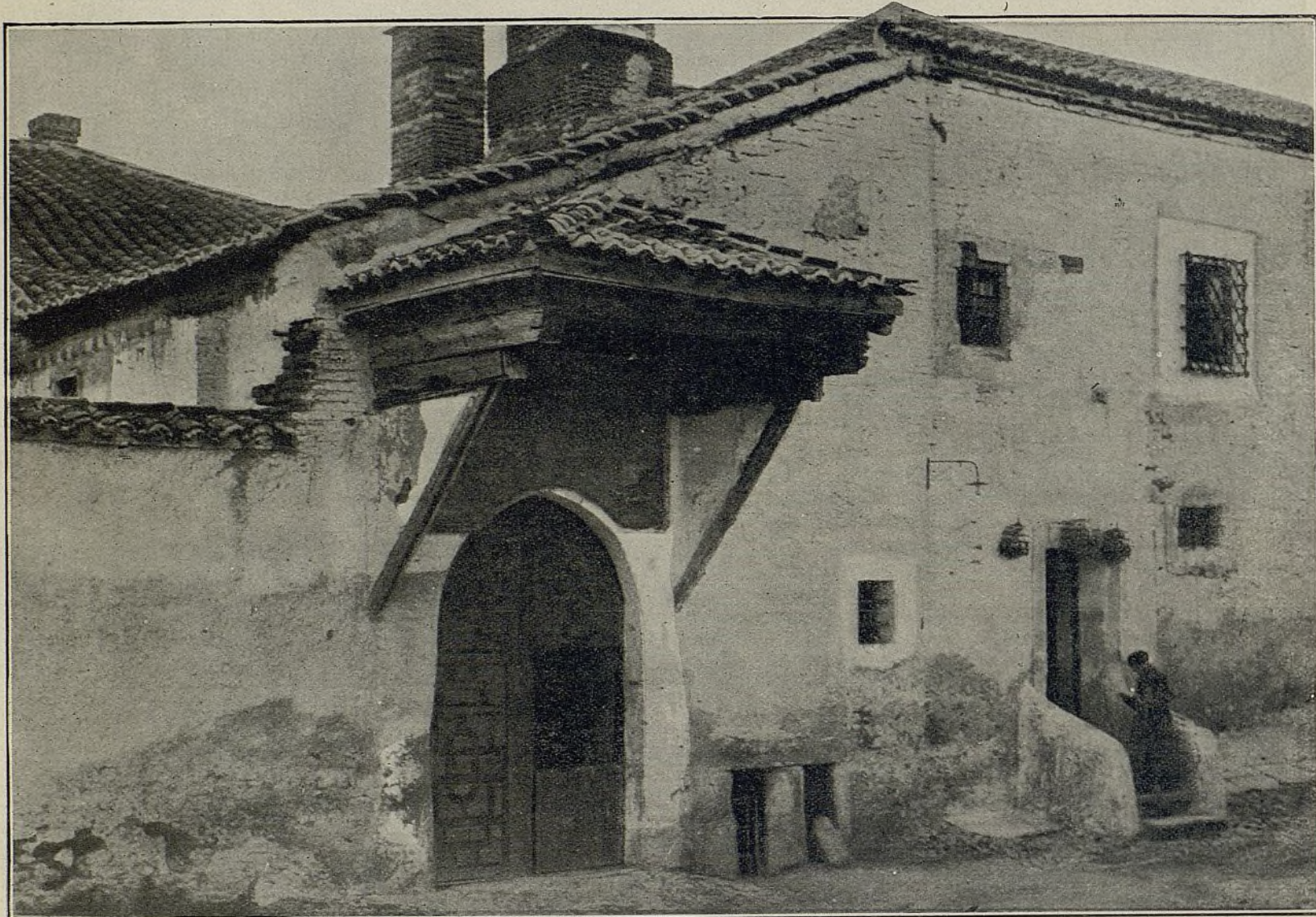
Pensamos después en las fondas y hoteles, y aquí es donde me permito dar mis consejos.

Una Comisión, aneja a la Dirección de Turismo, compuesta de un médico, un arquitecto y un artista, aparte del derecho que le asiste al propio director, visitaría los locales que hoy se explotan para fondas y hospederías, haría una investigación rápida sobre su capacidad e higiene y seguridad, una información de la honorabilidad y conducta de sus dueños, y el que reuniese las mejores condiciones o fuera más digno del apoyo oficial, la Dirección de Turismo, con los medios materiales de la localidad, si los había, le haría las obras

Instituto Geográfico y Obras Públicas, etc., etc. Sería obligatorio por parte del cura párroco la nota de todas las curiosidades religiosas, y al maestro de escuela de las civiles e históricas, quedando reservadas al médico las obligaciones de dar cuenta de las condiciones higiénicas de la villa y de la denuncia de sus peligros o infracciones.

Y esto en toda España, lectores míos, sería con el tiempo una organización digna de nuestra nación, y nadie mejor que un Gobierno como el que hoy nos rige podría conseguirlo.

Dejo para otro artículo algo muy interesante en lo que se refiere a ediciones literarias y artísticas, lo mismo oficiales que particulares, las que deben reglamentarse al uso de los periódicos y revistas, no permitiéndose su venta sin la debida presentación en el



Hospital,
fundado
por don
Íñigo
López de
Mendoza,
primer
marqués
de
San-
tillana

necesarias para que el viajero encontrara, por lo menos, un local con limpieza, confort e higiene, cosa que todos sabemos no es muy costosa si se hace administrando bien, y aquella casa tendría un comedor limpio, una cocina aseada y un servicio de higiene que reuniera las condiciones debidas; y todo esto, ¿a cambio de qué? A cambio de destinar una habitación independiente en el local, debidamente instalada, para recibir a propios y extraños y facilitarles los datos de propaganda de la localidad, la que le sería facilitada con impresos *ad-hoc* por la Dirección, y el Gobierno *exigiría* al Ayuntamiento y entidades de la localidad la obligación de atender al ornato, limpieza e higienización de la villa, sobre todo en los puntos en que habría de ser frecuentada por los turistas; es decir, que con el *mínimum* de gastos se obtendría el *máximo* de beneficios.

De esta protección oficial a una casa determinada, con la protección a las demás en la exención de impuestos para las mejoras que realizasen, nacería la competencia, porque es preciso estimular; con el estímulo se consiguen milagros; con el castigo o con amenazas no se consigue nada.

Sería obligatorio, por parte del Ayuntamiento de la localidad, la averiguación de la bibliografía de ella y la adquisición de dos ejemplares de cada edición, una para la Dirección y otra para la sucursal de la villa, y lo mismo se haría con los planos oficiales del

Gobierno civil, con la entrega de determinado número de ejemplares, para la Biblioteca Nacional, la Dirección de Turismo, si a ella atañe; a la del Ayuntamiento, si es de Madrid, etc., etc.

Y para terminar diré por qué me he fijado en Buitrago y no en otro sitio al hilvanar este artículo.

Buitrago es una ciudad olvidada y digna de que volvamos a ella los ojos, aunque nuestra nueva atención sea interesada.

Buitrago, bañado por el río Lozoya, que lame sus murallas ruinosas, fué en la antigüedad la Litabrum Romana que durante la dominación de los árabes se llamó primero Teg-Tareco y después Begtrago, que por corrupción ha quedado en Buitrago.

Alfonso VI se apoderó de la ciudad, después de la conquista de Toledo, siendo su conquista de gran importancia y trascendencia en aquella época.

Íñigo López de Mendoza, señor de la ciudad en 1435, obsequió en ella a Juan II de Castilla, siendo su recinto amurallado teatro de grandes hechos históricos, perdiendo su importancia con la invasión francesa, época en que fué saqueada e incendiada.

Buitrago bien merece la pena de que el turismo oficial le preste atención y le consagre alguna propaganda, porque «No se ama lo que no se conoce».

Fotos del mismo.

ANTONIO PRAST

EL RASCACIELOS, LA CIUDAD Y EL CAMPO

EL rascacielos ha venido de América; es hijo de una civilización en bruto, mal avenida con las exquisiteces del refinamiento europeo. El buen gusto de los parisinos se resiste a dejarle perturbar con su insolente y grosera altanería las líneas urbanas de una calle histórica o las perspectivas armónicas de un paisaje pictórico. Monsieur Lemarchand, concejal del Ayuntamiento de París, ha logrado detener la construcción de uno de ellos porque deformaba la estética de la Isla de San Luis. Ya no es la primera vez que dicho concejal rompe una lanza, o, si se quiere, descoyunta el pupitre edilicio, en defensa de la belleza arquitectónica de la *Ville Lumière*. Y le sobra razón. Pasaron ya los tiempos en que las ciudades se construían al azar. La orilla de un río, el cruce de dos caminos, una ensenada de la costa, eran motivos suficientes para que allí se establecieran unas cuantas familias nómadas; después, la tribu guerrera edificaba sobre unos peñascos, con fines militares, para invadir el campo del enemigo o como avanzada contra posibles algaradas; más tarde, se apiñaron las casas en torno al fuerte castillo roquero, nido de buitres feudales o asilo de sus mesnaderos. La acrópolis griega, más que construcción defensiva, era corona artística de la *polis*; corona recamada con joyas de impecable arquitectura, refulgente con sublimes destellos de poesía y espiritualidad, donde los héroes se hacían dioses, y la belleza mortal, encarnación divina.

El mercantilismo, que ha formado y deformado tantas ciudades europeas, al ser importado de Yanquilandia en Europa, empieza a introducir en la armonía urbana de las ciudades europeas unas notas completamente discordantes; siluetas grotescas en el lienzo de los paisajes ingenuos y llenos de sol. Contra esta invasión de la vivienda exótica reaccionan los pueblos en que el arte acumulado y consciente, la perspectiva clásica y la comodidad elegante, han ido creando y armonizando en un todo hermoso la vivienda, la ciudad y el paisaje. El pensamiento, la sensibilidad, el ideal artístico, una necesidad íntima de un ambiente adecuado a los progresos del espíritu, han desechado viejas rutinas y creado una ciencia enteramente moderna, más que moderna, novísima, que lleva el nombre de *urbanismo*. Nombre que espiritualiza la materialidad de la urbe para transformarla en algo parecido a lo que los griegos llamaban «la morada de los dioses».

Alemania, patria de la música y de la filosofía, del romanticismo y de la ciencia, ha legislado tal vez como ninguna nación del mundo en este sentido. El hombre moderno, de vida espiritual y material tan compleja, necesita acomodar su vivienda, su ciudad, su paisaje, a sus nuevos estados de progreso. El hombre es hijo de su ambiente; pero también es cierto que, al fin y a la postre, el ambiente lo crean los hombres; el ambiente social, sobre todo, es producto de la humana actividad. Sajonia, por ejemplo, tiene hoy la legislación más completa y previsora para que se vaya produciendo con el andar de los años esa armonía externa del hombre más civilizado con el ambiente topográfico; unidad interior también y profunda que hoy estudia la geografía humana; pero de una humanidad evoluta, sabia y práctica a la vez, que funde en una vida más completa y más intensa el arte y la industria, las necesidades del cuerpo con las exigencias del espíritu; la naturaleza, con el pensamiento del hombre.

Sajonia, la de las graciosas colinas verdeantes, coronadas por románticos castillos y productivas fábricas; la de las ferias internacionales de libros y de encajes, lujos de la imaginación y de la carne; la de las huertas y jardines ubérrimos que alternan con las minas de plata y de hulla; la de los ríos poéticos y bosques artificiales; Sajonia, que ha transformado sus lagunas estancadas en famosas estaciones de aguas medicinales, es también la que ha promulgado poco ha una ley digna de toda alabanza y de plena imitación, a fin de hermosear como en ninguna parte la vivienda, la ciudad que la calle atraviesa y el campo donde la ciudad se asienta. Es decir, el conjunto urbano y regional, natural y humano, cuyo centro ha de ocupar el hombre.

Una de las cosas que la ley intenta impedir con más rigor es la formación en torno de la ciudad de esos suburbios infectos o infecciosos que son, además de una vergüenza, un peligro tremendo para la vida ciudadana. La ciudad, como instrumento y expresión de una cultura, no debe consentir que se vayan acumulando a sus puertas los mendigos y parásitos asquerosos que de sí expele. Ese foso de inmundicia social y física que rodea a muchas ciudades europeas debe desaparecer, llevando hasta las afueras, hasta el campo, que debe ser puro e ingenuo, la irradiación de la higiene y de la estética; haciendo levantar su campamento a las hordas del hampa y de la vagancia, elevando a un nivel civilizado a los infelices que la naturaleza arrojó a los bajos fondos de la sociedad. El mismo derecho a la urbanización tienen los barrios obreros, que no han de ser adueros del Yebala; y ello es interés de la industria y de la ciudad misma para la cual trabajan. Todo hombre que viene a convivir durante el día con el ciudadano culto y urbano, a colaborar con él en la obra del progreso y de la civilización, no debe vivir al margen de la higiene y de la estética cotidiana; si la civilización no lo asimila, él viciará la civilización. No hay cosa que revele mejor el grado de prosperidad y cultura humana de una gran ciudad como el urbanismo de sus zonas exteriores. Hermosear y cuidar los ensanches está bien; pero no ha de terminar la civilización en el paseo de Ronda, como si más allá empezasen ya los dominios de la barbarie.

Para la nueva ley sajona, la ciudad y la región que la rodea forman un todo económico y estético, es decir, *humano*, en el más amplio sentido. Los Ayuntamientos de las grandes urbes se ven obligados por ella a extender su radio de acción mucho más lejos del ámbito estrictamente municipal; los servicios públicos, el agua y el alumbrado, por ejemplo, han de extenderse a zonas amplias, llegando en la ciudad a detalles complejísimo. París establecerá a principios de año el servicio de calefacción pública, como el del alumbrado; pero en Sajonia el cuidado urbanizador se extiende a la comarca entera. Objeto de atenta reglamentación han sido las regiones interurbanas, a fin de que no haya solución de continuidad en la estética al salir de la urbe. Se empieza, naturalmente, por las casas y las calles, plazas y jardines dentro del circuito urbano. En primer término, como exige el bienestar social y la vida misma de la familia, las casas han de ser *familiares*; a lo más, se autorizan casas de dos pisos para dos o cuatro familias. Solamente, dentro de la ciudad, se consienten edificios más elevados en los barrios industriales y mercantiles; el rascacielos queda prohibido, y sólo en casos contados, mediante la debida solicitud al ministro del Interior, se autorizará su construcción, suponiendo que no desentonen con la fisonomía de la población ni perjudiquen el tránsito. Además, han de acomodarse en su elevación y aspecto al carácter arquitectónico del barrio o localidad. En cuanto a los edificios secundarios, la ley no consiente que tengan más de dos pisos; en las ciudades de más de 50.000 habitantes pueden llegar a cinco. Nada de ciudades verticales, que vienen a ser verdaderas Babels en el sentido artístico y, por tanto, en el sentido íntimamente humano; el hombre no ha de perder el contacto con la tierra, su madre común, para vivir en el vacío, donde no hay ni árboles, ni flores, ni murmullos de fuentes, ni cantos de pájaros.

Estas preocupaciones de los legisladores de Sajonia los han llevado a promulgar disposiciones que parecen no respetar siquiera el derecho de propiedad. La ley de 1900, de la cual ésta es una mera refundición, no autorizaba la expropiación sólo para construir. Prusia se adelantó, legislando en 1916 que ése era motivo suficiente para la expropiación; ahora se adopta en Sajonia el mismo principio. Esto tiene enorme importancia para la industria; pero los Ayuntamientos podrán no autorizar la creación de establecimientos industriales cuando perjudiquen otros aspectos de la urbanización moderna; se les imponen condiciones muy restrictivas en la vecindad de iglesias, hospitales, escuelas y otros edificios de finalidad parecida, cuya

protección higiénica y material deben asegurar. Las ciudades que viven del veraneo y de las aguas medicinales pueden impedir que otras industrias las despojen de ese carácter agradable que deben ellas conservar para atraer a los clientes.

Saliendo de la ciudad y para darle un ambiente topográfico de acuerdo con los progresos del urbanismo moderno, la ley prevé que se mantengan espacios verdes, caminos y paseos limpios y amplios, lugares de distracción y deporte. La protección de estos espacios limita de una manera inaudita los derechos del propietario; nadie podrá disponer a su antojo de un terreno cubierto de árboles, y, por tanto, de los árboles mismos. Se hace distinción, para los efectos de la estética, entre caminos de circulación local y caminos residenciales (calles); las grandes arterias de circulación que unen ciudades tendrán una construcción especial y deberán rodear la ciudad, no atravesarla. Con la nueva ley se introducen grandes reformas en las zonas habitables, determinando ya de antemano espacios para parques, campos de juego y distracción, mercados, etc. Estas zonas se armonizarán sabiamente con las de cultivo, excitando a los Estados limítrofes a que promulguen leyes semejantes, como se ha hecho en algunos de los Estados Unidos. Claro está que habrán de tenerse en cuenta las razones económicas; pero aun en el campo y en el monte no se han de postergar las conveniencias estéticas e higiénicas. La ley se muestra muy atenta a la conservación de las bellezas naturales del país.

Hay en ella prescripciones detalladas para la técnica de la construcción; desciende a por menores, como los materiales que pueden influir en los cambios de temperatura en las guardillas, ventilación de talleres y fábricas. En cuanto a preocupaciones estéticas, pueden hasta prohibirse por la autoridad municipal las fachadas-reclamos

que afeen una calle o una perspectiva. La construcción de las calles en casillero, tan corriente en los Estados Unidos, da a la ciudad una cierta monotonía y dificulta a veces la rapidez necesaria para el tráfico moderno. Los sajones han añadido vías radiadas convergentes y grandes avenidas concéntricas en que alternan plazas y jardines interiores. En fin: la ciudad nueva, tan distinta de la ciudad medieval, laberinto de callejones estrechos y casas amontonadas sin orden ni simetría alguna, como bloques de formación geológica, esparcidos por las fuerzas cósmicas al azar en los peñascales de una sierra o en un hueco estepario de la llanura.

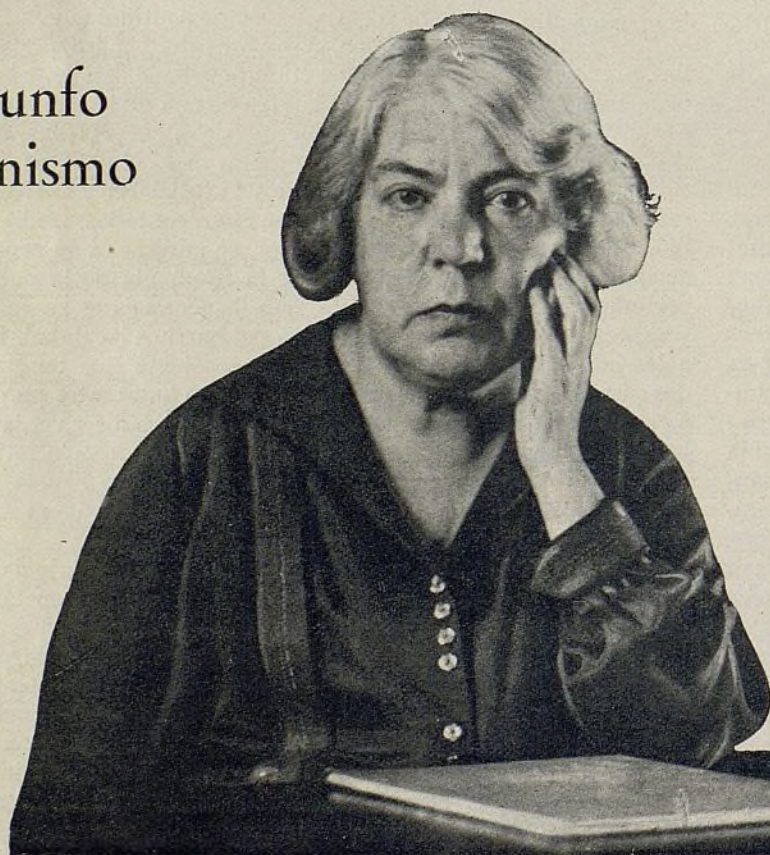
Al escribir esto pensamos en nuestro Madrid, con sus rascacielos exóticos que parecen gigantes estúpidos, encarados con el cielo azul; pensamos en nuestros barrios bajos, herencia de una edad carente de toda noción de higiene y estética urbana; pensamos en nuestros suburbios, cloacas sociales donde toda porquería tiene su asiento; en los alrededores madrileños, que podrían ser tan hermosos y sanos, como una prolongación de Aranjuez hasta la Sierra del Guadarrama. En ésta habrán de valorizarse las bellezas naturales y los recursos higiénicos; esperamos que algún día se hará, puesto que algo se ha hecho. Aunque vamos despacio, hemos de llegar a una concepción de la ciudad y el campo como las de Sajonia; a una capital de España compuesta en su totalidad de casas decentes, muchas elegantes, alineadas en calles hermosas; rodeada de suburbios modestos, pero higiénicos y estéticos, y asentada como una reina en una comarca embellecida por la mano y el espíritu del español. Sería necedad hacerla hermosa y dejarla abandonada a la naturaleza salvaje de la estepa.

MANUEL GRAÑA

Feliz Año Nuevo
Desea a su distinguida clientela
E. CASTRO
Peluquería de Señoras
AVENIDA DEL CONDE PEÑALVER 15. MADRID.
Esta casa sobresale en la ondulación permanente con los últimos adelantos modernos del extranjero, instalados en sus salones.

GARIBAY TEA ROOM
AVENIDA DEL CONDE PEÑALVER 15
Madrid
Saluda a su distinguida clientela y la desea
Feliz Año Nuevo
PASTELERIA SELECTA • REFRESCOS • HELADOS
COCKTAILS • ESPECIALIDADES EXTRANJERAS.

Otro triunfo del feminismo



En el reinado certamen que es, anualmente, el premio Nobel de literatura, la escritora italiana Grazia Deledda ha conseguido el preciado galardón, al que—entre otros próceres de las letras—aspiraban nuestros compatriotas Armando Palacio Valdés y Vicente Blasco Ibáñez.





EL TEATRO DE BENAVENTE



JACINTO Benavente, el creador del teatro de los niños, el comediógrafo a quien le viene de abolengo el amor a la infancia, ha estrenado otra comedia infantil para que se solacen los pequeños. *La noche iluminada* lleva el mismo fin, análoga técnica e igual cariño en la intención y en la factura que *...Y va de cuento*, *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, la adaptación escénica de *La Cenicienta* y algunas otras producciones del autor donde palpitan la comprensión y el afecto a la edad por que todos hemos pasado y todos estamos en la obligación de hacer venturosa.

Ante su nueva comedia cabría preguntarse: ¿Cuál es el Benavente verdadero? ¿El amante de los seres inocentes? ¿El satírico? ¿El maestro de ironías? ¿El flagelador de los egoísmos? ¿El cronista mundano de *Gente conocida*, *Lo cursi* y *El marido de la Tellez*? ¿El que analiza y comprende los «intereses creados»? ¿El que se asoma a los horizontes de la alta política internacional en *El dragón de fuego*? ¿El que adapta la fatalidad de la tragedia griega a un medio social moderno y rústico como en *La malquerida*? ¿El genio que nos introduce con *La noche del sábado* y *La princesa Bebé* en el mundo cosmopolita fin de siglo? ¿El cultivador de la llamada alta comedia con los ejemplares de *Campo de armiño*, *Rosas de otoño* y *Por qué se ama*? ¿El ibseniano elegante de *Más fuerte que el amor*? ¿El estoico de *Señora ama*? ¿El espíritu inquieto por el karma y los misterios ultratéluricos de *Una buena mujer*, *Más allá de la muerte* y *El mal que nos hacen*? ¿El superrealista de *La honra de los hombres* y *El hijo de Polichinela*? ¿El narrador de anécdotas galantes como *La mariposa que voló sobre el mar*?

El teatro de Benavente es tan vario, tan complejo, tan desconcertante, que a muchos les parece ilógico y piensan que su autor no está siempre de acuerdo consigo mismo. ¿Dónde se halla la «facultad maestra» de Benavente? ¿Es, en realidad, un dramaturgo, o no pasa de ser un conversador de genio, como Rivarol y Chamfort, que lleva sus conversaciones al teatro? ¿Conversación, comedia! ¿Qué más da? Una idea grande, un sentimiento generoso, una voluntad decidida a que por doquiera reine la hermandad de los hombres y el sentido del arte, encarnan por igual en una catedral gótica, en una escultura clásica, en un fragmento de música litúrgica, en una tragedia shakespiriana y en un relato alado, sutil, ligero, frágil como una flor, pero, como las flores, encanto de la vida.

Benavente es el artista de la idea. Los «arquetipos eternos de las cosas», como dice Platón, se moldean, se concretan, se humanizan y adquieren forma sensible por el teatro y para el teatro cuando es Benavente quien ilumina su antorcha en la luz increada de las ideas. Todo lo que existe en la tierra tiene en el campo de lo suprasensible y ultramaterial su idea perenne, sin fin y sin principio, y en el horizonte de los modelos que reconocen a la belleza por causa final valen las siete maravillas del mundo antiguo tanto como un bello esmalte, una piedra tallada, una fábula de perlas, un mosaico de Rávena, un tapiz espléndido, una suntuosa armadura, menos aún, el «aire suave de pausados giros», con que nos acaricia el abanico de la Marquesa Eulalia...

Benavente ha bañado su espíritu en estos manantiales de la luz del alma más allá del tiempo, del espacio y de la muerte, y ha sabido escoger, según el símil de su *Collar de estrellas*, que ha encontrado tal vez en un apéndice del *Genio del Cristianismo*, de Chateaubriand, objetos claros de cristal purísimo que dejen filtrar todos los colores, matices, cambiantes y fulguraciones de esa lumbré divina a que todos aspiramos y que es buena en razón de bella y nunca contraria a la verdad y al bien, porque es armonía, equilibrio, fin supremo de las acciones, los pensamientos y los deseos.

Con el espíritu abierto a las ideas, a la «armonía y luz no usada», que menciona Fray Luis en su *Oda a Salinas*, Benavente observa el

mundo físico, intelectual y moral entre 1894 y el año que hoy em, pieza. El materialismo ha dado valor propio a muchas sensaciones conceptos y objetos materiales que la doctrina clásica estimaba meros comparsas y accidentes de otra cosa principal, central. La psicología ha dicho que la persona era únicamente un conjunto de estados de conciencia. El subjetivismo de los filósofos alemanes ha reforzado los pujos escépticos de que adolecen las civilizaciones avanzadas. El refinamiento «fin de siglo» de que son muestras el *La-Bàs* y el *A Révour*, de Huysmans, ha utilizado de tal manera los objetos peculiares del entender y del sentir, que todo se desencaja, se desintegra, se pierde, se pulveriza... El fenomenismo de Kant, renovado por Renouvier y Lachelier, se armoniza con el positivismo a que ha dado nombre Comte y en el que descuellan Ribot, Höffding y Wundt. Se comenta a Taine, a Renán, a Nietzsche. Los elegantes cubren su escepticismo natural con diversas vestiduras de distintos nombres, y de la misma manera que fuman opio y se dan a los paraísos artificiales se hacen para lo intelectual-moral temperamentos fuertes a lo Nietzsche, perseguidores de sombras como Ibsen, idólatras de símbolos como Maeterlinck. Muy olvidado por entonces La Rochefoucault, pocos advierten que el lema de todo el período está en una de sus *Máximas*: «Las virtudes no son otra cosa, las más de las veces, que nuestros vicios disfrazados». Así se habla de que la moral varía según las latitudes, las horas, las estaciones y la decoración que sirve de fondo a nuestros actos. Se sostiene el pro y el contra de cada concepto. Se duda de si son verdaderas y falsas las sensaciones y las cosas sujetas a intelección. Está a punto de nacer una nueva sofística como la griega anterior a Sócrates y la romana de tiempos del Imperio. Para que nada falte, dos filósofos, uno alemán y otro francés, dan en la tarea de rehabilitar a los sofistas de Grecia y de Roma, y tanto Lange como Funck-Brentano ponen casi al nivel de Platón y Aristóteles a Gorgias y a Protágoras.

Superpuesto a todas estas nociones y doctrinas de lo cognoscible, como los *confetti* de los cuadros impresionistas, se halla el espiritismo de Allan Kardec que extendieron por el campo de las ideas los secuaces de Krause.

¿Cómo traslada Benavente a sus obras el ambiente intelectual en que le han colocado las circunstancias de siglo, de patria, de medio social?

Él no es filósofo, sino poeta y dramaturgo. Su misión no consiste en resolver los problemas de moral, de psicología, de conocimiento que apasionan en las escuelas. ¿Dónde se halla la verdad? El siglo no responde. Acaso en el pozo profundo en que Demócrito la buscaba. Pero si nada sabemos de la verdad de las cosas, ¿cómo negar que unas nos causan placer y otras nos producen dolor? Elevado este principio a la categoría de las ideas innatas platónicas encontraremos que allí donde hay placer hay belleza y que el dolor se identifica con la fealdad. En el reino de Belfegor—para emplear el nombre con que ha titulado una de sus obras Julián Benda—, la belleza es la diosa que exige sacrificios, la tirana que impone el deber de agudizar los sentidos para que no se pierda ninguno de los matices y vibraciones ultravioleta del deleite estético. Benavente, convencido de que la realidad no puede condensarse en una fórmula precisa, porque hay tantas realidades como objetos y como causas determinantes de la sensación y la intelección en todos los grados de su intensidad, ha sustituido en su obra la verdad, *lo que es*, según la frase de los escolásticos, con la belleza, lo que da placer, lo que adapta el objeto a su idea madre, lo que pone en reposo el espíritu, porque ha encontrado el fin que anhelaba y le es connatural.

¿Dónde hallar el diapason que dé a la escena la tesis sustancial de las ideas platónicas combinadas con la atmósfera filosó-

fica y literaria del siglo anterior y comienzos del presente? ¿Cómo poner por sucedáneo a este conjunto inmenso de realidades que casi escapa a la comprensión unas cuantas bellezas y unas cuantas soluciones prácticas? En los grandes genios de la humanidad se resumen las ideas, los sistemas, las inquietudes y los sectores de toda actividad y de todo pensamiento. Por ello a Cervantes se le considera teólogo, filósofo, político, abogado, médico, economista y no sé cuántas cosas más. Algo parecido ocurre con Shakespeare, y Benavente ha encontrado en el trágico inglés el tono de su dramaturgia, el procedimiento para hacer sinfónicas las riquezas que la vida moderna, toda complejidades, ha venido acumulando en su cerebro y en su corazón. Cabe ahora la pregunta: ¿es Benavente un escéptico? No. Es un hombre que se declara incapaz de resumir en una clave sinóptica todas «esas cosas del cielo y la tierra que escapan a la filosofía de Horacio», según la frase de *Hamlet* que traduzco. Hay que ir las viendo poco a poco, sin cuidarse de si responden a un mismo concepto o bien se contradicen unas a otras. De aquí dimana esa falta de unidad doctrinal que algunos reprochan a Benavente y que impide al crítico y al historiador de la literatura estudiarle dentro de una casilla cerrada, precisa, inmovible. Así, *La fuerza bruta* puede ir al lado de *Los malhechores del bien* y de *Alfilerazos*, y *La propia estimación* no se da de cachetes con *La princesa Bebé* o *La noche del sábado*. La razón ontológica la da la nueva idea de lo real conforme a la variedad de los objetos y de las percepciones, tan grata al eminente filósofo Jacques Chevalier. La razón psicológica va servida por Ribot, Paul Janet, Binet y el asociacionismo de la escuela de Stuart Mill. La razón moral depende de las otras dos y podría explicarse diciendo que Benavente no confunde los principios de estricta moral con las llamadas conveniencias sociales: que no es dogmático y se limita en la ética de su teatro al *alterum non laedere*, y que sabe perdonar en todo momento las flaquezas humanas, siempre que no repercutan en daño al semejante.

Yo sé que este concepto de la moral que del teatro benaventiano se desprende en alguna de sus manifestaciones está lleno de puntos flacos y no resiste un análisis severo. Pero como el autor no es filósofo ni moralista y le basta con rendir culto a la belleza, debe satisfacernos un sistema que se funda en el amor a todo lo nacido, estima como mejor oración la que dice: «Señor, librad de dolor a cuanto existe», y lucha por el triunfo de la caridad franciscana entre todos los hombres y todas las cosas. Amor es la divisa de Benavente, y acaso no vendría mal en el frontispicio de su *Teatro* aquellos versos del poeta de las *Doloras*:

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
Y se oiga en las regiones estrelladas
Del orbe entero el último crujido
En inmenso fragor,
Dios de nuevo, la nada bendiciendo,
De ella hará otros almeces y otros mundos,
E irá un hervor universal diciendo:
¡Amor, amor, amor...!

El teatro de Benavente no es un teatro de caracteres, ni de acción, ni de construcciones a la manera de Echegaray. Es sencillamente un teatro de ideas. Señala las diferencias entre los objetos sensibles y sus arquetipos eternos. Fustiga los vicios sociales con el ridículo. Exalta las virtudes, los heroísmos, el desinterés, la hermosura en las personas, en las acciones, en las palabras... El autor es un discípulo de Shakespeare, de Molière y de Beaumarchais. Domina la técnica del teatro; sabe manejar los muñecos; pero no le pidamos arquitectura, en que la lógica matemática interviene más que la realidad viva, la moral y la estética. Benavente ofrece ideas que muchas veces no pueden sumarse porque no constituyen factores homogéneos. En sus comedias, la razón ha de tomar su juego del sentimiento, de la filantropía y del amor a lo bello en cualesquiera de sus grados o facetas. «Las flores no se comen y la tierra da flores», dice la Maestra de su *Noche del sábado*. Así algunas de sus obras no llegan al espíritu geométrico, de suyo frío y analizador; pero sutilizan y perfeccionan el espíritu de fineza y prestan al alma vibraciones melódicas. El teatro benaventiano nada dice a los muchos don Hermógenes Beckmessers y demás personas de sensibilidad escasa que tanto abundan por el mundo. Sus personajes cantan a la primavera, como el Walter de *Los maestros cantores*—sigamos la imagen—, porque «tienen necesidad de cantar», porque su amor a la verdad, a la belleza y al bien identifica en un solo concepto, al modo de los neoplatónicos y de Víctor Cousin; le im-

pulsa a disparar frases aceradas contra los absurdos, las mentecateces, la estrechez de espíritu, los falsos valores intelectuales y morales con que pretenden algunos sentar plaza de hombres de talento y de personas integérrimas con alma farisea. El teatro de Benavente—diríase paradoja al tomar en cuenta la etimología y el primer significado de la palabra—castiga a los hipócritas, a los embusteros, a los que fingen virtud donde hay egoísmo, a los incapaces de sentir la belleza y, por consiguiente, de sentir y practicar el bien.

Poseen, además, las comedias de Benavente la jugosidad clásica que conservó el romanticismo, y sólo desprecian por envidia, porque no les tocó en suerte al repartir dotes literarias, ciertos ingenios cuya sequedad de inspiración y de medios expresivos está pidiendo una corona de esparto.

Del teatro de Benavente cabría una clasificación, como la que hizo del teatro de Lope de Vega Menéndez y Pelayo. No es un artículo el lugar apropiado para tal intento, que necesita razonarse ampliamente y pide como apoyo sólidas bases.

Como Galdós, es Benavente un observador, un retratista de la clase media española. Por las nubes, La losa de los sueños, Al natural, El hijo de Polichinela, marcan diversos grados económicos y morales de esa inmensa burguesía que comienza por abajo en los obreros distinguidos y los empleados de poco sueldo y acaba por arriba en los ex ministros y aristócratas de nuevo cuño. Pongamos más dinero y más elevada posición social, y entraremos en los escenarios de *Por qué se ama*, *Rosas de otoño*, *Más fuerte que el amor*, *Gente conocida*, *Campo de armiño*... Subamos nuevos peldaños en la escala del esnobismo, de la elegancia y de los claros o turbios linajes. Dejemos el *Bethencourt* o *El Moreno de Guerra* para internarnos en el *Gotha*. Nos salen al paso *El dragón de fuego*, *La escuela de las princesas*, y las dos obras a lo Francisco José, *La noche del sábado*, *La princesa Bebé*.

No se ha escrito todavía la tragedia de la corte imperial de Viena durante el siglo XIX hasta el atentado de Sarajevo del 1914. El Emperador; su esposa Isabel de Baviera—figura principal de un paisaje de ensueño en el Aquileyon de Corfú—; Rodolfo, el desdichado príncipe, y todo el séquito de archiduques, palatinos, gobernantes, favoritas y servidores llevan, como los Atridas, un sino trágico. Benavente lo ha sentido y ha trazado los esbozos de las almas y de los ambientes que animaron las estancias de Schoenbrunn y de Meyerling. El tercer acto de *La noche del sábado*, ¿no recuerda el drama sombrío y misterioso en que muere el heredero de Austria? La Princesa Elena de Suavia, la «Princesa Bebé», ¿no se parece como a una hermana a otras mujeres de sangre real que desertaron de su rango para «vivir su vida»? *Las Memorias* de la Princesa Luisa de Sajonia y un famoso libro en inglés de la condesa Larisha son acaso los fundamentos reales, las fuentes de inspiración de estas dos obras de Benavente. Y ¿no es un título de gloria para nuestro genial dramaturgo el haberse llegado, aunque fuese con un poco de miedo y sin abordar el asunto de cara, a la materia viva teatral de su tiempo que hubiera inspirado a Shakespeare y en la antigua Grecia no se hubiera quedado sin consagrar por Esquilo, Sófocles o Eurípides?

Porque Benavente, digan lo que quieran sus adversarios, es un hombre de teatro. Siente la escena en autor y actor, como Shakespeare y Molière, y no son escasas sus incursiones por la *commedia dell'arte*, de la cual conserva los tipos en *Los intereses creados*, *La ciudad alegre y confiada* y también en el prólogo de *El hijo de Polichinela*. El «tinglado de la antigua farsa» se halla presente en toda su obra, y aunque la mayoría de sus personajes no tengan carácter de hombres y mujeres como los del autor inglés, ni representen abstracciones morales como *El avaro* y *Tartufo*, ni resuman condiciones del mundo como las figuras escénicas de Beaumarchais, riman a la perfección con los muñecos de nuestro teatro clásico y ninguno de ellos carece del hilo que le ata a su idea arquetipo allá en la región platónica de lo ultrasensible y ultrahumano.

Benavente ha podido decir como Keats en su *Oda a una urna griega*:

Beauty is truth, truth beauty, that is all
We know on earth and all we need to know.

¡Pobre del que se aventure por el teatro de Benavente olvidando estos versos del autor de *Endimión*!

Luis ARAUJO-COSTA.







CUANDO en el país dorado de los cuentos repican alegres las campanas nupciales y el príncipe valiente consigue por fin, después de fantásticas aventuras, el amor y la mano de la rubia princesita, el papel principal, sin duda, el más maravilloso, es el del hada madrina. Con su varita mágica convierte en un instante las más prosaicas coles y calabazas en fastuosas carrozas tiradas por briosos caballos, los humildes ratoncitos en lacayos y caballerizos de ostentosas libreas, las rosas del jardín en damas de honor deslumbrantes de belleza, y de un solo breve golpe reviste a la rubia princesa de un traje de ensueño tejido con rayos de luna y orlado de azucenas en flor.

Mujer amiga, hoy en día, en plena época de realidad, también se aman los apuestos príncipes y las bellas princesas, y tam-

bién cuando, como en los cuentos, celebran sus bodas con fausto deslumbrante, acuden desde lejanos países los soberanos amigos, y las más hermosas princesas se engalanan para formar el cortejo.

¡Ana de Orleáns y Amadeo de Saboya unen sus vidas!

¿Quieres que vayamos tú y yo a presenciar el desfile del cortejo nupcial?

¿Quieres que, como muy mujeres que somos, nos fijemos y comentemos los trajes y tocados de todas esas descendientes de reyes? Aunque no vivimos en el dorado país de los cuentos y, por lo tanto, no pudo aparecer en el momento oportuno el hada bienhechora, tuvo un sustituto, un mago artista todopoderoso, de nombre Worth, que supo revestir con esplendor sin igual todas esas rosas vivientes.

Fíjate primero en la princesa Ana. Su traje de novia es de raso blanco, exageradamente sencillo en su forma; el cuerpo,

cruzado; las mangas, ceñidas; un adorno de flores de azahar en la cintura. El manto, que parte desde los hombros, está completamente cubierto por el velo de verdadero encaje de Chantilly, en el que están bordadas las armas de Francia y de Saboya. El tocado no puede ser más sencillo ni más elegante. ¿No te parece que no hay nada más fuera de tono que esas novias que esfuerzan su imaginación en inventarse trajes absurdos y tiaras fantásticas, que las hacen parecer heroínas de opereta o de película? Yo creo que la elección del traje de novia es de las cosas más difíciles. A mi modo de ver, se puede deducir por él toda la mentalidad y todo el carácter de la mujer que lo lleva. He hecho esta reflexión en varias bodas de amigas mías.

Rosario, llamémosla así, llevaba una túnica bordada de perlas, corta y ceñida; cuatro hilos de perlas sujetaban en



S. A. R. la Princesa Ana de Orleáns: Traje de novia de raso blanco. Adornos de flores de azahar. Manto completamente cubierto por el velo de verdadero encaje de Chantilly, en el que están bordadas las armas de Francia y de Saboya.

Modelo WORTH.

la frente el velo de rico encaje, y un magnífico collar adornaba su escote. Estaba muy guapa, no lo niego, pero... no tenía «aire de novia». Aun no conociéndola, yo habría pensado: debe ser pretenciosa, frívola, coqueta; debe tener el afán de llamar la atención... y no me habría equivocado mucho.

Amalia, en cambio, con su sencillo traje de «charmeuse» hasta los pies—el cuerpo corto y ajustado, la falda muy amplia—, envuelta entre nubes de tul que partían de un sencillísimo gorrito del mismo tul, cuyo borde le velaba los ojos, parecía lo que era: una criatura discreta, serena y seria.

Princesa Francisca de Francia: Traje de noche de «lamé» azul cielo, adornado de tul y strass.

Modelo WORTH.

Princesa Ana de Francia: Traje de noche de «lamé» cereza y plata orlado de una «rivière» de brillantes.

Modelo WORTH

Yo, amiga mía, soy partidaria entusiasta de todo lo moderno. No sólo apruebo que la mujer se pinte—siempre que sea dentro de los límites de lo estético—, que se embellezca por todos los medios que estén a su alcance, que se refine cada vez más, sino que se lo aconsejo. Pero lo que le recomiendo sobre todo es que no pierda su personalidad, y que si es gran señora, por nacimiento o por inclinación, no quiera parecer... lo contrario. En estos tiempos, en que, aparentemente, todas somos iguales, y que no hay línea divisoria visible entre unas y otras, debemos tener un cuidado especial en no perder ese «algo» que es patrimonio nuestro, y que es el que obliga a que en la admiración que despierta nuestra presencia entre por partes iguales el respeto.

¿No estás de acuerdo conmigo, chiquilla moderna, en que el día de tu boda, entre otras cosas





Duquesa de Guisa: Traje de noche de «lamé» negro y oro. Flor de «lamé» oro. Modelo WORTH.

S. M. la Reina Amelia: Traje de noche de terciopelo malva «frappé» plata, adornado de encaje de plata y tul malva. Flor del mismo color y strass. Modelo WORTH.

es de mal gusto el que parezcas un golfillo disfrazado o una estrella de cine? Ana de Francia, una princesa real vestida por Worth, el soberano de la moda, te da el ejemplo. Todo en ella es sencillez, armonía, distinción: verdadera elegancia.

Y ahora, ya que hemos filosofado un poco en torno a la blanca y esbelta figura de la novia, fijémonos en las damas de la comitiva.

¡Imposible nos será detallar tanta deslumbrante *toilette*! Contentémonos con comentar sólo las que surgieron bajo el golpe de la varita de nuestro mago. Él posee como nadie el arte de envolver las figuras femeninas en esas telas ricas y flexibles, fastuosas y suaves a la vez; en esas telas que tienen destellos de oros y platas, en esas telas que imaginamos tejidas de piedras preciosas y que hacen parecer a la mujer una espléndida joya legendaria de la colección de algún rajá...

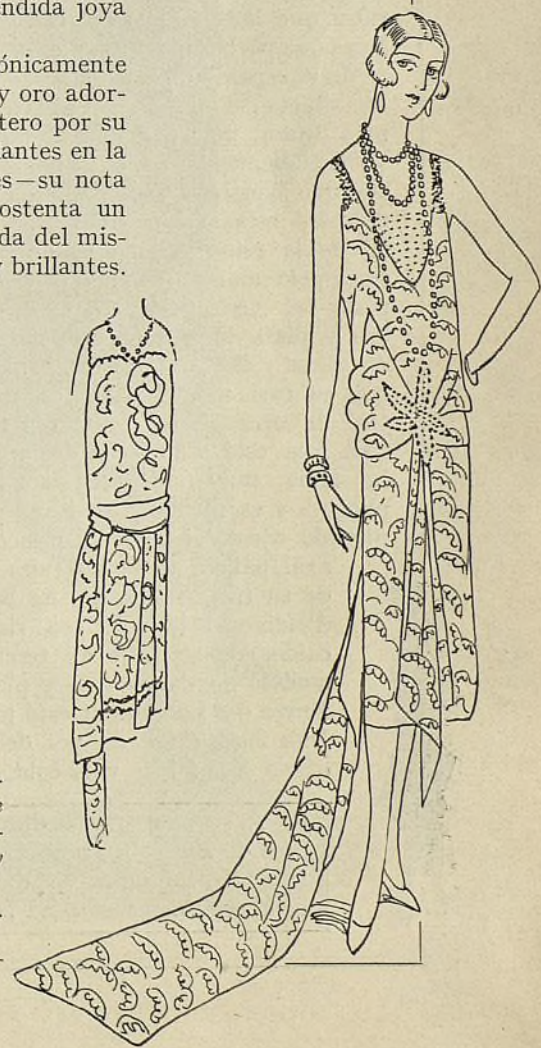
Para la reina Amelia de Portugal ideó Worth un traje de tisú de oro, armónicamente «drapé». El manto, de la misma tela, parte sólo de un hombro; una flor topo y oro adorna el talle. La duquesa de Guisa, madre de la novia, célebre en el mundo entero por su belleza, apareció envuelta en «lamé» azul y plata; una flor azul rociada de brillantes en la cintura. Unas caídas de tul azul ponen—como en casi todas estas creaciones—su nota vaporosa en el deslumbrante conjunto. La princesa Francisca de Francia ostenta un traje de encajes de oro sobre un fondo de «sultania», de oro también. Una banda del mismo tisú ciñe su talle y flota en grandes caídas a un lado, bajo adornos de oro y brillantes.

La duquesa Elisabeth d'Harcourt surge esbelta entre tisúes albaricoque y oro. Una flor albaricoque y tul del mismo color adornan su traje. El manto parte desde los hombros. De terciopelo malva y encaje de plata es el traje de la condesa Villeneuve de Bargemont. Por excepción, no es «drapé». La falda, muy fruncida por delante, es completamente lisa detrás. Una gran caída de un lado y un cinturón de brillantes lo completan. El manto, bordado con brillantes en los hombros, está cortado en forma de V.

Observa que todos estos trajes destinados a la ceremonia religiosa, tienen manga larga y un escote moderado. Los largos mantos acentúan su aspecto majestuoso. Indudablemente que en los trajes de ceremonia y de noche hace mucho más elegante y viste mucho más la moda larga. Como ya te



Condesa Villeneuve de Bargemont: Traje de cortejo de terciopelo malva adornado con encaje de plata. Cinturón de brillantes. Modelo WORTH.



Señora Villeneuve de Bargemont: Traje de noche de «lamé» rosa y plata, adornado de encaje de plata y bordados de strass. Modelo WORTH.



Princesa Francisca de Francia: Traje de cortejo de «sultania» oro, cubierta de encaje oro. Cinturón de «sultania». Adornos oro y brillantes.

Modelo WORTH.



Traje de cortejo de «lamé» azul y plata. Flor de gasa azul y strass.

Modelo WORTH.



Condesa Isabelle d'Harcourt: Traje de noche de terciopelo «cyclamen». Caídas bordadas con brillantes y perlas.

Modelo WORTH.

conté en nuestra charla anterior, esta moda inicia un tímido retorno. Por ahora se contenta con largas caídas, con tules que llegan al suelo, con colas que parten indistintamente de la espalda o de los lados. La silueta se alarga, se hace más difusa, más femenina...

Estudemos los trajes de noche que Worth ha confeccionado para estas mismas damas. El de la reina Amelia es de terciopelo malva «frappé» con plata—el terciopelo «frappé» oro y plata impera en esta clase de trajes—. Tul malva, encaje de plata y flores malva con brillantes le sirven de adorno. Fíjate que en casi ningún traje de noche falta la nota de brillantes—de strass—. El escote del traje cereza y plata de la princesa Ana está orlado con deslumbrante *rivière* de estas piedras. La falda, muy nueva en su forma, está montada a grandes pliegues y es mucho más larga por detrás. Un ancho cinturón plegado ajusta el talle. La princesa Francisca, envuelta en lamé azul pálido, tiene los tules azules que forman la parte alta de su traje salpicados de brillantes, y la condesa Isabelle d'Harcourt los luce en rico bordado en las numerosas caídas de su traje de terciopelo «cyclamen». También el modelo de «lamé» rosa y plata que ostenta la señora Villeneuve de Bargemont está profusamente bordado con strass. Una larga caída da por delante un movimiento muy moderno a la falda, y la cola, que parte de un lado de la cin-

tura, acentúa la nueva tendencia de alargar la silueta.

Otros grandes modistos nos demuestran igualmente su afición por el brillante. Lucien Lelong hace resaltar los bordados de strass sobre el terciopelo negro. Bernard teje mallas de lentejuela de plata y brillantes, y Drecoll cuaja ricamente con estas piedras sus creaciones de noche.

Los collares de strass de Chanel ponen sobre los escotes femeninos una nota deslum-

brante y favorecedora. Los vemos hasta en las poseedoras de joyas históricas.

¡Tisúes, terciopelos, tules, brillantes y pieles! En estas palabras va condensada toda la actual moda «nocturna». Los magos y las hadas de la alta costura lo han decretado así. Son ellos los que en noches de fiesta nos ciñen como Worth, Premet, Patou y Molineux en tisúes y terciopelos, o nos hacen surgir, como Lanvin, Nicole Groult, Vionnet y Poiret, entre amplios volantes de tul, y dejan caer sobre nosotras una lluvia de brillantes y nos envuelven después en pieles suaves y cálidas...

Mujercita modesta—la que quizás leyendo estas líneas pienses: «eso no es para mí...»—, no creas que te olvido. En una de mis próximas charlas te hablaré de los modelitos sencillos y fáciles de confeccionar que vi en las grandes casas y que sabrán realzar, del mismo modo que las más costosas *toilettes*, tu gracia y tu belleza.

Al aproximarse los días de Año nuevo y Reyes surge el inevitable problema de «¿qué le regalaré?...» ¿Habéis visto en casa de Butler las preciosas corbatas «carrées», en colores bien combinados, sin forro, que, aunque algo más caras que las otras, son de mayor duración y no se arrugan nunca? ¿Habéis visto los pañuelos de seda con rayas de colores... los bastones... las carteras... las petacas... en fin, las mil cosas bonitas avaloradas por el «chic» tan proverbial de esta casa?

Modas



Precioso traje de noche de terciopelo «chiffón» negro, último modelo de Worth



Elegante abrigo de paño negro adornado con «renard» gris.

Modelo Worth

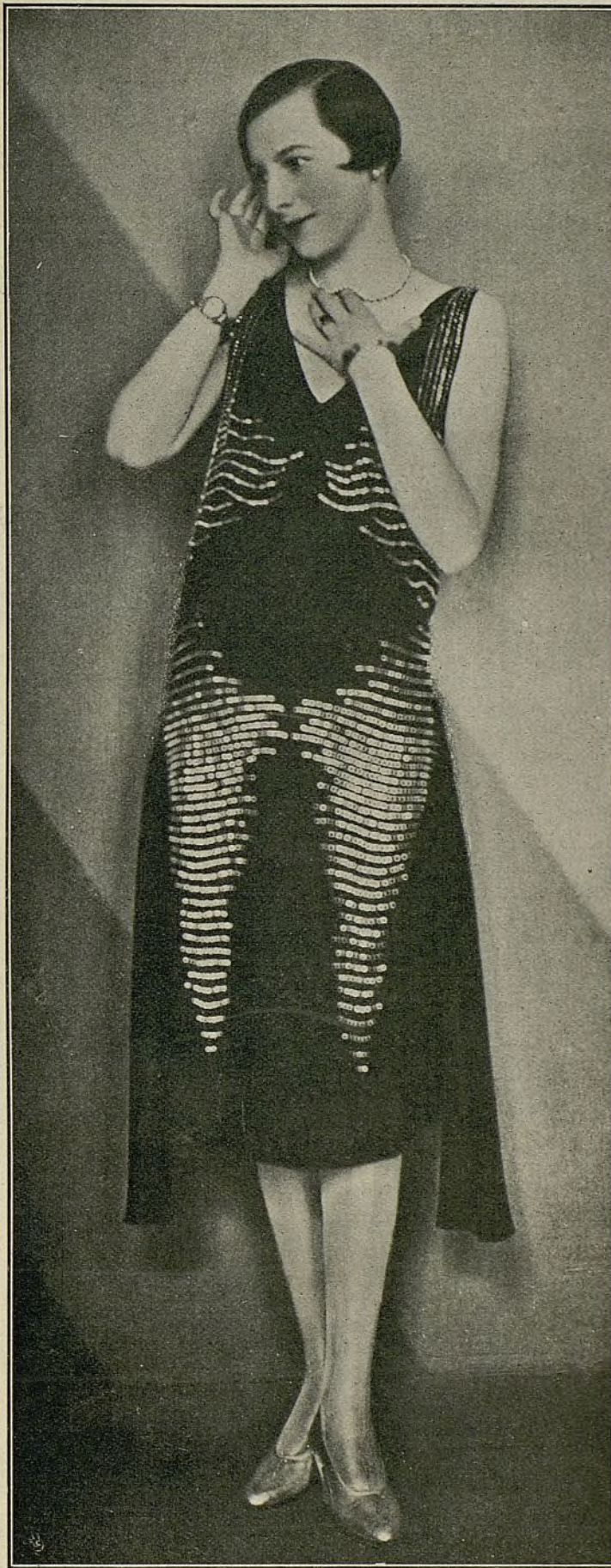




El manguito vuelve a estar a la última moda. Esther Ralston, en la película "Fashions for Women" (Modas para mujeres), luce un manguito de "renard" beige y un abrigo de terciopelo negro con cuello y zócalo de la misma piel. Un sombrero negro flexible con adorno de strass completa su elegante indumentaria.



*Traje de noche de malla
de lentejuelas y strass
con flecos. Fondo de gasa
y encaje blancos.
Modelo Bernard.*



*Traje de noche de ter-
ciopelo negro, bordado
con strass.
Modelo Lucien Lelong.*

CONSEJOS ÚTILES

UN BUEN PELUQUERO

Fernando L. Gamboa, diplomado en París, 1927, en permanente. Ondulación Marcel. Aplicación de tintes.—Conde de Aranda, 5, bajo.—Teléfono 52933.

LOS COLLARES DE MODA

de brillantes imitación, a los que alude «Cil»; pulseras articuladas y broches de brillantes, se encuentran en gran surtido en la conocida joyería fina y de imitación «Perlas Dorión», Barquillo, 4.

INTERESA SABER

que los perfumes de Worth, Chanel y Long se venden en Madrid en la Perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3.

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid. Casa de gran confianza. Tel. 12646.

EL MEJOR DESINFECTANTE

Para toda clase de desinfección—higiene, heridas, supuraciones—, son los comprimidos Dakum-Sotih, el mejor desinfectante. En el próximo número indicaremos dónde se pueden dirigir para obtener una muestra.

ARACELI.



VELAZQUEZ 21.

Linarez-Rivas, L.
x x vii

Miranda
Especialista
único en Madrid
de la
ONDULACIÓN PERMANENTE

Perfumeria Inglesa

Agua de Colonia Imperial
Especial de la CASA

3. Carrera de San Jerónimo, 3

MADRID

On parle français
English spoken

Las últimas novedades de París en
perfumería y artículos de fantasía

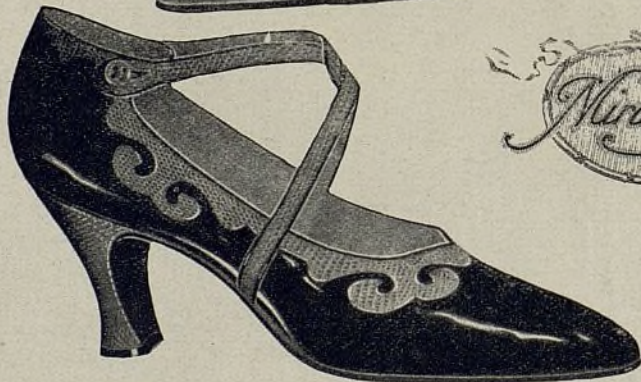
Artículos para regalos - Cepillería - Manicuras

ABRIGOS PIEL - Precios económicos en buenas calidades

«LA ELEGANCIA», Fuencarral, 10, pral. - MADRID



Zapateria de Moda



Creación de modas
en
Calzado de lujo.

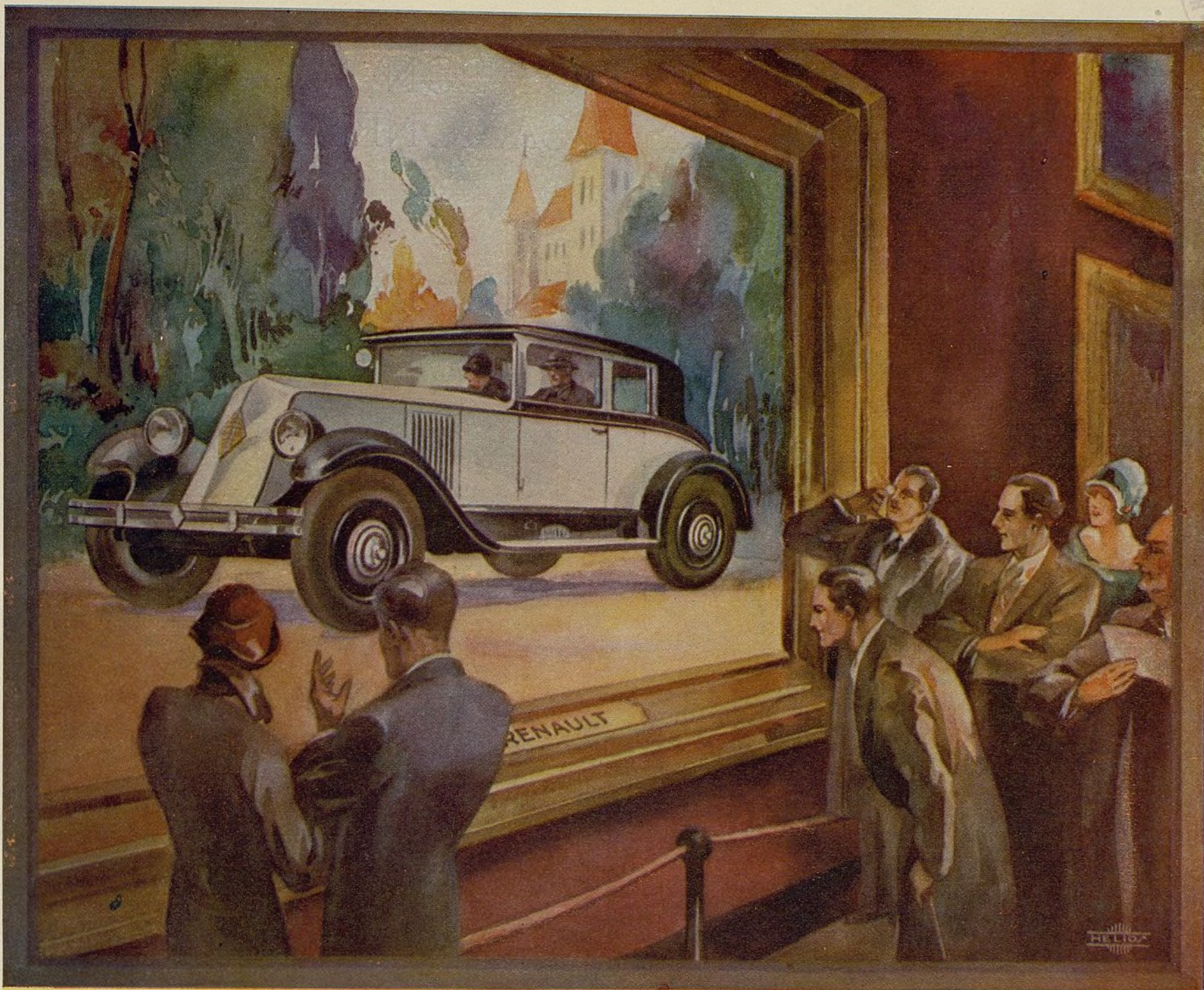
Velazquez 45
Teléfono 52.028



Madrid

En la **PELETERÍA FRANCESA** ★★

Carmen, 4, MADRID - hacen sus encargos las personas que se distinguen por la calidad y elegancia de las
pieles que usan



Los RENAULT son una verdadera obra de arte

S. A. E. DE AUTOMÓVILES "RENAULT"

MADRID

Dirección, oficinas y depósito: Avenida de la Plaza de Toros, 7 y 9

Salón de exposición: Avenida de Pi y Margall, 16

SEVILLA

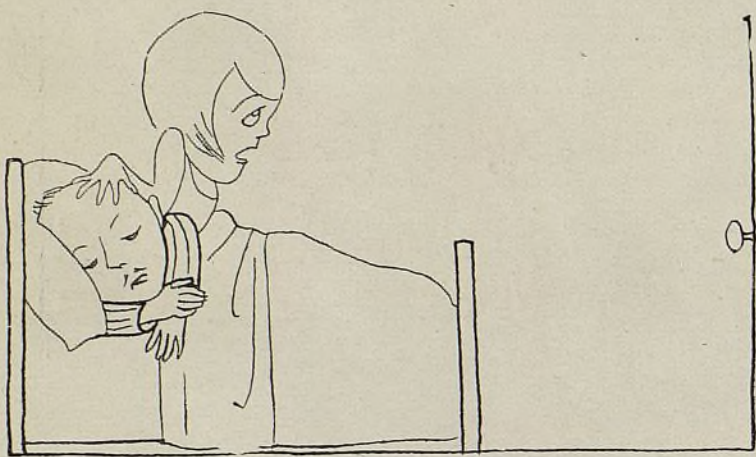
(Sucursal) Martín Villa, 8 (En la Campana)

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

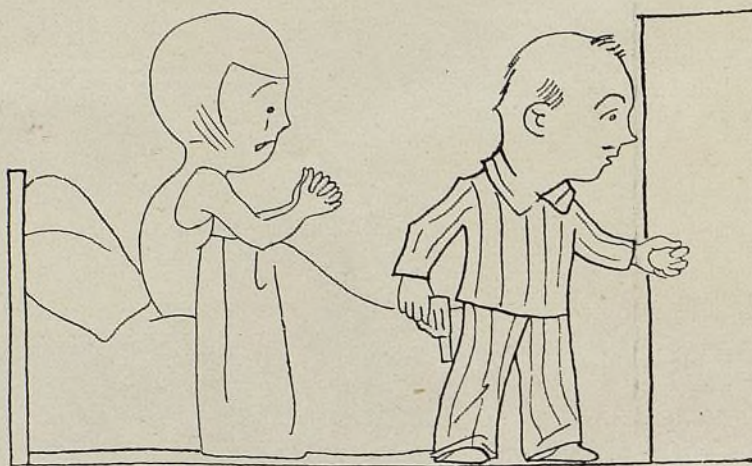
Historieta
cómica

LOS AMIGOS SON PARA LAS OCASIONES

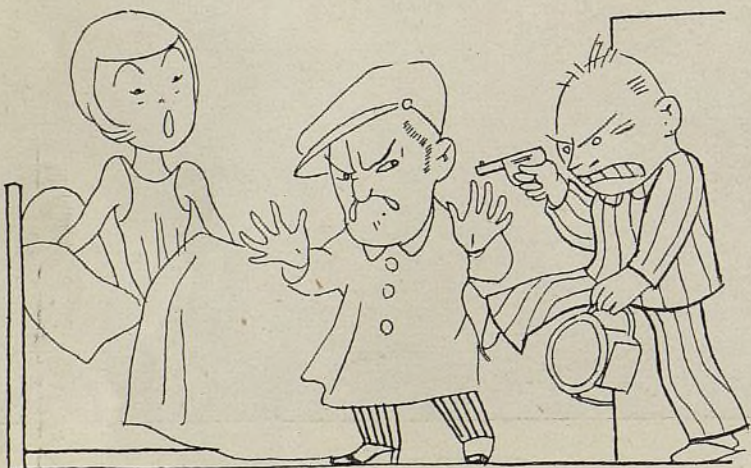
por Enrique
García Ormaechea



La mujer de Jaime: Jaime, creo que oigo ruido.
Jaime: Mujer, es imposible.



La mujer de Jaime (un rato después): Te digo que oigo ruido.
Jaime: Voy a ver si hay alguien...



Jaime: ¡Bandido!... ¡Ladrón!... ¿Qué hacías en el recibimiento?...



Jaime: Apúntale, querida, mientras me visto para llevarle a la comisaría.



Jaime: Adiós, mujercita. ¡Qué contratiempo!... No tardaré.



Jaime (en la calle): ¡Gracias a ti, mi querido amigo, consigo mi primera noche de libertad, después de seis meses de matrimonio.



Los «monstruos» del mar

El CAP ARCONA de la Compañía Hamburguesa Suramericana

EN la puja entablada entre las grandes Compañías de navegación, ¿qué proporciones fantásticas alcanzarán los barcos? El *Leviatan* americano, antes el *Vaterland* alemán, parecía representar, con sus 60.000 toneladas, el máximo compatible con las dimensiones de los más amplios puertos; pero ya anuncian los grandes armadores ingleses la construcción de dos nuevas unidades superiores al *Leviatan*.

La guerra detuvo el vértigo de la competencia marítima, de las carreras oceánicas, de los *records* batidos cada mes. Había que pensar, en materia de construcciones navales, en cosas más prácticas, y los Estados Unidos improvisaron una gran flota mercante de emergencia para el transporte de soldados y de pertrechos de guerra, dando así el ejemplo de lo inmediatamente útil. Pero Inglaterra no podía tardar en volver a abrir el camino de la emulación marítima. Si los tratados que ha firmado en Ginebra y en Washington le asignan ciertos límites para



su marina de guerra, nadie puede privarle del placer de lanzar al mar cuantos trasatlánticos quiera construir. En este terreno no reconoce más límites que los de la conveniencia económica, y como nada enorgullece tanto al inglés como sus barcos, el capital acude fácilmente siempre que se solicita para ese fin.

Yo recuerdo, en mi infancia, el regocijo popular en los astilleros de Armstrong, en Newcastle, cada vez que caía al Tyne el casco de un nuevo buque. El acto, a fuerza de repetirse, parecía tan natural como la salida de un automóvil de la fábrica; pero aquella gente hacía una fiesta de cada botadura, contenta y orgullosa de tener un barco más para pasear por los mares del mundo el pabellón británico.

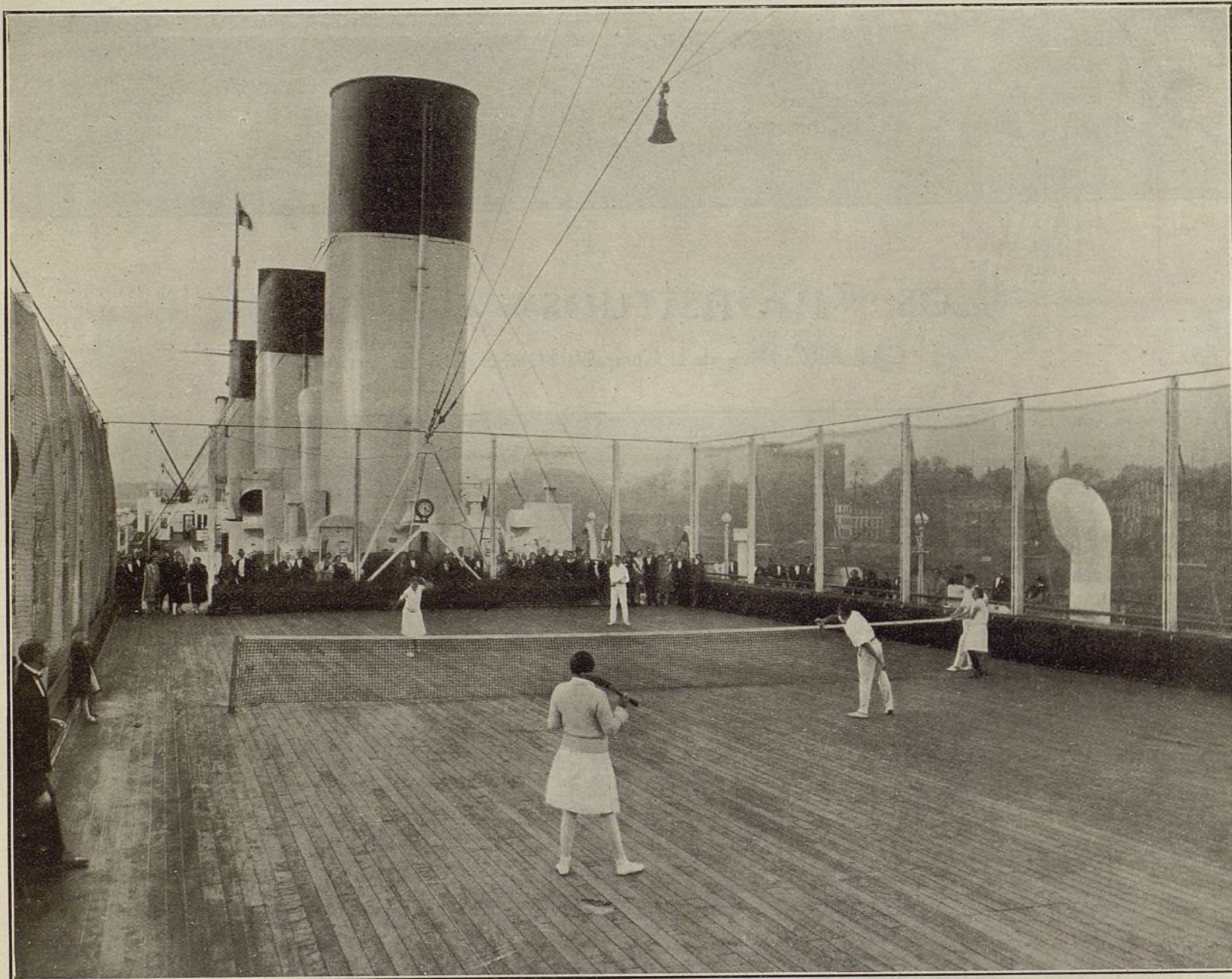
Los correos marítimos han crecido con más rapidez que las casas. El *Majestic*, colocado junto al Woolworth, el célebre rascacielos neoyorquino, lo supera en altura. ¿Y qué decir de esa comparación, grata a la «White

Star», que refiere las 56.500 toneladas de su *Majestic* a nuestra Armada invencible, para demostrar que sus 132 naves apenas sumaban ese tonelaje? Estamos lejos ya del trasatlántico referido al barquito de vela, grata desproporción con la que nos *epataban* antes las Compañías marítimas. El desarrollo de la industria naval hace precisos otros términos de comparación. Y nada puede dar al profano la sensación de inmensidad como esos gráficos donde el monstruo oceánico achica a la catedral célebre y aun la contiene cómicamente en su robusto vientre seccionado.

Alemania se había quedado a la zaga en esta emulación marítima de la postguerra; pero vuelve a la liza, dispuesta a conquistar rápidamente su prestigio. Actualmente, la Compañía «Norddeutscher Lloyd» construye dos buques de 46.000 toneladas, que, según se anticipa,

mármol en profusión, que saca al pasajero de su ambiente ordinario, del marco cotidiano de su vida. Se procura, al contrario, que la gente viva en el mar como en tierra, que el barco sea una prolongación de sus costumbres y que el pasajero esté como en su propia casa; quizá se ha llegado lejos en esa impresión suprimiendo de un modo radical el contacto entre el pasajero y la mar. Claro que basta con salir a cubierta para contemplarla; pero en los salones, en el comedor, en los dormitorios de los modernos *palaces* flotantes se escamotea el océano como una cosa aburrida e incómoda.

Antes de la guerra, los trasatlánticos se construían, sobre todo, para el pasaje de tercera, que representaba la base económica de las empresas de navegación. El pasaje de cámara era el detalle. Hoy sucede lo contrario, y las dos clases han salido ganando con el cam-



serán los más rápidos de la línea del Atlántico norte. Por su parte, la Compañía Hamburguesa Suramericana de Navegación cultiva con especial predilección su línea al Plata, a la que acaba de incorporar una nueva unidad: el *Cap Arcona*. No es tan grande este barco como sus hermanos de Nueva York; pero es una pequeña ciudad flotante—una ciudad modelo—, de 1.500 habitantes, con sus espaciosas avenidas, sus tiendas, su piscina, su hospital, su *tennis* y sus puestos de flores, donde las señoras, en las noches de baile, pueden procurarse, mejor que en Madrid, una orquídea que entone con su traje.

Con referencia a los 5.000 pasajeros del *Majestic*, el *Cap Arcona* no pasa de una Briviesca, con relación, aproximadamente, a Estella. Pero un barco no hay necesidad de referirlo a nada. El *Cap Arcona* es por sí mismo un punto de referencia, un modelo de barco moderno, concebido con el lujo necesario para su clientela. Pero nada más. Ya se ha desechado el concepto del lujo aplastante, del oro y del

bio. Los emigrante tienen barcos especiales para ellos, dotados de un discreto *confort*, y el turista de lujo, porque ha ganado para su comodidad el espacio reservado antes a la tercera clase. También el factor seguridad gana con esta división. En un naufragio suele ser siempre la invasión «de los de tercera» lo que dificulta la maniobra de arriar los botes y organizar el salvamento. Así ocurrió recientemente con el *Principessa Mafalda*, donde, sin el pánico de los emigrantes que invadieron los puentes, se habría salvado todo el pasaje.

Las restricciones impuestas en los Estados Unidos y en otros países a la emigración, por una parte, y por otra la gradual disminución de la emigración española, síntoma inequívoco de nuestra prosperidad, han hecho más aguda la lucha para la conquista del turismo de lujo en las grandes rutas trasatlánticas.

Es bien sensible que España no tome parte en ella y que nos contentemos por ahora con admirar con envidia en nuestros puertos los magníficos trasatlánticos extranjeros. Es preciso haber vivido lejos de España para saber lo que representa un barco español y sentir la emoción de ver flamear nuestra bandera en los mares remotos. Un barco español no puede tener en Barcelona el valor sentimental que tiene, por ejemplo, en Buenos Aires. Allí cada barco que llega con su carga de hombres y productos representa una voluntad y una demostración de poderío. El país que lo manda quiere superar a los demás y lo supera, en cierto modo, si el barco es mejor. A principios de este año era el *Alcántara*, de la Mala Real Inglesa, el que suscitaba en el Brasil, el Uruguay y la Argentina un sentimiento de admiración. Pocos meses después, las motonaves *Saturnia* y *Augustus* llegaban al Plata con expresión magnífica de la moderna Italia. Ahora es el *Cap Arcona* el que acaba de mostrar por vez primera en la urbe porteña la imponencia de su mole y la elegancia de su línea, realzando el prestigio alemán con una evidencia triunfal de su espíritu de trabajo y de su capacidad creadora. Tras el *Cap Arcona* irán a Buenos Aires otros buques no menos valiosos; alemanes, italianos, ingleses, norteamericanos, holandeses... Francia también ha descuidado su línea al Plata; pero tiene, en cambio, dos

de los mejores barcos—el *Ile de France* y el *Paris*, de 43.500 y 34.569 toneladas, respectivamente—en la carrera a Nueva York.

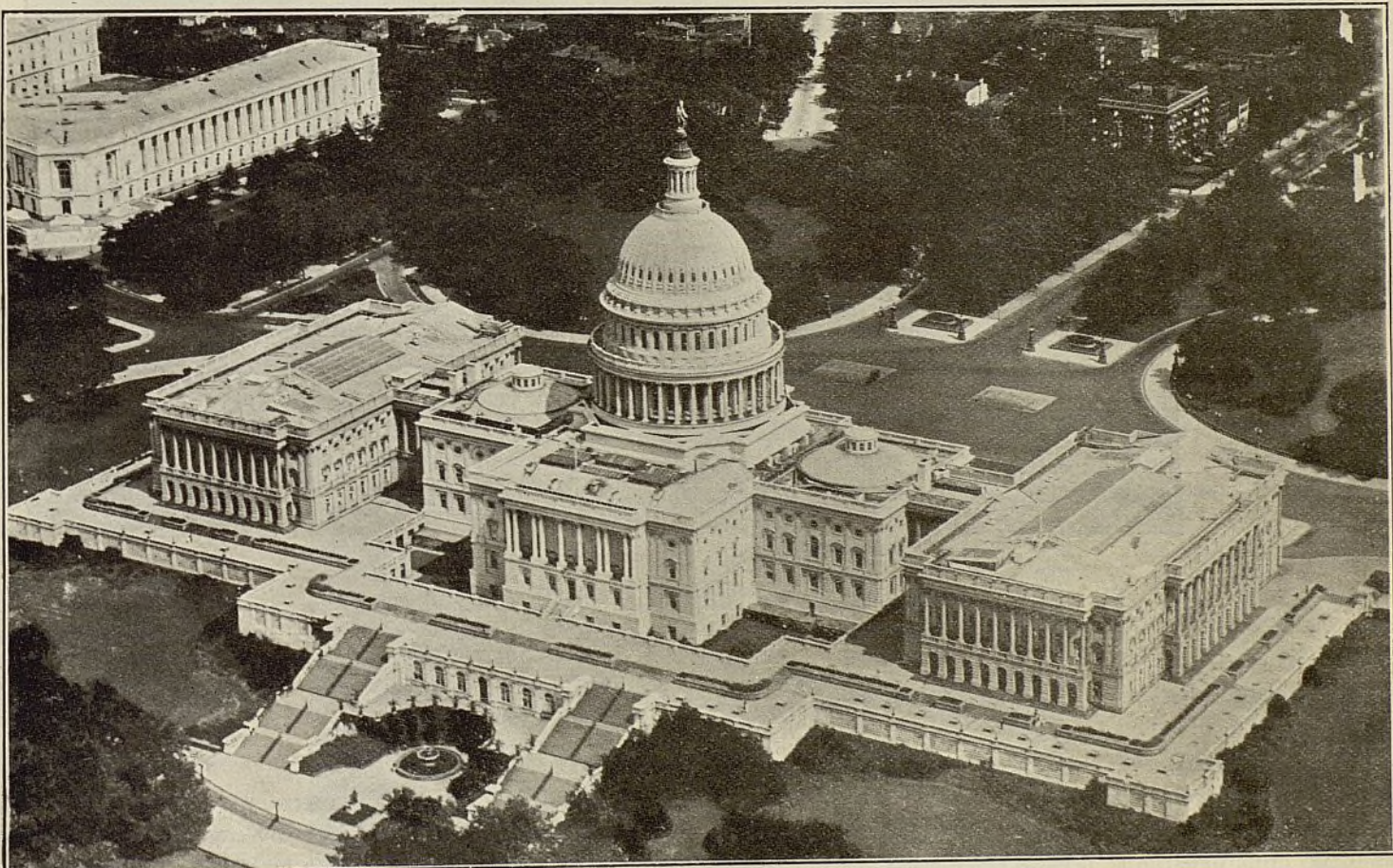
En un tiempo, durante la guerra, España tuvo con el *Reina Victoria* y el *Infanta Isabel* el monopolio del turismo suramericano de lujo. No hubiera sido posible conservarlo al reincorporarse a la navegación comercial las grandes unidades destinadas a servicios de guerra; pero habría sido fácil mantenerse en un pie de competencia con los demás países. Competimos allí en tantas cosas y vencemos tantas veces, que debe intentarse todavía el esfuerzo.

Nada hay tan eficaz como los barcos para cumplir nuestra misión en América. Ellos robustecen los lazos materiales, acortan las distancias y exhiben por el mundo, en un vasto despliegue de lujo, todos los perfeccionamientos de una industria. El viajero argentino, el suramericano, no tiene preferencias por ninguna bandera, y de tenerlas por alguna—careciendo de barcos propios—sería por la nuestra. Ya que estamos tan cerca de aquellos países en lo espiritual, acerquémonos un poco más en lo material.

¡Qué triunfo lograría España enviando un buque como el *Cap Arcona* a los países hermanos, y qué larga estela de amistad dejaría allí!

FERNANDO ORTIZ ECHAGÜE

UNA FOTOGRAFIA INTERESANTE



El palacio del presidente de los Estados Unidos, denominado "La Casa Blanca", fotografía tomada desde un aeroplano.



EL PALACIO DEL DUQUE DEL INFANTADO MUSEO DE ARTE ESPAÑOL

Castillos, palacios...—La colección de cuadros.—El retablo de Jorge Inglés.—Un busto y un retrato.—Los últimos versos.—“La Calahorra”. —La presa de Santillana.



Los minutos silenciosos de la espera se deslizan lentamente. En un amplio salón de la planta baja, mientras aguardo la llegada del duque, mis ojos tropiezan con un grueso álbum artísticamente encuadrado. Me aproximo a la mesa sobre la que descansa. Su contenido es tentación de una curiosidad siempre despierta.

Paso las hojas atentamente y con ellas artísticas fotografías que reproducen patios y salones, galerías y arcadas de vetustos castillos y suntuosos palacios. Una de ellas, la del severo torreón que encabeza estas líneas, detiene la vista, reclamando mi atención.

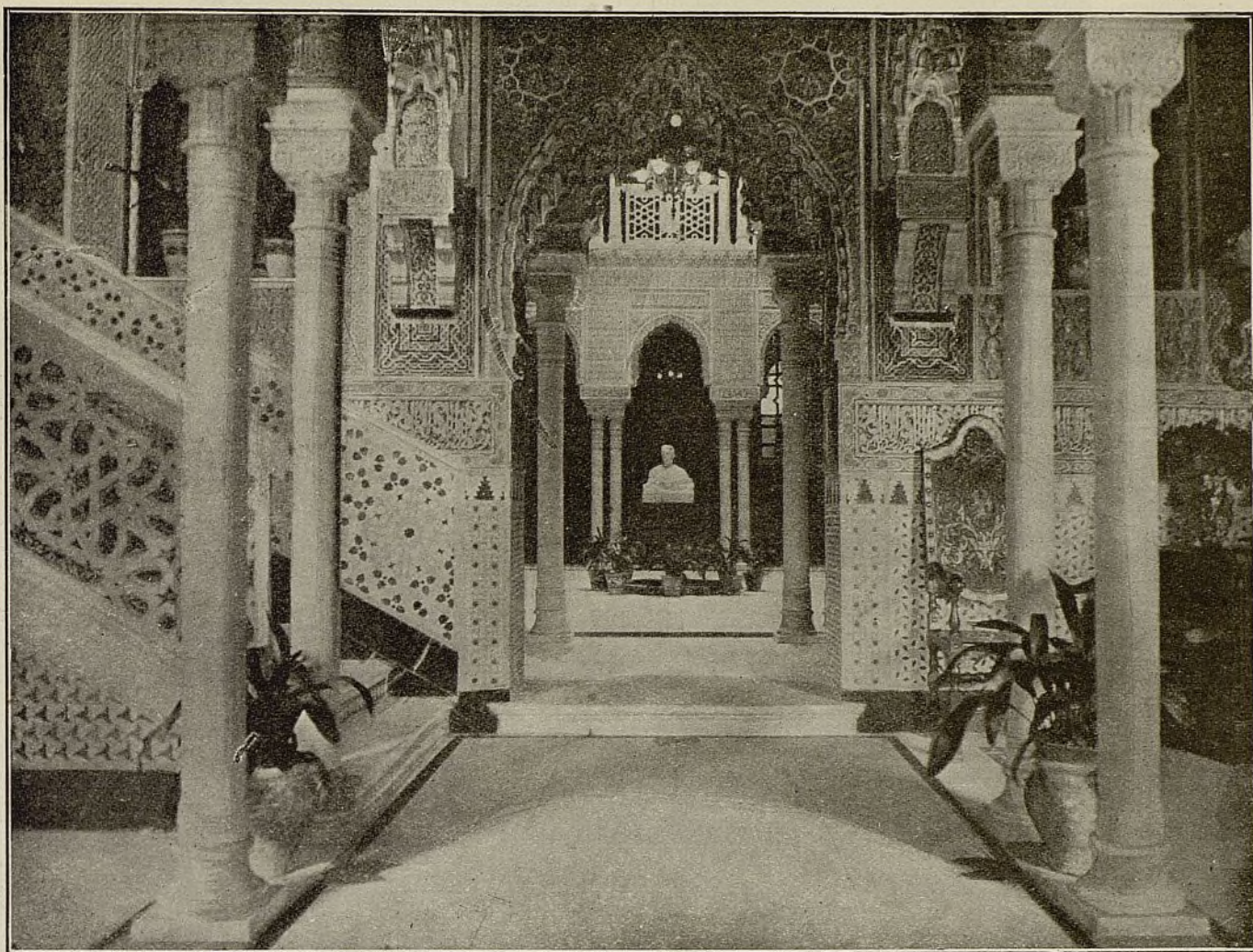
Una voz, suave y juvenil, interrumpe la contemplación del jirón medieval que me absorbía. Y al volverme, la figura grácil y esbelta de la marquesa de Laula, hija de los duques del Infantado, avanza hacia mí, sonriente, tendiéndome una mano.

—Es el castillo de Manzanares—me dice en tanto, señalando la fotografía.

Después disculpa la ausencia de su padre, añadiendo:

—¿Por qué no nos ha avisado usted su visita?

—Por molestar lo menos posible, por no violentar al duque, distrayéndole de sus ocupaciones.



Unas frases amables de la joven, que son confirmadas por su hermano, Íñigo de Arteaga, duque de Francavilla.

Expuesto el objeto de mi visita, salimos al amplio y típico patio.

Echo de menos en él la colección de armaduras.

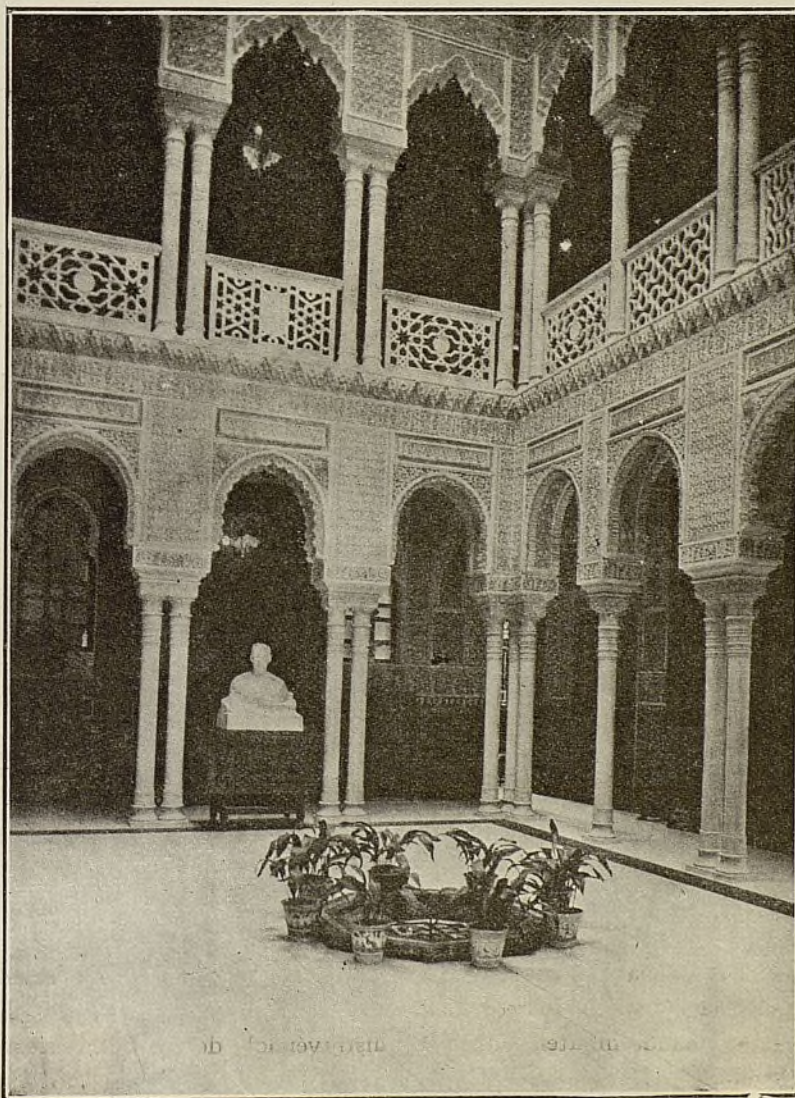
—Están en el castillo de Viñuelas. Aquí, en un patio moro, no encajan.

Y agrega la marquesa de Laula, después de corta pausa:

—Como estos tapices. Tampoco es éste el sitio más indicado.

Reparo en unos riquísimos tapices Renacimiento que cubren las paredes. Permanecieron doblados en un arcón durante muchos años, por falta de lugar apropiado donde colgarlos, hasta que el duque, temiendo su deterioro, mandó suspenderlos sobre las paredes del patio en tanto se encontraba sitio más adecuado.

Hay unos cuantos muebles, de estilo gótico, bajo las galerías, y un busto de mármol



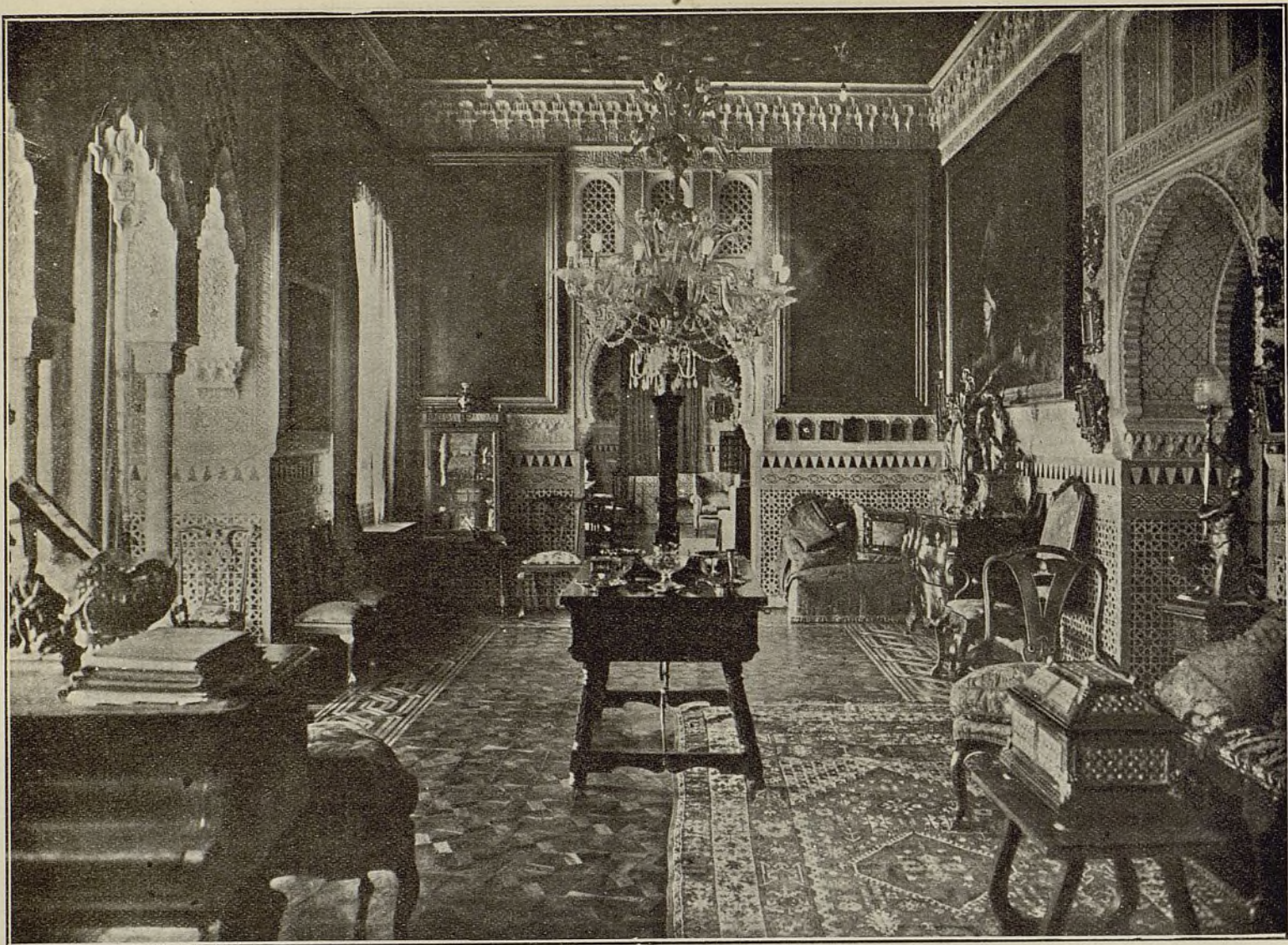
que detiene nuestra rápida inspección.

—Es un busto de mi padre, por Vivó—me dice la marquesa de Laula.

Cruzamos el patio. Entramos en un despacho, cuyas paredes, totalmente cubiertas de cuadros, no permiten adivinar los muros policromos de ricos arabescos. Es una verdadera pinacoteca. ¡Hasta veintidós cuadros cuento rápidamente! Todo el tiempo empleado en la visita del palacio no fuera bastante para admirar aquellas maravillas: un paisaje pequeño, con figuras, por Teniers; un retrato de Carlos V, por Pantoja, procedente del Monasterio de Yuste; un bodegón de Van Utrecht; un retrato del quinto duque del Infantado, por Tintoretto...

Pasamos a otro despacho, más grande que el anterior. Una gran mesa cargada de papeles y libros rompe el encanto del museo... dando sensación de trabajo, de actividad.

—No se asuste usted—nos



dice Francavilla, sonriendo—. Esto no tiene nada de artístico. Es el gabinete de trabajo de mi padre.

Esta última frase, pronunciada con gran naturalidad, no me sorprende. Sé que el duque es de una actividad inagotable. Gracias a ella puede abarcar y dominar infinidad de asuntos. Tiene tiempo para todo. Hace compatible el trabajo con el arte.

De este despacho pasamos a la entrada. Dejando a la izquierda la espaciosa escalera de mármol, volvemos al patio. Recorremos los dos salones que ocupan la parte de edificio correspondiente al lienzo del paseo del Prado y de la calle de Lope de Vega. Entramos en el comedor. Seis hermosos bodegones decoran sus paredes. Dos de ellos—frutas y legumbres— de Snijders, y cuatro—flores— de Bartolomé Pérez.

Al fondo del edificio, una pequeña escalera nos conduce a la capilla.

Ésta es de construcción reciente. Al edificarla, el duque quiso armonizar el estilo morisco de la casa, logrado en toda su pureza por Contreras, el restaurador de la Alhambra, con el carácter de una capilla. La decoración es copia de la sinagoga del Tránsito,

de Toledo. El retablo lo mandó pintar el primer marqués de Santillana a Jorge Inglés, con los retratos del marqués y su esposa, doña Catalina Suárez de Figueroa, a los lados de la Virgen de talla; en la predela, los cuatro doctores de la Iglesia, y arriba, varios ángeles llevando cartelas con los loores a Nuestra Señora, del marqués poeta, inscritos en ellas. Los dos sitials de coro a los lados del altar, de estilo gótico, son del Monasterio de Yuste. En la pared de la derecha, el pendón del almirante Oquendo. El artesonado del techo procede de Salamanca.

Subimos al piso principal. En la habitación del duque llama la atención un magnífico cuadro.

—Éste, quizá, es el mejor de la colección: *Dad al César lo que es del César*, del Tiziano.

—¿Y este Cristo crucificado?

—Es de Zurbarán. Lo adquirió papá hace poco, en muy mal estado. Apenas si se distinguía la figura. Al limpiarlo aparecieron esos coros de ángeles y, al fondo, la ciudad de Jerusalén.

En el gabinete contiguo hay varios cuadros de Vicente López. En el dormitorio de la duquesa hay algunos





cuadros religiosos, entre ellos, dos Sagradas Familias, italianas; la infancia de la Virgen, de Luca Giordano, y un cuadro pequeño, de Cristo y Santa Teresa, atribuido a Rubens. Y, entre tanta maravilla, vemos un Cristo de marfil muy interesante.

Cruzamos otro salón, otro gran salón, decorado y amueblado con delicado gusto, que en sus paredes empapeladas, en el carácter de sus muebles y en la profusión de sus cuadros, nos hace olvidar por unos momentos que nos encontramos en un palacio morisco.

—Es una de las pocas habitaciones de la casa que hemos decorado de nuevo. En cambio, el cuarto de estudio de Íñigo—nos dice su hermana—no puede ser más árabe.

Y pasamos al aludido cuarto, verdadero primor del arte



ZURBARÁN: *El beato Simón de Rojas*

musulmán. Reparamos en los signos de sus paredes. Es escritura árabe, no signos caprichosos.

Esto trae a mi memoria la visita que Muley Hafid hizo al palacio, durante su estancia en Madrid. Al entrar en el patio pidió, entusiasmado, al duque que le dejara solo, y pasó dos horas leyendo en su idioma las inscripciones murales.

¡Lástima que de todo esto no se pueda producir una sensación tan exacta como la que su contemplación original!

Más habitaciones decoradas en el mismo estilo... Y luego la galería que rodea el patio.

Después, por la gran escalera de mármol, volvemos a la planta baja.

Hablo de los tapices. La marquesa de Laua me dice:

—Venga usted a ver estos otros.



TINTORETTO: *Íñigo López de Mendoza, quinto duque del Infantado*



Lavinia, hija del Tiziano, atribuido a VERONÈS

Abre una puerta y entramos en una gran habitación.

—Este cuarto tan destartado—agrega—va a ser una Biblioteca. Papá ya le llama la Biblioteca, pero nosotros seguimos llamándola la «trastera»...

En efecto, en des-concierto, veo cuadros, muebles, objetos de arte... Sobre las paredes otra magnífica colección de tapices. Y cuadros, muchos e interesantísimos cuadros. En verdad que es difícil reunir colección más valiosa. Esta de los duques del Infantado fué iniciada por el conde de Santiago, seguida por el padre de la actual duquesa y aumentada constantemente por el duque en sus frecuentes compras por España y el extranjero.

Al entrar en el salón, frente a la puerta, un gran lienzo resalta la espiritual figura de Cristina de Arteaga. Mientras admiro



MURILLO: Niño dormido

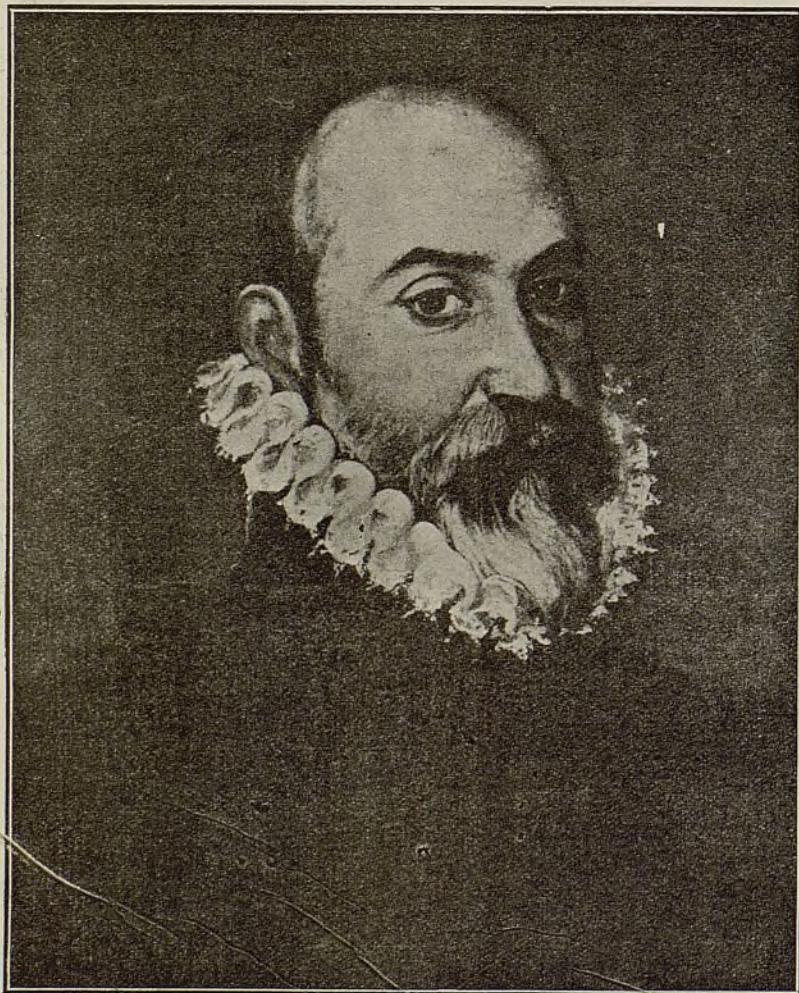
el retrato, su hermano me dice:

—Es su último retrato. Lo pintó Sotomayor unas semanas antes de entrar Cristina en el convento... Y este busto de bronce, también de entonces, tiene un parecido tan extraordinario que impresiona. Es de Comendador, del mismo artista que hace cinco años logró un merecido triunfo con el busto de Íñigo.

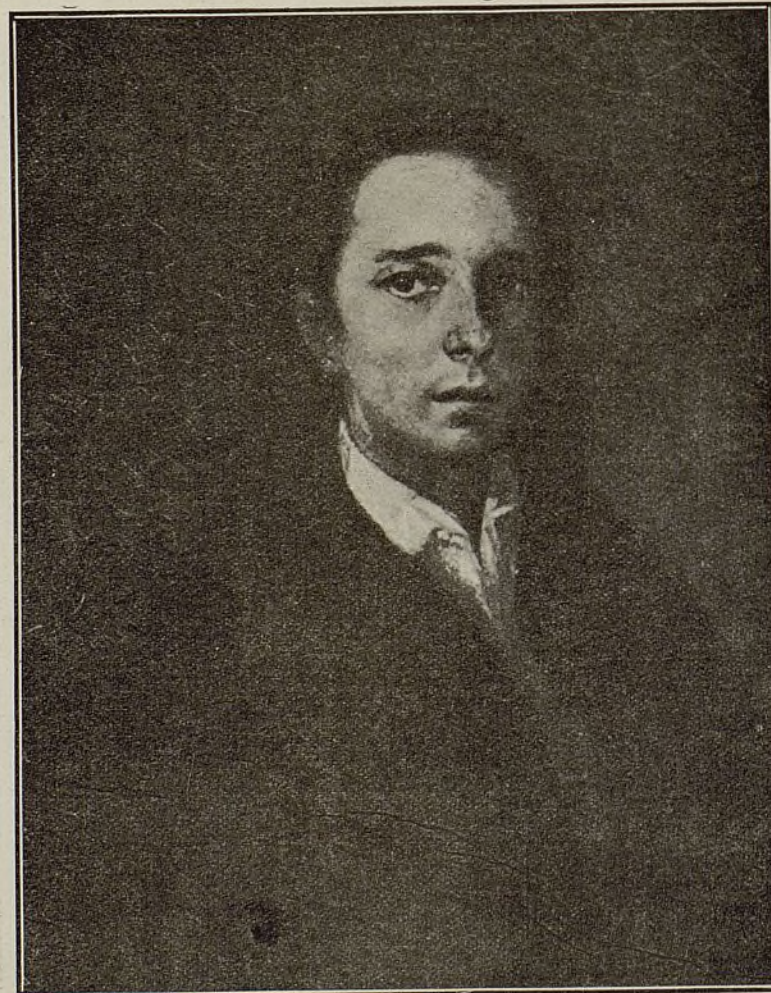
Contemplamos el bronce. En efecto: impresiona la fidelidad con que el escultor plasmó la expresión de la inspirada poetisa. Los que recuerdan su rostro, inquieto y dulce, no

pueden menos de reconocer un maravilloso parecido.

La conversación resbala, sin querer, sobre la joven artista y sobre sus inspirados y sentidísimos versos. No puedo contener una pregunta indiscreta:



EL GRECO: Desconocido



GOYA: Don Ramón Cabrera, Consejero de Estado

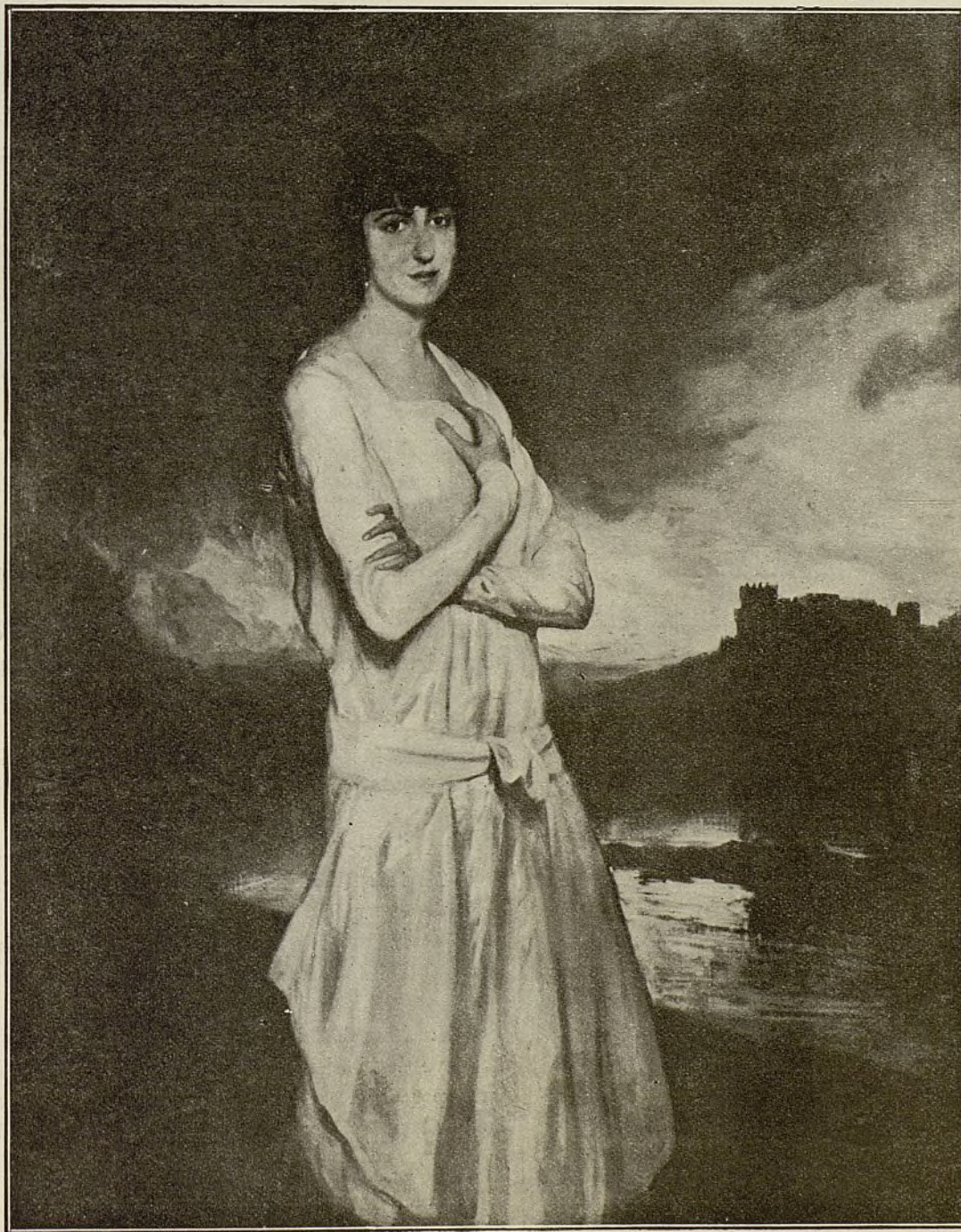


—¿Y ha dejado de escribir?
—No —responde rápidamente su hermana—. Precisamente hace poco nos envió unas poesías místicas: *Las florecillas de San Francisco*.

Solicito el manuscrito, para COSMÓPOLIS, que se me niega cortésmente; insinúo mi gran interés por conocer los últimos versos de Cristina, y María, que no quiere darme dos negativas seguidas, accede a recitármelos.

Lentamente, con un sentimiento que sólo su autora podría igualar, la marquesa de Laula desgrana los poemas místicos de su hermana. Su voz, poco a poco, impregnada de religiosa unción, conmueve, subyuga. Artista de la escena, con su mágica voz, e impecable dicción, verso a verso, frase a frase, llena el ambiente de dulce encanto y de nostalgia evocadora...

Para disimular la emoción que a los tres nos embarga, buscamos objeto propicio: María lo encuentra en su labor de punto, abandonada sobre una mesita; Íñigo repasando fotografías de un álbum, y yo... admirando los cuadros que adornan los lienzos...



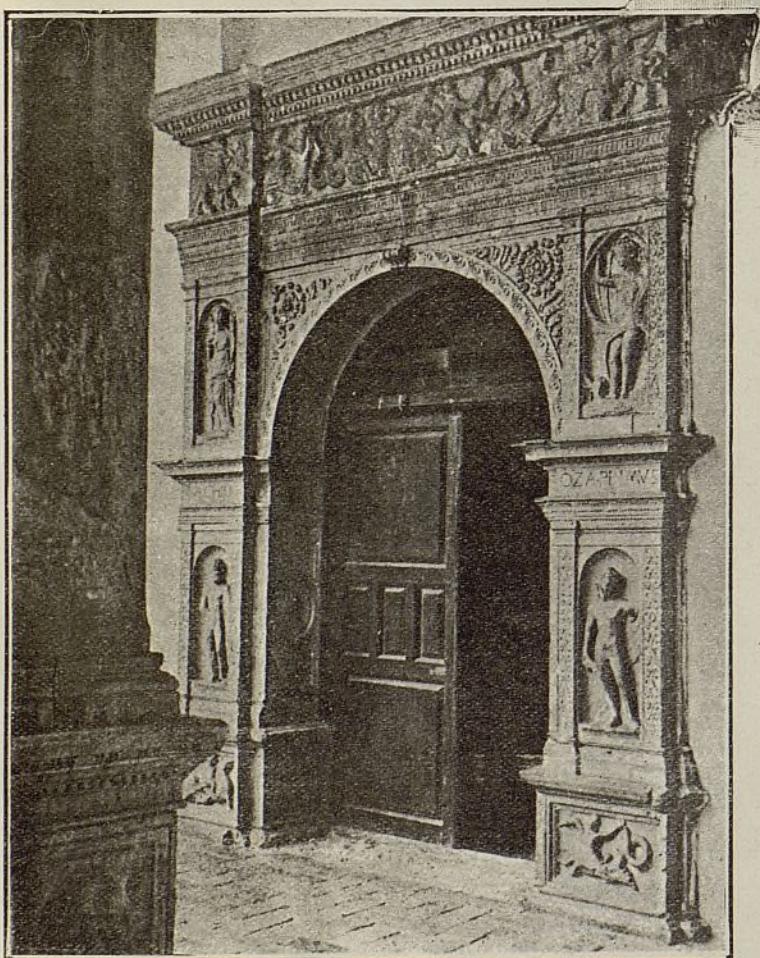


Me acerco a Francavilla. Y la pausa, al fin, es cortada por mi pregunta:

—¿De qué castillo son esas vistas?

—De «La Calahorra».

El castillo de «La Calahorra», sito en el cerro del Zenete, en Granada, data de 1509. Una de las primeras mansiones españolas del Renacimiento italiano. Don Rodrigo de Mendoza, marqués del Zenete, que lo mandó edificar, sólo vivió en él ocho años. Luego sirvió de refugio a la población de Granada en tiempos de Felipe II,



cuando la rebelión de los moriscos. Después, deshabitado y desatendido, ha estado hasta 1891, en que el entusiasmo del arqueólogo alemán Justi intentó darlo a conocer. Por fin, cuando, medio derruido, iba a adquirirlo un multimillonario yanqui, para llevárselo al extranjero, lo compró el duque del Infantado. A la sazón se está restaurando poco a poco. Es una empresa romántica. La intención del duque fué traerlo a Madrid para hacer un palacio; pero la guerra, primero, y las dificultades de transportes, después, le hicieron desistir.

Una fotografía destaca el imponente torreón de otro castillo.

—Es la entrada a la presa de Santillana—nos dice Íñigo—. Tiene todo el aspecto de una fortaleza.

Contemplamos, absortos, la artística reproducción.

—¡Qué interesante debe ser esta empresa del salto de agua!... ¿Cuáles fueron sus comienzos?

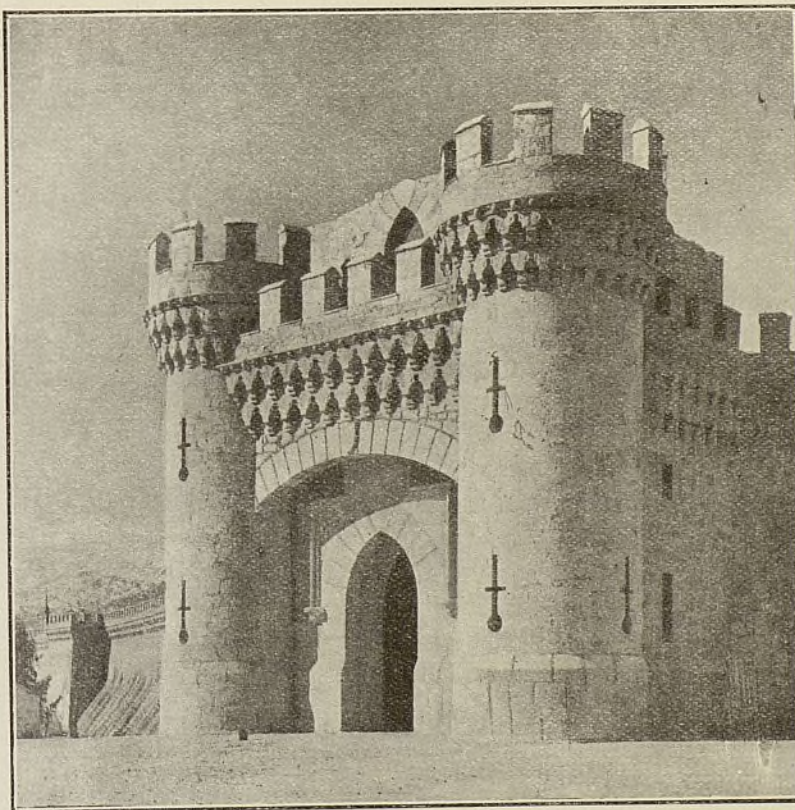
—La idea de la Hidráulica fué sugerida por la contemplación de la nieve de la Sierra desde la finca de Viñuelas. Primeramente sólo tuvo por objeto el aprovechamiento de la fuerza hidráulica, para lo cual compró mi padre las concesiones otorgadas a unos ingleses y



obtuvo, por una ley de Cortes de 1900, la concesión en el año 1906. La empresa fué al principio personal, construyéndose el salto de Navallar, uno de los primeros saltos importantes de España, de tres mil ochocientos caballos instalados, con una red eléctrica potentísima que da flúido a importantes industrias, además del abastecimiento de aguas.

Escucho al joven y simpático duque con interés creciente. Y cuando, ajeno a la marcha implacable del tiempo, me dispongo a proseguir tan curiosa conversación, las tenues sombras del atardecer me recuerdan que las horas, aunque gratamente, transcurren, y he de poner término a tan deliciosa visita.

GALAOR.



EN LA VENTA DE LA RUBIA



CACERÍA DE ZORROS

LA temporada de caza, que comienza en uno de los primeros domingos de noviembre y se clausura en 1 de marzo, reúne los miércoles y domingos un grupo de aficionados a este deporte de lo más selecto de nuestra alta sociedad.

Data la fundación de la Sociedad de Caza de Madrid, vulgarmente conocida por la Venta de la Rubia, del año 1854. Fueron sus fundadores, entre otros, el duque de Medina-Sidonia, el de Alba, el de Sexto, el de Fernandina, el conde de Peña-Ramiro... a la sazón,





presidida por su majestad el rey; es su vicepresidente, el conde de Torres-Arias; su director de caza (master), el marqués de Torneros, siendo secretario D. José María Creus e inspector de palco el marqués de Miraflores, pues tiene uno abonado en el teatro Real, conocido por el de la Caza.

* * *
Una hora antes de que comience la cacería, alrededor del mediodía, se da suelta a un zorro o a un gamo. Los cazadores, que se reúnen en (The Meet) el chalet de la Sociedad, montan a caballo y siguen a los perros. Éstos, sabuesos ingleses (fox-hunds), criados en las perreras de la Sociedad, siguen el rastro galopando todos juntos. Los cazadores van en su persecución, sin otro descanso que las cortas paradas de los perros, cuando éstos pierden el rastro y hasta que lo encuentran. De aquí que lo mismo puede durar una cacería media hora que hora y media... dos horas... Hay recorridos de más de 20 kilómetros persiguiendo al zorro o gamo.



Los perros, por fin, dan vista al animal que rastrean, y entonces siguen persiguiéndole hasta que lo cansan y dan alcance.

La Sociedad tiene un bonito chalet, sito en el término de Alcorcón, donde meriendan los cazadores, y posee arrendados terrenos, entre los que figura el Monte de Boadilla.

* * *
A la cacería celebrada en uno de los últimos domingos del pasado diciembre asistieron: S. M. la reina, las dos infantitas, la duquesa de Lécera, la marquesa de Laula, las señoritas de Cayo del Rey, Martínez Campos y Aznar, el príncipe Max de Hohenlohe, el

duque de Lécera, el marqués de Torneros, el comandante Torr, el marqués de Miraflores, el marqués de Aranda, el marqués de Navarra, el capitán Pérez Seoane, el Sr. Miláns del Bosch, el Sr. Creus, el Sr. Primo de Rivera Sáenz de Heredia (D. Miguel), el capitán D. Ramón Carvajal y el capitán D. Mariano Prado O'Neill.



La infanta Cristina



El príncipe Max de Hohenlohe y el duque de Lécera.



EN
LA VENTA
DE
LA RUBIA



CACERIA
DE
ZORROS

S. M. la reina Victoria y SS. AA. RR. las infantas Beatriz y María Cristina.

Fotos Martín

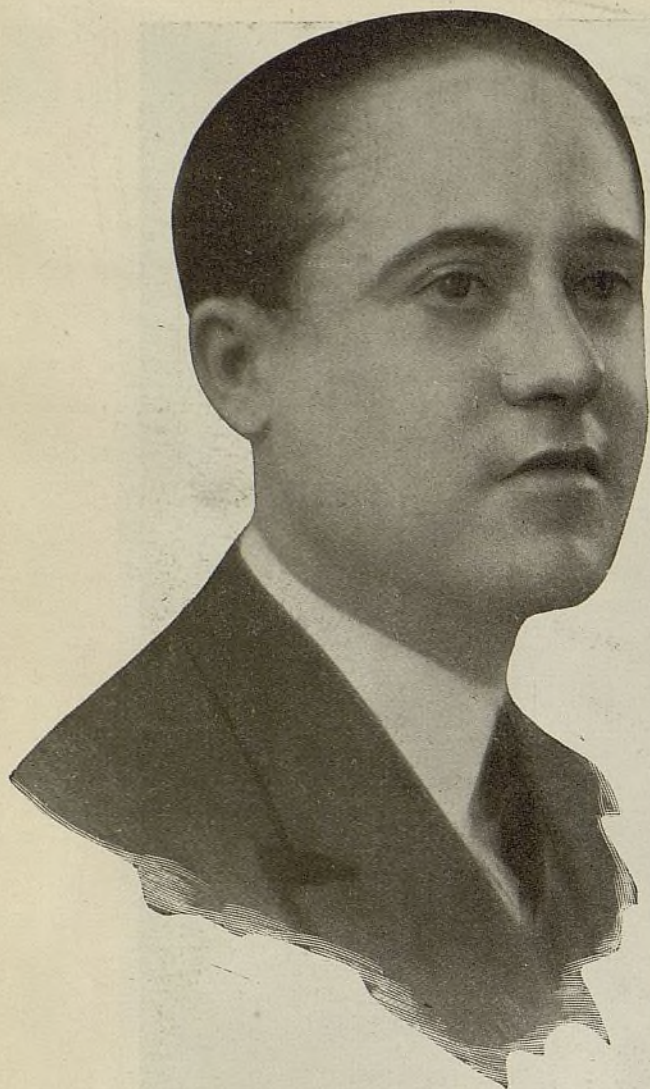


Gran Mundo

Los marqueses de Viana y de la Coquilla (Sofia de Lancastre, hija de los condes de Louza y don Fausto Saavedra) que contrajeron matrimonio, en el pasado Diciembre, en su palacio de Mortalla



Los nuevos marqueses de Viana con el duque de Peñaranda, que asistió en representación de S.M. el Rey, don Antonio Lancastre, que representó al duque de Braganza, y los testigos de la boda.



*Gran
Mundo*



*Los marqueses de Loria-
na: María Teresa Mo-
renes, hija de los condes
del Asalto, y Juan Ma-
nuel Urquijo, hijo de los
marqueses de Urquijo.*



La señora de Santos Suárez (don José), Marichu Mitjans y Murrieta, hija del duque de Santofia.



*Un nuevo matrimonio:
Miagros Avial y Llorens y Pedro Cabeza de Vaca.*

RESIDENCIAS ARISTOCRÁTICAS

En «La Ventosilla»

de los Duques de Santoña



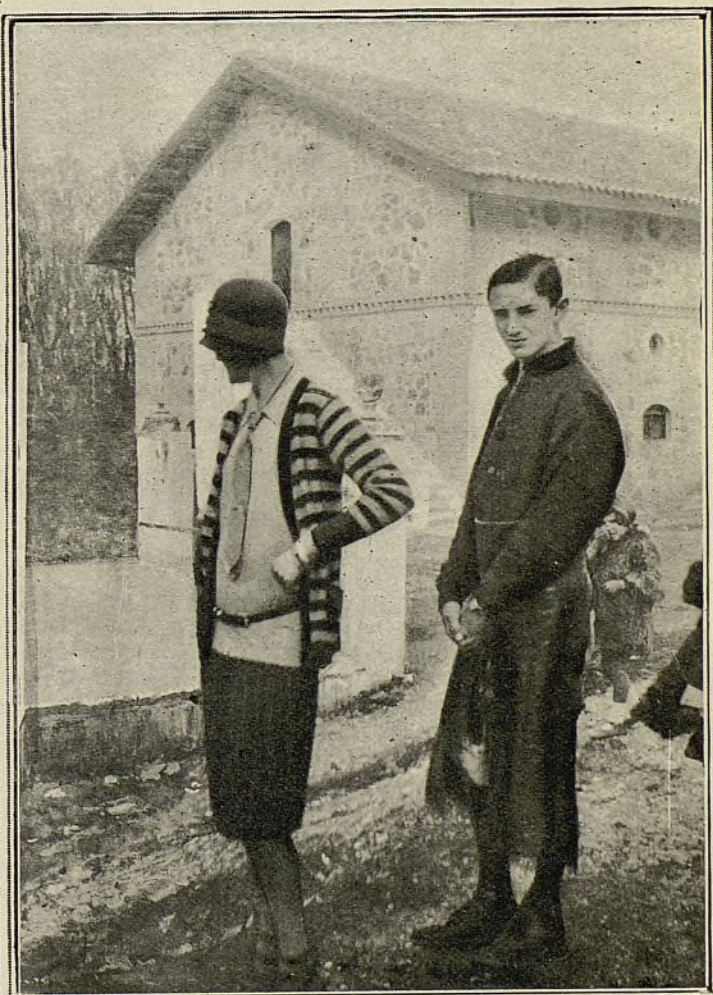
«Bebé» Santos Suárez, señorita Mariana Tacón, Ricardo Santos Suárez, señora de Santos Suárez (D. José), marquesa de la Gándara, señorita Angela Villaverde, duque de Santoña, José Santos Suárez, Jaime Mitjans, duque de la Unión de Cuba, Carlos Mitjans, duquesa de Santoña



Duquesa de Santoña, vizcondesa de Peñaparda, señorita Luisa Carvajal



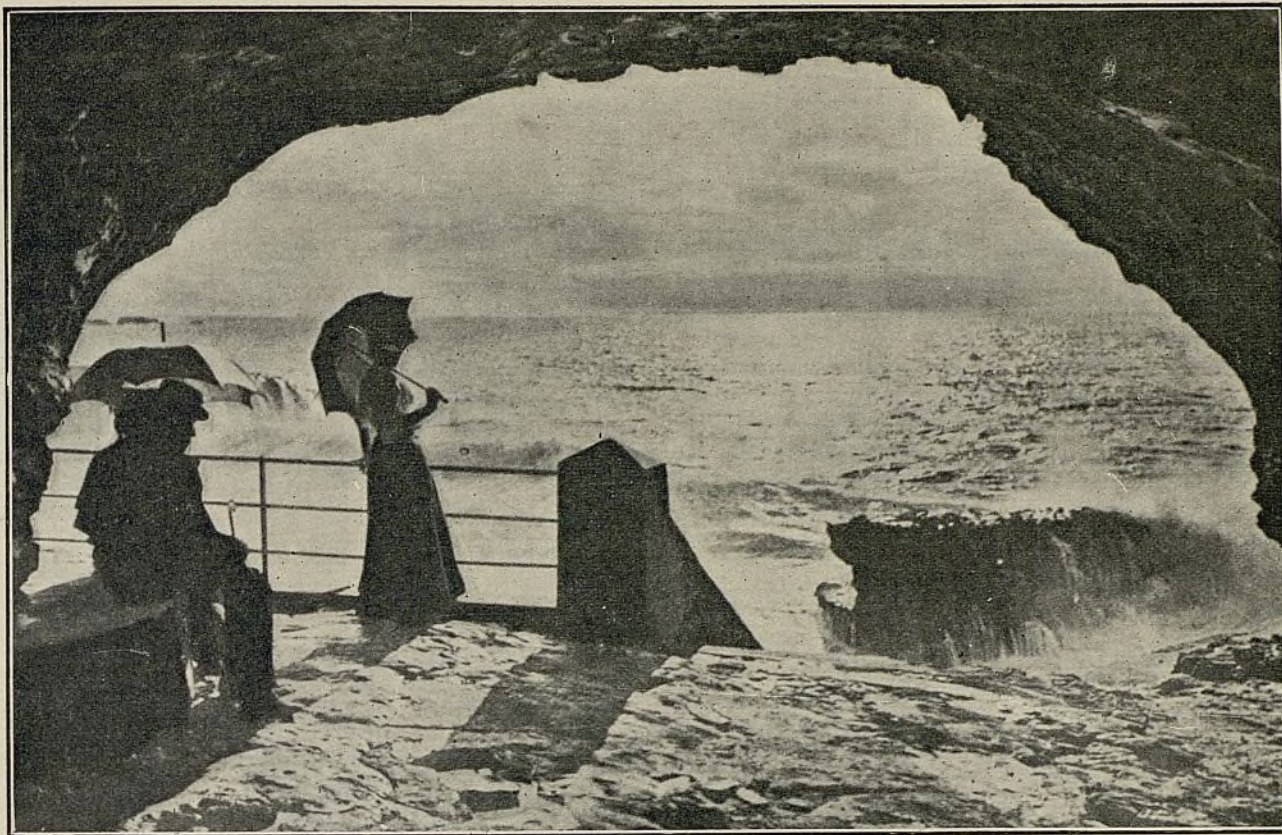
Sobre un «tee» de golf



Señora de Santos Suárez y Jaime Mitjans, hijo de los duques de Santoña



La condesa de Yebes, Carmen Rocatallada, hija de los condes de la Viñaza, y de los condes de Romanones por su enlace con don Eduardo Figuerca, conde de Yebes.



*La gruta
del faro, tal
como era
hace años*

BIARRITZ

Unas horas en Biarritz, de paso para París

TRASPASADA la frontera, el espíritu del viajero se siente liberado de un peso oculto, de una sensación vaga de desánimo que en España nos envuelve, nos oprime fuertemente. ¿Son sus tierras, con menos verdor que las francesas? ¿Es la aridez de las mismas, la adustez del paisaje, de manchas grises, de débiles matices, en que sólo sobresalen los altos campanarios de las iglesias? ¿Es el atavismo de siglos que satura el ambiente de trascendencia heroica, sobrecojiéndonos el peso abrumador del pasado?

Es posible; pero lo que más certeramente influye en nosotros es el sabernos desligados de nuestra personalidad, libres de los prejuicios que en cada país envuelven a sus naturales. El que más y el que menos posee una reputación, una determinada clasificación que no tiene un registro definido donde figuren altas y bajas, cambios y mejoras, pero que hace que nuestros pasos y actitudes sean guiados fatalmente por él.

Al traspasar la frontera, nuestro pensar es más libre, más valiente, más autónomo, o tal vez más como deseábamos que fuese. Al encontrarnos con seres desconocidos, con una mujer hermosa o un experto hombre de negocios, tendremos la consciencia de sabernos sojuzgados en nuestro valor intrínseco, sin que los fracasos o los éxitos obtenidos con anterioridad puedan influir sobre nuestra derrota o éxito presente. Y esto hace que la confianza se ampare de nosotros y nos sintamos más jóvenes y esperanzados. La vida esa que hemos tejido alrededor del fuego de una chimenea con trocitos de otras vidas y juicios y actitudes que influyeron en nuestros actos y determi-

naciones más íntimas, no pesan tanto sobre nuestro espíritu, dejando que éste vague libérrimamente al capricho y merced de su fantasía, de su propia apetencia.

Esta sensación, en Biarritz se acentúa aún más. Aunque en invierno escaseen los amigos y la gente bullanguera, y las calles, comparadas con el verano, semejen a las de una ciudad devastada, Biarritz posee su encanto peculiar, basado más que en nada en esa falta de intromisión en la vida ajena, o mejor dicho, en esa indiferencia o indulgencia con que allí todo se mira.

En Miremont se encontraban los condes de Arcangues, que pronto saldrán para Superbagnères; las bellísimas señoritas de Amézaga; la encantadora Rosalie Edwards y Mary Forbes, que en breve marchará a St. Moritz, donde seguirán triunfando su belleza y distinción.

Luego, en el Bar Basque, el marqués de Fuentehermosa, el conde de Zarnekau, el marqués de Salamanca, los duques de Sanlúcar, Santiago Pidal...

En el *golf* aun siguen jugándose partidos muy interesantes. Uno de gran interés fué el de Ruth Haptel, Manolito Escandón, el conde del Real y Pepe Landa, que actualmente es uno de los jugadores más brillantes de Biarritz, habiendo batido numerosos *records*.

Mr. Paget, otro excelente jugador, reñía un importante «match» con Carlos Candamo y Jacques Leglise.

La bellísima señorita Carmen Landa, que ha hecho muchos pro-

gresos al *golf*, después de jugar un partido y de tomar el te, organizó un interesante *bridge*. Formaban parte de la partida la señora de G. Candamo, la señora de E. Escandón, G. Candamo y el excelente jugador Iri Ibernegaray.

Los barones de Forest, Mrs. Hoopbeer, el conde de Moltke, el marqués de Bourg de Rozas y otras cuantas personalidades de Biarritz aun se encuentran en esta ciudad.

¡París! La calma y el sosiego de Biarritz parecen un sueño lejano al deslizarse por las calles y bulevares del centro, conglomerado de gentes, autos, tranvías, motorbuses y el ruido constante y desagradabilísimo de las bocinas.

Para ir de la plaza de la Estrella a uno de los lugares céntricos se tarda más de una hora. Una verdadera serie de obstáculos, de murallas de coches se interpone en nuestra ruta. Es nuestro mismo afán de llegar pronto lo que anima a los que van dentro de los vehículos. Todos tienen prisa, todos van sedientos, esperanzados, en busca de un algo que en aquel instante les parece trascendental, decisivo en sus vidas.

Es la lucha terrible, despiadada, por ganar dinero, por triunfar, por «poder vivir», que brilla en las pupilas de todos y anima sus corazones. Pero son tantos, que es una lucha bárbara, cruel. Para cada negocio, para cada pretensión o empleo, existen centenares de candidatos. Ya el valor, la iniciativa, la inteligencia no son armas eficaces, decisivas para triunfar. Sucede como en las guerras, que el valor personal de poco sirve. Una bala perdida puede tumbar por tierra al más valiente. Aquí, en esta otra clase de lucha, no basta ser inteligente y poseer cualidades excepcionales; es preciso hallarse asistido del don precioso de la oportunidad, de la buena fortuna.

¡Ah, Biarritz, la ciudad de los filósofos admirables, de la quietud y el sosiego: en el fondo, tú puedes presumir de ser más moderna y avanzada que París! Los que se acogen a tu hospitalidad son todos esos que aun se agitan y debaten aquí con febril impulso. Tú eres la que recoges el fruto, el resumen de intensidades, de anhelos desvanecidos. Tú eres, como dice el poeta, «el mar adonde van a morir los ríos»...

REMEMBER

Biarritz-París, diciembre 1927.

Biarritz y sus amigos de España

El pueblecito de pescadores que era antiguamente Biarritz no ha perdido aún, a pesar de las injurias del progreso, que lo ha convertido en el gran sitio a la moda, su encanto de otros tiempos. Por todas partes se está construyendo, por todas partes se le embellece, o por lo menos se figuran que lo embellecen. Rascacielos surgen en pocos meses; hoteles, bancos y nuevas tiendas abren sus puertas, mientras otras se transforman, adornándose, según el gusto del día, con decoraciones fastuosas. La periferia se cubre de pequeñas «villas», construidas casi todas ellas en este estilo neo-vasco que permite variar hasta lo infinito el aspecto de las fachadas. ¿Se estará convirtiendo Biarritz en una gran ciudad?

¡Claro que sí!, contestamos nosotros. Biarritz es París, un París en miniatura, un París que hubiera concentrado en unos cuantos centenares de metros la «Rue de la Paix», «l'Avenue de l'Opéra», el «Faubourg Saint-Honoré», y los «Champs-Élysées». Todos los modistos célebres, los joyeros famosos, están instalados en Biarritz lo mismo que en París, y desde el «Palais» hasta el «Port Vieux», el paseante que abandona su coche encuentra a cada paso todo lo que hace el regalo de los ojos y es adorno de la mujer, todo lo que París inventa para hacerla cada día más bella. Ni el pueblecito de otros tiempos, ni el mismo Biarritz, ya tan elegante, del Segundo Imperio podrían ofrecer ese espectáculo diario.

Pero, a pesar de todo este lujo, a pesar de las altas construcciones, triunfo del cemento armado, a pesar de los «autos» innumerables y suntuosos, a pesar de sus placeres, Biarritz ha seguido siendo para aquel que lo ame el pueblecito encantador de antaño.

Ha bastado con un rayo del resplandeciente sol del invierno para que, apagado ya el ruido de las fiestas, todo vuelva a ser calma y alegría, una alegría verdad que no pide prestado nada a la vida mundana, una alegría que no es sino el florecer de la naturaleza bajo un cielo incomparable.

Todos aquellos que verdaderamente amen a Biarritz os dirán que es casi odioso durante la temporada. Durante tres meses es la Torre de Babel, donde todas las razas están mezcladas, todas las jergas y todos los idiomas se confunden; es una encrucijada del mundo, en la cual se detiene uno antes de volver a partir a la conquista del universo. ¿Tiene Biarritz algún atractivo particular para todos estos visitantes? Tiene sus Casinos, sus «dancings», sus restaurantes, sus «night-clubs», sus «bars» o sus «potinières», que son idénticos a los de cualquier otro sitio; pero... ¡está de moda! Es de buen tono el ser visto, después de Deauville o de Dinaret, en la «Côte des Basques». ¡Qué importa la belleza de Biarritz, el esplendor de su cielo, el encanto majestuoso de ese Golfo de Gascuña, en el cual vienen a morir los Pirineos!...

En otoño, en cambio, los que se quedan y saben ver admiran

todo esto. Biarritz se vuelve a convertir entonces en la ciudad deliciosa que es estancia predilecta de los españoles desde hace más de un siglo. La joven condesa de Teba vino aquí con su madre la primera vez en 1838, y, desde entonces, casi todos los años volvió fielmente. Una vez emperatriz de los franceses, fué en Biarritz, donde habían transcurrido tantas horas felices de su infancia, el lugar en que quiso fijar su residencia veraniega. El país le debe su gran prosperidad, y si razones políticas, de escaso valor, impiden que le sea rendido un homenaje oficial, su recuerdo permanece y permanecerá siempre vivo.

Las mejores familias de España tienen en Biarritz, una residencia. Algunas hasta viven aquí todo el año. En las calles se oye hablar tanto español como francés, y hasta en el pueblo se manifiesta esa dualidad de lenguaje.

Por razones mucho más prácticas han adoptado también los ingleses a Biarritz. Esto ya se remonta igualmente a varias generaciones; cuando, después de los sangrientos combates que tuvieron lugar en todo el país en 1813 y 1814, los oficiales ingleses vinieron para identificar las tumbas de sus soldados, se quedaron estupefactos al comprobar por las edades grabadas en las piedras de las tumbas del cementerio de Biarritz la longevidad de sus habitantes. «Si se vive aquí tantos años—se dijeron—, es que el clima es excelente.» Y como el país, además, no carecía de encantos, los ingleses empezaron a acudir a él, para olvidar su «spleen» y su niebla nacionales.

Y la fama de Biarritz se ha hecho a través del mundo entero.

Soberanos de Europa, rajases indios, príncipes egipcios, reyes americanos del oro, todos vienen y todos permanecen a veces para siempre.

¿No es Biarritz el lugar de calma y de paz donde al rey Eduardo VII le gustaba descansar, donde su nieto se complace en vivir lejos de la etiqueta de las Cortes?

¿Y no fué Biarritz, hará unos veinte años, el testigo sonriente y emocionado del más bonito de los idilios reales, esponsales simbólicos de sus dos fieles amigas, España e Inglaterra?

Cuando en verano vienen el rey Alfonso o la gentil reina Victoria a pasar unas cuantas horas en Biarritz, el pueblo, que los conoce bien, pone más que respeto en el saludo que les dirige y los recibe siempre con el afecto sencillo y verdad, con la cordialidad que reservamos para nuestros verdaderos amigos.

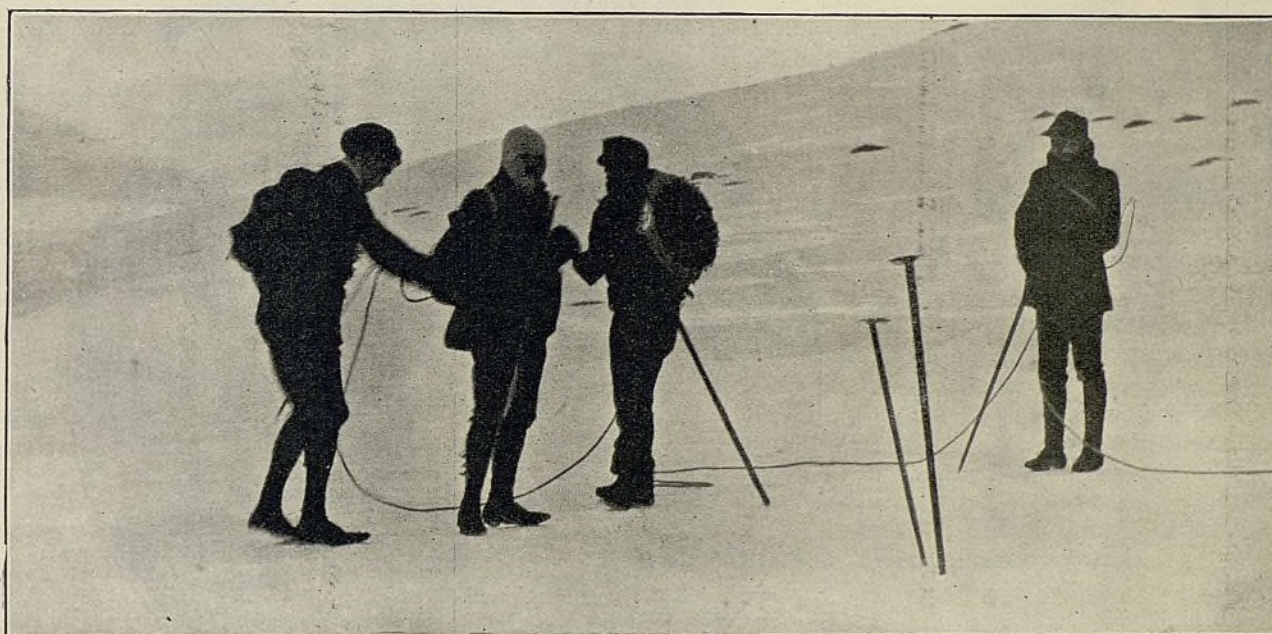
... A las puertas de España, en un rincón de Francia y de la sierra vasca, Biarritz, hermoso y acogedor, atrae a todos los pueblos y retiene a aquellos que lo aman.

R. DOMINIQUE.



Uno de los precursores del Alpinismo Español

José Fernández Zavala



El nombre de José Fernández Zabala, que ya estaba consagrado en los anales del alpinismo español, ha sido objeto recientemente de un homenaje que hará perdurar su recuerdo entre los animosos montañeros españoles.

Casi en la cima de «Peñalara», la mayor elevación de la sierra de Guadarrama, dominando las llanuras castellanas, entre unos cuantos entusiastas de la montaña, han construido y costado un refugio, el refugio «Zabala», que servirá de ejemplo y estímulo a los que, como él, un día tras otro, en libros, periódicos y revistas, propagó las bellezas y los encantos de nuestras hermosas sierras, y que, predicando con el ejemplo, visitó constantemente, descubriéndonos muchos de sus ignorados rincones. Gredos, Picos de Europa y Guadarrama fueron materia de estudio para él, legándonos después el fruto de sus vastos conocimientos. A ese merecido y entusiasta homenaje nos unimos nosotros, publicando su retrato inédito y algunos momentos de su vida alpina, impresionados por su compañero y amigo Antonio Prast en Gredos y la Pedriz de Manzanares, su predilecta sierra.

Sirvan estas fotografías para que su figura se grabe en la imaginación de los que no le conocieron, para que, unido al recuerdo de su nombre, nos acompañe siempre como guía de nuestras excursiones.

En plena sierra, José Fernández Zabala era el guía experto, camarada inapreciable, excursionista de acero; y en los contados pescancos, su mano empuñaba el lápiz para trazar, afanoso, los apuntes que luego eran base de sus libros alpinos.





Un buen "drive" de derecha del conde de Gomar.

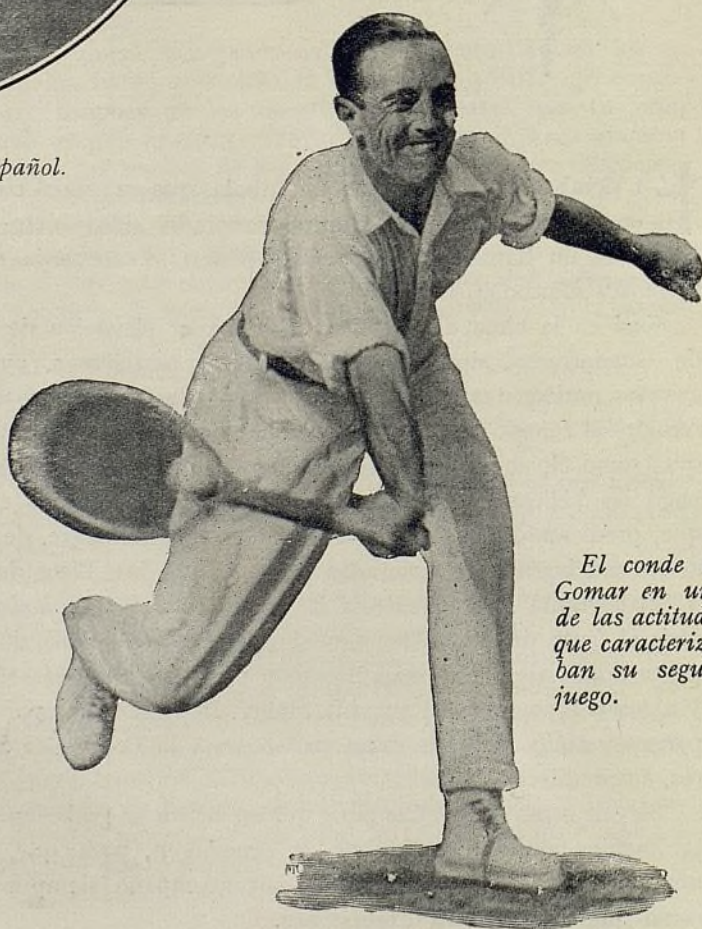
La Historia del Tennis Español



Manolo Alonso, el mejor jugador español.

No están suficientemente esclarecidos los motivos que han inducido al Comité Olímpico a la supresión del «tennis» en Amsterdam. Sin ahondar en lo ocurrido, lo cierto es que, desgraciadamente, no figurará este deporte en los VIII Juegos Olímpicos. Existe la creencia general de que el «tennis» es un deporte que no precisa poseer una gran resistencia física, por suponerse erróneamente que si es asequible su práctica a las mujeres estriba en la escasa violencia de su ejercicio. Nada más equivocado. El «tennis», jugado entre hombres, es un deporte tan violento como el que más y que requiere una extraordinaria resistencia física y muchos años de constancia práctica para lograr sobresalir un poco.

Su desaparición en el programa olímpico coincide con la época de su máxima popularidad en Europa, acrecentada por el éxito de Francia al arrebatarse a los Estados Unidos el preciado trofeo de la Copa Davis, el torneo mundial por excelencia. Este acrecentamiento de la popularidad del «tennis», que se refleja en la mayor parte de Europa con la construcción de numerosas pistas y la constitución de Clubs que se dedican única y exclusivamente a su práctica, contrasta con el estancamiento y hasta el retroceso de la afición en España.



El conde de Gomar en una de las actitudes que caracterizaban su seguro juego.

Deportes

En Madrid, el Club de Puerta de Hierro, con sus seis pistas, ocupa el primer lugar. Desaparecieron los antiguos terrenos del Athletic con sus nueve pistas, y la escasa afición que existe en la actualidad se ve cumplidamente satisfecha con los pocos «courts» de que disponen ahora el Athletic, el Real Madrid y tres o cuatro Sociedades más. Bien poca cosa, en total. Sólo en la capital de Cataluña se practica el «tennis» con alguna intensidad, gracias a los esfuerzos realizados por los Clubs Turó y Barcelona. Después, desperdigadas por el resto de España, unas cuantas pistas en San Sebastián, Bilbao, Oviedo, Gijón, Vigo, Logroño. Pero, a excepción de la Residencia de Estudiantes, no se dedican en los colegios y en las universidades terrenos apropiados para este deporte, como existen en el extranjero. Y no hablemos del apoyo oficial, porque éste brilla por su ausencia.

Un concurso internacional en Barcelona, otro en San Sebastián y un esfuerzo aislado en Madrid, son las únicas manifestaciones de relativa importancia del «tennis» en España, que no progresa y que, pese a la voluntad de los nuevos jugadores catalanes Sindreu, Morales y Juanico, va perdiendo categoría internacional, sostenida solamente por el tesón de Eduardo Flaquer, todavía en la brecha, y Manolo Alonso, que nos prestigia en Norteamérica.

* * *

Nacido en Inglaterra este deporte, fué introducido en España hace aproximadamente unos treinta años, siendo muy difícil señalar cuál fué la población en donde por primera vez se jugó. Son varias la que reclaman la prioridad. En Madrid, la primera pista de «tennis» que se construyó estaba emplazada donde hoy se encuentra la iglesia de San Manuel y San Benito.

Se desenvolvió con lentitud al principio. En 1922 se juegan en Barcelona y San Sebastián los primeros concursos, y en 1906 se celebra en Madrid la primera prueba internacional. El desarrollo del «tennis» exigía la necesidad de que se constituyera una Asociación. Ésta se funda en Barcelona y se adhieren los Clubs de Zaragoza, Jerez y Huelva. Tres años más tarde, en 1909, se constituye la Asociación de España, con la unión de todos los Clubs entonces existentes, llevada a cabo por los Sres. Witty, Tey, J. Satrustegui y L. Uhagón, de la que derivó poco después la actual Real Asociación de Lawn-Tennis de España.

En 1910 se crea el Campeonato de España, con una copa donada por S. M. el Rey, prueba que se ha jugado anualmente con una sola interrupción hasta el momento presente. La lista de los cam-



El francés Lacoste, el mejor jugador del mundo en la actualidad

peones de España desde su creación es la siguiente:

1910	Luis Uhagón.
1911	Luis Uhagón.
1912	José Alonso.
1913	Vicente Marín.
1914	José María Sagnier.
1915	Manuel Alonso.
1916	Conde de Gomar.
1917	Conde de Gomar.
1918	Conde de Gomar.
1919	Manuel Alonso.
1920	Manuel Alonso.
1921	F. K. Peach.
1922	No se jugó.
1923	Eduardo Flaquer.
1924	Morales.
1925	Morales.
1926	Sindreu.
1927	Flaquer.

Hemos actuado o visto jugar a todos los campeones de España cuya enumeración acabamos de hacer. Unos, los menos, se han retirado; otros, los más, siguen jugando con entusiasmo, y alguno, como Vicente Marín, nos abandonó para siempre. Muy por encima enjuiciaremos su juego.

Luis Uhagón, el primer campeón de España, poseía un revés defectuoso, un buen «drive» de derecha y gran regularidad en su juego de red. Pepe Alonso, fuerte, atlético, de admirable estilo en ocasiones, concebía en general bien las jugadas, pero su extrema irregularidad hacía de él un jugador desigualísimo, a merced de sus nervios. Pesado, de construcción maciza, Vicente Marín contaba para el ataque con un fuerte golpe de derecha. Tuvo una época en que su gran entrenamiento le permitió adquirir la suficiente regularidad para destacarse en primera fila, donde no

pudo sostenerse. El catalán José María Sagnier no fué nunca un brillante jugador «singles». Se desenvolvía mejor en los dobles, donde poseía un eficaz juego de red.

F. K. Peach, un inglés con residencia en Huelva, logró conquistar en 1921 el campeonato de España, más que por sus propios méritos, por la ausencia de jugadores de clases... Se jugó en Huelva, y las grandes raquetas españolas no pudieron desplazarse a la ciudad andaluza. Peach, afiliado durante dos años a la Federación Española, tenía reglamentariamente derecho a optar por el título, y, sin enemigos de calidad enfrente, consiguió adjudicárselo. No pasaba de ser una medianía.

Los modernos campeones Sindreu y Morales, ambos catalanes, poseen características totalmente distintas. Éste busca la victoria por la regularidad de sus jugadas. No arriesga un golpe y está atento al menor desfallecimiento de su contrario, para sacar de él el máximo rendimiento. Aquél, por el contrario, lo fía todo al ataque enérgico y decidido. Y con su fuerte «drive» de derecha fuerza el juego



Un autoretrato de la señorita Helen Wills, la primera figura mundial del «tennis» femenino.

tras la rápida victoria, que unas veces llega y otras veces no.

Dejemos para lo último el hablar de los campeones que faltan a la lista de los que ligeramente hemos examinado. Son aquellos con los cuales nuestra vida «tenística» de triunfos y derrotas se desarrolló. Nos referimos a Eduardo Flaquer y Manolo Alonso. Ambos siguen jugando. Detallar las características de su juego nos parece innecesario. Flaquer, jugador elegantísimo, con un revés muy seguro, le faltó siempre resistencia y ligereza para el juego individual; por el contrario, en los dobles, su perfecta colocación, gran serenidad y el fuerte saque de que disponía hacían de él un compañero magnífico. Manolo Alonso, justamente considerado desde hace tiempo como el mejor jugador español, continúa actuando en Norteamérica, en donde reside. Después de pasarse al profesionalismo algunos de los «ases» norteamericanos, ha sido este año oficialmente clasificado como la segunda raqueta, inmediatamente después del gran Tilden y delante del afamado Johnston. Consignado esto, están demás los elogios sobre este formidable jugador, todo fibra y energía, que personifica como ninguno el brío, la agilidad y el espíritu combativo de la raza española, puestos de relieve por él en todos sus partidos.

* * *

Fué en 1912, en el concurso internacional del Club Inglés, cuando por primera vez dos jugadores extranjeros de valía se enfrentaron en España contra las raquetas españolas más destacadas.

Recordemos sus nombres. Por un lado, el francés Decugis y el austriaco conde de Salm; por el otro, Luis Uhagón, Vicente Marín, Manuel y José Alonso. La enorme diferencia de juego que los separaba se evidenció en forma indiscutible. Los nuestros no lograron apuntarse ni un solo «set» en la serie de partidos que jugaron frente a los extranjeros. En años sucesivos siguieron visitándonos diversos valores del «tennis» europeo, dando el ejemplo de su excelente juego, que pronto fructificó en las magníficas realidades de nuestros jugadores, que pasaron a inquietar a los «ases» extranjeros. Esta marcha ascendente del «tennis» español se hizo cada vez más firme.

Deportes

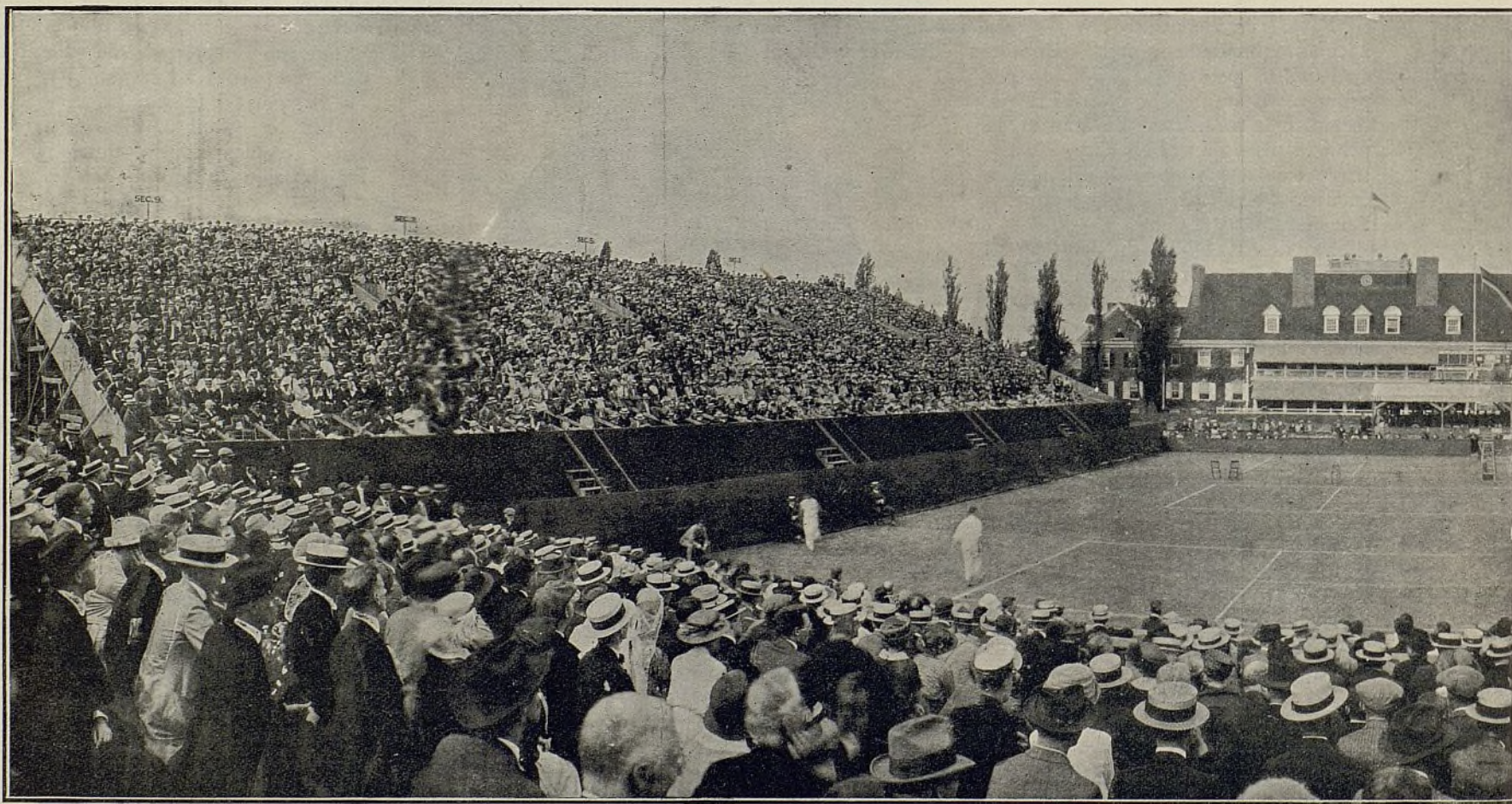
En 1921, España tuvo su primer éxito importante en su encuentro internacional contra Francia, celebrado en Barcelona. El equipo francés, integrado por los afamados Laurentz, Germot, Samazeuilh y Gerbault, por entonces lo mejor de Europa, tuvo que

contentarse con un empate. España y Francia, en competida lucha, lograron el mismo número de victorias. Aquel mismo año, los seleccionados españoles, entre los que nos contábamos, junto con los hermanos Alonso y Flaquer, marchamos a Inglaterra para participar por primera vez en la Copa Davis. Fuimos vencidos después de causar excelente impresión, y más tarde, en Wimbledon, Manolo Alonso se revelaba ante el mundo entero como un formidable jugador al llegar a la final de dicho torneo.

En el siguiente, España quedó vencedora de la Copa Davis de la zona europea. Derrotamos a la India y a Bélgica, y en la final, Inglaterra se retiró sin jugarla. Fuimos a Norteamérica para luchar contra Australia, ganadora de la zona americana. El equipo español lo integrábamos Manolo Alonso y yo, y el australiano lo formaban O'Hara Wood y Patterson. Jugamos en Filadelfia en el mes de agosto, con un calor asfixiante. Australia logró el triunfo. En 1923, ausente Manolo Alonso, representé a España con Flaquer. Eliminamos a Rumania, que no compareció. Vencimos a Inglaterra con su formidable equipo, compuesto por Lycett, Godfree, Gilbert y Wheatley. A Holanda, con Van Lennep, Van der Feen, Timmer y Bryan, le sucedió lo propio, y por segunda consecutiva vez llegamos a la final de la zona europea. Francia fué nuestra adversaria en Deauville, representada por Lacoste, Cochet y Blanchy. La desgracia nos persiguió, y en el último momento Francia consiguió un difícil triunfo. Esta es la historia de la actuación internacional de España durante la época en que tomé parte activa. Después... el éxito no ha acompañado en la misma proporción la voluntad desplegada por aquellos que nos han representado.

* * *

La más preciada ilusión de un jugador, la conquista de un título mundial, ha estado por tres veces al alcance de mi raqueta.



Vista panorámica del tennis.—En la final de zonas de la Copa Davis (1922), jugada entre España y Australia en Filadelfia: en uno de los encuen-

No es inmodestia el consignarlo. En unas líneas sinceras como éstas, en las que trazamos a la ligera la historia del «tennis» español y sus principales figuras, al reflejar los instantes de mayor emoción y desencanto de mi vida de jugador, es algo obligado. No hay en ello inmodestia, repetimos, ni el menor asomo de vanidad.

Fué en el transcurso del año 1923—poco antes de retirarme—, cuando logré clasificarme como finalista en tres campeonatos mundiales. Sin seguir su orden cronológico, hablaremos de estos momentos que más hondo recuerdo han dejado en mi vida de jugador.

En Wimbledon (Londres), en lucha con los mejores jugadores del mundo, Flaquer y yo llegamos a la final de dobles del campeonato mundial sobre pistas de hierba. Eran nuestros contrincantes los ingleses Lycett y Godfree, a los cuales habíamos derrotado en la Copa Davis unas semanas antes. Jugamos excesivamente confiados. Igualados a dos «sets», en el decisivo, el triunfo se inclinó por nuestros adversarios. Y el título de campeón mundial, que estuvo a nuestro alcance, nos fué arrebatado...

En Bruselas se jugó ese mismo año el campeonato del mundo sobre pistas de tierra. En la final de los «singles», Cochet y yo nos enfrentamos. Conseguí ganar los dos primeros «sets». El triunfo me parecía seguro. Reaccionó algo Cochet, jugando a la desesperada, y entonces mis energías físicas me fallaron. Fuí finalmente vencido. Otra vez un campeonato mundial, al alcance de mi raqueta, me era arrebatado...

En Barcelona se celebró el campeonato del mundo sobre pistas cubiertas. Magnífica organización la de aquel torneo. Llegué a la final teniendo como adversario a Cochet. Me su-

Deportes

cedió lo de siempre. Vencedor en los «sets», el cansancio me impidió lograr el definitivo triunfo, que fácilmente podía conseguirlo después de la ventaja adquirida. Pero una vez más el título mundial, que parecía tenerlo seguro, se me fué en el último instan-

te, con el consiguiente desencanto...

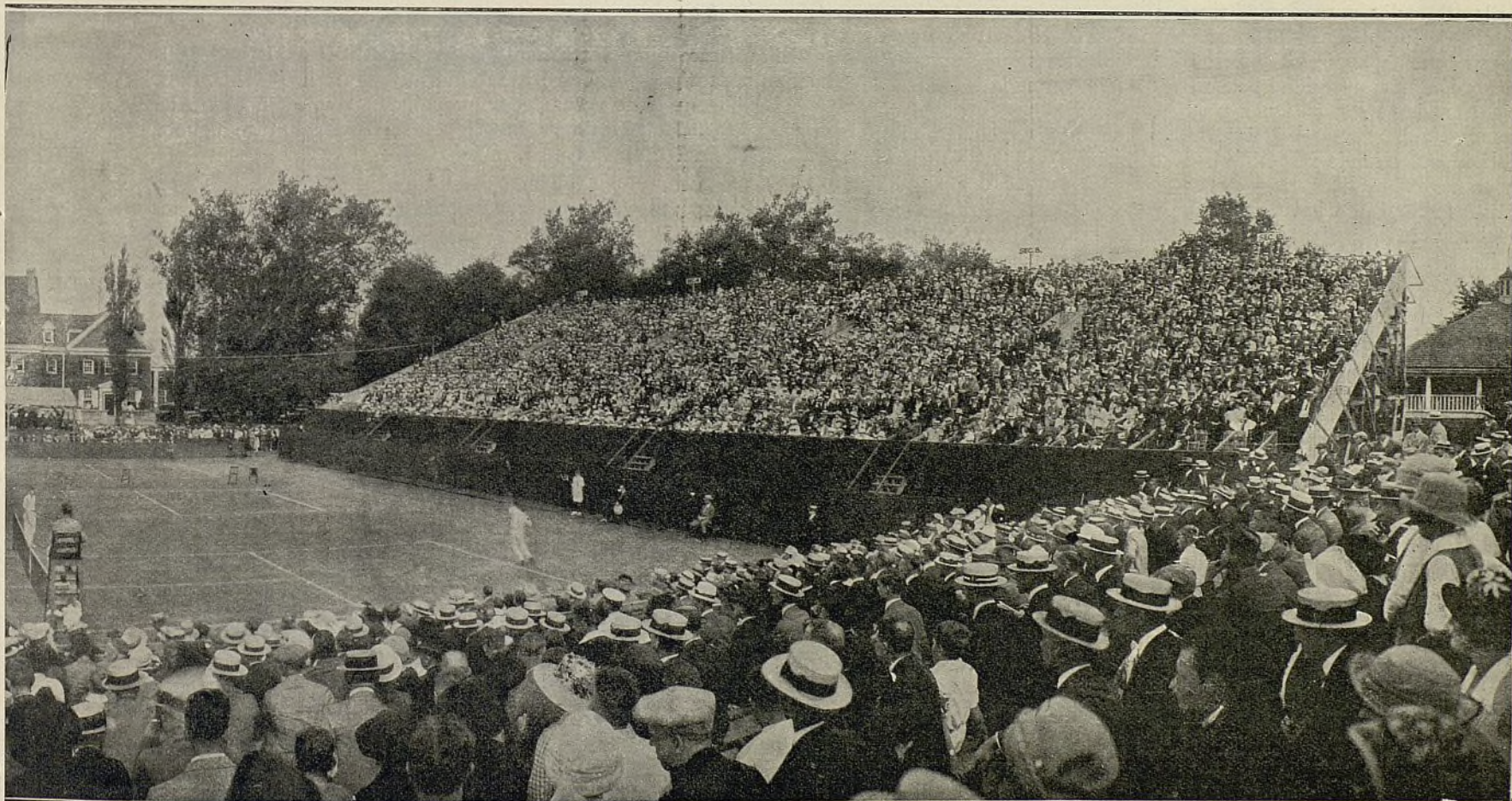
Uno de los indudables defectos que imposibilitan que en España existan jugadores de verdadero carácter internacional, es precisamente la facilidad para el juego, el exceso de facultades naturales. De aquí proviene esa irregularidad en el entrenamiento, confiándolo todo al esfuerzo del último momento. De todo lo expuesto anteriormente, resulta que el fracaso de no haber obtenido varios títulos de campeonatos mundiales fué debido a la insuficiencia del entrenamiento y también, ¿por qué no decirlo?, a la poca costumbre de jugar partidos difíciles.

Es preciso para sobresalir en este deporte, así como en otro, el consagrar toda la actividad, sacrificarlo todo a un entrenamiento serio y prolongado y, sobre todo, no desperdiciar energías en otro deporte. En el extranjero, quien llega a sobresalir en un juego de éstos raramente practica otro. En España sucede lo contrario; quien juega al «tennis» practica el «golf», el «jockey», el «foot-ball» y, por tanto, en ninguno logra alcanzar el rendimiento debido. Es preciso poseer una enorme afición, para dedicar durante años y años todos los momentos libres a su práctica. Observándose cuidadosamente durante el juego, con objeto de corregir los defectos y perfeccionar los golpes. Sólo así se han hecho los grandes campeones, como Tilden, Susana Langlen y Manolo Alonso.

EL CONDE DE GOMAR.

«POL ROGER»

EL CHAMPAGNE DE LOS REYES - EL REY DE LOS CHAMPAGNES
CASA RAFAEL SÁNCHEZ / Huertas, 12, Madrid / Tel. 13.100



En los individuales, el jugador español Manolo Alonso se dispone a sacar mientras el australiano O'Hava Wood está preparado para restar la pelota.



Román Forus

Deportes

Fútbol



José María Berraondo

HASTA hace bien pocos años, los equipos se presentaban a sus luchas decisivas sin una dirección organizada. El entusiasmo de los jugadores—que sólo obedecían, y no en todas las ocasiones, a las indicaciones de su capitán—era el que les dictaba la preparación que creían más conveniente para cada encuentro, y más de una vez sucedía que, mal encauzada, surtió efectos contrarios, agotándose el jugador por el exceso de ejercicio que su interés en la consecución del triunfo le había llevado a realizar en los días que procedían al encuentro.

Al evolucionar el fútbol a un profesionalismo declarado se consolidó en la mayoría de los Clubs el cargo de entrenador. No es palabra aceptada por la Academia Española ésta de entrenador, derivada del *trainer* inglés; pero el uso la hizo circular, imponiéndola. Aceptémosla, por lo tanto, y hablemos de los entrenadores, en quienes los Clubs depositan su confianza para que los jugadores puestos a sus órdenes se presenten a la lucha en la plenitud de sus condiciones, y a los que se les pide siempre el milagro de llevar al equipo a la victoria.

No se desempeña fácilmente el puesto de entrenador. Para salir del paso no se precisan apenas condiciones; pero para ser un buen entrenador, se requieren cualidades que no se dan en todo el mundo. Existe arraigada la creencia de que cualquier buen aficionado al fútbol desempeñaría este cargo con facilidad. El error es bien notorio.

El entrenador en un equipo tiene que saber prácticamente lo que es juego de fútbol. Por mucho que teorice, si en el campo no puede corregir con el ejemplo los defectos de los jugadores que se preparan a sus órdenes, su autoridad padecerá. Así vemos que la totalidad de los entrenadores son antiguos y experimentados jugadores, o *equippers* que aun están en activo. Deben, además, contar con cierto prestigio que infunda respeto a sus subordinados y los suficientes conocimientos técnicos, para poder aconsejar una táctica a seguir según las circunstancias. Tienen que poseer alguna ductibilidad de carácter, para que, sin perjuicio de ser enérgico e intransigente en ocasiones, sepa en otras ceder; que en estos tiempos de evolución del *amateurismo* al profesionalismo, el no darse cuenta de ello por algunos entrenadores ha motivado en más de un club conflictos de difícil solución.

Después de estas líneas preliminares, dejemos a algunos de los más nombrados entrenadores que nos expliquen los métodos que emplean para que sus jugadores entusiasmen a la afición en sus tardes triunfales, y olvidemos aquellas otras en que para la derrota sufrida se buscan justificantes.

* * *

De reducida estatura, con su faz rubicunda, todo simpatía, Berraondo, el seleccionador nacional y entrenador del Real Madrid, resume nuestra conversación con estas palabras:

—No hay un método único ni un solo sistema a seguir. Cada uno tiene

Lipo Hertza



fe en las excelencias del suyo. Para mí, el mejor es el que tiene por base los entrenamientos de conjunto. Formar en esas tardes de preparación dos bandos con los jugadores a mis órdenes y celebrar un partido. Durante él, dirigiéndolo como árbitro y siguiendo de cerca el juego, puedo apreciar los defectos en que incurren los jugadores y corregirlos en el acto. Detengo el juego, y en el mismo momento explico cómo debe practicarse la jugada, y la lección práctica suele ser aprovechada. Respecto a tácticas, para aconsejar una, lo primero que hay que tener en cuenta es la modalidad del juego del equipo contrario. Hay encuentros en que los medios alas deben supeditar su acción a marcar a los interiores. Otros, en los que la valía de los extremos contrarios obligan a vigilarlos estrechamente, dejando los interiores al medio centro, bien apoyado por la defensa, que tiene que actuar adelantada. Unas veces, el empleo preferente del pase largo resulta adecuado; en otras es más conveniente el pase corto. No hay una táctica única en fútbol, repito, pero sí hay una verdad incontrovertible. El equipo que salga a un campo en la plenitud de sus condiciones físicas, decidido a actuar con entusiasmo y rapidez, buscando siempre con codicia el balón para impedir que el contrario pueda construir su juego, vencerá en la mayoría de las ocasiones.

El austriaco Lipo Hertza, entrenador actual del Athletic de Bilbao, es un antiguo jugador del club húngaro M. T. K. y del D. F. C. de Praga. Después de actuar como preparador de un equipo en Alemania pasó a España, donde prestó sus servicios durante algunos años en la Real Sociedad de San Sebastián.

Hablamos con él por teléfono. Brevísimas conversaciones. Dos preguntas y otras tantas respuestas. Lo suficiente para el fin que nos proponíamos.

—¿Qué método sigue usted en su entrenamiento?

—No tengo ninguno fijo. Varío según las circunstancias. Lo primero que trato de inculcar en los jugadores, y a lo que tienden todos mis esfuerzos, es a procurar que posean un perfecto dominio del balón y a que sepan desmarcarse en los partidos. A esto se ajusta principalmente mi método de entrenamiento.

—¿Qué táctica cree usted la más adecuada?

—El fútbol de la Europa Central, en cuya escuela me eduqué, adopta preferentemente el pase corto y las combinaciones en triángulo. En España, especialmente en el Norte, se emplea generalmente una táctica distinta. Pases largos y avances rápidos a fondo. Ahora, en el Athletic, al igual que antes en la Real Sociedad, he procurado un término medio entre estas dos tácticas, y me ha dado excelente resultado, como puede



Antonio de Miguel



y *a vienen los*
REYES MAGOS

Traen libros de
cuentos de calleja
para todos los niños
españoles



apreciarse en los progresos realizados por el Athletic en el presente campeonato.

Forns, el entrenador del Barcelona F. C., tantas veces campeón de España, contesta a nuestro requerimiento con una interesante carta, de la cual damos el siguiente fragmento:

«Es imposible que en una carta breve se pueda detallar con minuciosidad de detalles el entrenamiento a mi juicio más completo, eficaz y práctico para lograr la total perfección de un jugador de fútbol o de todo un conjunto. Existe una serie de factores importantes, que van unidos con el entrenamiento propiamente dicho del jugador, que hay que tener en cuenta, y asimismo no conviene olvidar el factor importantísimo de la psicología del jugador.

El primer aspecto de un entrenamiento, el más corriente y conocido, es el que se concentra en la preparación del jugador, acondicionándolo de la manera más perfecta posible para sacar todo su rendimiento a sus condiciones físicas, con la mira puesta en el lugar que ha de ocupar en el equipo. Para ello, la gimnástica, los saltos con la cuerda y con vallas, los *sprints* y las carreras, son los ejercicios de uso más corrientes generalmente adoptados.

Después de este trabajo preparatorio, preliminar e imprescindible, viene la parte más difícil, la que requiere mayor atención e inteligencia. Es la que se refiere a la especialización del jugador, según el sitio que se le designe en el equipo. No es posible detallar este trabajo. Existe o debe existir en este aspecto un entrenamiento para cada jugador, o mejor dicho, cada jugador necesita un entrenamiento, pues un mismo plan de preparación no será igualmente eficaz aun en el caso de dos jugadores que ocupen el mismo puesto, pero cuya constitución y psicología sean diferentes en ambos.»

El antiguo jugador del Madrid y ex campeón de España Antonio de Miguel, actual entrenador del Athletic madrileño, siempre parco en palabras, acentúa esta parquedad al hablar de métodos de entrenamiento.

«... No sigo ninguno. Observo al jugador y procuro que desaparezcan sus defectos. Hago todo lo posible por que se presenten en las

mejores condiciones para los encuentros, y para esto lo principal es que acudan al campo durante los días de entrenamiento.»

No hay unanimidad en el método empleado. Si no sería sencillísimo ser entrenador. Bastaría aplicar en todos los casos el mismo patrón. Y esta unanimidad no puede haberla, como tampoco existe en el juego una táctica uniforme a seguir. Recordamos aquella célebre discusión planteada en Inglaterra con motivo de una final de la Copa Inglesa. Se enfrentaban dos Clubs de tácticas distintas. Uno, de juego enérgico, impetuoso, de pases largos y rápidas escapadas, en el que los medios marcaban al trío interior del ataque contrario, mientras las defensas vigilaban a los extremos. El otro, de juego metodizado, a base de pases cortos y templados, moviéndose los jugadores sistemáticamente como las fichas de un tablero de ajedrez, marcando los medios alas a los extremos, para que la defensa, bien adelantada, sujetara, en unión del medio centro, al trío interior contrario. De modalidades distintas, dos formas diferentes de actuar. Y de la discusión no brotó la luz. No se pusieron nunca de acuerdo los defensores de cada técnica.

No creemos que un entrenador lo sea todo en un club; siempre el elemento principal será el jugador, su valía, su clase; pero es indiscutible que hoy día la serie de partidos importantes que un equipo tiene que librar requiere, juntamente con un plantel grande de jugadores, la persona del entrenador que imprima una dirección ordenada y que al disponer la preparación adecuada de los elementos a sus órdenes sepa en cada momento aconsejar la composición más conveniente.

Esa es su misión principal, que le hace ser un factor importantísimo del Club. En la actualidad, el juego de conjunto que se observa en muchos equipos españoles se debe a esta dirección ordenada, que procura desterrar el exagerado individualismo español, aunque en ocasiones no haya llevado a la victoria, como en el encuentro internacional contra Austria jugado en Barcelona, en el que el individualismo genial de Samitier dió el triunfo a España en un difícil partido. Pero la excepción no hace más que confirmar la regla, y el fútbol debe ser, ante todo, un juego de conjunto.

EDUARDO TEUS



Documento fotográfico del famoso "goal" hecho por Vallana en nuestra portería y que proporcionó la victoria a los italianos en el partido internacional jugado en Colombes por los equipos Italia-España.

¿Porque no escribe
Vd. novelas?



Foto Marín.

ESTAMOS EN LA BRECHA PORQUE NO SALE NADA NUEVO



UNA maquina de escribir en una mesa; otra maquina más allá, y cerca de mí otra.

—¿Le extraña a usted?—me pregunta Sicilia, el secretario de Linares Rivas, al verme mirar los artilugios.

—No; yo no me extraño ya de nada.

—Esta mañana—

agrega—han traído recompuestas estas dos máquinas. Por la tarde se las llevarán a arreglarlas de nuevo. Las aporreo y caigo sobre las teclas como un bloque. Algunas veces miro a ver si sale el dedo por abajo. Salta el carrete, tiembla la manivela y me figuro que las teclas, al ver sobre ellas mi mano, se achican y se tapan con el sombrerillo metálico. Yo, ¡zas!, veo la E y la aprieto con ferocidad, y así recorro todo el teclado.

Y acaba su párrafo con el soniquete: «Sabe usted»... «Porque es una cosa»...

—¿Y el señor Linares Rivas?

—Vistiéndose.

Y Sicilia me da conversación. Podría yo decir que el autor de *La mala ley* se levanta a las doce y media de la tarde, y esto hay que evitarlo. Y trata de desviarme. Pero yo insisto:

—¿En la cama todavía? ¡En cuanto se levante me va a oír!—arguyo en tono familiar; pero el secretario sonríe, escéptico.

«¿Cómo le ponen a usted!»

Siempre que llego al hogar del ilustre dramaturgo entro hablando alto. Hago gimnasia de laringe. Y le grito a la criada que me abre la puerta, y le grito al secretario y sigo gritando hasta que sale don Manuel.

Y digo en voz alta a Sicilia:

—¡Qué mal trata la crítica a Linares Rivas! Yo creo que hay ensañamiento, porque *Mal año de lobos*...

—Linares ya está acostumbrado. Antes de entregarle los periódicos, yo leo las reseñas. Si le *pisan fuerte* no se los doy. Pero él nota cuando no le doy la prensa que lo tratan mal. Otras veces, sabe usted, llega un amigo indignado, con la cara congestionada, y le dice: «¿Ha visto usted, don Manuel? ¡No hay derecho! ¡Cómo lo ponen a usted! ¡Qué barbaridad!» Y se lleva las manos a la cabeza. ¡Qué gente más mala!

—¿Y en los estrenos?

—Pasa un rato malísimo. Siempre se procura abrir un boquetillo en la decoración para que Linares Rivas vea la cara de los espectadores. Pero él está nervioso, sabe usted, porque aquí se ve a un cómico que se santigua tres veces antes de salir a escena, otro sale del escena-

El secretario y las máquinas

¿Porque no escribe Ud. novelas?

¡Yo con la «cara larga», y el segundo apunte corre, encarándose con todo el mundo: «¡La carta!» «¿Dónde está la carta?» Sobre todo en las obras dramáticas, en que dentro y fuera no se ve más que gestos de disgustos, don Manuel no sabe si eso es porque la obra «va mal» o porque ha entrado en situación. Porque es una cosa... El día del estreno de *¡Mal año de lobos!* piden de *El Debate* un retrato de Linares Rivas. «¡Yo quiero, me dicen, un retrato bueno, grande, para darlo mañana!» Corro yo, elijo una buena fotografía, tomo un taxi y la dejo en *El Debate*, y... al día siguiente la publican con un furioso «metido» para don Manuel.

La cualidad del crítico.
Veinticinco años de trabajo. Lo que decía don Cándido Lara. No hay ni surgen autores jóvenes.

Sale Linares Rivas. El autor de *Cobardías* estrecha lealmente nuestra mano. El ilustre dramaturgo es en la intimidad—como en su vida—sencillo, llano, afable. Carece de la *pose* repelente e insoportable de algunos entes literarios que van por el mundo cargados de humo y de vanidad.

Charlamos. ¿Cómo no suscitar el tema de la dureza con que lo trata la crítica? Y lanzamos a guisa de sondeo la pregunta:

—¿Qué cualidad debe predominar en el crítico?

—La veracidad. Debe acercarse con nobleza y sin ningún resabio personal a la labor ajena. Y ser fiel y exacto en sus apreciaciones. A veces, en un ataque hay también amor a la obra. Como es frecuente asimismo ver que el crítico que se encara con nuestro trabajo y lo rechaza es el hombre al cual, hagamos lo que hagamos, no estará nunca de acuerdo con nosotros.

—¿Y por qué le atacan a usted tan sañudamente?

—¡Son veinticinco años de trabajo! Y es muy fastidioso tropezarse siempre con las mismas personas.

Sonríe Linares Rivas, y añade:

—Don Cándido Lara, que era uno de los hombres más inteligentes que yo he conocido, decía que los gustos del público cambian cada veinte años, y que de esa ley no se escapa el teatro. Así, pues, la renovación se hace cada cuatro quinquenios. La gente joven viene pidiendo nuevas cosas. No se meten a ver si éstas son buenas, medianas o malas, sino que piden otras distintas. Y en respuesta a esto vea usted que estamos en la brecha, con una tenacidad abrumadora, los mismos señores de antaño. Y estamos porque no sale nada nuevo. ¿Dónde están nuestros herederos en el teatro? No se les ve ni se les oye. No los hay, porque tenga usted la absoluta seguridad que si los hubiera, surgirían. Todo el que tiene dentro algo interesante que decir, lo dice... A pesar de las dificultades y obstáculos que coloca la vida al paso de los hombres, cada uno tiene su hora propicia y favorable.



Ante el objetivo del fotógrafo, D. Manuel Linares Rivas, apoyado en la amplia chimenea de su señorial despacho, nos ofrece el vigor juvenil de su madurez. Fuerte, enérgico, luchador incansable, el maestro demuestra que, sea por las razones que fueren, está en condiciones, por fortuna, de seguir durante mucho tiempo en la brecha.

Foto Marín.

El diálogo y la descripción.

«Todo lo veo realizado». Arrastrado por el oleaje dramático. La buena voluntad del público.

—¿No escribe usted novelas?

—Algunas veces. Pero siempre por requerimiento y encargo de una editorial. Porque para mí es mucho más difícil la descripción que el diálogo. En la parte descriptiva paso sudores y lucho con la dificultad a brazo partido, mientras que el diálogo me sale natural, fácil, sin apuros ni fatigas. Es el ángel familiar propicio y bueno que acude siempre que lo llamo. Lo otro... Por esta causa la novela me es más difícil que la obra teatral. Pero vea usted la obra que me va a estrenar ahora Thuillier. Lleva por título *La última novela*.

—¿Son tipos del oficio?

—Sí; es la vida de un novelista al que la labor de su juventud, hecha quizá por afán excesivo de gloria, de reputación, de dinero, o quizá empujado por su temperamento, escribe en sus años mozos cosas que algún día se volverán y caerán sobre él, y que ya no podrá borrar. Y de esto salta en mi obra, como ha saltado en la vida de algunos escritores cuyos nombres conocemos, la tragedia.

—¿Cómo surge en usted los tipos, las situaciones y los choques dramáticos o cómicos?

—Naturalmente. Lo mismo que el diálogo. El parto teatral es para mí fácil. Yo todo lo veo «teatralizado».

—¿Es verdad que llora usted escribiendo sus comedias?

—Sí; en los choques dramáticos, me enternezco. Los entes de ficción adquieren para mí estructura humana. Tienen su alma, su corazón y sus sentidos. Y aquí me tiene usted a mí, arrastrado por el oleaje dramático, con los ojos hechos fuentes por los males que le ocurren a «mis criaturas».

—¿Cuáles son y han sido sus lecturas predilectas?

—Yo lo leo todo. A mon-tón. He leído muchos libros famosos en la literatura, que a mí no me han gustado. Generalmente, yo soy enemigo de la literatura fuerte, cruda,

áspera. A ésa procuro dejarla a un lado. Por ejemplo, *El Buscón*...

—¿Cuál es, don Manuel, en estos momentos su aspiración definitiva?

—Tener un éxito. Lo de siempre. Y, sobre todo, que no me abandone nunca la buena voluntad de los públicos.

El humo del disparo del magnesio llena la habitación. Yo me despido de don Manuel y lo dejo envuelto en la blanca tufarada como una pescadilla en harina.

JULIO ROMANO

* * *

De mis lecturas

Luis Uhland

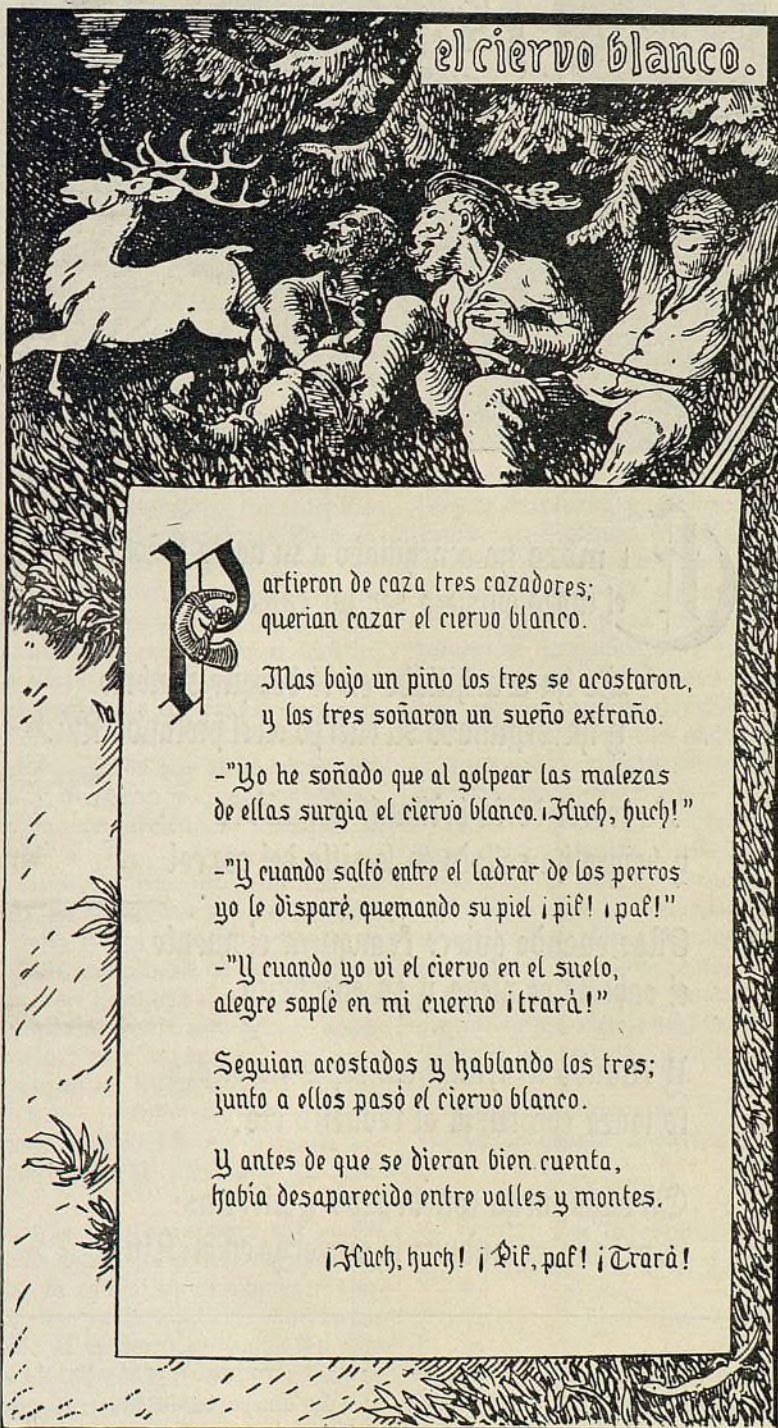
por
Valeria Leon

Luis Uhland, el fundador de la escuela suabia—dice un crítico francés—, es, sin duda, después de Goethe y de Schiller, uno de los mayores poetas líricos de Alemania, un poeta sencillo y popular, cuya obra no posee evidentemente esa forma artística y esa inspiración filosófica que tanto nos seducen en sus dos ilustres compatriotas; pero, en cambio, es el rival más afortunado de Enrique Heine en esos géneros de poesía tan genuinamente alemanes como son el *lied* y la balada. ¿Por qué será tan poco conocido entre nosotros? Quizás porque su poesía es casi exclusivamente nacional. Toma con preferencia sus temas del viejo fondo legendario de su país, y por el sentimiento patriótico que le anima, la obra de Uhland es, entre todas, la más alemana que pueda existir. Quizás también de acuerdo en esto, sin saberlo, con sus enemigos, le hemos reprochado el no ser más que una imitación del pasado. Un poeta moderno que ama y sufre como nosotros, ve y juzga las cosas y las gentes desde un punto de vista nuevo, un poeta que expresa poco más o menos nuestros propios sentimientos y los de toda nuestra época, un poeta espiritual y sensible a la vez, poseía más encanto para nosotros. Y esto es lo que explica el éxito de Enrique Heine—tan mordaz, tan amargo, tan vibrante, tan burlón y doloroso—... En lo que concierne a Uhland, nuestro juicio era falso. En realidad, hay en él todas las dotes de un gran creador y de un narrador delicioso. Cuando

evoca, cuando resucita espléndidamente el mundo caballeresco de la edad media, no es únicamente por un vano placer de reconstitución, sino porque esta época fabulosa y legendaria lo surte de héroes admirables, más netamente característicos, de pasiones más francas, y, sobre todo, de un marco extraordinariamente pintoresco. Sea cual fuere el caballero prestigioso que reencarna, que hace hablar, obrar y vivir ante nuestros ojos, es siempre un pensamiento moderno el que anima su relato, un amplio sentimiento humano el que expresa en versos sencillos y hermosos...

... Su candor, su sencillez, su ingenuidad, su romanticismo arcaico y tranquilo, su idealismo casto y serio; todo esto, que es el fondo mismo del espíritu popular alemán, nos sorprende y desorienta. Pero si, una vez ya advertidos, no buscamos en él más de lo que nos da; si somos sensibles a otra cosa que no sea sólo la sutileza, la melancolía romántica y enervante; si amamos la alegría y la tristeza sanas y sencillas, los sentimientos igualmente sanos y sencillos... nos encantarán las deliciosas composiciones de Uhland, con las cuales penetramos profundamente en el alma soñadora y caballerosa del pueblo alemán.

Por lo tanto, nunca se divulgarán bastante estas pequeñas obras maestras llenas de nobleza, de una pureza de inspiración exquisita y de un estilo admirable en su concisión. «Hay en él—ha dicho Saint-René-Taillandier—el ideal de una Alemania fiel a las



el ciervo blanco.

Partieron de caza tres cazadores; querían cazar el ciervo blanco. Mas bajo un pino los tres se acostaron, y los tres soñaron un sueño extraño.

—Yo he soñado que al golpear las malezas de ellas surgía el ciervo blanco. ¡Huch, huch!

—Y cuando saltó entre el ladrar de los perros yo le disparé, quemando su piel ¡pif! ¡paf!

—Y cuando yo vi el ciervo en el suelo, alegre soñé en mi cuerno ¡trará!

Seguían acostados y hablando los tres; junto a ellos pasó el ciervo blanco.

Y antes de que se dieran bien cuenta, había desaparecido entre valles y montes.

¡Huch, huch! ¡Pif, paf! ¡Trará!

mejores tradiciones de antaño y dedicada a las mejores conquistas de nuestros tiempos. Este es el objeto de sus cantares; ya sea que glorifique «el buen viejo derecho» o que celebre Wurtemberg como un paraíso terrestre; ya sea que imagine baladas conmovedoras, dolorosas, especie de pequeños dramas en unas cuantas estrofas, o que pinte a cada retorno de mayo los encantos de las mañanas primaverales, Alemania es siempre su tema y su musa.»

El gran mérito de Uhland habrá sido, en efecto, el de cantar a su país y amar y comprender su pueblo. Según la feliz expresión de M. Schuré, «el poeta cogió el alma del pueblo y se la devolvió más hermosa».

* * *

Luis Uhland nació en Tübingen en 1787. Su padre era secretario de la Universidad, en la que su abuelo había sido profesor de Teología.

A los catorce años, a pesar de que sus gustos lo empujaban hacia la filología, se matriculó en la Facultad de Derecho de su ciudad natal. Aquellos de sus compañeros que nos han informado sobre su juventud nos lo describen de apariencia ruda, feo de cara, lacónico en el hablar, pero constante en sus afectos y firme en sus opiniones hasta la testarudez.

Recibido doctor en 1810, fué a París a pasar un año. Allí estudió con vivo interés los viejos manuscritos de los trovadores, y en su imaginación comenzaron a surgir los altos castillos rodeados de nieblas, los bosques frescos y sombríos, los caballeros de armaduras de oro, mantos de nieve y corazones leales y fieros, y las pálidas princesas de trenzas sedosas y ojos de lino... Sucesivamente se va notando en él, primero la influencia de Goethe y después la del famoso libro *Des Knaben Wunderhorn*—el cuerno milagroso del niño—, colección de cantares y poesías populares, recogidas de la misma boca de los aldeanos por Brentano y Arnim. El éxito de este libro fué prodigioso. Su aparición marcó otra

ruta nueva a la juventud literaria de aquella época. Enrique Heine, Uhland y todos los poetas de menor categoría que los rodeaban, se inspiraron en aquellos antiguos cantares ingenuos y sencillos. También los Nibelungen, las viejas leyendas del Norte y los antiguos romances españoles fueron fuente de inspiración del fundador de la escuela suabia. A la agrupación de poetas que se designa con este nombre pertenecen, entre otros, Justinus Kerner, Gustavo Schwab y Eduardo Mörike como los más importantes.

A su vuelta de París, Uhland se instaló en Stuttgart. Había obtenido un empleo en el ministerio de Justicia. Pero pronto lo abandonó para dedicarse a la política. En esos momentos se producía en Alemania un gran movimiento patriótico, y de todos lados estallaban rebeliones contra el yugo de Napoleón. Uhland compuso entonces cantos y baladas que volaron de boca en boca. Se dió a conocer como orador. Pero lo mismo en sus discursos como en sus versos, aunque manifestaba un gran entusiasmo patriótico, no cesaba de lamentarse sobre los horrores de la guerra. En 1830 fué nombrado profesor de Lengua y literatura alemanas en la Universidad de Tübingen. Murió en esa misma su ciudad natal, el 12 de noviembre de 1862.

Sus obras principales son: *Poesías* 1815, *Poesías* 1820, (2.ª edición, aumentada por *Poesías patrióticas* y *Viejos cantares franceses*).—*El Duque Ernesto de Suabia*, drama, 1817.—*Luis de Baviera*, drama, 1819.—Estudio sobre *Walter von der Vogelweide*, 1822.—*El mito de Thor según sus orígenes septentrionales*, 1836.—*Antiguos cantares populares de la Alta y Baja Alemania*, 1844-45.—*Escritos sobre la historia de la Poesía y de la Leyenda*,

—ocho tomos—, 1865-73.—*Las Mujeres de Weinsberg*, 1902. La mayoría de sus trabajos de erudición no se llegaron a publicar hasta después de su muerte.

la venganza



El mozo ha acuchillado a su noble señor;
el mozo quisiera ser un caballero.

Lo ha acuchillado en el bosque sombrío
y ha sepultado su cuerpo en el profundo Rin.

Ha revestido la brillante armadura
y, brioso, ha saltado en la silla del corcel

Mas, cuando quiere franquear el puente
el caballo se niega y se encabrita

Y cuando le hunde las espuelas de oro
lo lanza con furia al revuelto río.

En vano lucha con brazos y piernas:
la pesada armadura lo sumerge en el Rin.





De Claudia A Leonor



GRACIAS, mi querida Nenita, por la cariñosa interpretación que has dado a lo que en mi última te decía. Gracias también por haberte acordado del día de mi cumpleaños, enviándome un libro nuevo, precisamente el que deseaba leer, sin hacer mención de los años que me tocaba cumplir.

Para darte una idea de la fidelidad con que desempeño la misión de consejero que me has impuesto, sí... impuesto, no creas que de *motu proprio* me hubiera encargado yo de esta tarea, pues no desconozco los peligros que encierra el cargo, te diré que acabo de dar órdenes a Domingo—órdenes irrevocables y severísimas—para que bajo ningún pretexto deje pasar a mi gabinete a nadie que lo solicite, sea cual fuere su condición y el objeto en que se apoye para lograrlo.

Me preguntas en tu carta qué opinión me merece la moda actual.

Yo hubiera deseado que formularas más concretamente tu interrogación. ¿Desde qué punto de vista quieres que enfoque la pregunta? ¿Qué aspecto de la moda deseas analizar? ¿El higiénico? ¿El moral?

Quizás todos ellos, ¿verdad? Doy por supuesto también que te refieres a la moda del indumento, ya que haces referencia a los ataques de que ha sido objeto la falda corta y hemos hablado ya del baile y de otras modalidades de la época.

Voy, pues, a decirte lo que pienso del traje moderno. Primero: En cuanto a higiene, no puedo ni quiero negarte que me parece un completo acierto. Nunca, que yo sepa, han llevado los occidentales un indumento más práctico, cómodo y sano que el presente.

Desterráronse, es de esperar que para siempre, los corpiños ajustados, el corsé opresor, las faldas largas, sembradoras de bacilos; los sombreros sujetos por alfileres al cabello, verdaderos instrumentos de tortura para la mayoría; las mangas estrechas, que dificultaban la circulación; el cuello alto, de ballenas atormentadoras, y quién sabe cuántos artefactos más que parecían ideados con la intención de hacer sufrir a la mujer antes que a embellecerla. Las telas tenues de ahora y la hechura de los trajes permiten que el cuerpo, libre de toda opresión, se desarrolle normalmente y se bañe de sol y de aire. Aseguran los médicos que el llevar el cuello descubierto fortalece la garganta y el pecho y que hay mucha menos probabilidad de acatarrarse que envolviéndose más de la cuenta, como se hacía antaño.

Empezaré por decirte, respecto a este punto, que no me ha sorprendido tu preocupación. Conozco de sobra ese ambiente y no se me oculta que el caso de la falda corta habrá sido sometido a un sin fin de pareceres y discusiones. En verdad, si no me pidieras «detallado juicio» sobre el particular, me limitaría a recomendarte que no te preocuparas de todo ello y que te vistieras según te aconsejaran tu buen sentido y natural pudor; pero no quiero que veas en mi silencio miedo o deseo de esquivar la cuestión, y me decido a «opinar» también.

Desde luego, yo no encuentro nada reprochable en la moda actual. Me dices que se la ataca por contraria al pudor, y yo pregunto:

¿Quién puede definir los límites que ha de imponer tal sentimiento? Puestos a deliberar sobre ello desde un punto de mira inflexible, y partiendo de la base de que la mujer es un elemento tentador y perturbador, sería forzoso, no ya la abolición de ciertas prendas de nuestra indumentaria, sino el encierro de todas las personas pertenecientes al sexo bello o débil, amén de ordenar que se cubrieran todo el cuerpo. Como esto no puede ser, dado que la civilización nos ha lanzado ya por derroteros que impiden tal retroceso, parece que lo único sensato es restar fuerzas al atractivo femenino, privándole de misterio. Y al hablar así creo favorecer a la inocencia y dificultar los designios de las que no tienen más objeto en la vida que atraer y fascinar al varón.

Cuando entre hombres y mujeres se establece una relación de franco compañerismo y el trato se hace familiar no hay temor de que surjan complicaciones sentimentales de carácter peligroso. Y lo propio ocurre con el indumento; luego, que la costumbre ha autorizado ciertas comodidades y al hacerlo, por atrevidas que parezcan en un principio, las ha hecho admisibles. ¿Qué luchas no habrá provocado en Turquía el que las mujeres salgan con el rostro descubierto? Y, sin embargo... dentro de poco a nadie escandalizará tan higiénica medida.

De otros aspectos de tu carta hablaremos más extensamente. Hoy es un poco tarde. Domingo se impacienta, y yo me canso, aparte que necesito que me envíes ciertos detalles respecto a cómo fué ese encuentro con un «chico romántico en circunstancias novelescas».

Quiero que me cuentes algo más del particular y que me lo describas, o por lo menos des margen a que yo pueda figurármelo. También yo tengo imaginación y... a pesar de mis años—no quiero decirte cuántos—, siguen conmoviéndome los episodios de las novelas sentimentales.

¿Me complacerás?
Así lo espera impaciente,

CLAUDIA.

Por la copia,
ISABEL DE PALENCIA.



PENAGOS
XXVII

Madrid - Barcelona

Ante la nueva era
de la
comprensión.

EN el preciso momento en que los libros de la periferia peninsular catalana se alojan, en calidad de huéspedes familiares muy dilectos, en los salones del Palacio de la Biblioteca Nacional, un avión traza en el espacio infinito, donde no hay cordilleras, ni ríos, ni vallas, ni mojones, una línea recta entre Barcelona y Madrid.

Coinciden, providencialmente, el acortamiento de la distancia material y el de la espiritual. Y esa línea recta, surco del avión en el espacio, que sembramos de libros—como en el cuento de Perrault fué sembrado de guijarros, en vista del fracaso de la siembra de migas de pan tan efímera—, establece la estrecha unión que muchos considerábamos indispensable entre las dos grandes capitales peninsulares.

Signo de los tiempos y augurio de futuras plenitudes: ha sido obra exclusiva de la joven intelectualidad castellana, tan compenetrada de la pujanza intercontinental del imperio idiomático de su castellano sonoro, que no ha tenido inconveniente en tenderle generosamente la mano al catalán.

Así las cosas, todo diálogo fraternal es posible. El «sésamo ábrete» de los cuentos de maravilla se traduce: «comprensión». Este es todo el secreto. Con esta palabra en los labios—y su sentido profundo en el cerebro y en el corazón—no hay puerta que se resista.

Juan Martorell—que escribió en 1460 su *Tirant lo Blanc*—ha venido a Madrid, en el primer tercio de nuestro siglo, a saludar al *Don Quijote* que Miguel de Cervantes lanzó a la pública curiosidad escasísima de las gentes de su tiempo, ciento cuarenta y cinco años después.

El caballero Tirant lo Blanc, con su viejo ropaje catalán, ha sido acogido con los brazos abiertos por el caballero manchego Alonso Quijano, orgulloso de la grandeza intercontinental de su idioma.

Alonso el Bueno—que es el alma de Castilla sin mixtificaciones—repite, en los salones de la Biblioteca Nacional, las palabras del cura que al quemarle sus libros de caballería salvó el *Tirant lo Blanc*:

—«Digoos en verdad, señor compadre, que por su estilo, es el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros de este género carecen... Llevadle a casa y tendedle, y veréis que es verdad cuanto de él os he dicho.»

Don Quijote, es claro, se muestra encantado de que su compañero de la orden de la andante caballería haya venido a Madrid acompañado de libro más viejos que el propio *Tirant*, en que se narra su peregrina vida aventurera—como son los de Ramón Lull, Guillem de Cervera, Muntaner...—y aun con otros ingenios contemporáneos, que hacen honor al idioma vernáculo de sus autores.

Alonso el Generoso no ha podido sentir la más leve suspicacia. Ha sonreído piadosamente ante los bobos, los ignorantes y los frívolos que han lanzado por ahí a última hora la falsa especie de que el idioma catalán era invención moderna llevada a cabo con fines bastardos. Y pudo haber dicho:

—Sed bien venido, caballero Tirant, vos y los de vuestro lenguaje recio y áspero y expresivo. Y que en buen hora cultive la juventud literaria de Cataluña su lengua materna que tanta gloria dió, en sus tiempos difíciles para los romances nacientes, a las literaturas peninsulares. Esos que al veros llegar tan bien equipados

tuercen el gesto, y se esfuerzan en sembrar recelos, son unos malandrines metomentodo que de nada entienden si no es de enzarzar en quebradizas discusiones, hurgando en los más sagrados sentimientos de los varones dignos que, por tener su alma en su almarío, no quieren les den otros de alquiler.

—¡Qué bien habláis, Alonso el Bueno!... Pero tened cuidado en repetir estos conceptos. ¿Seguís empeñado en que los tontos os tengan por loco?... Yo sé que con vos puedo entenderme a las mil maravillas. Vos sois el castellano puro y yo el catalán neto. Si no fuera por ciertos entrometidos, de acá y de allá, que, a veces, nos manejan a su antojo, ¿qué recelos podrían caber entre nosotros?... Esos que nos hieren—punzaditas de alfiler... ¡Oh!... podéis creerlo—porque cultivamos, afinamos y nos esforzamos en depurar nuestro lenguaje, ¿en nombre de qué ideales pueden hacerlo?

—Son de vil ralea, caballero Tirant. Pero, con todo esto, hay que tenerlos a raya. Nos obligan a hacer muy triste figura con su visible intento de poner silencio a las plumas cuando no lo pueden poner a esa lengua que yo me complazco en respetar desde el solio de la mía, cuyo poderío se extiende entre continentes. Dejad a esos gozquecillos que ladren. ¿Acaso no acaba de ser admitida en la Academia Española esa lengua que cuenta con clásicos admirables y que fueron admirados, como él mismo confiesa, por mi señor don Miguel de Cervantes?...

Bajo el cielo de España, la línea recta, acortadora de distancias, que traza ese avión raudo—acercando la meseta central a la periferia mediterránea—, nos señala el porvenir de las relaciones que, indefectiblemente, se han de establecer entre Madrid y Barcelona. Y la coincidencia de celebrarse en Madrid la Exposición del Libro catalán contribuye a fundamentar la creencia en un futuro de compenetración entre ambas ciudades.

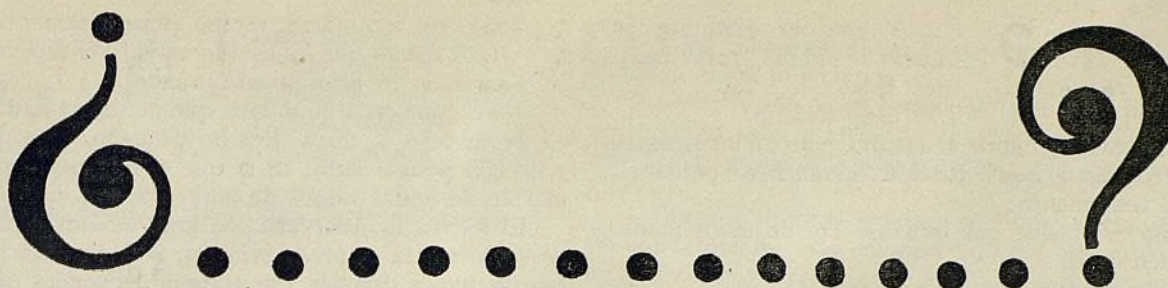
Quisiéramos que el espíritu del diálogo, no por imaginario imposible, entre Don Quijote y Tirant lo Blanc—en este momento solemne de simbólicas coincidencias plenas de promesas: vuelos de aviones en el cielo y, en la tierra, la ostensible fraternidad comprensiva de dos literaturas peninsulares—informase los demás diálogos en torno del hecho nuevo planteado, tan generosamente, por la joven intelectualidad de Castilla.

¿Cómo suenan a hueco los viejos tópicos esgrimidos por los profesionales de la incomprensión!... Y sus alarmas farisaicas ante el despertar de una lengua, tan hija del espíritu como las demás lenguas ígneas que descendieron simbólicamente sobre las cabezas de los apóstoles, ¿a qué sonarán si no es a torpeza manifiesta?... ¿Qué saben ellos, los pobres, de esa grandeza del castellano que le obliga a máximas generosidades?

La mano leal del caballero de la Mancha estrecha la mano leal del caballero que le habla en catalán. Y la pluma de don Miguel de Cervantes, que tuvo cálidos elogios para la literatura de Juan Martorell, encuentra entre los intelectuales castellanos unos nobles seguidores de su efusiva capacidad de comprensión.

Señalemos el momento con piedra blanca. ¿Y por qué esta piedra no habría de ser de mármol y con una inscripción conmemorativa? Una inscripción que podría rezar así: «Al finalizar el año de 1927 se inicia, en la meseta central, la era de la comprensión entre Castilla y Cataluña».

SANTIAGO VINARDELL.



Novela de aventuras

por

E. ARNAL



—¿Qué es. Pero no recibe a nadie—contestó la doncella que abriera la puerta.

—Es que tengo noticias muy importantes que darla... en relación con el señor—insistió Tono.

—Tengo orden terminante de no pasar ningún recado.

El botones, al parecer, no insistió.

—Está bien. Me marchó; pero no deje de decirle que tenía un recado muy importante para ella.

Y haciendo ademán de marcharse, salió al descansillo de la escalera.

La doncella, indecisa, le detuvo.

—Aguarda. Pasaré recado. Espere un momento.

Y le hizo entrar en el recibimiento de la casa, internándose ella a lo largo de una estrecha galería. Minutos después, Tono era introducido en un reducido gabinete. En una gran butaca yacía, triste e inconsolable, una mujer rubia, delgada, alta, al parecer.

—¿La señora de mister Hembolth?—preguntó Tono, un poco cortado.

—¿Qué quieres, muchacho?—contestó ella dulcemente—. Yo soy.

Tono quedó un momento desconcertado e indeciso. No sabía por dónde empezar. Y miraba a aquella mujer fijamente, muy fijamente, como queriendo recordar algo, como queriendo recordarla...

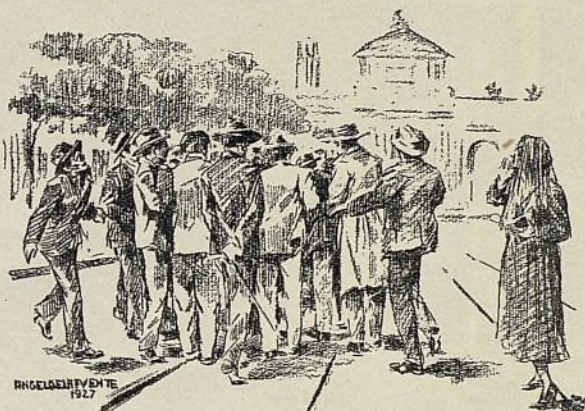
III

Tono quedó perplejo unos instantes. Quería recordar dónde había visto a la señora de Hembolth y no lo conseguía. Ni siquiera podía precisar si se trataba de un recuerdo reciente o lejano.

La voz de la señora le sacó de su abstracción:

—Usted dirá, joven.

Y Tono, un poco cortado, antes de contestar, hizo un supremo



RESUMEN DE LO PUBLICADO

A las doce del día, y en plena calle de Alcalá—frente a la Puerta de Hernani, del Retiro, y a la iglesia de San Manuel y San Benito—, un hombre cae muerto; no lleva encima papel ni documento alguno que identifique su personalidad. ¿Atropello...? ¿Crimen...? En la Casa de Socorro, donde se lleva a la víctima, afirman dos caballeros—el abogado barcelonés D. Félix de la Roca y el ingeniero industrial bilbaíno D. Ramiro Pozas, ambos incidentalmente en Madrid—que fué un atropello, mientras un botones del café Madrid, Tono Nadal, asegura que, desde el tope de un tranvía, vió cómo arrojaban el cadáver por la portezuela de un automóvil, cuya matrícula no pudo divisar; pero no se toma en serio su declaración.

Los periódicos de la noche dan las más encontradas versiones. Tono decide hacer averiguaciones por su parte. En el Palace, donde Roca se hospedaba, le dicen, a primera hora de la siguiente mañana, que el abogado se marchó a Barcelona. De vuelta al café se entera de que el muerto ha sido identificado: se trata del secretario de una Compañía inglesa, mister Hembolth, y le reconoció su propia mujer. Con el mismo pretexto que utilizó para tratar de ver a Roca—entregar una carta—, se presenta el muchacho, sin pérdida de momento, en el domicilio de la viuda.

esfuerzo de imaginación para recordar el timbre de aquella voz. Pero todo fué inútil. Al cabo repuso:

—Pues yo, señora, vengo... a ponerme a su disposición.

La señora de Hembolth, sin entender, repitió:

—¿A mi disposición? ¿Para qué?

Tono no sabía cómo hablarle, para no hierla ahondando en su dolor, de la misteriosa muerte de su esposo.

—Es que, sabe usted, yo presencié ayer lo ocurrido en la calle de Alcalá...

—¡Ah! ¿El bárbaro atropello?

El botones vaciló antes de contestar:

—No fué atropello, señora... La muerte de su esposo ha sido muy extraña... Yo estoy convencido de que se trata de un crimen y he de descubrirlo. Para eso he venido, para ofrecerle mis servicios...

Las últimas frases de Tono fueron pronunciadas con tal firmeza que denotaba una convicción fuerte y sincera.

La pobre viuda le miró conmovida por el recuerdo.

—¿Será posible? ¿Qué pruebas tiene usted? ¿Cómo puede demostrarlo?

Y Tono, en breves palabras, contó cuanto había visto y cuanto sospechaba. Al acabar, le dijo la señora:

—No sé qué pensar de todo esto. Mi pobre marido tenía muchos amigos, y, que yo sepa, nadie que le quisiese mal. La suposición de un asesinato no puede admitirse. De otra clase de accidente, ¡quién sabe!

El animoso muchacho, al oír estas palabras, vaciló de nuevo.

—Entonces, señora, ¿no hará usted pesquisas para aclarar el misterio?

—¿Para qué?

Y añadió, visiblemente emocionada:

—Sea como sea, el caso es que he perdido a mi pobre marido.

¿.....?

Y con un diminuto pañuelo se limpió, suavemente, los ojos.

Tono insistió:

—Yo me comprometo a descubrir al asesino, pues de un asesinato se trata. Y luego usted haga lo que le parezca: denúnciele o perdónele.

La señora sonrió tristemente:

—Allá tú—le dijo—. Haz lo que quieras. Yo, de todos modos, te agradeceré tu buen deseo.

Levantóse y, acercándose a una mesa, agregó:

—Si necesitas algo...

Y de un cajón sacó una cartera.

—Toma—añadió, alargándole un billete.

Tono comprendió entonces todo: la señora había creído, sin duda, que el móvil de su ofrecimiento era interesado; que, bajo el pretexto de aclarar el suceso, sólo pretendía una gratificación. Y este pensamiento hizo ruborizarse al muchacho, que, herido en su dignidad, se apresuró a contestarla enérgicamente, mientras rechazaba el dinero:

—Muchas gracias, señora. No es eso lo que venía buscando; esa ayuda no la necesito... Yo seguiré mis pesquisas, sin volver a molestarla.

Y haciendo una respetuosa reverencia salió del gabinete.

La señora de Hembolth, que no esperaba tal desaire ni tan seca respuesta, le dejó marchar, indecisa y pensativa.

Tono, ya en la calle, dió suelta a su coraje, musitando entre dientes:

—¡A todos nos creen iguales...! No sabe distinguir la gente entre un buen muchacho y un golfo con uniforme...

Otro registro le quedaba a Tono por pulsar: el del que dijo llamarse Ramiro Pozas y afirmó ser ingeniero. Y como quiera que el temor de que se hubiese marchado de Madrid era bien fundado, sin perder tiempo en pensarlo dos veces, Tono se encaminó, a eso de las dos de aquel mismo día, al hotel Inglés.

Preguntó por el señor Pozas, y al oír que, aunque no había vuelto al hotel, se encontraba en Madrid, no pudo contener un hondo suspiro de satisfacción.

—Le esperaré—dijo. Y de la cartera que llevaba a la espalda sacó una carta—. Tengo que entregarle en propia mano esta carta urgente.

Un cuarto de hora después, Pozas entraba en el hotel. Tono, al verle, avanzó, sonriente, hacia él. El ingeniero le reconoció en seguida.

—Hola, muchacho—le dijo afectuosamente.

—Muy buenos días, señor Pozas.

Éste se encaminó hacia el ascensor. Tono le detuvo con el gesto.

—Señor, le esperaba para darle esta carta. Me han encargado que se la entregara en propia mano.

Pozas, mientras cogía la carta que el *botones* le alargaba, buscaba con la otra mano en el fondo de un bolsillo.

—Toma—y le dió una peseta.

—Gracias, señor Pozas.

El ingeniero volvió a dirigirse hacia el ascensor, y Tono le detuvo de nuevo.

—Me han dicho que espere contestación—insinuó débilmente.

Pozas examinó el sobre. Estaba escrito con grandes e irregulares caracteres. Antes de rasgarlo preguntó al *botones*:

—¿Quién te ha dado esta carta?

Tono, sin inmutarse, repuso inmediatamente:

—Una señora que ha estado en el Café esta mañana.

Sonriendo maliciosamente, añadió:

—Pero me encargó mucho que no dijera nada...

Pozas leyó la carta. Era un pequeño trozo de papel blanco, escrito con pésima letra, en la que el más profano podía advertir, en el afán de imitar rasgos de imprenta, una intención de disimularla.

El *botones* le observaba con gran ansiedad. Y pudo ver reflejada en su rostro la sorpresa primero, la inquietud un momento, y una sonrisa franca después, que terminó en sonora carcajada.

—¿Tú sabes lo que es esto?—le preguntó al cabo, alargándole el papel.

Tono vaciló al recogerlo.

—¿No es una carta?

—No. Es un anónimo.

Y Pozas rió otra vez de buena gana.

El *botones*, un poco confuso, pasó la vista por los renglones, que de sobra conocía. Decían así:

«Señor Pozas: Si no quiere usted ser detenido como autor del crimen de ayer, salga en seguida de Madrid. Una buena amiga.»

Tono no supo qué decir. Y el ingeniero no hacía más que mirarle atentamente.

—¡Qué raro!—dijo al fin.

—No tiene nada de particular—objetó Pozas, burlón—. Lo que tengo que averiguar, y cuanto antes, es quién es esa buena *amiga* que tan caritativamente me avisa.

La mirada del ingeniero se clavaba en los ojos de Tono, cuyo semblante, poco a poco, iba enrojeciendo. Y añadió:

—¿Cuándo ha quedado esa... persona en ir por el Café a recoger la contestación?

Tono, cada vez más ruborizado, tardó en responder:

—Esta tarde.

—¿A qué hora?

—A las... cuatro.

—Pues a esa hora estaré yo allí y se la daré personalmente.

Pozas no dijo más. Entró en la cabina del ascensor, y, tras sus cristales esmerilados, Tono le perdió de vista.

IV

A las cuatro en punto, Ramiro Pozas ocupaba una mesa en un ángulo oscuro del Café Madrid. Preguntó a un camarero por Tono, y éste no tardó en presentarse ante él.

—Como verás, soy puntual—le dijo, sonriendo.

—Sí, señor. Más puntual que la señora de esta mañana—contestó el chico, sin embarazo.

—¿La dijiste que a las cuatro vendría a darle la contestación?

—Sí, y me dijo que vendría.

—Pues esperemos.

Para entretener la espera, Pozas pidió una copa de coñac. El *botones*, reclamado por otro parroquiano, tuvo que ir a llevar una carta. Cuando, un cuarto de hora después, regresó al Café, Pozas empezaba a impacientarse.

—¿Te dijo que sería puntual?—preguntó a Tono, con un poco de ironía.

—Sí, señor; y me extraña que no haya venido ya.

—A mí, no—dijo el ingeniero, riendo.

La risa de Pozas desconcertó a Tono.

—Y no me extraña, porque esa carta no la ha escrito ninguna señora.



ANGEL DELA FUENTE - 1927



¿.....?

Tono tembló ligeramente.
—A lo sumo, a lo sumo,
la ha escrito una portera...
Y riendo, agregó:

—Yo no tengo ninguna amiga que escriba de un modo tan deplorable... con letra de cocinera.

Tono, no acostumbrado a mentir, juzgó más oportuno guardar silencio.

Pozas insistió:

—De todos modos, voy a dar parte a la policía.

—¿De qué? —preguntó, ingenuamente, Tono.

—De que he recibido este anónimo. Y de que, claro está, me lo entregaste tú.

—El *botones* se puso densamente pálido. Balbuceó:

—Y yo diré que a mí me dió la carta una señora.

—Sí; y tendrás que probar qué señora te la dió.

—¿Aunque no la conozca?

Pozas sonrió:

—De todos modos, tendrás testigos. Algún camarero vería cómo te entregó la carta.

—En aquel momento, el de ese turno estaba sirviendo a un parroquiano.

—Al menos recordarás cómo era la señora.

—¡Ah! Eso, seguro.

—¿Qué camarero la sirvió?

—Paco, que esta tarde libra.

—¿Cómo?

—Sí, que esta tarde la tiene libre y no trabaja.

—¡Ah!

Al ingeniero tanta «casualidad» no pudo menos de sorprenderle. Y levantándose, resueltamente, dijo al muchacho:

—Anda, acompáñame.

Vamos a hacer juntos la correspondiente denuncia.

Tono no vaciló:

—Vamos, señor. Cuando usted quiera.

Pozas abonó la consumición, y, acompañado de Tono, salió a la calle. Al verse fuera del Café, el pobre *botones* perdió del todo su sangre fría.

—Perdóneme usted, señor Pozas... Perdóneme usted.

Pozas, que esperaba la confesión, sonrió dulcemente.

—¿Confieras al fin tu diablura?

—Sí, señor, sí—dijo el pobre muchacho, casi llorando.

—¡Bien has tardado...! ¿Y qué te proponías con esa bobada...?

Tono no contestó.

—Tú crees que yo estoy complicado en la muerte de ese infeliz, ¿verdad?

El *botones* bajó, avergonzado, la cabeza.

—Y pretendiste que al leer esas líneas me delatara yo mismo...

—Sí, señor, sí—musitó al cabo.

—Bueno, hombre, bueno. ¿Ves adónde conducen esas tonterías que leéis los chicos? Has tenido la suerte de dar conmigo. Otro en mi lugar te hubiera escarmentado duramente.

Tono, que, pese a las palabras de Pozas, seguía abrigando sospechas, ya no supo qué decir y limitóse a escuchar a su interlocutor. Éste, poco a poco, iba transformando el tono irónico de su voz y dejó de sonreír.

—En fin, muchacho—le dijo, despidiéndose amablemente—, vuelve a tus ocupaciones y no te preocupes de asuntos que, en definitiva, nada te interesan, y en los que, si hay algo que aclarar, ya se encargará la policía de hacerlo.

Como Tono no le contestara, confirmó:

—Y tú, ya sabes, si algo necesitas... Dentro de poco volveré a Bilbao... Toma una tarjeta.

Y sacando una de su cartera se la entregó al defraudado *botones*.

—¿Quién sabe si andando el tiempo podré proporcionarte mejor colocación que la que ahora tienes! ¿Te gustaría trabajar en una fábrica?

—Gracias, muchas gracias—se limitó a contestar el muchacho. Su voz temblaba. ¿De emoción tal vez? ¿De rabia contenida? Pozas no pudo averiguarlo, porque el chiquillo no dió lugar a ello, despidiéndose con un gesto y encaramándose rápidamente al tope de un tranvía que pasaba.

Al anoecer de aquel mismo día salía Pozas del hotel Inglés. De su brazo iba cogida una señora, al parecer joven y bella. Ambos

subieron a un automóvil que en la calle esperaba. El coche arrancó, y, cruzando el centro de Madrid, se dirigió hacia el último trozo de la Gran Vía; se detuvo ante una casa nueva, de muchos pisos. Descendieron del coche sus ocupantes. Al entrar en el portal, la señora, que había permanecido en silencio desde que salieron del hotel, dijo a su acompañante, con voz desfallecida:

—¡No quiero verla, Ramiro!

Pozas contestó con voz temblona:

—No hay más remedio, Ana, no hay más remedio.

Momentos después, cuando la criada les franqueó la entrada al piso, preguntó:

—¿Está la señora?

—La señora está en casa, pero no recibe a nadie.

Ana miró a Pozas.

—Haga el favor de pasarla esta tarjeta—insistió él, dándole la suya.

—Esperen ustedes un momento.

Mientras volvía la criada, Ana dijo a su marido:

—¿Para qué has insistido? Bastaba haber dejado tarjeta.

Cuando él iba a responder, apareció de nuevo la doncella:

—Que hagan ustedes el favor de pasar.

Y siguiéndola fueron los Pozas hasta el gabinete en que se hallaba la viuda de Hembolth, hasta el gabinete en que recibiera unas horas antes a Tono, el *botones*.

Al verlos entrar, la viuda se puso en pie, saliendo al encuentro de Ana, en cuyos brazos se arrojó:

—¡Ana, amiga mía...!

Y un sollozo entrecortado la impidió pronunciar una frase de saludo para el marido, al que tendió una mano.

Ana, visiblemente emocionada, no contestó. Él, sobreponiéndose, aunque muy afectado, pudo decir:

—¡Resignación, Elena, resignación!...

Siguieron unos instantes de triste mutismo, apenas interrumpido por los sollozos de Elena. Al fin, sobreponiéndose a su dolor, dijo a su amiga:

—Siéntate, Ana... Siéntese usted, Ramiro... ¡No saben cuánto les agradezco la visita...! Sola, sin pariente alguno, en estos momentos de dolor, consuela mucho la compasión de personas amigas...

Ni Ana ni su marido sabían qué contestar. Elena siguió expandiéndose:

—Ha sido terrible, espantoso... Figúrense ustedes... ¡Qué impresión más horrible, después de la inquietud de todo el día, cuando fui al Depósito y vi que era él, él...!

Y la pobre mujer volvió a llorar desconsoladamente.

—Vaya, vaya, tranquilícese usted. Procure dominarse—dijo Po-



ANGEL DELA FUENTE

¿.....?

zas, disimulando a duras penas su emoción.

—Tiene usted razón, pero no puedo... ¡Ha sido tan duro

el golpe recibido, que me ha quebrantado de un modo terrible.

Elena hizo una pausa, que no fué interrumpida, y continuó:

—Y luego, para final, la inquietud que me produce el pensar que no ha sido un atropello. Que puede tratarse de un crimen.

Ana, sin poder contenerse, rompió a llorar desconsoladamente. Su marido, muy violento, la reprochó:

—Mujer, ¡que lejos de consolar a la pobre Elena, vas a aumentar su dolor!...

Elena abrazó a su amiga, muy conmovida:

—No te importe, Ana; llora tranquila... Sólo llorando se desahoga una...

Y dirigiéndose a Pozas, añadió:

—La pobre Ana siempre fué muy sensible al dolor ajeno... Me acuerdo de que en el colegio lloraba cuando castigaban a alguna compañera... ¡Y es tan buena amiga mía...! Aparte de que el pobre Enrique la apreciaba mucho...

Ana seguía llorando, procurando inútilmente contenerse. Pozas, preocupado e inquieto, consultó su reloj.

—Es muy tarde. Tenemos que hacer unas compras. Mañana regresamos a Bilbao.

Y se puso en pie. Elena le rogó:

—¡Por Dios, espérense un poquito...! ¡Estoy tan sola...! Además—agregó—, quiero que usted, Ramiro, me ayude en ciertas pesquisas que quisiera hacer. Figúrense que esta tarde ha venido a verme un muchacho, asegurándome que presencié el suceso y que no se trata de un atropello, sino de un crimen.

Pozas no pudo dominar un ligero estremecimiento. Su mujer seguía llorando, oculto el rostro entre las manos. Repuesto de su sorpresa, él contestó:

—No haga usted caso, Elena. Siempre, en estas ocasiones, hay alguien que quiere comerciar con la desgracia, brindando el descubrimiento de secretos...

—En efecto; por si se trataba de un pretexto para sacar dinero, no le he hecho el menor caso...—repuso Elena—, a pesar de que hay cosas muy extrañas. ¿Cómo se explica que no se encontrara nada para identificarle, siendo así que mi pobre marido siempre llevaba en la cartera su cédula y unas cuantas tarjetas de visita? Y luego, no encontrar en sus bolsillos ninguna carta...

—¡Quién sabe! Es raro, pero no como para despertar serias sospechas. A lo mejor había necesitado la cédula para algún asunto y por ello no la llevaba consigo. De todos modos, yo estoy a su disposición. Y como no podemos retrasar el viaje, porque yo tengo que estar en Bilbao el viernes sin falta, escribame si algo necesita, y yo volveré en cuanto pueda.

—Gracias, muchas gracias.

—Pero—añadió vivamente Pozas—no haga usted caso de patrañas ni de cuentos... Y si ese muchacho se obstina en marearla con sus inventos, dé parte, incluso, a la Policía...

Pozas obligó a su mujer a despedirse. Elena les acompañó hasta la puerta. Allí se abrazaron las dos mujeres y se produjo otra escena de intensa emoción. Ya en el descansillo los Pozas, Elena, al ir a cerrar la puerta, les detuvo con una pregunta:

—Un momento, Ramiro... ¿No ha oído usted comentar el suceso a nadie...? ¿No ha hablado con usted nadie que lo presenciara...?

Pozas, que ya empezaba a descender la escalera, se detuvo en un escalón. Volvióse sorprendido por la pregunta, y se limitó a contestar:

—Nadie absolutamente... Me enteré de la desgracia por la Prensa y luego no he vuelto a oír a nadie hablar de ello...—Y añadió, extrañado—: ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

—Por nada, por nada... Adiós...

Y Elena cerró la puerta, sin más explicaciones.

Ramiro vaciló un momento. Hizo intención de subir para interrogar a la viuda, para rogarla le explicase tan extraña actitud. Un mundo de fantasmas torturaron su imaginación durante unos instantes. Ana le sacó de su indecisión, diciéndole:

—Vamos, Ramiro.

Y él, como si tales palabras tuviesen una misteriosa fuerza mágica, agarróse a la baranda de la escalera y comenzó a descender lentamente.

El automóvil les aguardaba a la puerta de la casa. Se acomodaron ambos en él y Pozas ordenó al chofer:

—¡Al hotel!

Durante el trayecto no cruzó el matrimonio palabra alguna. Y solamente, al entrar en su habitación, dijo Ramiro, sin conseguir dominar su nerviosidad:

—¡No podemos marcharnos sin dejar arreglado este asunto...!

(Concluirá en el próximo número).

Dibujos de Ángel de la Fuente.



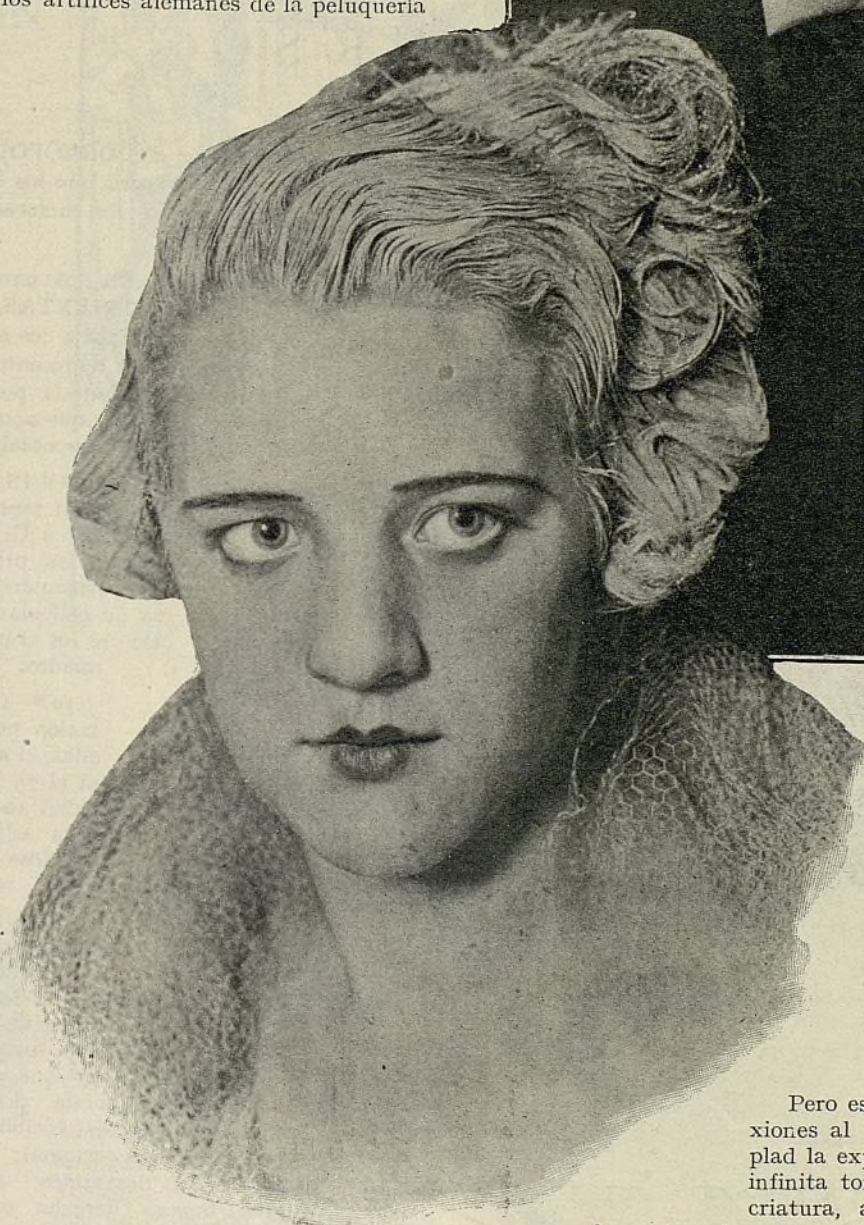
ÁNGEL DE LA FUENTE 1927

Locuras del Mundo

DICEN que la época actual es eminentemente práctica, y no aciertan quienes tal sostienen. La frivolidad, lo insustancial, lo absurdo impera, la locura triunfa.

Y la primera de todas es—¿cómo no?—la moda, Señora del Mundo, en cuyo altar las mujeres, no sólo inmolan sus cabellos, sino que abdican de su voluntad. La última extravagancia de esta exigente dama se denomina «El peinado plástico», y en Berlín, de donde procede, está haciendo verdaderos estragos.

Veréis: los artifices alemanes de la peluquería



han inventado una nueva clase de tocado femenino nocturno, al que denominan con ese divertido nombre, y que consiste en dar cierta masa al cabello, que adquiere de ese modo una blandura especial y una relativa consistencia, que permite ser amasado con las manos y darle la forma que más guste y convenga.

Desde luego, la nueva moda es una soberana porquería, de la que la más elemental higiene ha de mostrarse enemiga, y tampoco debe resultar muy cómoda de poner ni de quitar, porque, ¡figúrense ustedes los esfuerzos matinales de las bellas elegantes berlinesas para desprenderse de esa especie de masilla de fontanero!...

Pero es inútil ir con reflexiones al bello sexo. Contemplad la expresión de susto, de infinita tortura, que tiene esa criatura, abandonada resignadamente a las manipulaciones de Voste, el

más afamado artífice del peinado que hay

en Viena; la cara de la pobre muchacha es muy parecida a la que tendría si estuviera sentada en el sillón de un dentista; pero, sin embargo, ¡hay que ver qué sonriente está cuando, con el pelito acorazado, concluido el tormento, se halla en condiciones de presentarse, triunfadora, en el palco del teatro o en el salón de baile!...

Claro que si esto se les llega a ocurrir a Torquemada y los suyos, ¡menuda se organiza con los señores de «la leyenda negra española»!; pero las mujeres son así... y ¿para qué vamos a discutir con ellas?...

Además, que el absurdo es patrimonio de todos los sexos y de todas las épocas. Ved, si no, el diccionario que actualmente se encuentra a la venta en Londres y que perteneció nada menos que a Catalina Parr's, sexta esposa de Guillermo VIII, de Inglaterra: mide dos pulgadas y media y puede ser llevado, cómodamente, en el bolsillo del chaleco...





BASES DEL CONCURSO

1.^a COSMÓPOLIS abre entre los escritores españoles e hispano-americanos un «Concurso de argumentos cinematográficos», al que podrán concurrir libremente cuantos lo deseen.

2.^a Los argumentos deberán condensarse en el menor espacio posible, siendo el máximo por cada asunto completo de *trescientas palabras*.

3.^a Los argumentos han de ser absolutamente originales; si una vez otorgado el premio se demostrara a COSMÓPOLIS que el asunto o asuntos premiados estaban plagiados de otro, o bien de comedia, novela o cuento, tanto nacional como extranjero, el concurso se declararía nulo, reservándose COSMÓPOLIS el derecho a ejercitar contra el supuesto autor las correspondientes acciones legales.

4.^a Los originales deberán venir en cuartillas escritas a máquina, con el espacio corriente y por una sola cara.

5.^a Cada trabajo se firmará con un lema, que será el mismo que corresponda a otro sobre cerrado, dentro del cual se contendrá el título de la película, nombre y señas del autor.

6.^a Todo original deberá venir acompañado del cupón que se inserta en ésta misma página, bien entendido que todo el que no cumpla este requisito será considerado como no recibido.

7.^a Cada autor puede enviar cuantos originales quiera, teniendo presente lo que se indica en la base anterior.

8.^a Un Jurado, cuyos componentes se harán públicos una vez dictado el fallo, dictaminará sobre los originales recibidos, seleccionando cuatro de entre ellos.

9.^a Los cuatro seleccionados por el Ju-

LOIS WILSON
hermosa «estrella» de la cinematografía



rado se publicarán en COSMÓPOLIS, con un boletín de votación para que los lectores puedan elegir entre ellos los merecedores de los premios.

10.^a Los premios serán dos: uno de MIL PESETAS, y otro de QUINIENTAS, únicos e indivisibles, y se entregarán a los autores agraciados o persona que los represente legalmente, a los diez días de la publicación del fallo, y una vez que acrediten en debida forma su personalidad.

11.^a COSMÓPOLIS, por mediación de su representante en los Estados Unidos, gestionará de las principales casas norteamericanas editoras de películas la adquisición de los argumentos premiados.

12.^a Caso de aceptación por alguna de ellas, el autor percibirá el 75 % de la cantidad abonada por la casa editora, reservándose COSMÓPOLIS el 25 % restante.

13.^a Los originales no premiados quedarán a disposición de sus autores durante un plazo de *ocho días*, contados a partir de la publicación del número de COSMÓPOLIS en que se inserte la adjudicación de premios, previa devolución del recibo que se entregará por cada original; pasado este tiempo serán destruidos, sin que sus autores tengan derecho a reclamación alguna.

14.^a El plazo para la admisión de originales terminará el día 15 de febrero de 1928. En el número de marzo se insertará la lista completa de trabajos recibidos.

15.^a El fallo del Jurado será publicado en el número de abril, comenzando la de originales seleccionados en el correspondiente a mayo.

16.^a El solo hecho de acudir al concurso entraña la explícita conformidad con las condiciones del mismo.

«COSMÓPOLIS»

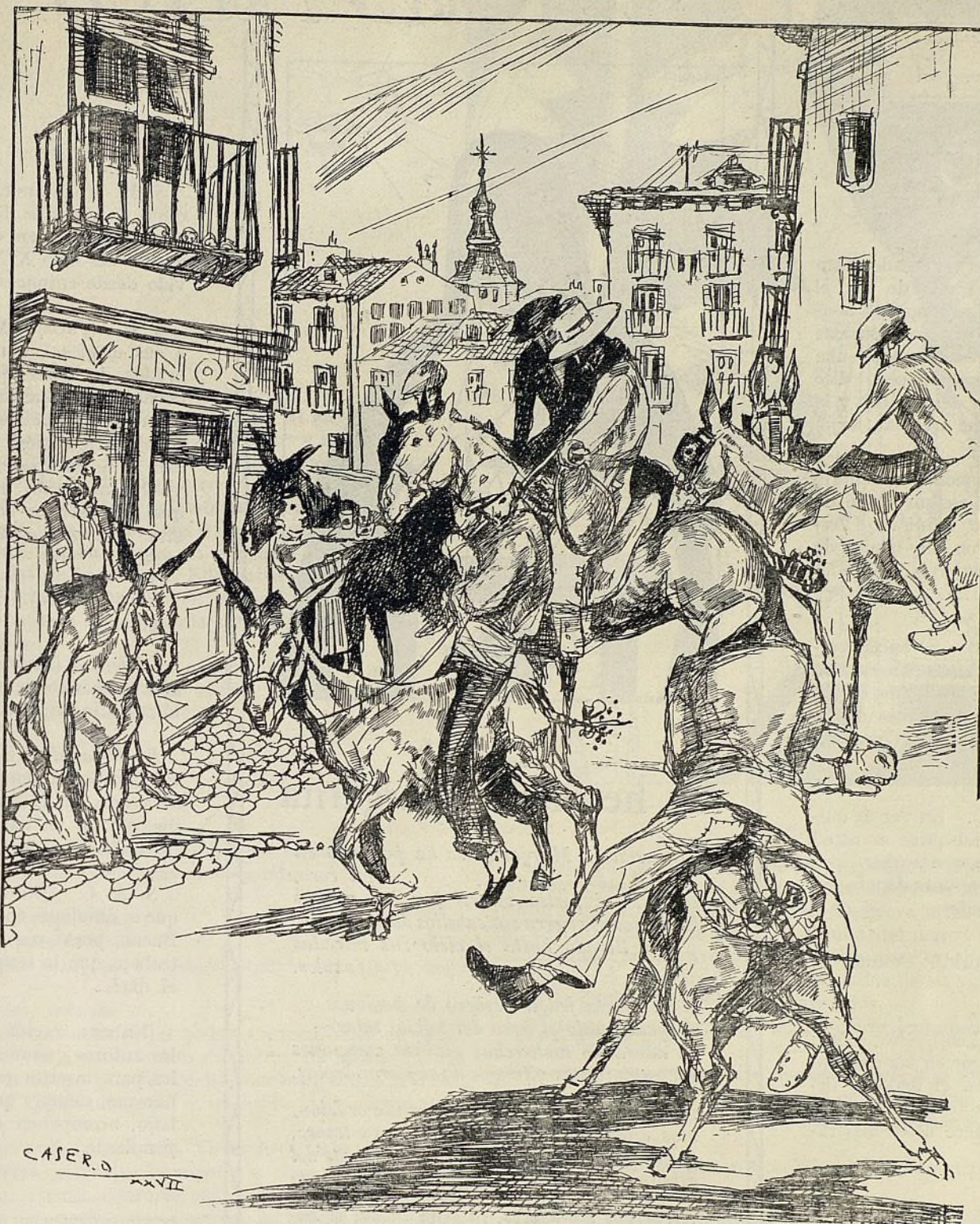
CUPÓN que debe acompañar a todo envío de originales para el

Concurso de
Argumentos cinematográficos



ESTAMPAS MADRILEÑAS

LA FIESTA DE SAN ANTÓN



DIBUJO
ORIGINAL
DE
ANTONIO CASERO



En la calle de Hortaleza,
bajo su aspecto antañón,
eleva su gentileza
de augusta y prócer belleza
la iglesia de San Antón.
Vestigio de un Madrid viejo
que ha arrollado el modernismo,
ya tan sólo es el espejo
en que se apaga el reflejo
de un remoto casticismo.
A la conmemoración
del Santo aun acude gente
amiga de diversión:
Es esa gente que siente
y adora profundamente
Madrid y su tradición.

Son cuatro mozos, zagales
de hornazo y de romería;
son cuatro mozas juncas,
ansiosas de madrigales,
llenas de gitanería;
son cuatro viejos que van
—lleno el pecho de añoranzas—
a recordar esperanzas
de sus días de Don Juan.
Son cuatro viejas llorosas,
ungida el alma de gozo,
que reverdecen las rosas
de unas frases cariñosas
con que obsequiolas un mozo.
Son cuatro apuestos jinetes
montados en briosas jacas.

Unos puestos de juguetes,
cuatro tiendas de alharacas,
unos pobres farolillos,
un tenducho de aguardiente,
y el son de unos organillos
al que bailan los chiquillos
mezclados entre la gente.
Es la fiesta, es el Patrón
que en la calle de Hortaleza
celebra la tradición;
es un trozo de majeza
que invoca la gentileza
del día de San Antón.

BENJAMÍN RAMOS GARCÍA.

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido
su trabajo, y...

A. C. (Córdoba).—Pesado y sin gracia. Además, tratar de ver el lado ridículo de las tragedias hon- das y calladas, por desconocidas más dignas de respeto, será una fuente de humorismo, pero dice bien poco en favor del corazón y la sentimentalidad del que las forjó.

Pentapolín (Oviedo).—¡Hombre, por favor!... ¡Que eso mismo lo ha publicado nuestro admirado Fernán- dez Flórez con el título de «Unos pasos de mujer»!... ¡¡Y, ade- más, mejor hecho!!...

M. L. (Madrid).—El hacer ver- sos no consiste sólo en poner, unos debajo de otros, rengloncitos cortos que expresen ideas... o cosa que a ellos quieren parecerse. ¿Compren- de?...

H. I. (Madrid).—En vez de imi- tar a Penagos, búsquese a usted mismo, seguro de que acabará por «encontrarse». Su apunte denota ex- celentes posibilidades.

Uno más (Madrid).—Admito su trabajo.

¿Vale? (Barcelona).—No, señor: no vale. Falta vigor en las descrip- ciones, ligereza en el diálogo, fir- meza en los caracteres, interés en el conflicto. ¿Quiere usted más ra- zones?

"COSMÓPOLIS"

CUPÓN

que debe acompañar a
todo envío de

Colaboración
espontánea



La hermana Margarita

*La hermana Margarita se ha postrado en
[el coro,
envuelto el rostro virgen por los espesos
han besado la tierra sus cabellos de oro [tules;
y han llegado hasta el cielo sus miradas
[azules.*

*Una silueta frágil—esbozo de pasiones
ahogadas bajo el peso del hábito talar—
va añorando maltrechas divinas emociones
que entre fiestas y fangos no supieron brotar.*

*Las manos se convulsan en fervida oración;
mas altas las miradas ofrendan su tesoro,
y una sombra diabólica en las sombras del
dibuja una sonrisa de alegre tentación. [coro*

*Recuerdos tentadores, la gran lucha, el su-
[picio...
«Es débil la novicia y es tentador el mal.
¡Yo no quiero, Señor, distraerme en tu
[servicio,
aunque luego a tus plantas me quieras per-
[donar!»*

*Murmillos que precursan un toque de cam-
[pana;
el éxtasis se ha roto; terminó la visión.
«¡Perdón, Señor, perdón!»—imploraba la
[hermana,
sollozando un pecado de grave distracción.
(¡Que bien se está en el coro a la hora de
[oración!
Perdón, Señor, perdón..... Hasta mañana.*

EL MARQUÉS DE NAVARRÉS

S. M. (Santander).—Por ese ca- mino, no continúe. Pérez Zúñiga ha- cía eso mismo en el último quin- quenio del siglo XIX. ¡Y ya ha llo- vido desde entonces!

G. R. (París).—Muy agradecidos a sus elogios... y muy apesadum- brados de tener que rechazar su cuento. Es demasiado «fuerte» para la índole de nuestra revista; se co- noce que le atmósfera de la Ciudad Luz se le ha apoderado del pensar y el sentir. Sin embargo, parece que hay escritor en usted; mande otra cosa más «suave», a ver qué pasa.

Yo (Granada).—Publicaremos su original.

L. de C. (Madrid).—Demasiado melcdramático, demasiado; casi tan- to como ingenua.

F. de la M. (Gijón).—Pero ¿es usted capaz de enviarnos como co- sa propia de la más pedestre tra- ducción de un cuento de Cami?... ¡¡Caballero!!

S. R. C. (Bilbao).—Dice usted que es dibujante en los ratos de ocio. Bueno, pues ¿por qué no busca un trabajo que le tenga ocupado todo el día?...

(En esta sección contestaremos a los autores que nos envíen origina- les para insertar en «Los escritores nuevos», siempre que, con cada tra- bajo, acompañen el cupón corres- pondiente.)

En esta misma sección
insertaremos algunos tra-
bajos de escritores cuya
firma es ya conocida;
ello es para prestigiar a
los noveles que marchan
en tan grata compañía
y por ello hemos cui-
dado de titular es-
tas páginas

«Los escritores nuevos»

Después del primer baile



Las diez de la noche.

Carmen estaba guapa, no podía dudarlo. El traje blanco hacía aún más juveniles sus diez y ocho años. El escote cuadrado, las breves mangas, lucían su cutis blanco y mate.

Carmen Torre Granada se contempló al espejo una vez más. Arregló unos detalles de su primer traje de mujer, sonrió feliz y, sin poderlo remediar, palmoteó de alegría: Carmen Torre Granada tenía diez y ocho años y se encontraba guapa.

En la habitación—cuidada como un estuche—, aquí y allá dispersas las prendas de la muñeca. Ella había tenido la coquetería—que era también pudor—de vestirse a sí misma, para la fiesta que aquella noche ofrecía su padre, con motivo de la puesta de largo.

Un golpe suave dado en la puerta con los nudillos. Rápidamente, Carmen corre a su mesita de escribir, guarda en ella algo, y abre la puerta de su habitación.

—Carmen...

—Papá...

—Quieta, chiquilla: antes de que te abrace, déjame que te vea. ¡Qué guapa estás!...

—¿Te gusto?...

—Tanto, que casi me dan ganas de hacerte el amor.

—Te ibas a ganar unas calabazas muy grandes.

—¿Por qué?...

—Por adulator, viejo mío.

—¿Estás ya dispuesta?...

—Dentro de unos minutos. Puedes ir bajando tú, que yo llego en seguida.

—Pues no tardes, señorita.

Sonriendo orgulloso, ha salido el padre. Carmen, muy de prisa, se ha dirigido otra vez a su diminuto escritorio, ha sacado de allí el retrato que antes ocultó y lo ha vuelto a colocar sobre la mesa. Inmediatamente ha cogido un papel y un sobre y ha escrito unas líneas:

«Carlos mío: No estés intranquilo. Tu muñeca, a la que supiste enamorar con aquellas cartas que llegaban a la clase azul del pensionado, no te olvida. Puedes figurarte cuánta es mi pena al pensar que no vas a verme esta noche, en que estreno mi primer traje de baile. Pero no te apures, chiquillo: mañana vete a la salida de misa de nueve. Yo, debajo del abrigo, llevaré el mismo traje de esta noche. Creo que no me vas a encontrar del todo fea.—Tu Carmen.»

Cierra el sobre y llama rápidamente a la doncella:

—Llévele usted esto al señorito Carlos. Estará en la esquina, seguramente.

Otra vez los nudillos a la puerta:

—Pero, hija, ¿vienes o no vienes?... No te hagas desear más. Estás bonita, como para hacer en una noche cien conquistas.

—¿Nada más?...

—O para hacer una conquista buena... ¡que quizás sea peor para mí!

Las tres de la mañana.

Sofocada, cansada de tanto bailar, Carmen Torre Granada vuelve a su cuarto. Y empieza a despojarse de sus lindas galas. De repente se fija en el retrato que dejó olvidado sobre la mesita.



Queda un rato contemplándolo. Algo que la dijeron esta noche inolvidable de lujos y de triunfos ha hecho vibrar su alma, con una pasión hasta entonces desconocida. Vuelve a mirar el retrato. Por fin, casi con miedo, se decide. Lo quita del marco de concha y va a romperlo. Pero se arrepiente, y lo deja caer en el cajón entre viejos papeles de colegio: todos los recuerdos de su vida de ayer, que ahora le parece que se ha ido muy lejos.

Y como si enterrara un pasado, cierra lentamente el cajoncito.

—¡Pobre Carlos!

Luego vuelve a mirarse al espejo. Sonríe a sí misma. Piensa en la noche que acaba de pasar, piensa en la vida que ha visto por la primera vez, y casi en voz alta expresa lo que hace sonreír a su alma y brillar a sus ojos:

—La verdad es que tan simpático y tan buen tipo; y luego, tan joven y ya diplomático.

Carmen vuelve a sonreír. Abre la cajita de sus alhajas, y empieza a dejar en ella primero las sortijas, luego el collar...

Nueve y media de la mañana.

Ha terminado ya de salir la gente de la misa de nueve. Carlos pasea—intranquilo, nervioso—ante la puerta ojival de los santos de piedra. Pasa otra media hora. Carlos saca por centésima vez del bolsillo la carta que le dieron de noche antes.

Por fin, agarrándose a una esperanza que acaba de aparecer en su cerebro, como queriendo engañarse a sí mismo con su bella ilusión, piensa:

—La pobre, se acostaría muy tarde, y esta mañana se habrá quedado dormida.

Se sube lentamente el cuello del gabán y empieza a andar despacio, camino de la Universidad.

Dibujo de Varela de Seijas.

José MARTÍNEZ-AGULLÓ

Compre usted el próximo número de

C O S M Ó P O L I S

que aventajará en interés, calidad del papel y artística presentación al que hoy le ofrecemos.

JUAN FERRAGUT,

el joven maestro de novelistas, ha trazado una interesantísima narración novelesca, que se insertará en el número próximo.

«¡¡¡EL!!!»

es el sugestivo título de su nueva obra, cuyo dramatismo y realidad sorprenderá gratamente a los admiradores del popular escritor, y va ilustrada profusamente por NEL.

También se desgarrará en dicho número el velo del misterio que rodea al apasionante suceso que informa

«¿ ?»

la original novela del distinguido literato que se oculta bajo el seudónimo de ENRIQUE ARNAL. ¿Cómo murió Mr. Humbolth?... Nadie puede imaginarse el sorprendente desenlace, que ha ilustrado ÁNGEL DE LA FUENTE.

El camino que recorre una novela desde que sale de las prensas hasta que llega a manos del comprador de obras de lance, es el tema de una amena información, ilustrada con varias fotografías de la «estrella» cinematográfica española CARMEN VIANCE.

«EL CALVARIO DEL HERMANO LIBRO»

explica muchas y muy curiosas interioridades del negocio librero y editorial.

«LOS AMORES DE ELENA»,

la novela para muchachos que escribió M. M. HUNGERFORD y que ha traducido y adaptado BEATRIZ GALINDO, continuará en el tercer número deleitando a nuestros lectores con sus deliciosas páginas y hermosas ilustraciones de ORMAECHEA.

En el amplio espacio que, según costumbre, consagrará COSMÓPOLIS a sus secciones de *Literatura, Modas, Teatros, Gran Mundo, Cinematografía, Deportes, Infantil, Turismo, Pasatiempos*, etc., figurarán trabajos de nuestros habituales colaboradores

Jacinto Benavente, «Azorín», Pío Baroja, José Ortega y Gasset, Alberto Insúa, Diego San José, Melchor Fernández Almagro, Manuel Graña, Fernando Ortiz de Echagüe, Luis Araujo Costa, «Julio Romano», Enrique Meneses, Gustavo Davidson, Antonio Prast, Guillermo Hernández Mir, Eduardo Cobián Herrera, «Cil», Luis Fernández Ardevín, Serafín Adame Martínez, Juan Ferragut, Eduardo Teus, Antonio Casero, Eduardo Marquina, «Bogey» Antonio Casero (hijo), «Sam», Adolfo Durá, Galindo, Linares Rivas, Penagos, Mihura, Varela de Seijas, Ángel de la Fuente, «Serny», Baldrich, «Echea», Enrique Tedeschi, «Valeria León», etc.,

todos los cuales contribuirán a que el próximo número de «COSMÓPOLIS» supere al que ahora tiene usted en la mano y le convenza de que es

la revista que usted esperaba

¡¡¡NO DEJE DE LEER NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO!!!

«COSMÓPOLIS» es distribuída en toda Francia, Bélgica, Italia, Inglaterra, Alemania y sus colonias por la importantísima Agencia Internacional Hachette; en América del Norte, por la American News Company, y cuenta con poderosa organización propia en España y en América del Sur, lo que permite a nuestros lectores encontrarla en cualquier punto en que residan o al que se dirijan.—No deje usted nunca de pedir COSMÓPOLIS, y si en algún punto no la hallara, sírvase comunicárnoslo por escrito para que tomemos las oportunas medidas. Será un favor que le agradeceremos, pues, según nuestro deseo,

«COSMÓPOLIS» se encontrará en todo el mundo

Guía del turista en Madrid, en español, francés e inglés

MADRID

En Madrid hay buenos hoteles. Citemos algunos. En primer lugar, hay dos de gran lujo, verdaderamente *chics*: el Hotel Ritz y el Hotel Palace. Serio y distinguido, el primero; cosmopolita y animado, el segundo. Tienen ambos un gran emplazamiento: el de la plaza de la Lealtad, núm. 1, el primero; y en la plaza de las Cortes, el segundo.

Pero, y es natural, la mayor parte de los turistas que visitan Madrid, en su deseo de conocerlo, no quieren limitarse a hacer todas sus comidas en el hotel en que se hospedan; quieren conocer grandes restaurantes o típicos lugares, muy numerosos en Madrid.

Sin duda alguna, los sitios donde mejor se come son: la *brasserie* del Hotel Palace (plaza de las Cortes), el antiguo y renombrado Lhardy (Carrera de San Jerónimo, 6), el restaurante Tournié (Mayor, 16).

Otros reputadísimos restaurantes, son: Molinero (avenida del Conde de Peñalver, 24), «Buenavista» (Alcalá, 141), Viña P (Núñez de Arce, 13).

Los elegantes suelen tomar el aperitivo en «Sakuska» (Alcalá, 60) o en «Bakanik» (Olózaga, 4); para muchachos, en «Pidoux» (avenida del Conde de Peñalver, 7).

Por la tarde, a la hora del te, los salones «Sakuska», «Bakanik», «Garibay Tea Room» (Conde de Peñalver, 15) y «Madrid-Paris» (avenida de Pí y Margall), reúnen a lo más selecto de la sociedad madrileña. En Lhardy se congregan para tomar una taza de te o un *whisky* muchísimos elegantes, de cinco a siete.

Entre los espectáculos más concurridos: el teatro Fontalba (Pí y Margall, 6), con excelente compañía dramática dirigida por Margurita Xirgú; el circo de Price (plaza del Rey), con variadísima y muy interesante compañía a base de números de éxito mundial, y los salones de cine: Real Cinema plaza de Isabel II, Cinema Goya (Goya, 24) y Cine Callao (Plaza del Callao).

Aun queda otro aspecto de gran interés para el turista: en Madrid están los mejores sastres, los mejores modistos, los mejores zapateros, las mejores tiendas en España. ¿Quién no aprovecha un viaje a Madrid para hacerse trajes, comprarse calzado, encargarse camisas, comprar regalos, juguetes, joyas? ¿Dónde ir? ¿A quién dirigirse?

Ahí van unos nombres, no al azar, sino escogidos entre los más recomendables.

Las mejores joyerías son: Ansorena (Espoz y Mina, 1); Brooking (avenida del Conde de Peñalver, 17); Pérez Molina (San Jerónimo, 29); Mellerio (Carrera de San Jerónimo, 3); Sanz (Montera, 29).

Entre los modistos son los *chics*: Cotret (Fernando VI, 10), Carlier (Olózaga, 4), Pepita Álvarez (Olózaga, 6), Mioux (Bábara de Braganza, 16), Rosario Gil (Génova, 17), Rosita las Heras (Juan de Mena, 23), Ransinangue (Jorge Juan, 15), Max (Bábara de Braganza, 10), Morfeaux (Marqués del Duero, 3), El Paraíso, especialidad en ropa blanca (Carrera de San Jerónimo, 4).

Entre las sombrereras de señoras: Carmen de Pablo (Alcalá, 66), Casimira Orgaz (Conde Xiquena, 15); Juliette (Alfonso XII, 10).

Las mejores perfumerías son: La Perfumería Inglesa (Carrera de San Jerónimo, 3), Gal (Carrera de San Jerónimo, 2), Urquiola (Mayor, 1), Álvarez Gómez (Sevilla, 2).

Los peluqueros de más fama: Niraux, ondulación permanente (Velázquez, 21), Castro (avenida Conde de Peñalver, 6), Marcote (Carrera de San Jerónimo, 34), Fernando Gamboa (Conde Aranda, 5).

Los zapateros a medida más conocidos: Miranda (Velázquez, 45), Villarejo (Caballero de Gracia, 56).

En joyas de imitación tiene la casa «Dorion» (Barquillo, 4) las últimas novedades.

Los mejores sastres: Cid (Nicolás María Rivero, 11) y Cimarra (Peligros, 18). Sastrería muy drecomendable, Modesto Huertas (Conde de Peñalver, 20).

La mejor camisería: Butler (Peñalver, 25).

La Casa Meneses (plaza de Canalejas, 4), donde únicamente se vende la renombrada «Plata Meneses», es el lugar preferido por las personas de buen gusto.

Medel, Melilla, Madrid-Paris, el Bazar X, las tiendas de juguetes mejor surtidas.

Hay, como en otras capitales europeas, grandes almacenes donde se encuentra de todo: desde el objeto más insignificante de mercería o papelería, hasta los trajes más elegantes y los muebles mejor contruidos. Los tres principales son: «Madrid-Paris» (avenida de Pí y Margall), Almacenes Ro-

dríguez (Conde de Peñalver) y El Águila (calle de Preciados).

Muchas veces es objeto de un viaje a Madrid el deseo de adquirir un automóvil, encargar muebles... Las mejores marcas, sin duda alguna, son: Renault y Paige.

Los mejores muebles: Piquero (paseo de Recoletos, 6), Rafeas (Serrano, 8), Lizárraga (Carrera de San Jerónimo, 39) y Hotel de Ventas (Atocha, 34).

Es sin duda la Pelotería Francesa, Carmen, 4, Madrid, la mejor de España y se distingue de todas las demás por sus modelos exclusivos.

MADRID

Il y a à Madrid, aujourd'hui, d'hôtels confortables. Citons d'abord les deux grands hôtels de la capitale, comparables en tout aux meilleurs hôtels européens: l'Hotel Ritz et le Palace Hotel. Le premier est l'hôtel aristocratique par excellence; le second est cosmopolite et animé. Tous deux sont situés dans un quartier aéré: l'Hotel Ritz, plaza de la Lealtad, le Palace Hotel, plaza de las Cortes.

Il est tout naturel que les touristes qui visitent Madrid aient le désir de ne pas prendre tous leurs repas à l'hôtel et qu'ils veuillent connaître les bons restaurants de la capitale. Aidons-les dans leur choix.

Les endroits où l'on mange le mieux sont indubitablement: le grillroom du Palace Hotel (Plaza de las Cortes), l'ancien et justement renommé restaurant Lhardy (Carrera de San Jerónimo, 6) et le restaurant Tournié (Mayor, 16). On ne sera pas déçu en allant à Molinero (Avenida del Conde de Peñalver, 24), à Buenavista (Alcalá, 141), à Viña P. (Núñez de Arce, 13).

Le Tout Madrid va prendre l'apéritif à Sakuska (Alcalá, 60), à Bakanik (Olózaga, 4), chez Pidoux (Avenida del Conde de Peñalver, 7).

On se retrouve à l'heure du thé dans les salons de Sakuska, de Bakanik, à Garibay Tea Room (Conde de Peñalver, 15), dans le salon de thé des magasins Madrid-Paris (Avenida de Pí y Margall). Entre 5 et 7, on se réunit chez Lhardy pour déguster une tasse de thé ou prendre un *whisky* de marque.

La grande artiste Margarita Xirgú est au Fontalba (Avenida de Pí y Margall, 6) où elle représente les oeuvres des meilleurs dramaturges espagnols.

Madrid compte aujourd'hui de grandes salles de cinematographe: Real Cinema (Plaza Isabel II, 6, jour de gala le lundi; Goya (Goya, 24) où on se réunit le samedi; Callao (Plaza del Callao).

Le Circo Price donne des spectacles dignes des meilleurs cirques européens.

Les meilleurs bijouteries sont: Ansorena (Espoz y Mina, 1), Brooking (Avenida Conde Peñalver, 17), Pérez Molina (San Jerónimo, 29), Mellerio (Carrera San Jerónimo, 3), Sanz (Montera, 29).

Les maisons de couture plus *chic*: Cotret (Fernando VI, 10), Carlier (Olózaga, 4), Pepita Álvarez (Olózaga, 6), Mioux (Bábara de Braganza, 16), Rosario Gil (Génova, 17), Rosita las Heras (Juan de Mena, 23), Ransinangue (Jorge Juan, 15), Max (Bábara de Braganza, 10), Morfeaux (Marqués del Duero, 3), El Paraíso, especialidad en ropa blanca (Carrera de San Jerónimo, 4).

Sont les meilleures chapelleries pour dames: Carmen de Pablo (Alcalá, 66), Casimira Orgaz (Conde Xiquena, 15), Juliette (Alfonso XII, 10).

On va acheter la parfumerie chez: La Perfumería Inglesa (Carrera de San Jerónimo, 3), Urquiola (Mayor, 1), Álvarez Gómez (Sevilla, 2).

Voici maintenant les adresses des meilleurs salons de coiffure: Niraux, ondulati6n permanente (Velázquez, 21), Castro (Avenida Conde Peñalver, 6), Marcote (Carrera de San Jerónimo, 34), Fernando Gamboa (Conde Aranda, 5).

Les bons pottiers sont: Miranda (Velázquez, 45), Villarejo (Caballero de Gracia, 56).

Dans bijoux d'imitaci6n il ya le dernier cri chez: Dorion (Barquillo, 4).

Les meilleurs tailleurs sont: Cid (Nicolás María Rivero, 11) Cimarra (Peligros, 18), très recommandé. Modesto Huertas (Conde de Peñalver, 20).

On doit visiter les bonnes chemiseries: Butler (Peñalver, 25).

La renommée de la Maison Meneses n'est plus à taire; on y trouve la célèbre argenterie Meneses. On trouve les plus beaux jouets chez: Medel, Melilla, à Madrid-Paris et au Bazar X.

Madrid a de grands magasins où on trouve de tout, depuis le bibelot le plus insignifiant jusqu'aux costumes les plus élégants et des meubles somptueux. Les trois principaux sont: Madrid-Paris (Avenida Pí y Margall), Rodríguez (Conde de Peñalver), et El Águila (Calle de Preciados).

Si vous voulez acheter une automobile, allez voir les expositions permanentes des agences de Renault et Paige.

Des meubles élégants et confortables se trouvent chez Piquero (Paseo de Recoletos, 6), Rafeas (Serrano, 8), Lizárraga (Carrera de San Jerónimo, 39) et à Hotel de Ventas (Atocha, 34).

La maison française de peloterías de la Rue Carmen 4 est sans aucune doute la meilleure d'Espagne et se distingue d'autres par ses modèles.

MADRID

Madrid contains many good hotels, of which we may mention a few. In the first place, the two most luxurious and fashionable are the Hotel Ritz and the Hotel Palace, the former quiet and distinguished, the latter cosmopolitan and lively. Both occupy a large area, the first-named in the Plaza de la Lealtad, N.º 1, the second in the Plaza de las Cortes.

Naturally, however, the majority of tourists who visit Madrid are anxious to know a little more of the city, and not to confine themselves to dine in their respective hotels. They like to visit large restaurants or typical resorts, of which Madrid contains so many.

Undoubtedly the best meals are to be had in the *brasserie* of the Hotel Palace (Plaza de las Cortes), the old and renowned house of Lhardy (Carrera de San Jerónimo, 6), Tournié's restaurant (Mayor, 16). Other very wellknown restaurants are those of Molinero (Avenida del Conde de Peñalver, 24), Buenavista (Alcalá, 141), Viña P (Núñez de Arce, 13), «Sakuska» (Alcalá, 60), «Bakanik» (Olózaga, 4), «Pidoux» (Avenida del Conde de Peñalver, 7). The most select society of Madrid takes tea at «Sakuska», «Bakanik», «Garibay Tea Room» (Conde de Peñalver, 15), and «Madrid-Paris» (Avenida de Pí y Margall). From five till seven in the evening many fashionable people may be seen taking tea or *whisky* in Lhardy's.

Margarita Xirgú, at the Fontalba (Avenida de Pí y Margall, 6), plays in the works of our foremost dramatists, both in prose and verse; and the Circo de Price (Plaza del Rey) has a large company of attractions.

Films may be seen at the Real Cinema (Plaza de Isabel II, 6), where the fashionable day is Monday; Goya (Goya, 24), where all Madrid congregates on Saturdays; Callao (in the Plaza of that name).

The best jewelers: Ansorena (Espoz y Mina, 1), Brooking (Avenida del Conde de Peñalver, 17), Pérez Molina (San Jerónimo, 29), Mellerio (Carrera San Jerónimo, 3), Sanz (Montera, 29).

The most *chic* dress-designers are: Cottret (Fernando VI, 10), Carlier (Olózaga, 4), Pepita Álvarez (Olózaga, 6), Mioux (Bábara de Braganza, 16), Rosario Gil (Génova, 17), Rosita las Heras (Juan de Mena, 23), Ransinangue (Jorge Juan, 15), Max (Bábara de Braganza, 10), Morfeaux (Marqués del Duero, 3), El Paraíso (Carrera de San Jerónimo, 4).

For ladies hats: Carmen de Pablo (Alcalá, 16), Casimira Orgaz (Conde de Xiquena, 15), Juliette (Alfonso XII, 10).

Perfums may be bought from: La Perfumería Inglesa (Carrera de San Jerónimo, 3), Urquiola (Mayor, 1), Álvarez Gómez (Sevilla, 2).

Among hairdressers we may mention for ladies: Miranda (Velázquez, 45), Villarejo (Caballero de Gracia, 56).

For imitation jewelry: «Dorion» (Barquillo, 4).

Among tailors, we may highly recommend Cid (Nicolás María Rivero, 11), Cimarra (Peligros, 18), whilst Modesto Huertas (Conde de Peñalver, 20), is the best shoemaker for footwear made to measure.

A splendid variety of toys may be obtained from Medel, Melilla, Madrid-Paris and the Bazar X.

The famous silver Meneses is sold only by the firm of that name (plaza de Canalejas, 4).

As in other large European cities, there are big department stores, where everything, from the smallest item of haberdashery or stationery to the finest clothes and best furniture may be purchased. The three principal establishments of this kind are «Madrid-Paris» (Avenida de Pí y Margall), Almacenes Rodríguez (Conde de Peñalver), and El Águila (Calle de Preciados).

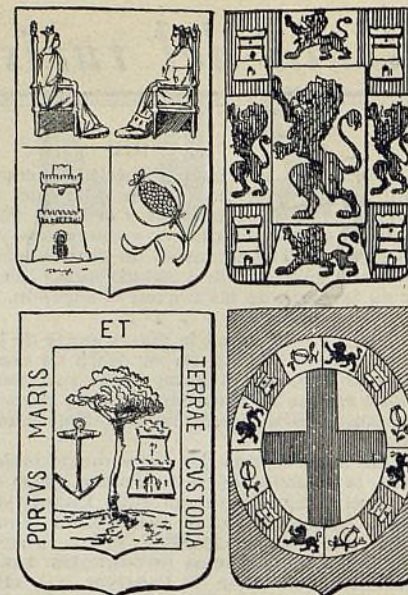
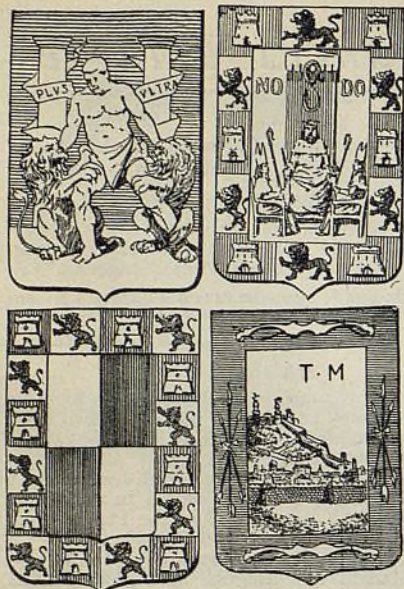
Very often a trip is made to Madrid for the purpose of buying an automobile, or for ordering furniture. Undoubtedly the best establishments for the former purpose are those of Renault and Paige.

Furniture may be bought from Piquero (Paseo de Recoletos, 6), Rafeas (Serrano, 8), Lizárraga (Carrera de San Jerónimo, 39), and the Hotel de Ventas (Atocha, 34).

The French Furrier of No. 4, Carmen, is the best in Spain distinguished from all the rest by its exclusive models.

SECCION CRYPTOGRAFICA

Por FRAMARCÓN



LECTOR

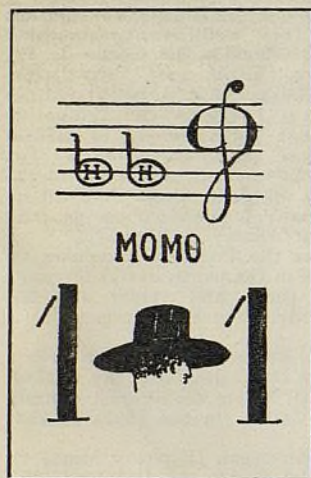
COSMÓPOLIS, en vista de la favorable acogida que el público de toda España ha dispensado a su primer número, propónese dedicar mensualmente en esta sección un número determinado de pasatiempos relacionados con asuntos peculiares a todas las provincias; a tal fin comienza hoy por Andalucía, a cuyos pasatiempistas dedica nuestro redactor criptógrafo señor FRAMARCÓN

los catorce pasatiempos primeros de este número.

LA REDACCIÓN,

IMPORTANTE.—Se advierte a los señores aficionados que, con arreglo a las bases establecidas en el número anterior, este primer concurso bimestral expira con el presente número;

por consiguiente, los pliegos de soluciones habrán de enviarse antes del 20 del actual, los que reunirán las formalidades previstas, sin cuyos requisitos se darán por no recibidos.



N.º 22. Lo «da el terreno»

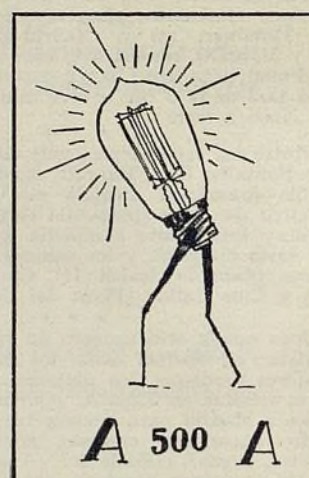


N.º 23. La «Santa María», la «Pinta» o la «NINA»

N.º 24. Granadinas.



N.º 25. De Sevilla.

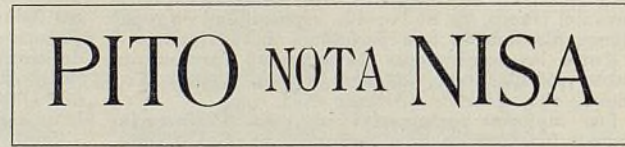


N.º 26. Exageración.

N.º 27. «Falso»



N.º 28. Bella y rica por sus vinos, sedas, azúcares, frutas secas, almendras, mujeres, etc.



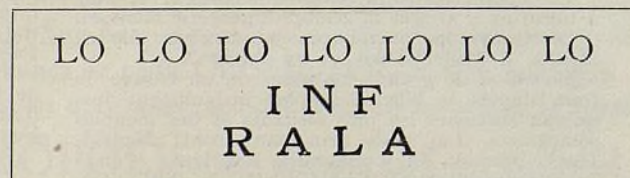
N.º 29. Cordillera famosa.



N.º 30. Es célebre, entre otras cosas, por haber sido el último baluarte de la dominación árabe en España.

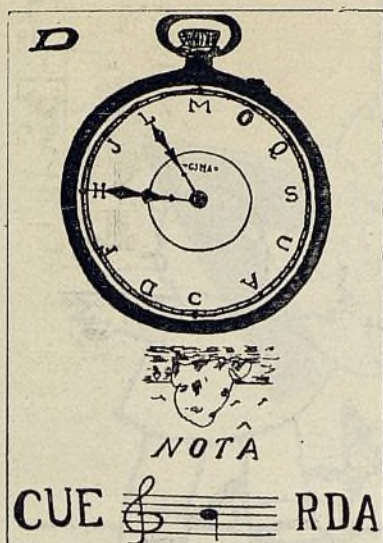


N.º 31. Histórico.
Murieron a mano de los moros en Córdoba.

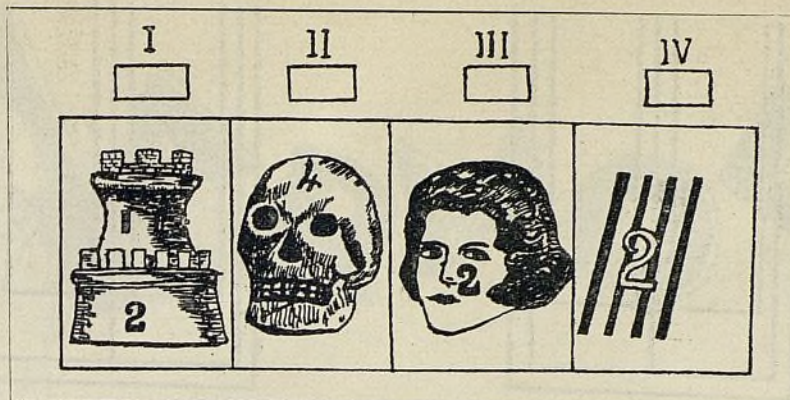


N.º 32. José C., tan bravo militar como ilustre poeta, ¿dónde y cómo murió?





N.º 33. Es muy bella y muy gentil

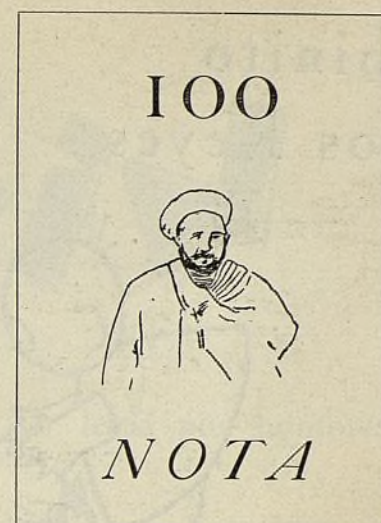


N.º 34. SILÁBICO FRAMARCONISTA

Todo: De azúcar

ADVERTENCIAS

- 1.º— Los rectángulos numerados indican las sílabas de que consta el todo, sirviendo además de pauta para su debida colocación.
2.º— Los números colocados sobre los dibujos advierten la sílaba que debe tomarse de aquello sobre que están hechos.



N.º 35. «La Niña» salió de Palos

PRIMERA: Letra consonante
SEGUNDA: Letra consonante
TERCERA: Letra consonante
CUARTA: Letra vocal

TODO: Nombre famoso

N.º 36. Charada framarconista

—He estado en El SEGUNDA-PRIMA-TERCERA, amiga Lucrecia.
—¿Y qué has traído de allí, querida Facunda?
—Pues mira, este Cristo tallado en TERCERA-SEGUNDA y un busto en bronce del célebre PRIMA-SEGUNDA-TERCIA.
—¿Y quién fué ese PRIMERA-SEGUNDA-TERCERA?
—Uno que, según la Mitología—pásmate, Lucrecia—, pretendió volar con alas de cera.

N.º 37. Charada

BAJO
NOTA

N.º 38. Patria de Velázquez

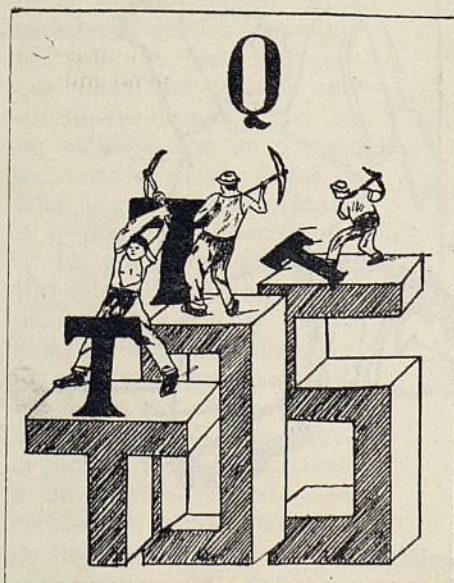
EX NOTA AMANTE DE SEÑOR CABRA

N.º 39. ¿Es posible, siendo tan mala y tan fea?

PRIMERA Nota
PRIMERA-SEGUNDA Notas
PRIMERA-SEGUNDA-TERCERA Vasiija de vidrio
PRIMERA-SEGUNDA-TERCERA-CUARTA Astuto

N.º 40. Charada framarconista.

N.º 41. Más claro que el agua



PIDEN TE

N.º 42. ¿Que tal la obrita?

Sin PRIMERA, Hijo de Júpiter y de Sémele
Sin SEGUNDA, Vara de madera
Sin TERCERA, Juego infantil

TODO:
Es pésimo en España.

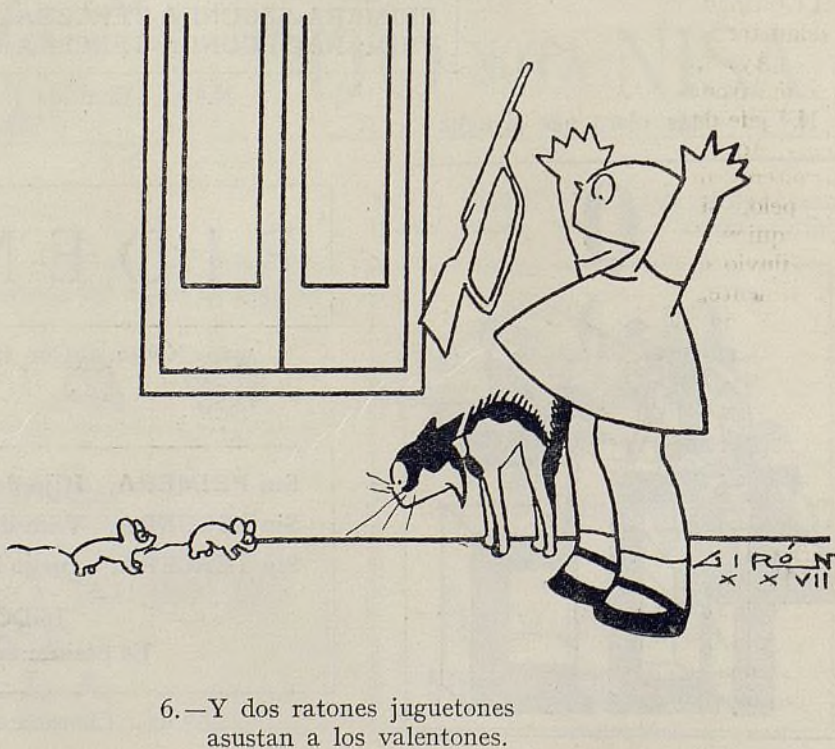
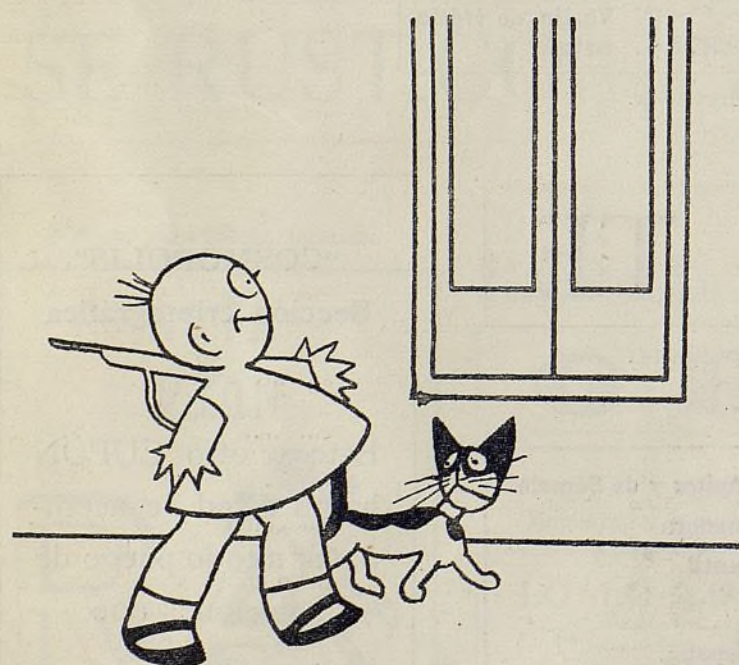
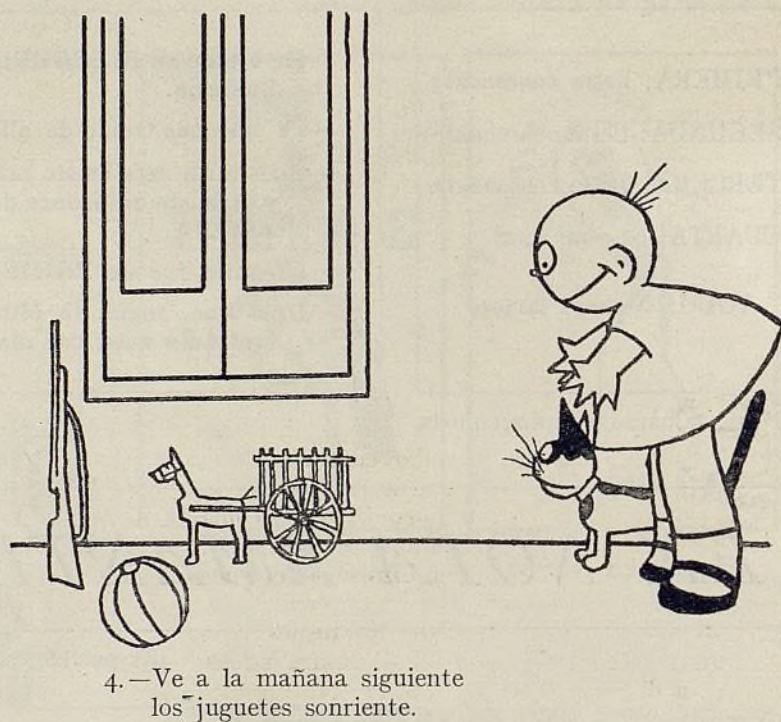
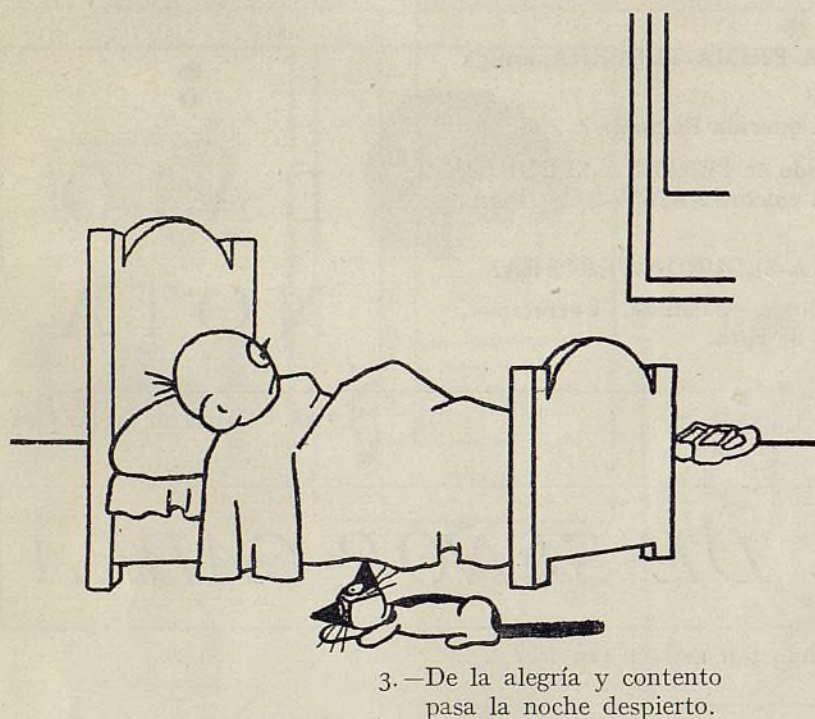
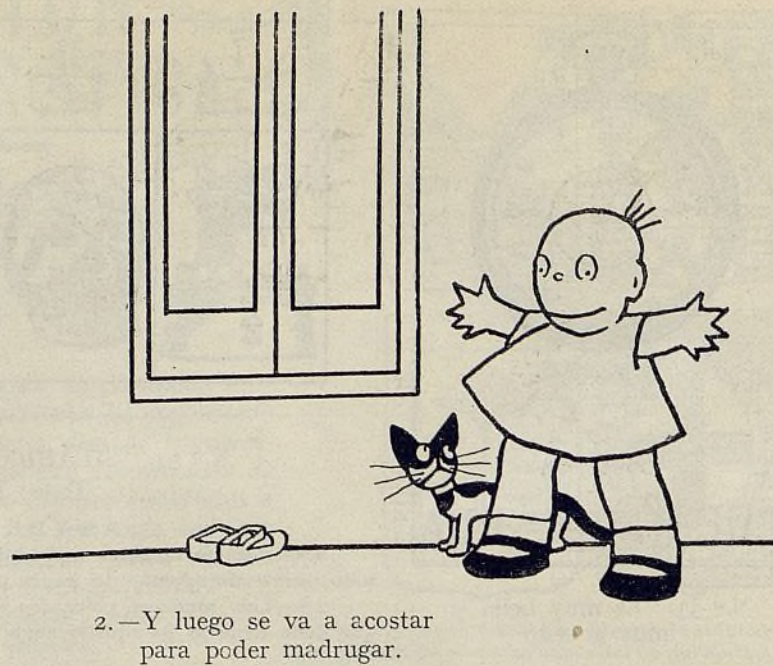
N.º 43. Charada framarconista

“COSMÓPOLIS”
Sección criptográfica



Este y otro CUPÓN
habrá usted de acompañar a todo pliego de soluciones que envíe.

Sabinito y los Reyes



MARMOLÍN



Historia para niños, que puede ser leída por hombres.

Original de

Guillermo Hernández-Mir



CUANDO el jefe se hubo enterado del parte que su inferior le comunicaba, dió instrucciones a un ayudante, éste, a su vez, las transmitió a un comandante, el comandante a un teniente, el teniente a un sargento, el sargento al cabo y el cabo se las notificó a un cornetín de órdenes, quien hizo sonar el guerrero clarín, a cuyas valientes y agudas notas desplegaron en guerrilla las fuerzas. Un segundo toque les hizo avanzar, y al tercero, los fusiles y las ametralladoras comenzaron a vomitar fuego, dirigido todo él contra aquella especie de pelele que divisaban a distancia, vestido con un tapiz rojo, colocado a la clásica manera helénica.

El repiqueteo de los proyectiles sobre el cuerpo de Marmolín prodújole a éste tal cantidad de cosquillas, que le entró un ataque de risa histérica, haciéndole exclamar:

—¡Ay, que me troncho, que me troncho!

El jefe de las fuerzas palideció. Aquello tenía todos los caracteres de una tomadura de pelo, si bien reconocía que quien así sonreía ante un diluvio de proyectiles era un valiente, con un corazón del tamaño de un queso de bola, y gritó a sus soldados:

—¡Fuego a discreción!

La granizada de proyectiles era abundante, y Marmolín, dedicado a recoger las balas por el aire y a devolverlas a sus perseguidores con la fuerza de un ariete, parecía un malabarista entregado a la pacífica tarea de entretener a un público numeroso haciendo una variada colección de juegos icarios.



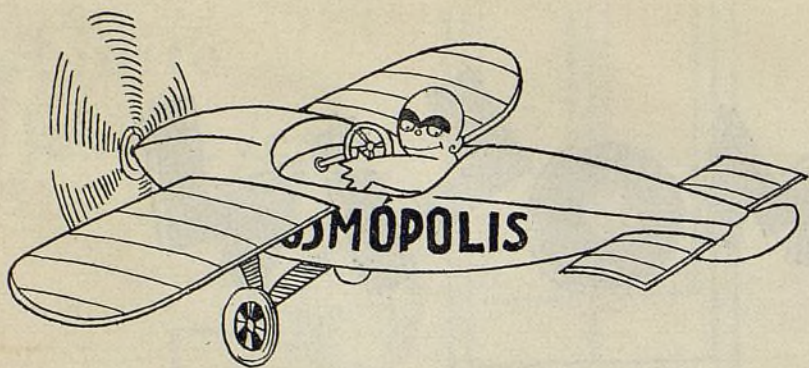
Resumen de lo publicado

Marmolín, hombrecillo artificial construido por el sabio doctor *Universus Creatorpópulus*, en una riña con su «constructor» lo mata, sin querer, de un puñetazo en la cabeza; sus manos, como su cuerpo, tienen una dureza de mármol, pues con una aleación de éste y arcilla—llamada marmolina—fué construido.

Al ver caer a su fabricante, Marmolín se lanza a la calle, donde es objeto de pública curiosidad. Molesto, se revuelve contra sus acompañantes y destroza a golpes a unos cuantos. La Policía sale tras él, que huye, y le persigue a tiros; pero las balas, al tropezar en su cuerpo, se abollan, sin producirle ningún daño. El muñeco viviente se da cuenta de su invulnerabilidad y les apedrea con ellas. Los policías piden entonces ametralladoras a un regimiento.

Mientras Marmolín dedicábase a la entretenida tarea de devolver proyectiles a sus obstinados enemigos, hacíase la siguiente reflexión:

—En cuanto que sepan esta hazaña mía en la Sociedad de Naciones me llaman para que resuelva el problema del desarme. Lo que sentiré por las fábricas de armas, que van a tener que cerrar todas, a menos que las dediquen a la elaboración de bufarfa. Mi distinguido creador no suponía el alcance de su invento, y ahora siento que haya estirado los remos sin haberme dejado la fórmula empleada para la formación del hombre artificial, porque con un regimiento de hombres como yo, los diplomáticos de todo el mundo ya podían dedicarse a escardar cebollos, que lo que es más guerras no volvían a provocar en su vida.



La ciudad púsose en conmoción. La noticia de aquél hecho insólito había corrido de boca en boca, y ante los estragos que un hombre solo, al parecer invulnerable, estaba causando en las tropas, acordó el jefe militar cambiar de táctica y decidió que cesase el fuego, para que empezase a actuar el agua. Pronto llegaron todos los bomberos de Atenas, quienes enchufaron las mangas contra Marmolín.

Como el tumulto era ensordecedor, no se oían las palabras que Marmolín, impertérrito e inmovible ante la diversidad de chorros que sobre él caían, dirigía al distinguido cuerpo de bomberos. Sonaron unas cornetas, cesaron las mangas de arrojar agua, se apagó el rumor de la muchedumbre y se oyó la voz de Marmolín, que decía:

—Señores bomberos: Muy agradecido por vuestra amable atención al facilitarme la ducha que me habéis proporcionado y que ha lustrado mi cuerpo gentil, limpiándolo del polvo y del lodo que lo maculaba. Adiós, señores, y procurad acudir tan a tiempo cuando seáis llamados para apagar un incendio.

Dijo, y saltando a un taxi que estaba a punto en el punto, lo puso en marcha y salió disparado sin rumbo fijo, pero con ánimo de poner muchas leguas entre él y sus perseguidores.

III

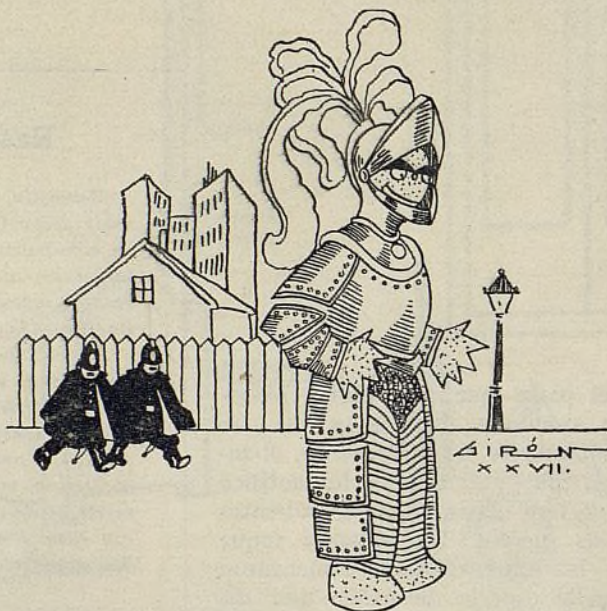
—Mal empiezo mi vida—iba reflexionando—. Debo de haberle estropeado la digestión a más de cuatro, y si no me alejo de aquí voy a tener que alquilar un cementerio para mi uso particular, como hizo en Sevilla un tal Don Juan Tenorio. ¡Pero, señor, mire usted que la gente es idiota! Si yo no me he metido con nadie. ¿Por qué me molestan y se interponen en mi camino, como si vieran un bicho raro? Supongo que les ha llamado la atención mi indumentaria, ya que ninguno vestía como yo, o, mejor dicho, ya que yo no vestía como ninguno de ellos. Forzoso me va a ser el vestir como esa gente. Tal vez así logre pasar inadvertido y consiga mi propósito de vivir mi vida. Veremos cómo resuelvo este problema. Por lo pronto necesito dinero y ropa.

En este soliloquio estaba cuando advirtió que se hallaba en el campo de aviación militar, observando cómo algunos aparatos estaban preparados para remontar el vuelo y cómo hacían provisión de bombas en cantidad para arrasar una ciudad.

Acercóse a los aparatos, alegre y confiado, y no bien fué divisado por la oficialidad, exclamó uno de ellos:

—Por las señas que nos han sido comunicadas telefónicamente, este tipo debe ser el que se nos ha ordenado que destruyamos, aunque haya que emplear cien toneladas de trilita. ¡Sus, y a él!

Y, elevándose rápidamente todos los aparatos, dejaron caer sobre el campo de aviación tal cantidad de material explosivo, que el ruido asemejábase al que producen las turbas en la Puerta del Sol la noche de fin de año, mientras comen las doce uvas y cae la bola de Gobernación.



Acabó el estruendo, disipóse el humo producido por los materiales explosivos, y cuando los aviadores aterrizaron, dispuestos a buscar con una lupa el descuartizado cadáver del tío de la túnica, se lo encontraron sentado en el suelo, entretenido en clasificar por tamaños los trozos de metralla de que estaba inundado el campo de aviación. Marmolín, al verlos llegar, les colocó el siguiente discurso:

—Pero, pedazos de abejorros, y nunca como ahora tan bien empleado el calificativo, ¿quién os manda meteros en camisa de once varas? ¿Qué os he hecho yo para que así me hayáis agujereado este excelente tapiz que hacía la veces de túnica? Ha bastado que os digan: «¡A ése!», para que os hayáis lanzado sobre mí con el ánimo de destruirme, sin antes comprobar si había motivo para ello. Pues sabed que eso no está bien. En la vida hay que saber lo que se hace, medirlo, pesarlo y después de estar decidido a hacer una cosa no hacerla, que es la mejor manera de no errarla; pero os habéis llevado un colón y ahora me voy a permitir romperle las alas a todos los aparatos, advirtiéndole que si hay algún pollo que proteste le rompo un alón.

Y, uniendo la acción a la palabra, con el mismo esfuerzo que se necesita para romper un débil cristal, comenzó a dar golpes en las alas de los biplanos y monoplanos, que caían destrozadas, como si las hubieran hecho harina.

Cuando los aviadores quisieron oponerse a semejante faena, ya Marmolín había saltado dentro del único aparato que dejó con vida, y, agarrándose al volante, elevóse rápido como un cóndor, y, a poco,

desaparecía en el horizonte, ante los asombrados ojos de los intrépidos aviadores, mudos de estupor al contemplar hazaña tan audaz e inconcebible.

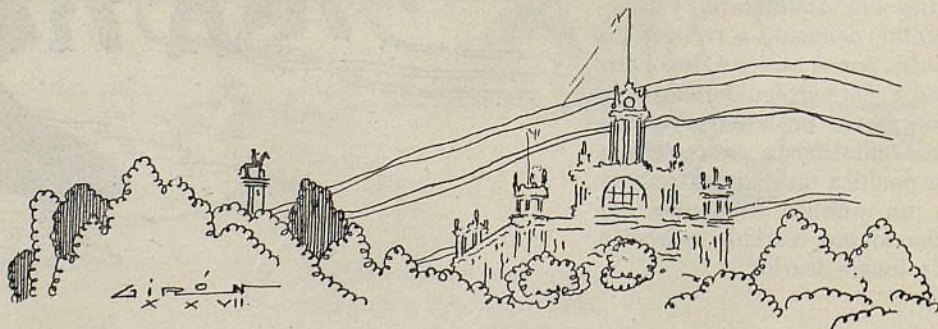
IV

Marmolín volaba, volaba, y habíase propuesto no descender hasta que se le acabase la esencia. Él calculaba que con la que tenían los depósitos bien podía llegar hasta Madrid. Era una obsesión ésta de Madrid la que se había apoderado de él, y buena prueba de ello era que, conociendo todos los idiomas mundiales, se inclinaba por el habla madrileña y esmaltaba su fraseología de los timitos usados por los hijos de la villa del oso y el madroño.

Alentado por esta obsesión, se propuso llegar a Madrid de la manera que pudiese: sobre el aeroplano o debajo de éste, es decir, cargado con él a cuestas.

Como desde Atenas a Madrid hay un paseo más que regular, Marmolín se puso a hacer consideraciones de este jaez:

—La verdad es que el caballerito que me ideó era un tío un rato largo de sabio, porque hay que ver la de cosas que sé sin haber asistido a escuela alguna ni haber estudiado nada de nada con nadie. De manera que si a mi inventor no le estropeo la fórmula al estropearle su preciosa vida y da en fabricar hombres semejantes a mí, se hubieran tenido que cerrar los Institutos y las Universidades, porque los alumnos iban a saber más que los maestros y, naturalmente, los alumnos que lo saben todo no necesitan estudiar; por lo tanto, los maestros y catedráticos tendrían que dedicarse a la agricultura. ¡Brava ocupación! Pues, ¿y los médicos? ¿Qué iban a hacer los médicos si todos los hombres fueran como yo? Los pobres señores no despacharían a tantos clientes con dirección al otro barrio, en virtud de un diagnóstico equivocado. El hombre de piedra, el hombre moderno, si le duele la cabeza, no tiene que recurrir a meringote



alguno para aliviar el mal. El hombre de piedra, llegada la ocasión, toma su cabeza, la desarma, la pone bajo el grifo, deja correr el chorro, y una vez limpia del polvo que provocaba el dolor, a unir las piezas, a colocarla sobre los hombros y a vivir. ¡Pobres médicos si no se llega a perder la fórmula para la fabricación del hombre moderno, y pobres farmacéuticos, condenados a beberse todo el agua del pozo de la rebotica, que no iban a poder despachar mezclada con anilina para darle color!

Como volaba a una altura muy considerable, las nubes le impedían ver lo que bajo sus pies había, y pensó que sería conveniente descender unos centenares de metros para tratar de orientarse y ver si era llegada la hora de aterrizar. Hízolo tal y como lo había pensado, y al contemplar el panorama que bajo el aparato se extendía dióse una palmada en la frente y exclamó:

—Si no me equivoco, esos cuatro redondeles que diviso corresponden a cuatro plazas de toros, que muy bien pueden ser la de Tetuán de las Victorias, la de Carabanchel, la vieja de Madrid y la Monumental, y si esto es así, estoy volando sobre la coronada villa. Sí, justo, esa gran mancha verde es el Retiro, con su estanque, espejo maravilloso en el que me estoy reflejando ahora mismo. Descendamos un poco para admirar más de cerca tanto bueno como hay por aquí. ¡Hombre, la casa de Correos, llamada Nuestra Señora de las Comunicaciones! ¡Hermosa obra! ¡Mi madre! ¿Qué mole es ésa con la que a poco tropiezo? ¡Ah, ya! Es el Círculo de Bellas Artes. Ya podían haberle quitado esa caperuza, que por milagro no me ha hecho migas el aparato. La gente no sabe más que idear cosas para molestar a la humanidad. ¡La Puerta del Sol! Estupendo sitio para que aterrice mi cuerpecito serrano. A la una, a las dos y a las tres. ¡Pum! Mi abuela, ¿qué ha sido esto? Ah, ya sé. La red de cables en que se ha enredado el aparato. Me alegro, porque así le he dado tiempo al público para retirarse de debajo y evitar el despachurramiento.

En este soliloquio estaba Marmolín cuando se vió rodeado de

guardias de la porra con ella en alto y haciendo sonar el pito con machacona insistencia.

—Señores, que no he estrenado ninguna obra para que me ovacionen así—dijoles Marmolín a los municipales.

—Ruégole al volátil—replicó un urbano—que ahueque el ala, porque éste no es campo de aterrizaje, y permítaine antes que le tome el número para imponerle una multa de doscientas cincuenta pesetas, que se servirá pagar en las oficinas municipales.

—No asamos y ya pringamos—exclamó Marmolín—. De modo que vengo a Madrid en son de paz, y ya me están hurgando para que se me *ajume* el *pescao*.

—Usted vendrá en son de paz, como dice; pero a mí me parece que viene usted en son de *chunga* con esa ropita, propia de Carnaval.

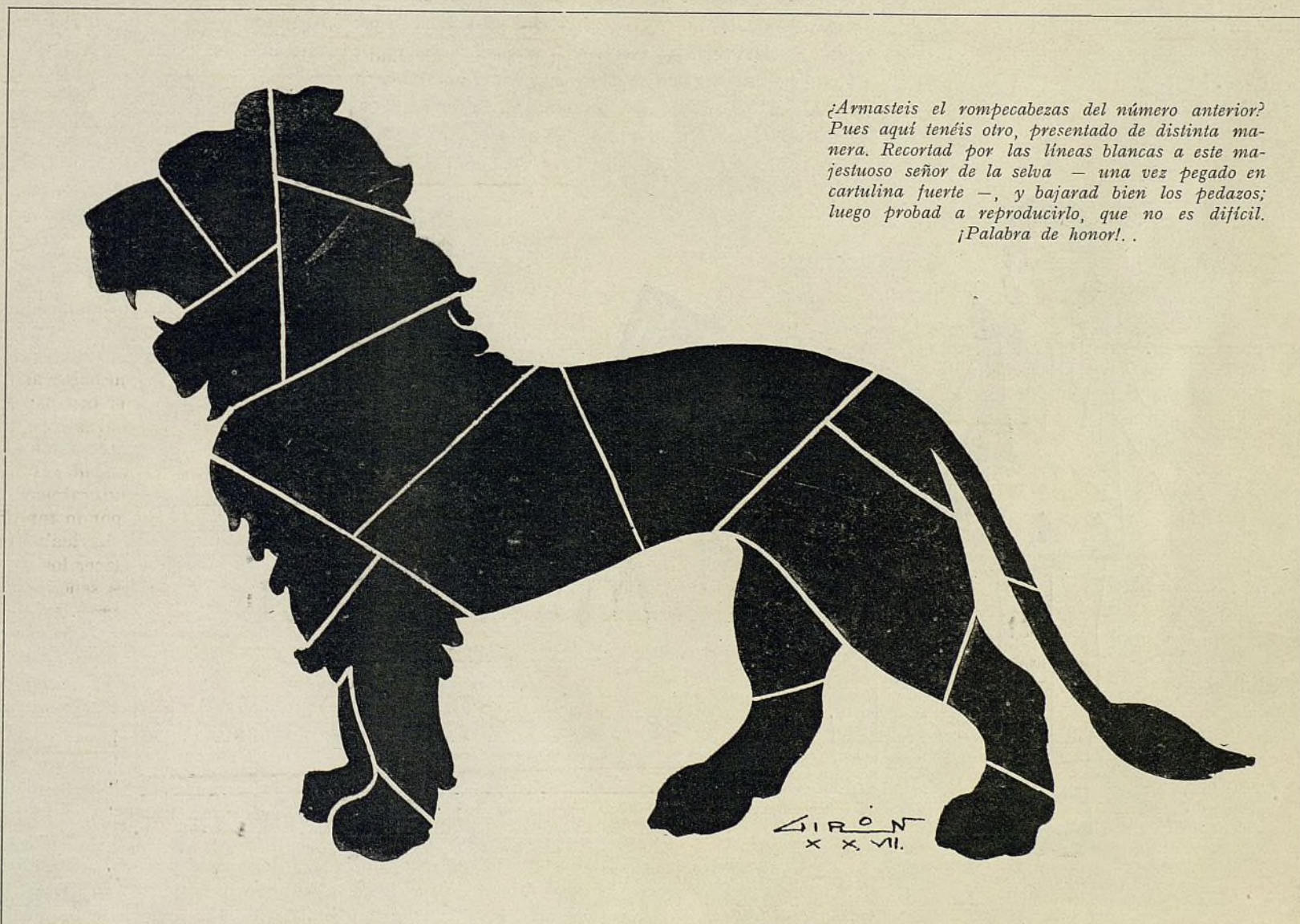
—Las apariencias engañan, caballero guardia, y así, de pronto, parece que tiene usted razón. Yo visto de esta guisa, porque no me han facilitado otra ropa desde el día en que vi la luz primera.

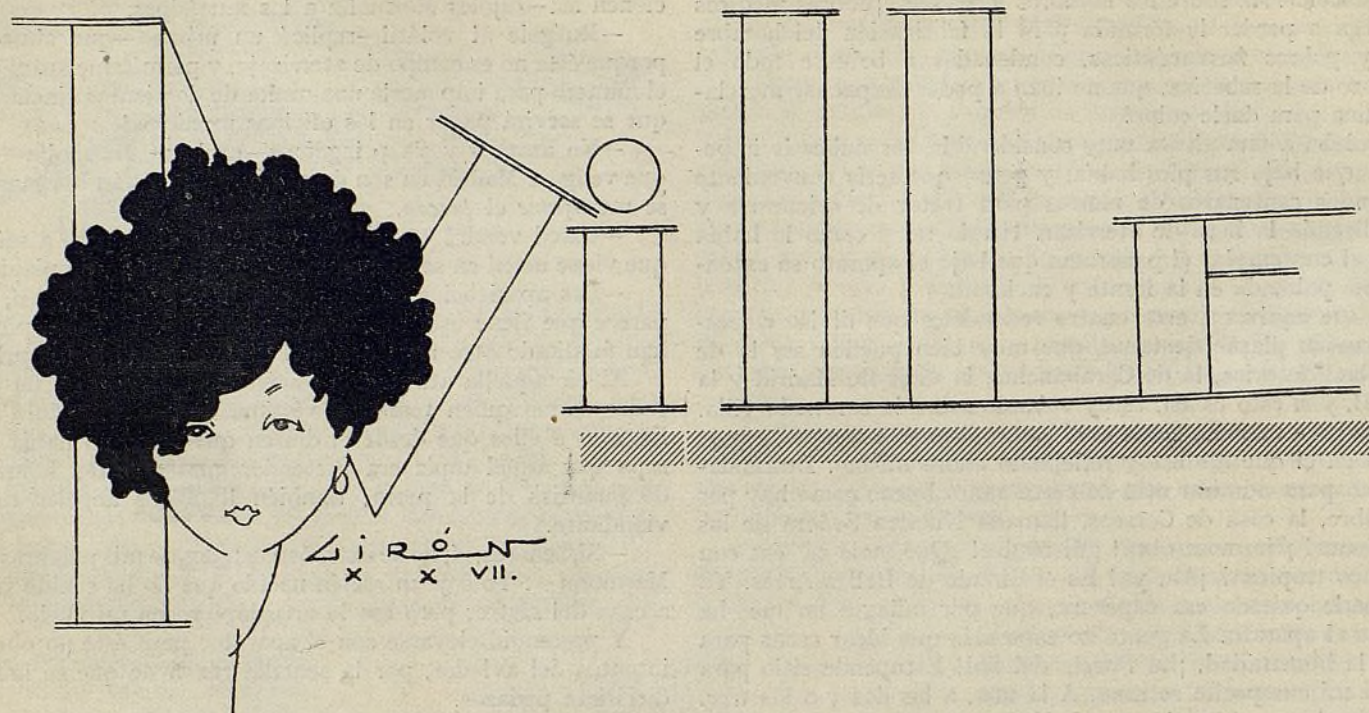
Al oír aquella afirmación miráronse los guardias un poco amoscados, como quien teme ser víctima de una tomadura de cabello. Decirles a ellos que desde el día en que nació no había tenido más ropa que aquel tapiz era pretender guasearse del honrado cuerpo de guardias de la porra, también llamados ángeles tutelares del viandante.

—Sí, señores, sí, no se extrañen ustedes de mis palabras—prosiguió Marmolín—. Yo soy un recién nacido que no ha tenido tiempo de ir a casa del sastre; pero eso lo arreglaré yo en un vuelo.

Y pretendió elevarse con el aparato; pero éste no obedecía a los intentos del aviador, por la sencilla razón de que se había roto en diecisiete pedazos.

A todo esto, la circulación estaba interrumpida, y el ruido que hacían las bocinas de los autos y los timbres de los tranvías pidiendo paso era tan ensordecedor y tan alarmante, que los guardias temieron la alteración del orden público y pidieron fuerzas al ministerio de la Gobernación.

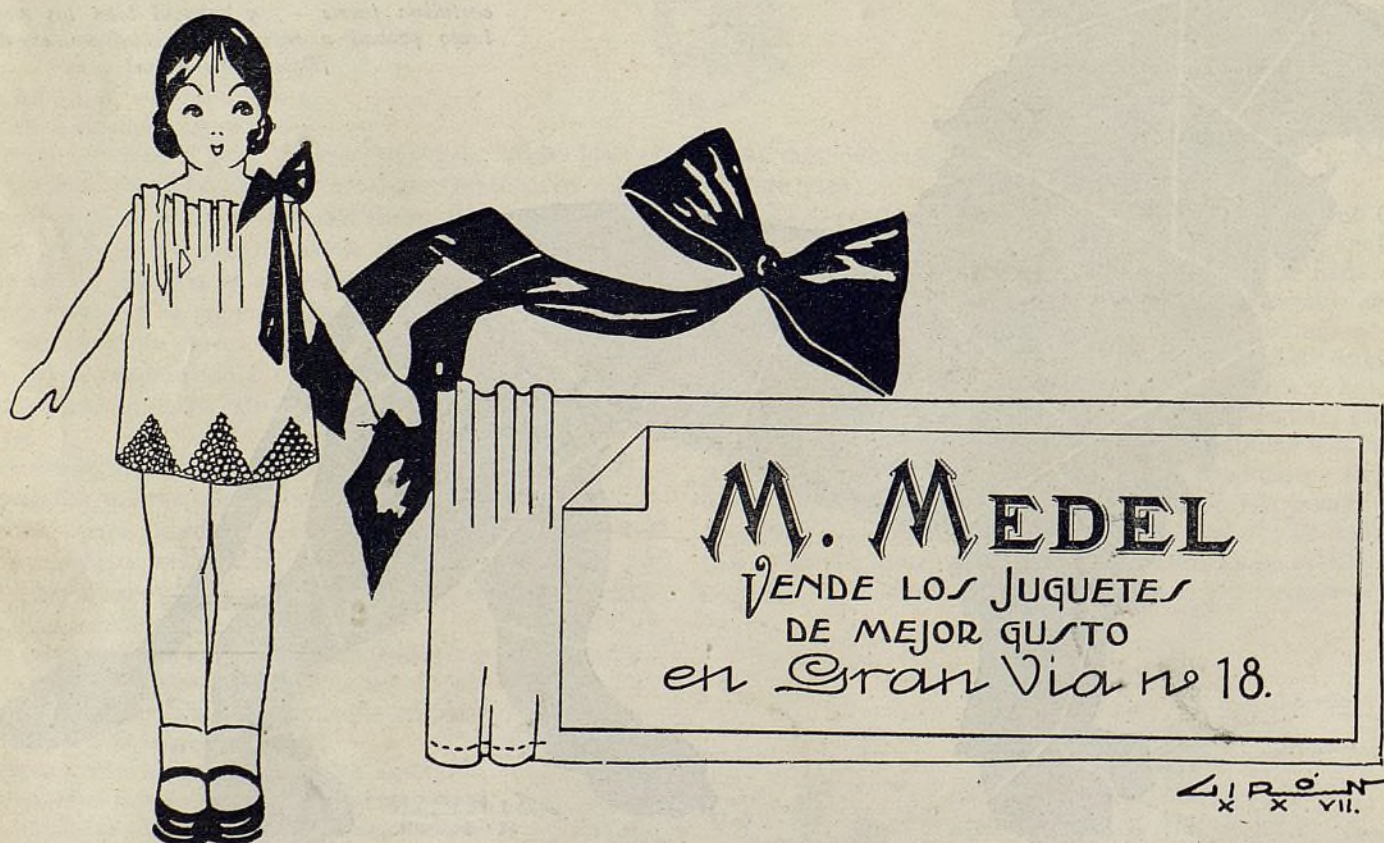




Como os prometí, inicio el primero de mis concursos, el de trajes de muñecas. Concurso sensacional, pues irá seguido de una pública exposición en céntrico local y con premios que... Pero, bueno, ya hablaremos de esto.

Vosotras, guapísimas nenas, tomad las medidas de vuestras muñecas y copiad este figurín lo mejor que sepáis o podáis. El modelo es sencillo: un trozo de tela roja plisada en su parte superior; un jaretón con vainicas detrás y, para adornarlo, unos triángulos de lana gruesa y un lazo de raso negro en el hombro izquierdo.

Ahora, ¡a ver ese arte, pequeñas!... Recortad el cupón para acompañar cada labor y enviadme las muñecas a COSMÓPOLIS.



ALDUS, S. A., Artes gráficas, SANTANDER



